PENSAMIENTO NACIONALISTA

ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ

RICARDO COX

SERGIO MIRANDA CARRINGTON

ALBERTO ARCE EBERHARD

HERNAN GODOY URZUA

FRANCISCO A. ENCINA

SERGIO ONOFRE JARPA

ARTURO FONTAINE A.

NICOLAS PALACIOS

OSVALDO LIRA SS. CC.

MIGUEL SERRANO E.

JORGE PRAT E.

COLECCION
PENSAMIENTO CONTEMPORANEO

M. Guiñez T.

PENSAMIENTO NACIONALISTA

ALBERTO ARCE EBERHARD
ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ
(compilador)
RICARDO COX
FRANCISCO A. ENCINA
ARTURO FONTAINE A.
HERNAN GODOY URZUA
SERGIO ONOFRE JARPA
OSVALDO LIRA, SS. CC.
SERGIO MIRANDA CARRINGTON
NICOLAS PALACIOS
JORGE PRAT E.
MIGUEL SERRANO

© 42.603.
EDITORA NACIONAL GABRIELA MISTRAL LTDA.
Av. Santa María 076, Casilla 69-D, Cables Mistral,
Santiago de Chile.
Primera edición, 1974, en esta Editorial.
1.º al 5.º millar.

Enrique Campos Menéndez

LAS PERSPECTIVAS DEL NACIONALISMO

ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ.

Escritor y productor de cine. Fue diplomático, diputado durante dos períodos —presidiendo la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara— y vicepresidente de la Sociedad de Escritores de Chile.

Actual Asesor Cultural de la Junta de Gobierno de Chile.

Me cabe en gran medida la responsabilidad de este libro. Consecuente con ella, afronto con ánimo decidido la pretensión de encabezar sus páginas. La hora exige de cada chileno una actitud definida, donde no caben excusas para las obligaciones que nos corresponden, tanto más cuanto que ellas emanan de una vieja y probada militancia nacionalista.

Encararse con las definiciones fundamentales que nos alientan, no es tarea de presuntuosos ni de timoratos; es deber de autenticidad. De largo tiempo celábamos el mandato inédito, que ahora, gracias a Dios y a nuestras Fuerzas Armadas, se ha trocado en una misión que tenemos el compromiso de explicar y difundir entre nuestros compatriotas.

El nacionalismo chileno es una actitud vital, en la que en armónica convivencia se aúnan y dinamizan ideas, sentimientos y conductas. Es voluntad, paso y camino; es enlazar el pasado y el porvenir por el quehacer del presente.

Eruditos, pensadores y ensayistas encaran la noble tarea de fijar el ideario nacionalista desde los más diversos ángulos en este libro revelador. Ellos son los que sustentan las palabras de esta avanzada prologal y constituyen la fuerza y la garantía de este volumen.

¿Cómo, cuándo y dónde vio la luz el nacionalismo?

En el interior de estas páginas se encontrarán los datos precisos, las fechas ciertas y los pensamientos que dan fehaciente testimonio de esta corriente vital de la política nacional. Sin embargo, con el debido respeto a la sapiencia de los autores, que otorgan solvencia a estas páginas, no podemos dejar de afirmar que para nosotros el nacionalismo chileno no nació del hombre sino con el hombre. Está implícito en él; es la encarnación de sangre y medio. Cuando el hombre nuestro tomó conciencia de la vida que le precedió y del mundo que le rodeaba y los consideró como una real prolongación de su alma, un sentimiento nuevo le reanimó la entraña y dejó fértil su corazón y abierta su mente para concebir y proyectar la doctrina y la conducta que daba a su existencia un sentido misional y trascendente. Nacionalista fue, sin duda, el araucano que defendió con su sangre la ruca en que vivía, como el español que bautizaba con la suya el camino de su aventura. Hijos espirituales y materiales de tales herencias, los chilenos, que hicieron conscientes esas vivencias, se transformaron en adelantados de esa verdad esencial que es el nacionalismo.

Por esas razones, nadie es nacionalista antes o después: lo es desde siempre. Intuiciones precoces pueden haber dado a algunos un puesto de avanzada en esta cruzada redentora. Mas esta verdad no es exclusiva; está en todos. Nuestra misión es sólo despertarla; hacerla vigente para que ella anime la intimidad de cada chileno.

Podemos afirmar que en estas páginas están las razones, profundas y auténticas, que explican el fenómeno mágico del 11 de Septiembre. Las Fuerzas Armadas fueron la expresión genuina del pueblo de Chile: sus más decididos y heroicos intérpretes. Su impulso animó en el fondo del alma popular la llama adormecida. La resultante fue la férrea unidad del pueblo, surgida en torno a la acción militar en los primeros momentos, y su adhesión actual a la Junta de Gobierno. La explicación de este fenómeno —increíble para muchos— no es otra que la de un milagroso reencuentro del chileno consigo mismo. To-

dos aquellos políticos que aún no han podido abandonar envejecidos criterios, están perplejos, anonadados, sin poder hacer pie en esta corriente dinámica que todo lo arrasa, empezando por sus dogmatismos. En la llama del patriotismo, los chilenos hemos reducido a pavesas hasta los últimos restos de la política partidista. Quien no comprenda y no acate este imperativo, esta verdad revelada, será ajeno y hasta extraño al Chile eterno ahora renovado.

Un acertado ensayista español, hace años, hablaba "del crepúsculo de las ideologías". Tenía plena razón. En la avanzada de inquietudes y experimentos políticos que se había convertido el pueblo chileno, luego de probados todos los disfraces ideológicos, las doctrinas y etiquetas programáticas habían perdido su significado y sólo quedaban jirones de esperanzas y experiencias fracasadas. Fue así como Chile llegó a permitir que una minoría audaz e inescrupulosa arribara al Gobierno recubierta por la piel de oveja de un falso democratismo.

"La vía chilena hacia el socialismo" era una falacia; llevaba en sí un letal contrasentido, que tarde o temprano tendría que dilucidarse.

Tres años duró esta mascarada, que los acontecimientos precipitaron en drama. El marxismo, promesa a promesa, engaño a engaño, traición a traición, fue terminando con los últimos arrestos formales de la decadente democracia. Las instituciones creadas por la buena fe de los gobernantes ofrecieron sus grietas e intersticios por donde se coló artero el cáncer totalitario. Todo comenzó a marchar, inexorablemente, hacia la consunción del alma nacional.

Sin embargo, el pueblo comenzó a despertar. Se levantaron voces valientes que desafiaron al poder; hubo juventudes que se irguieron ante las bocas de los fusiles agresivos; mujeres transformaron su debilidad en fortaleza y su ternura en santo furor libertario. Periodistas, hombres de empresa, gremialistas, estudiantes y obreros formaron una avanzada temeraria que fue seguida y reforzada en su osadía opositora por miles y miles de hombres, mujeres y jóvenes. Un alud incontenible de voluntades, sin más armas que sus manos limpias, opusieron el pecho a los escuadrones de la infamia, a los despiadados sicarios del régimen, a los depredadores de la dignidad nacional que pretendían meternos en la jaula de la dictadura del proletariado. La Cámara de Diputados, la Contraloría, el Poder Judicial sumaron sus voces al coro multitudinario que exigía el cambio del régimen. El vandalismo de las hordas marxistas extendía su radio de terror; la masa sojuzgada agitaba sus consignas, cerraba los puños amenazantes, teñía de rojo las calles con la llamarada de su odio. La cuchillada a traición y el disparo por la espalda eran sus únicos argumentos para acallar a los valientes, olvidando que el eco de su último grito de protesta se haría coro de multitudes enardecidas por la intuición naciente del nacionalismo chileno.

Para comenzar a comprendernos, debemos mirarnos en el espejo de nuestros hechos; es decir, a vernos y reconocernos realmente en nuestro pasado.

Hasta ahora, a pesar de ser Chile un país de notables historiadores, no ha contado con una correspondiente expresión didáctica que haya enseñado cabalmente nuestra historia. Conocemos algunos sucesos, batallas, personalidades, fechas, mas no sabemos qué hay de común, de constante, de carácter aleccionador, permanente y definitorio en esa historia, que, sin embargo, desde cualquier perspectiva, nos perfila como un pueblo absolutamente diferenciado entre todos los países de América y del mundo. Solemos decir, más por vanagloria que por convicción profunda, que nuestros hombres son "bravos en la pelea". De esta manera, en nuestro concepto, frivolizamos uno de los aspectos más determinantes y dramáticos del carácter nacional. La guerra ha sido la constante de nuestros anales, a tal punto, que pocas naciones del orbe han sostenido guerras tan cruentas y prolongadas como la nuestra. Como la revelación pareciera osada, vayamos al terreno de lo concreto. Desde 1541, fecha en que Valdivia inicia la conquista de Chile, hasta 1870, en que la República pacta la paz con los araucanos en el cerro Ñielol, en tierra de La Frontera, por 329 años se mantuvo un estado

de guerra con los aborígenes. Esta beligerancia obligó a que casi todos los españoles que llegaran a Chile, especialmente en la primera época de la Conquista, fueran militares. Esta conflagración, que mantuvo "levantada la tierra", como decían los cronistas coloniales, fue matizada, además, por las súbitas incursiones de piratas y corsarios que asolaron nuestras costas. Luego vinieron las luchas de la Independencia, que se inician en 1810 y continúan con distinto ritmo hasta 1826, en que se reduce a la Isla de Chiloé, último bastión monárquico en nuestro territorio; las civiles de la época llamada la anarquía, que ocupan gran parte del tercer decenio del siglo XIX; las de la Confederación, la de España, la del Pacífico, la revolución del 91...

Este belicismo constante, este imperativo castrense, determinó en nuestro pueblo una serie de consecuencias caracterológicas que le son inherentes. No hay duda que así como, por una parte, el chileno es un guerrero nato, por la otra, al conocer la guerra, también conoce de la dura experiencia y el dolor e inutilidad que suelen ser sus más seguras secuelas. Sin embargo, aunque no la busque y trate de evitarla, tampoco la teme. Se puede decir que todo chileno lleva la muerte consigo, como una sombra del destino. Esta dualidad marca su carácter y condiciona su conducta. No resulta extraño por eso que los hombres de Chile sean aparentemente pacíficos, tranquilos; se hayan transformado en hábiles polemistas, en buscadores incansables de los arreglos y las conciliaciones. En toda circunstancia y momento estarán dispuestos a buscar la solución a los diferendos más agudos, arbitrando fórmulas sutiles que eviten los enfrentamientos. Es quizás también, por esa misma razón, que el chileno ha armado toda una compleja estructura legal que lo pone a reparo de cualquier violencia. Nos aventuraremos a expresar, siguiendo el hilo de estos razonamientos, que parte al menos de su encogimiento psicológico, de su exagerada cortesía verbal, como la que se advierte en el uso abusivo de giros condicionales o formas diminutivas, tengan esa profunda raíz en el inconsciente colectivo.

Uno de nuestros pensadores más agudos, don Isidoro Errázuriz, solía decir que el chileno "tenía sueño de marmota y despertar de león". Creemos que la frase encierra mucha más médula que la del aparente ingenio. El letargo es más virtual que real; es una forma solapada de evitar ese despertar que teme... Es ya un axioma entre los psicólogos que los hombres tímidos, mansos, son aquellos que pueden ser más explosivos y violentos. Su calma no es otra cosa que una manera exterior de represión a los arranques cuyas consecuencias quiere evitar.

Examinemos con calma lo que hemos expresado y comparémoslo con la realidad demostrada. Conociendo a los chilenos de hoy en su vida normal, ¿podría alguien siquiera imaginar que son los mismos que aquellos que se batieron durante siglos en Arauco, arremetieron en Chacabuco, escalaron la victoria en Yungay, se inmolaron en Iquique, se diezmaron en Placilla?... Fue por eso que los que creían sojuzgar al pueblo chileno el 10 de septiembre de 1973 jamás pudieron imaginar lo que les iba a suceder el 11... Fue, simplemente, ¡el despertar del león!

El nacionalismo se basa y desarrolla toda su doctrina en el conocimiento del hombre de Chile. Es por ello que no sólo comprende e interpreta el alma ciudadana, sino que tiene una respuesta adecuada para el problema que plantea su propia existencia. El ser de nuestra tierra, el heredero de nuestra historia, para poder vivir feliz y en constante superación tiene que encontrar una motivación profunda que lo mantenga en constante vigilia y, al mismo tiempo, lo estimule a acometer una tarea noble, constructiva, pacífica, misional. Al chileno hay que darle un quehacer vital, que esté más allá del horizonte cuotidiano de su comodidad, de su natural egoísmo. De lo contrario, caerá en el letargo de la inercia que lo llevará fatalmente a su intrínseca insatisfacción como hombre y a la carencia de una dinámica de progreso como pueblo.

Los nacionalistas chilenos, así como tenemos una concepción distinta de nuestra historia que creemos que nos identifica con el pueblo, también tenemos una dife-

rente en cuanto al medio que nos rodea, es decir, al contenido material en el que se vacia el alma de la patria.

Para muchos, para demasiados, desgraciadamente, Chile es sólo un valle, fértil, bello, de clima benigno, que se alarga entre dos cordilleras por mil kilómetros. El resto del territorio es un desconocido telón de fondo, una anécdota lejana y casi ajena.

Esta fraccionada evidencia ha reducido en los últimos tiempos el ímpetu de nuestro pueblo, limita sus legítimas aspiraciones, estrechando sus horizontes y esperanzas. El Chile visto así es, sin duda, un bello país, una nación importante pero incompleta.

Afirmamos que es imprescindible dar al espíritu inquieto y esforzado del chileno una magna misión que cumplir. Si observamos los alcances de nuestra propia geografía, tendremos a la mano la respuesta de esta latente inquietud. Los países que han desarrollado un espíritu nacionalista muchas veces han caído en la exageración de exacerbar en sus compatriotas tales estímulos, que revientan en manifestaciones imperialistas de tipo agresivo, que a menudo suelen hacer sus víctimas entre los propios vecinos. La historia de la Humanidad es testigo de estas aseveraciones. Nosotros, en nuestro caso particular, no sólo podemos, sino que tenemos que fomentar sin temores ese espíritu conquistador, porque a través de él podremos incorporar a la vida una parte de nuestro territorio. Si vemos con ojos nacionalistas nuestro mapa, el verdadero, que es muy diferente a ese que vemos colgado de las paredes como lonjas de embutidos de una rotisería, observaremos que nuestro país tiene tres expresiones geográficas perfectamente determinadas: el Chile americano, el Chile antártico y el Chile oceánico.

Hasta ahora, la geografía política nos ofrecía un país reducido a un valle. El nacionalismo integrador nos abre la perspectiva de un nuevo universo, que abarca cientos de miles de kilómetros cuadrados y que se extiende, ante nuestro asombro, como una fascinante invitación a la aventura. Las fuerzas que antes estuvieron tan prontas a guerrear, a derrochar coraje, las dedicaremos ahora a de-

rrotar hasta la última manifestación de miseria y a superarnos espiritual y materialmente a través de la grandiosa integración de nuestra patria en sus propias fronteras.

En acápite anterior hemos tratado de glosar brevemente algunos aspectos que nos parecen fundamentales de la caracterología del ser nacional, que nos fueran legados por la historia. Ahora nos parece propio que examinemos el otro elemento que determina al hombre de una patria: su medio ambiental.

Chile fue poblado desde el Pacífico. La espalda de los primeros colonizadores que llegaron a Chile fue el mar. Sus pasos y miradas tropezaron con la gran masa de la cordillera, coronada de nieves eternas y fumarolas de volcanes. En medio estaba el valle. Allí nació, creció y se forjó el chileno. Siempre de cara a la montaña y de espaldas al océano infinito que lo aislaban del resto del mundo.

Esta soledad en el confín acentuó los caracteres de la raza, tanto en sus virtudes como en sus defectos. Nos hizo sentirnos en el extremo del mundo, como cayéndonos de la cordillera hacia el mar. A la inestabilidad de las guerras constantes, hubo que agregar las penurias, destrozos y desgracias que provocaba el propio territorio. Por estas circunstancias ambientales tan catastróficas, las características que nos había otorgado la historia fueron acentuadas por el medio. La propia naturaleza parecía reflejar materialmente el fenómeno psicológico que perfilaba el alma colectiva. Un clima ideal, templado y luminoso, hacía del valle "la copia feliz del Edén". El valle es paz, armonía, belleza, y, sin embargo, bajo su florida corteza, alientan el peligro y la muerte que, de pronto, tiñen de luto el idílico paisaje.

A chispazos, en sucesivos despertares, el chileno fue capaz de consolidar los límites de su larga geografía. Una minoría de pioneros esforzados, de aventureros visionarios, y especialmente de hombres de nuestras Fuerzas Armadas, cumplieron con audacia y patriotismo esta misión de avanzada nacionalista. Fueron estos últimos los que con la decisión de sus armas victoriosas, con las proas

invencibles de sus navíos y con las alas intrépidas de sus aviones, abrieron y amplían los horizontes de Chile hasta brindar al alma de la patria un cuerpo físico grandioso y prometedor. Sin embargo, las teorías y dogmatismos mantuvieron veladas estas conquistas, sin darles el verdadero significado que ahora rescata para todos el nacionalismo.

¿En qué consiste este rescate?

Nada menos en que el chileno tenga conciencia de su territorio, de los límites de su soberanía, de la forma, el contenido y las dimensiones del cuerpo nacional.

La primera operación que debemos impulsar es la que todos giremos en ciento ochenta grados nuestra posición relativa al ámbito que nos rodea. En vez de estar con la vista cegada por la pared de los Andes, debemos darnos vuelta y dejar a nuestras espaldas la montaña y echar a andar la mirada por los caminos del mar.

Al hacerlo, comenzarán a aparecer entre las brumas de la ignorancia los perfiles de una patria nueva, inmensa, maravillosa, prometedora. La verdadera expresión física de Chile: el Chile americano, el Chile antártico y el Chile oceánico. Al contorno de la tierra firme y de las islas, hay que agregarle las doscientas millas hasta donde alcanza nuestra soberanía.

De cara a esta inmensidad, tenemos que sentir y amar como algo inseparable de nosotros, como una prolongación de nuestro cuerpo, todo lo que en ella vive o está. Tenemos que connaturalizarnos con el desierto y con los hielos, con el mar y las montañas.

Ese es el quehacer del chileno. Allí, dentro de esa órbita, está la misión que le señala el nacionalismo. Conocer, amar, poblar, vivir en simbiosis con estos territorios.

Esto determina una nueva concepción de la patria, de la cultura, de la vida y de la esperanza, que tendrá que traducirse en un grandioso y nuevo quehacer. Habremos dejado de estar colgados de la cordillera y cegados por sus murallones de roca, de sentirnos aislados al fin del mundo. Se nos abrirá el horizonte del océano Pacífico, con el abanico de sus rutas y la perspectiva de hendirlo con nuestro esfuerzo, en un abrazo de paz y progreso. El

Mediterráneo fue conquistado por los griegos y los romanos con sus endebles embarcaciones, gracias al empuje que animó a esos forjadores de mundos; las carabelas inflaron sus velas llevando entre sus débiles cuadernas el mandato civilizador de un imperio donde no se ponía el sol. Si esas empresas fueron posibles con los medios de entonces, cuánto más lo serán ahora que se cuenta con sorprendentes adelantos en el transporte que han reducido todas las distancias.

Estas ideas y muchas más han ido madurando en estos días iniciales y gloriosos de la gesta de la reconstrucción nacional comenzada el 11 de Septiembre de 1973. Fruto de esta labor ha sido la declaración de principios dada a conocer por la Junta, que, estimamos, es una de las síntesis más lúcidas y orientadoras que jamás haya dado a conocer un Gobierno.

Frente a toda definición de filosofía política se abren sólo dos caminos: el de la "utopía" y el del "realismo".

Los utópicos convierten la realidad en una creación subjetiva de la inteligencia. La noción de "ser" es reemplazada por la de "movimiento", de donde las posibilidades de cambio de la realidad son infinitas. Los problemas del hombre y de la sociedad dependerán exclusivamente de las estructuras adecuadas en que organiza su existencia. Para los utopistas nada es imposible, ya que el hombre logra a través de la perfectibilidad de sus organizaciones encontrar un tipo de sociedad que lo conduzca a un estado ideal de convivencia.

El nacionalismo chileno arranca del conocimiento del ser, que, como lo hemos reiterado, está condicionado por un origen, una historia y un medio que le son inherentes e inseparables a su naturaleza espiritual y material. No se trata de un hombre cualquiera, surgido en la probeta de la experimentación filosófica; se trata de un ser diferenciado y condicionado que lleva en sí una inercia que fatalmente lo conduce a un destino determinado. Esa determinación es tan amplia como su voluntad de superación individual y capacidad de organización colectiva. De allí que su mayor felicidad, perfeccionamien-

to y grandeza dependerán exclusivamente de sí mismo, de sus íntimas cualidades morales, de las expresiones de su conducta y de las motivaciones que estimulen su ánimo de perfección. Por ello, el nacionalismo rechaza como falsos todos los ideologismos mesiánicos que basan sus milagros en los cambios de estructuras, atribuyéndoles a éstas valores mágicos capaces de modificar su propia naturaleza. La fuerza capaz de superar al chileno está dentro de sí mismo; por ello, el nacionalismo es la más realista de las concepciones, pues su política es aplicable solamente a un ser conocido y determinado: el chileno.

Las ideas que dan contenido a las páginas de este libro constituyen el pensamiento medular de lo que debe ser la gran política que logre la integración y la participación activa del chileno en la búsqueda de su destino como hombre y ciudadano.

Estimamos que este compendio de ensayos en torno al nacionalismo es sólo un primer esfuerzo que ha de abrir un cauce al caudal renovador de muchos pensadores que irán complementando esta iniciativa. El tema es inagotable y la tarea de reconstruir el alma nacional recién ha comenzado.

Osvaldo Lira, SS.CC.

NACION Y NACIONALISMO

OSVALDO LIRA, SS. CC.

Profesor de Metafísica, Teodicea y Etica en el Instituto de Filosofía de la Universidad Católica de Chile y antes en la Universidad Católica de Valparaíso. Autor de varios libros, desempeñó en España actividades académicas y culturales.

El 11 de Septiembre de 1973 señala el comienzo de una nueva época en la Historia de Chile. Ese día nuestras Fuerzas Armadas, en unión con nuestro Cuerpo de Carabineros, interpretando el sentir abrumadoramente mayoritario de la opinión nacional, expulsaron del Gobierno, en un gesto magnífico, a la pandilla de criminales marxistas que se habían encaramado a la cima del poder público, aprovechándose, por una parte, de las incertidumbres y vacilaciones de la opinión (?) popular, y, por la otra, de la benevolencia un tanto inocentona de la Democracia Cristiana, que exigió, para dar el voto favorable a la candidatura de Salvador Allende en el Congreso, la firma de cierto celebérrimo y nunca bien ponderado *Estatuto de Garantías Constitucionales* como medio de evitar las tropelías y crueldades comunistas que ya se avistaban sobre el horizonte político de nuestra nación. Como si la firma de todos los estatutos posibles e imaginables hubiera constituido alguna vez para los marxistas un medio de ceñirse a una constitución y unas leyes que ellos, por ideología propia, no podían sino despreciar en lo más profundo de su alma.

Lo cierto es que, a partir de ese 11 de Septiembre, la fisonomía del país se ha renovado de modo profundo, radical, no sólo en el orden material sino también en el de los valores espirituales, y es preciso confesar que si el

primero de estos órdenes es de suma importancia para la vida colectiva de un país, el segundo resulta de una gravitación e influjo incomparablemente mayores. Así vemos que a los sobresaltos y angustias de una pesadilla que duró casi tres años enteros ha sucedido una seguridad y una alegría de ánimo que han sido capaces de sobreponerse a todas las estrecheces económicas dejadas por el anterior régimen marxista como herencia connatural suya. La limpieza ha reemplazado a la suciedad en todos los niveles. Al temor por la seguridad personal y la de los seres queridos ha sucedido la confianza inspirada por el hecho de sentirnos —como gobernados— en manos de personalidades honestas, patriotas y profundamente penetradas de la obligación que les atañe de gobernar con vistas al bien común de sus connacionales. El espíritu de holgazanería y de indolencia que pareció apoderarse de los trabajadores se ha visto reemplazado por una entusiasta y ejemplar dedicación al trabajo en todos los niveles. La angustia de vernos algún día enfeudados todos los chilenos en los horrores del salvajismo comunista ha desaparecido en beneficio de una previsión confiada —y transformada ya en visión— de que todos estamos laborando en pro del bienestar espiritual y material del país, con la esperanza, además, de que las cosas irán mejorando en lo sucesivo, como ya lo están demostrando a estas horas los propios hechos. En esta perspectiva, es indudable que el 11 de Septiembre de 1973 ha adquirido ya a estas alturas las dimensiones propias de una fecha histórica, hasta el punto de que muchos lo consideran, no sin razón, como el punto de partida de una nueva independencia nacional. Y como si todo lo anterior fuera poco, poseemos la evidencia de que nuestros actuales gobernantes están procurando en su propia gestión gubernativa el bienestar y el progreso de la nación, en radical oposición al cinismo verdaderamente escalofriante de Salvador Allende, que proclamó que él no era el Presidente de todos los chilenos, sino solamente de aquellos que habían votado por él o que coincidían con su ideología marxista-leninista. Felizmente, la farándula abominable y siniestra terminó

de tal suerte, que si ahora volvemos la mirada a esos tiempos de aquelarre, se debe al hecho de que deberemos mantener viviente el recuerdo de la catástrofe inminente a fin de no excedernos ahora en la magnitud de nuestras exigencias.

Pues bien, una de las características más sobresalientes del régimen actual de gobierno consiste en haber substituido el sistema de partidos políticos, bajo el cual se debatió nuestra patria casi desde los albores de nuestra Independencia, por un sano y bien entendido nacionalismo. Hoy día, como lo sabe todo el mundo, aun cuando por desgracia no sea todo el mundo quien lo aprueba, los partidos políticos denominados *democráticos* han sido declarados en receso indefinido, mientras que aquellos otros cuya característica más destacada fue la de entregarse al saqueo del mismo país que estaban encargados de gobernar, han sido proscritos *sine die*. Por consiguiente, unos y otros se hallan por el momento —y ojalá que sea para siempre— incapacitados para realizar sus típicas labores proselitistas. El hecho no tiene por qué provocar en nadie ningún sentimiento de temor ni de desconfianza, y para los que conocemos más o menos el desarrollo de la Historia casi podría constituir un motivo de alegría. Pensemos solamente en que los partidos políticos nacieron sólo ayer —es decir, a comienzos del siglo XVIII en Inglaterra, y más tarde aún en los países latinos—, de suerte que los denominados Grandes Siglos de España, Francia, Gran Bretaña y Alemania se desarrollaron y brillaron con un esplendor pocas veces igualado al margen de toda institución de tipo partidista. Ahora, por lo que a nosotros se refiere en el momento actual, los partidos han sido substituidos directamente por la nación. Es la nación lo que, a partir del 11 de Septiembre, ha venido a aflorar al fin de cuentas en nuestro escenario político, y, por ello, la línea de conducta de nuestros actuales gobernantes puede muy bien ser calificada —según lo hemos hecho nosotros hace un momento— de *nacionalista*.

Todo lo que acabamos de decir nos lleva como de la mano al tema que ha inspirado este modesto trabajo, el

cual versará sobre la nación como fundamento imprescindible de toda actitud que quiera calificarse de nacionalista. Es que no podemos dejar de anotar un hecho que tal vez podría prestarse a todo género de confusiones, y es que pueden darse innumerables formas de nacionalismo, de entre las cuales no todas son ni tampoco podrían ser legítimas, porque tampoco pueden ser legítimas las formas variadísimas que ha adoptado el espíritu humano a lo largo de los siglos para considerar lo que es una nación. De nacionalistas han blasonado en mayor o menor grado todas las ideologías sociales y políticas, desde las más perfectas y mejor concordantes con las exigencias de nuestra personalidad humana hasta aquellas otras que, en nombre de doctrinarismos incalificables y siniestros, pretendían también trabajar en pro del adelanto de la nación que estaban encargadas de gobernar. Esta pluralidad e imprecisión de significados que llevan consigo tanto la realidad como el concepto de nación y de nacionalismo, a la vez que la necesidad consecuente de precisar su sentido en conformidad con nuestros valores auténticamente nacionales, es lo que ha influido en el giro infundido a este trabajo, como manera de acceder gustosos a la petición, amablemente formulada por nuestro querido amigo Enrique Campos Menéndez, de participar en este volumen consagrado al estudio de nuestros valores nacionales. Como es evidente que la idea que nos forjemos acerca del nacionalismo dependerá necesariamente de la que nos formemos acerca de la nación que le sirva de base, estudiaremos en rápidas pinceladas la esencia y las propiedades de la sociedad civil considerada en su entidad formal, a fin de procurar con ello un fundamento sólido y capaz de sobreponerse a cualquier objeción formulada en este sentido contra la gestión de quienes se hallan actualmente al frente de nuestros destinos nacionales.

Como este trabajo no va destinado a ningún grupo determinado de especialistas, sino al público culto en general, hemos preferido prescindir de todo género de tecnicismos y recurrir en cambio a la terminología que se usa en las manifestaciones corrientes de la vida. Es cier-

to que un vocabulario estrictamente técnico lleva consigo, en virtud de la precisión que le es connatural, la posibilidad de ahorrarnos muchas circunlocuciones para ir directamente al meollo del asunto. Sin embargo, creemos que la precisión y el rigor de los conceptos se pueden obtener perfectamente aun recurriendo a ciertos procedimientos expresivos más en consonancia con la vida diaria. Es éste el camino que sin vacilar hemos adoptado en estas páginas, sin que naturalmente se nos oculte que más de alguna vez tendremos que recurrir a alguno que otro vocablo estrictamente técnico. De todos modos, garantizamos que aquello no ocurrirá sino cuando no nos sea posible proceder de otra manera, y que, si llega la ocasión, no dejaremos de explicar suficientemente la significación de los términos empleados.

De esta suerte, comenzaremos por establecer la esencia o naturaleza de la nación, junto con sus propiedades específicas, para abordar en un segundo momento el análisis de los elementos que la componen. Una vez que hayamos dejado en claro todos estos factores podremos señalar las actitudes y líneas de conducta que, a nuestro juicio, deberán adoptarse para procurar el progreso, el engrandecimiento y la felicidad de la nación en que nos ha cabido la suerte de nacer.

I. LA NACION

La nación constituye para nosotros una realidad con la cual nos hallamos habitualmente tan familiarizados que, cuando llega la ocasión de tener que definirla, el primer impulso nuestro es manifestar de palabra la suma facilidad con que procedemos a definirla. Es que, cuál más, cuál menos, todos nos creemos al corriente de lo que es y de lo que significa una nación. Sin embargo, y por desgracia para nuestra presunción primigenia, las cosas no se presentan con tanta facilidad como creíamos. Aquello

mismo que al principio juzgábamos hacedero se va revelando más y más dificultoso de precisar en sus rasgos fundamentales, de suerte que a veces nos cuesta Dios y ayuda salir adelante con nuestro menester. No. La nación no es una realidad que se muestre muy proclive a dejarse definir, por el sencillo motivo de que, a diferencia de la inmensa mayoría de las realidades naturales y artificiales, no despliega de una vez por todas su realidad intrínseca, sino que la va manifestando paulatinamente y como por cuentagotas en el correr de los tiempos. Como decía don Juan Vázquez de Mella, el gran pensador tradicionalista español, la nación no constituye un *todo simultáneo,* sino un *todo sucesivo,* que, a diferencia de lo que le ocurre a la persona individual humana, se halla sometido *esencialmente* al discurrir temporal. Pensemos en que las restantes realidades de este mundo se hallan sujetas a toda clase de cambios, hasta el punto de que el conjunto de los que afectan a la persona humana constituyen nada menos que el punto de partida de la Historia, o, si la expresión resulta demasiado presuntuosa, la necesaria contribución a la estructura de la Historia. Porque el hecho de hallarnos sometidos a la Historia nos constituye en un reducto segregado de todo el resto de las creaturas, ya que los ángeles carecen de exigencias históricas *por carta de más,* mientras que los animales y demás creaturas infrarracionales la rechazan por lo que podríamos calificar como *carta de menos.*

De esta suerte, la condición histórica a que estamos sometidos en nuestra calidad de personas individuales no coincide exactamente con la condición de *todo sucesivo* que afecta a la nación. Bastará pensar para comprenderlo que la persona individual humana, aun cuando se halla sometida a las exigencias de la Historia, constituye desde el ángulo ontológico o esencial un *todo simultáneo.* La persona humana es ontológica e histórica a la vez, porque desde el punto de vista de su naturaleza se halla al margen del discurrir temporal, ya que cada uno de nosotros se manifiesta al llegar a la plenitud de su edad

exactamente el mismo que venía siendo desde el instante preciso de su concepción o de su nacimiento. Dicho en otras palabras, nuestra naturaleza de personas substanciales y subsistentes resulta *supratemporal*, mientras que la nación resulta, por su naturaleza misma, *intratemporal*. La diferencia no puede ser más patente. La persona individual se halla *esencialmente* fuera del tiempo, aun cuando se encuentre dentro de él *por sus manifestaciones*, mientras que la nación por su esencia misma no puede dejar de hallarse sumergida en lo más hondo del discurrir temporal. Dicho todavía de otro modo, si la nación es un todo sucesivo, la persona humana es un todo simultáneo que se halla sometido a las exigencias de la Historia.

De aquí es de donde proviene la dificultad de definirla. Ocurre con la nación exactamente lo mismo que con el tiempo. San Agustín decía refiriéndose al tiempo que, cuando se lo preguntaban, no lo sabía definir y que si no se lo preguntaban entonces podía definirlo. A pesar de las palabras agustinianas —que, en resumidas cuentas, habremos de considerar como una *boutade*—, nos es preciso emprender esta tarea porque constituye una razón *sine qua non* para poder desarrollar un nacionalismo sano y por lo mismo compatible con las leyes fundamentales de la persona humana, única manera de poder evadirnos de las garras o de la amenaza de los totalitarismos. El método más apto para conseguirlo consistirá en comparar la nación con la propia persona individual, porque si contemplamos la realidad nacional —cualquiera realidad nacional— en función de la persona individual humana, podremos descubrir que la persona colectiva nacional está como calcada, como estrictamente ajustada, a las personas racionales que constituyen su elemento integrante fundamental. Es esto precisamente lo que nos permite comprobar que, al igual que la persona individual, la nación consta de un alma y un cuerpo nacionales, y que el alma nacional es el principio configurativo y unificador de los elementos diversos y variados que constituyen el cuerpo que le es correlativo, tal como nuestra alma racional es lo que unifica y configura los diversos y variados

elementos que constituyen nuestro cuerpo individual. De esta manera, así como nuestra persona individual consta de toda una serie de elementos corporales integrantes perfectamente diferenciados entre sí —cabeza, manos, brazos, ojos, etc.—, la nación consta de toda una serie de elementos que le están subordinados y que le quedan integrados dentro de su entidad total. De entre estos variados elementos debemos insistir en el carácter fundamental de las personas individuales que la forman, las cuales de ordinario son calificadas de *ciudadanos* y que nosotros denominaremos, en gracia de la exactitud, *connacionales*, porque no estamos viviendo ahora en ninguno de esos organismos políticos de la Antigüedad grecorromana ni de los tiempos medievales y que se conocieron con la denominación de *ciudades-estados* —como Atenas, Esparta, Tebas, Megara, Egina, Tarento, Neapolis y la misma Roma de los comienzos, ni tampoco en las ciudades de la Liga Lombarda ni de la Liga Hanseática—, sino en naciones propiamente dichas. Y así como los ciudadanos eran los integrantes de una ciudad antigua o medieval, así también los integrantes de una nación deberán ser conocidos bajo el nombre de *connacionales*.

Hemos dicho, pues, que los connacionales constituyen el elemento integrante fundamental de la nación, y es por ello por lo cual los hemos situado en un primer lugar dentro de la enumeración que hemos emprendido de los elementos integrantes nacionales. Los connacionales son indudablemente el fundamento de la nación, pero, contra lo que creen casi sin excepción todos los espíritus que se han formado dentro de los cánones del liberalismo o de las doctrinas sedicentes democráticas, no son el componente *único*. Para comprenderlo debemos pensar que los que integran una nación no son entelequias ni consisten en puros entes de razón cuyo modo de ser no logra sobrepasar las fronteras de nuestra inteligencia, sino en individuos de carne y hueso, que han nacido en el seno de una familia, dentro de un determinado municipio y que además ejercen una profesión. Y es evidente que si los componentes nacionales son en definitiva los indivi-

duos existentes, serán también los mismos individuos, considerados no en su universalidad intramental sino en su concreción existencial, los que deberán entrar a formar parte integrante de un organismo nacional. La cosa cae por su peso. Es de esta precisa circunstancia de donde arranca la existencia de esa serie de sociedades subordinadas o subalternas que tanto vigor y brillantez política alcanzaron en los tiempos medievales y que se conocen bajo las denominaciones de *familia, municipio, región, gremios* y *corporaciones.* Volvemos a recordar a este propósito la semejanza establecida poco ha por nosotros entre la persona individual humana y las comunidades nacionales.

Pues bien, para guardar los fueros de la lógica y para fundamentarnos sobre la semejanza mencionada, estudiaremos en primer lugar el cuerpo nacional, para entrar en una segunda etapa a averiguar la índole de su principio animador y configurador. Comenzaremos por el cuerpo nacional, porque son los elementos corporales los que, dada su condición adjetiva y no substantiva, sostienen el alma de la nación. Porque la comparación entre el individuo humano y la nación no puede hacerse extensiva a todos los aspectos de cada una de estas realidades, ya que, de lo contrario, lo que existiría entre ambos no sería una semejanza sino una identidad.

1. EL CUERPO DE LA NACION. Las sociedades subalternas que integran o componen el cuerpo nacional están destinadas de por sí a mantenerse en una situación de perfecta autonomía en todo cuanto se refiere a su funcionamiento interno; es decir, en todo aquello que diga relación connatural con los objetivos a que cada una de ellas se encuentra encaminada. De esta suerte, el hecho mismo de pasar a formar parte de alguna sociedad civil en calidad de elementos integrantes suyos no puede ni debe significarle a ninguna de ellas experimentar el más mínimo detrimento en su entidad social ni en ninguna de sus actividades específicas. En esta afirmación debemos ver una aplicación concreta de aquel *principio de subsi-*

diaridad de que tan elocuentemente han hablado los últimos Pontífices romanos, en especial León XIII, San Pío X, Pío XI, Pío XII y Juan XXIII, y que se funda en la estructura misma del individuo racional humano. Contra el sentir corriente entre las personas que carecen de buena información acerca de estos problemas, las sociedades subalternas no sólo no pueden ni deben sufrir detrimento alguno en su entidad al pasar a integrar una sociedad nacional, sino incluso deberán quedar enriquecidas y ennoblecidas en su precisa condición de sociedades subalternas. Nadie puede negar, verbigracia, que una familia perteneciente a un municipio medieval o a cualquiera de las naciones de la Edad Media o de nuestra época moderna se ve extraordinariamente realzada a la vez que resulta superior a la de uno cualquiera de los tantos jeques beduinos que peregrinan por las estepas semidesérticas del Oriente Medio. Como tampoco puede desconocerse que cualquiera de los municipios españoles de las monarquías peninsulares medievales o de la España imperial de Carlos I y Felipe II ofrecían un aspecto o naturaleza también incomparablemente más perfecta que cualquiera de aquellas innumerables ciudades-estados de la Antigüedad grecorromana. Un proceso absolutamente similar experimentaron también, verbigracia, las innumerables estatuas con que se halla decorada la fachada de la catedral de Reims. Y si a alguien se le ocurriera —como se le ha venido a la mente a más de alguno— formularnos la objeción de que no estamos tratando ahora de realidades consistentes, sino de simples quimeras o utopías, les responderemos que el proceso integrador de que estamos hablando se desarrolló efectivamente en el curso de la Historia, como lo atestiguan —sin ir más lejos y para no multiplicar indefinidamente los ejemplos— las ciudades del norte de Italia que constituyeron la Liga Lombarda en tiempos del sacro emperador Federico Barbarroja o las ciudades de Germania medieval y regiones adyacentes que se unieron entre sí para dar nacimiento a la Liga Hanseática. Y es a todas luces evidente que ninguno de los organismos políticos integrados en las dos Li-

gas famosísimas habría podido obtener, entregado a sus solas fuerzas ciudadanas, los resultados que consiguieron en virtud del proceso integrador a que libremente quisieron someterse.

Sin embargo, junto con dejar constancia de que la integración de los consorcios subalternos en el seno de algún organismo político que les sea trascendente no puede significarles de suyo el más mínimo perjuicio, sino que, al contrario, les permite progresar y ennoblecerse, deberemos destacar asimismo, por otra parte, que semejante integración no le concede al Estado beneficiario ninguna facultad para entrometerse en la vida misma que les es peculiar a aquéllos en su calidad de consorcios subalternos. Es que no debemos olvidar que semejantes sociedades, a pesar de su condición subordinada, no han nacido a la vida sociopolítica porque sí, sin razón alguna que las justifique en su existencia y en su funcionamiento, ya que en este caso no pasarían de significar otros tantos absurdos o quimeras desprovistas de razón de ser. Y esto naturalmente es inaceptable... Es por tal motivo por el cual la autonomía de los consorcios subalternos ha fraguado en la universalidad del principio de subsidiaridad. Y es evidente que en este punto no basta con conservar las apariencias, sino que se requerirá ante todo mantener vigente la realidad misma de las cosas. Un Estado o poder político que mantenga en vigor los consorcios subalternos únicamente porque así cree servir a ciertos intereses que nada tienen que ver con su bien auténtico, y que se reserva a la vez la facultad de conservarlos o destruirlos según su beneplácito, ofrecerá tarde o temprano los caracteres de un Estado totalitario. No es de simples apariencias como puede nutrirse la vida individual ni la vida colectiva de los connacionales, sino de realidades efectivas. Una cosa es la *vida interna* de una sociedad subalterna y otra muy distinta lo que podríamos denominar sus *valores de relación,* del mismo modo que una cosa son las cualidades escultóricas de una estatua y otra muy distinta las que la hagan apta, llegada la ocasión, para integrar dignamente la fachada maravillosa de la catedral de

Reims. Y a propósito de esto, recordamos cuán atinado se mostró Felipe II al rechazar los cuadros del Greco para figurar en la basílica de San Lorenzo de El Escorial, porque el gran pintor no sintonizaba, en su expresionismo desenfrenado, con el barroco arquitectónico del gran templo escurialense.

De esta suerte, conservando los consorcios mencionados su autonomía interna y la facultad de disponer de la propia entidad según su beneplácito, la constitución de una sociedad civil medieval ofrecía una fisonomía de una complejidad mucho mayor que nuestras naciones de hoy en día. Actualmente la única realidad existente en una nación está constituida por el conjunto de personas denominadas, en expresión lamentablemente inexacta, *ciudadanos.* En cambio, todas las instituciones políticas subalternas que en nuestras naciones denominadas *democráticas* han sobrevivido a la invasión de la nación por parte del Estado, constituyen un remedo grotesco de la autonomía que mantuvieron dichas instituciones durante los tiempos medievales, así como en la España del sacro emperador Carlos I y de Felipe II. Si arrojamos, en efecto, una mirada sobre nuestras naciones contemporáneas, o, para concretar más aún el problema, sobre nuestra República de Chile, comprobaremos sin mayor dificultad, y con tal que sepamos abrir bien los ojos y mirar lo que de puro cercano está casi comiéndonos a nosotros mismos, que todas las sociedades de variada índole existentes sobre nuestro suelo dependen del Estado, tanto en su funcionamiento como incluso en su propia existencia. La historia de nuestra patria lo está abonando a partir de tiempos bastante anteriores a los acontecimientos de nuestra Independencia nacional, o, para ser más exactos, desde finales del siglo XVII, en que reinaban en España y su Imperio Americano los dos últimos Habsburgos, que fueron Felipe IV y Carlos II. Nosotros mismos hemos presenciado las arbitrariedades increíbles cometidas de modo grosero e impúdico por los nefastos seudogobernantes de la malhadada Unidad Popular. Es cierto; pero también hemos podido presenciar por nuestra propia cuenta, o ente-

rarnos de acuerdo con las informaciones proporcionadas por la historiografía de nuestra patria, cómo el poder público chileno llegó a intervenir en la familia mediante la institución del llamado matrimonio civil y de los cementerios laicos; cómo impidió la existencia de las organizaciones gremiales hasta el punto de substituirlas por el remedo y la caricatura que significó para un sano y consecuente gremialismo la nefasta confederación única de trabajadores de Chile; cómo reaccionó contra los fueros y la autonomía de los municipios mediante la supresión práctica de la comuna autónoma, y, anteriormente, haciendo depender el ejercicio del poder municipal de la voluntad del poder político, y, en fin, cómo hizo de los intendentes provinciales unos puros y simples funcionarios delegados del Presidente de la República. No. En Chile no ha existido nunca de hecho ninguna institución que no haya dependido, en lo atingente a su existencia y a su funcionamiento, en mayor o menor grado de la influencia del Estado. Lo cual significa por el hecho mismo que tampoco se ha dado en nuestra patria sociedad alguna subalterna que haya podido con justicia ser calificada de tal. Lo que sí ha existido siempre —incluso desde el advenimiento de los Borbones en España— han sido simples delegaciones del poder central en el orden político, simples asociaciones que han nacido con el visto bueno del Estado y que gracias a él se han mantenido en la existencia.

De esta manera, deberán existir dentro del Estado no sólo de nombre sino efectivamente toda una amplia gama de sociedades subalternas que pueden ser tanto de índole existencial como de naturaleza funcional u operativa. Las que pertenecen a la primera clase son la familia, el municipio y la región, mientras que las que representan a la clase profesional u operativa son los gremios y corporaciones en el sentido amplísimo de la palabra, o, todavía, lo que los tradicionalistas españoles denominan los *estamentos sociales*. Dentro de esta última categoría podrían figurar en nuestra patria, además de los gremios propiamente dichos, los colegios profesionales de ingenieros, médicos, odontólogos, etc.; los sindicatos de la agri-

cultura, en cuyo número entraría también a contarse por derecho propio la Sociedad Nacional de Agricultura junto con otras instituciones similares; las organizaciones de industriales y comerciantes, tales como la Sociedad de Fomento Fabril, la Confederación de la Industria y el Comercio, las Cámaras de Comercio, etc., y, en fin, las Fuerzas Armadas, el Clero y todas las instituciones similares. De manera que cuando se habla de los gremios debe concedérsele a la palabra un significado mucho más amplio que el que se le atribuye de ordinario gracias al influjo pervertidor de la lucha de clases. Y es evidente que la lucha de clases en sí considerada, así como el resultado que teóricamente se persigue por medio de ella, es decir, la supresión misma de las clases, debe ser considerada en su totalidad como una pura y simple abominación. Hoy día, en que se esgrimen diversos tipos de argumentos —cada cual más estúpido— contra la existencia misma de las clases sociales, estamos obligados gravemente a proclamar la obligatoriedad y la imprescindibilidad de su existencia. La cuestión es que al concepto de *clase social* se le conceda una significación *cualitativa* o funcional, y no una acepción económica o meramente *crematística*, como se suele hacer hoy día, contrariando declaradamente las indicaciones expresas de Pío XI en la *Quadragesimo Anno*. Las clases sociales no podrán faltar nunca en ninguna sociedad civil bien organizada, y si se las suprime en nombre de quién sabe qué propósitos inconfesables, se corre gravemente el riesgo de suprimir la propia nacionalidad.

Del mismo modo que los gremios y demás organizaciones similares son absolutamente necesarios para la marcha correcta de una nación contemporánea, con tanto mayor motivo cuanto que el volumen demográfico y crematístico resulta en esta última de mayor volumen y complejidad, también le son necesarios la familia, el municipio y, en un grado menor, la región.

Es evidente, en efecto, que la sociedad familiar constituye el fundamento necesario de todo organismo político, como lo comprueba el hecho de que aquellas mismas

sociedades civiles que procuraron un momento aniquilarla han vuelto sobre sus pasos, aun cuando esta especie de arrepentimiento no haya obedecido a razones profundas, sino simplemente a que han visto que, de otra manera, terminaría el Estado por derrumbarse. Por desgracia, para ellas, las naciones occidentales no han aprendido todavía la lección. El espíritu revolucionario encaminó sus esfuerzos en primer término contra la familia, como lo hicieron aquí en Chile los liberales y posteriormente los marxistas. Sin embargo, el hecho sintomático por excelencia del espíritu de la Revolución coincidió con la supresión de los gremios en nombre de una mal entendida libertad de trabajo, efectuada por esos tarados mentales que fueron los revolucionarios franceses de 1789. Tal vez pudiera objetarse con apariencias de razón que los gremios habían terminado por convertirse en los peores instrumentos de monopolio, y tendremos que confesar que en ello hay cierta parte de razón. Pero también debemos decir a nuestra vez que la solución no pudo consistir nunca en *suprimir* los gremios, sino en *revalorizarlos,* enmendándolos en su funcionamiento y corrigiendo sus defectos. Tal vez fueron los gremios —por su carácter menos ostensible que el de la familia como organismo de derecho natural— las primeras víctimas del espíritu revolucionario, pero no fueron las últimas, porque más tarde le llegó su turno a la propia sociedad familiar mediante la institución del matrimonio civil, con lo cual el Estado invadió ciertos dominios que le estaban vedados y que no le habrían podido pertenecer jamás. Por último, le correspondió sufrir los embates estatales a la *región,* venerable organismo social funestamente suplantado en las naciones modernas y contemporáneas por lo que se conoce bajo el nombre de *provincia* y que ha constituido por su propio calificativo una copia desafortunada de lo que denominaron *provincia* los romanos, la cual, comenzando a significar en un primer momento el poder ejercido por el funcionario militar que se había enseñoreado de cierto territorio, terminó por aplicarse al propio territorio conquistado y sometido a la Re-

pública Romana. Efectivamente, en Chile la provincia ha constituido siempre —como lo acabamos de recordar— una simple proyección del poder central de la nación, de suerte que en los primeros tiempos de la República los intendentes estaban facultados para usar en las ceremonias oficiales la banda presidencial.

Pues bien, la antítesis irreducible que existe entre una sociedad civil positivista —sea liberal o marxista-leninista— y otra concebida según el modo tradicional radica, por una parte, en la dependencia que afecta en el primer caso a todo consorcio subalterno respecto del Estado y, por la otra, en la autonomía que mantiene respecto de él dentro de la nación tradicional. En este caso, las diferencias más notables a primera vista no pasan de ser superficiales, mientras que las que son verdaderamente dignas de considerarse casi no logran aflorar a la superficie de las cosas. Las sociedades civiles modernas se caracterizan por el desconocimiento en que se han hallado siempre sus gobernantes respecto de las exigencias del derecho natural, porque aun en el caso de observarlas lo hacen sin darse mayor cuenta del asunto. En este punto la disyuntiva no puede ser más tajante: o se reconoce el derecho natural como lo hicieron las naciones medievales o se prescinde de sus exigencias, como lo están llevando a cabo las naciones modernas. *Non datur tertium.* La antítesis efectiva no se da así entre las sociedades civiles liberales y las de tipo marxista, sino entre todas éstas por igual respecto de la sociedad civil tradicional. Tal vez esta afirmación no se haya oído enunciar muy a menudo entre nosotros, pero esta circunstancia, lejos de constituir un motivo para evitar su formulación, deberá significarnos un acicate para proclamarla *opportune et importune,* como dice San Pablo. De esta suerte, la nación o sociedad civil tradicional ofreció en el decurso de su existencia una fisonomía completamente diversa de la que manifiestan las naciones demoliberales o marxista-leninistas de la época actual.

Naturalmente, la diferencia fisonómica entre ambas especies de naciones no constituye ningún artificio arbitrario de la mente, sino que obedece de modo exacto y riguroso a la diversidad de los respectivos principios inspiradores.

La nación constituye en el pensamiento católico tradicional una resultante del ejercicio del derecho natural; es decir, de aquel conjunto de exigencias y obligaciones provenientes de modo directo de la esencia misma racional de la persona humana mirada con anterioridad a la circunstancia de formar parte de una sociedad civil determinada. En esta perspectiva es indudable que existen ciertos derechos a la vez que variadas obligaciones que les son correlativas, anteriores unos y otras por igual a la existencia del Estado. No es por el hecho de formar parte de una nación determinada por lo que la persona humana disfruta de la facultad inalienable de dialogar con Dios y ser así sujeto de la virtud de *religión* —sin prejuzgar si esta religión haya de ser natural o sobrenatural—, sino por su condición misma de sujeto dotado de inteligencia y libertad. Es también por idéntico motivo por lo cual posee asimismo la facultad de constituir una familia o de practicar una profesión o actividad determinada. Y con prioridad a esta última faceta, es también en su condición de persona racional y libre como ha entrado a formar parte de un municipio, puesto que, lo quiera o no lo quiera, toda persona humana está localizada por el hecho mismo de constar de un cuerpo orgánico. No existe ningún Estado ni poder civil alguno que haya podido determinar ninguna de las circunstancias apuntadas, sino que, todas ellas son, al contrario, la resultante de un conjunto de hechos previos y trascendentes a toda especie de poder político. Abundando en este sentido, podemos destacar cómo el curso mismo de la Historia nos ha ido demostrando desde los remotos tiempos de la Antigüedad grecorromana y púnico-cartaginesa —por no mencionar sino los casos más destacados— cómo las personas humanas supieron infundir un soplo de vida a esos organismos sociopolíticos que fueron las ciudades-estados, sin que por ello no

obstante alcanzaran hasta niveles propiamente nacionales. Por otra parte, y según lo saben perfectamente los espíritus cultivados, la Hélade antigua fue considerada siempre por sus pobladores como una sola nación, sin que consiguieran éstos, a pesar de todo, hacer fraguar aquellos organismos políticos cuantitativamente minúsculos en un Estado fuerte y bien organizado. La prueba está en que, con ocasión de la invasión de Grecia por los emperadores Aqueménidas en las Guerras Médicas, hubo varios estados municipales griegos que pactaron alianzas con el invasor, entre los cuales figuró nada menos que la ciudad que, en tiempos muy posteriores, tras haber establecido su dominación sobre toda la Beocia y luego de haber destruido la supremacía de Esparta, consolidó su dominio sobre la Hélade, y que fue la Tebas de Pelópidas y Epaminondas. De esta suerte los antiguos griegos fueron *ciudadanos* en el sentido más estricto de la palabra, pero no llegaron nunca a ser *connacionales*. Y es también un hecho que las mismas ciudades-estados que dirigieron la resistencia contra los Aqueménidas, es decir, Esparta al frente de la Sinmaquia del Peloponeso y Atenas capitaneando la Liga de Delos, asumieron la tarea de castigar la actitud de Tebas y de las ciudades de Tesalia, y es evidente que ninguna de ellas habría considerado esa actitud como una traición contra los intereses sagrados de la Hélade si no hubieran concebido a la propia Hélade como una sola y única nación...

Volviendo ahora a nuestro tema, debemos sostener que la nación tradicional surge en el escenario de los valores formalmente políticos en virtud del ya mencionado derecho natural, y entiéndase que, al referirnos a los valores políticos, concedemos al calificativo de *político* su gran significado aristotélico-tomista, contraponiéndolo al que se le atribuye de ordinario y que lo identifica con la *politiquería*. En realidad, si bien se piensa, la observancia y el reconocimiento del derecho natural es lo único que puede permitir la permanencia o pervivencia de los valores individuales y concretos del hombre existencial, porque son también los derechos y obligaciones provenientes

de inmediato de la propia esencia o naturaleza humana los que van diversificando las personas entre sí. Es evidente, en efecto, que todos los seres humanos coincidimos en hallarnos inscritos en el ámbito específico de los animales racionales, lo cual quiere decir que, considerados en la perspectiva de nuestra naturaleza —pero en esta sola perspectiva—, las personas humanas somos todas idénticas. En cambio, si nos contemplamos a nosotros mismos en la esfera de la individualidad, la diversificación entre nosotros salta a la vista de tal modo que no encontraremos ni podremos encontrar jamás dos personas iguales entre sí... Por esto es preciso entender rectamente la igualdad entre los hombres y no sacarla de quicio aplicándola a terrenos en que no puede tener aplicación. Por ello es por lo cual debemos sostener, en conformidad con la realidad misma de los hechos, que la identidad entre los hombres constituye una abstracción, un puro *ente de razón* incapaz de cobrar consistencia fuera de los límites de nuestra mente. De esta suerte, la identidad entre los hombres constituye lo que en la Edad Media recibió la denominación de *universales,* los cuales, en su precisa condición de *universales,* sólo pueden existir dentro de los límites de la mente humana, sin posibilidad alguna de existencia extramental. Realmente vendría muy a punto cierta consideración más o menos detenida de esta gran verdad.

De este modo, el pensamiento político tradicional, siguiendo rigurosa y fielmente las huellas de Aristóteles y Santo Tomás, no ha erigido nunca las meras abstracciones en realidades extramentales, sino que les ha conservado su carácter estrictamente *intramental,* al revés de lo que han estatuido los democratismos liberales y marxista-leninistas, radicados respectivamente en los idealismos cartesiano y hegeliano. El hombre abstracto es evidentemente idéntico en todos los individuos humanos, pero el hombre abstracto no es sino eso, una mera abstracción y no una realidad. La realidad nos dice una cosa muy distinta acerca de este uniformismo arbitrario y demoledor, y es que todos los hombres corrientes y molientes —es

decir, los entes humanos existentes— son desiguales entre sí, tanto por sus cualidades innatas como por el ejercicio mismo de sus actividades, hasta el extremo de que no sólo no son iguales entre sí, sino que tampoco podrán serlo jamás... El erigir las meras abstracciones en otras tantas realidades consistentes y existentes ha sido siempre el tremendo espejismo por cuyos reflejos han sido engañados los idealistas de todos los matices, comenzando por el primero y más grande de todos ellos: Platón el Divino. Por eso decía Ortega —en uno de sus rarísimos aciertos ontológicos— que lo importante no es tanto no tratar desigualmente a los iguales, sino no tratar igualmente a los desiguales, y es por eso mismo por lo cual afirmaba donosamente Enrique Jardiel Poncela que todos los hombres son iguales, pero que hay unos más iguales que otros... Desde el momento en que la política no puede estructurarse sobre la base de abstracciones, sino de *hombres de carne y hueso* —para recurrir a la sabrosa expresión unamuniana—, tendrá por el hecho mismo que construirse con hombres desiguales entre sí, y de este modo todo el que quiera edificar o conservar vigente una nación sobre la base de la igualdad absoluta entre los hombres, sólo logrará levantar un edificio político apriorístico, y, por lo mismo, sin fundamento alguno en la realidad misma de las cosas.

Naturalmente, más de alguno habrá de preguntarse por las relaciones que puedan existir entre la igualdad o desigualdad de los hombres entre sí y la efectividad o no efectividad del derecho natural. Sin embargo, esa relación existe, y existe con una vigencia indestructible. La igualdad entre los hombres sólo puede sostenerse en lo que atañe a la situación de todos ellos ante las exigencias de las leyes, pero no en los restantes campos en que van desarrollándose las actividades humanas. Por consiguiente, si se les proclama a todos iguales entre sí tendremos que negar por el hecho mismo —consciente o inconscientemente, se quiera o no se quiera— la existencia del derecho natural y reducirnos así a la sola vigencia del derecho positivo, o sea, del derecho proveniente de las solas leyes

dictadas y promulgadas por los hombres. En cambio, si cada una de las esencias individuales humanas se manifiesta como irreduciblemente desigual de las restantes, sólo podrá tomar nota de esa desigualdad el derecho natural, o sea, el derecho dimanante directamente de nuestra naturaleza personal. Pero para arrojar mayor luz sobre el problema, pensemos en que Dios es el único ser que puede provocar desigualdades entre nosotros, porque también es el único que nos ha creado o nos está creando, mientras que, respecto del Estado, todos somos absolutamente independientes en lo que se refiere a nuestra misma existencia. De esta suerte, las desigualdades pueden perfectamente arrancar de la acción creadora de Dios, porque los motivos que la animan tendrán siempre que ser dignos de su santidad y de su sabiduría infinitas, al paso que el Estado, por muy alta que sea su calidad, no puede invocar ningún motivo que sea inaccesible a las investigaciones de nuestra inteligencia. Por ser infinito su entendimiento, Dios no puede producir en serie, mientras que cualquier desigualdad provocada por el Estado ofrecería inevitablemente ciertos regustos de arbitrariedad y de apriorismos...

En otras palabras, ninguna entidad desprovista de facultades creadoras puede arrogarse ningún poder de decretar eficazmente ninguna desigualdad entre los hombres, porque se atribuiría entonces sobre ellos ciertos derechos de que carece en absoluto. Lo único que le es accesible al Estado en semejante coyuntura es simplemente tomar nota de las desigualdades que ya existen, pero no provocar ninguna otra. Ahora bien, desde el momento mismo en que reconozcamos que una realidad o una causalidad cualquiera se nos manifiesta trascendente respecto del Estado, caeremos inevitablemente dentro del ámbito del derecho natural, y ya sabemos que si este tipo de derecho proviene en instancia próxima de la propia naturaleza o esencia de la persona humana, en instancia última arranca del mismo Dios. De esta manera, tanto el igualitarismo de estirpe liberal como el seudoigualitarismo de etiqueta marxista-leninista implican inevitable-

mente la negación y el rechazo del derecho natural. Es esto lo que supone la correlación, por una parte, de los conceptos de *derecho natural como fundamento imprescindible de todo derecho positivo*, de *desigualdad entre los hombres* y de *hombre concreto y existente*, y, por la otra, de los conceptos de *derecho exclusivamente positivo*, de *igualitarismo demagógico* y de *hombre abstracto*. En esto consiste, a nuestro juicio, la razón fundamental por la cual los estados modernos inspirados en el pensamiento idealista cartesiano o hegeliano —calificativos que, por lo demás, designan dos puros momentos de una sola y misma actitud fundamental— ofrecen inevitable e invariablemente ciertos y determinados rasgos de arbitrariedad y de violencia, aun cuando ninguno de ellos se manifieste de ordinario en toda su agresividad. Por ello es también por lo cual los Estados modernos se hallan sujetos a crisis periódicas, y en las que, si resultan de desigual gravedad, se muestran absolutamente refractarios para poderlas remediar de manera radical. Y en este punto, como en tantos otros, el curso de la Historia no ha hecho sino confirmar nuestro presente modo de pensar.

De esta suerte, el reconocimiento de la existencia de un derecho natural constituye el único modo de cerrar la puerta de frentón a cualquier veleidad de tipo más o menos declaradamente totalitario. Porque es evidente que si la persona humana, con anterioridad a la circunstancia de formar parte de una sociedad civil determinada, posee ya todo un conjunto de derechos o facultades provenientes de inmediato y de modo directo de su propia condición racional, es imposible que se vea sometida más allá de sus facultades por ninguna laya de poder civil. Es que la existencia del derecho natural lleva anexa para la persona humana la facultad de formar parte de ciertas y determinadas sociedades subalternas, tales como la familia, el municipio, la región y los gremios o corporaciones. Ninguno de estos tipos de consorcios subordinados obedece en su existencia ni en su estructuración intrínseca al influjo determinante del Estado. Lo único que puede llevar a cabo el Estado por función connatural es regular dichos

consorcios en sus actividades según lo expondremos más adelante cuando estudiemos el alma de la nación. Pero debemos tener presente desde ahora que el hecho de *regular* un conjunto de sociedades no puede identificarse nunca con el de *crearlas,* o el de *mantenerlas creativamente en la existencia.* Así las personas o individuos humanos pueden perfectamente, porque está dentro de sus facultades naturales e inalienables, integrar diversos tipos de sociedades subordinadas sin que el Estado se entrometa en el funcionamiento interno de ninguna de ellas, según hemos recordado más atrás. Además, y en consecuencia, en virtud del derecho natural de asociación —que, en su condición de natural, no debe ser desconocido jamás por el poder civil—, las personas humanas pueden agruparse en nombre del ejercicio de una misma profesión o actividad, del mismo modo que, con anterioridad, pueden y deben agruparse en nombre de haber venido al mundo en una misma localidad, y, anteriomente aún, por el hecho de pertenecer a una misma familia.

De esta manera, el cuerpo de la nación tradicional podía ofrecer, llegada la ocasión, una resistencia eficaz y solidísima a los posibles embates de cualquier poder civil demasiado proclive a excederse en sus atribuciones connaturales y a absorber en un mal entendido provecho propio todas las actividades nacionales. Porque es un hecho que llama poderosamente la atención —sobre todo a quienes nos hemos entregado en nuestros escasos ratos de ocio a la fascinación de la lectura de la Historia— la escasa resistencia que han presentado casi siempre los pueblos de nuestros días a las arbitrariedades de un poder político siniestramente hipertrofiado. Lo que está ocurriendo a diario en las naciones comunistas lo demuestra con desoladora uniformidad. Los que las dominan constituyen en cada una de ellas una ínfima minoría que se halla poderosamente organizada y disciplinada. Y algo semejante podríamos afirmar también de las naciones demoliberales, en las cuales el principio político dominante reside en grupos cuantitativamente pequeñísimos que responden a la denominación de *partidos políticos,*

con la diferencia, sin embargo, en favor de estas últimas que el liberalismo permite respirar y ofrecer en consecuencia mayores posibilidades de resistencia, cuando el marxismo-leninismo no atina sino a establecer, dondequiera que domina, la más execrable tiranía. Pero, en fin, en ambos casos la desproporción entre las posibilidades intrínsecas de resistencia por parte de los gobernados y la que de hecho han ofrecido cuando se ha presentado la ocasión, está demostrando con elocuencia abrumadora que algo está fallando en las estructuras nacionales de hoy en día. Tres años enteros costó en Chile expulsar a los marxistas del Gobierno, y eso porque las Fuerzas Armadas comprendieron perfectamente su deber y se mostraron a la altura de su misión, y sabemos cómo esta misión nobilísima debe mostrarse tan antiliberal como antimarxista y antitotalitaria. Sin embargo, debemos destacar que el caso chileno ha sido excepcional, porque si volvemos nuestras miradas a la Alemania nazi y a la Rusia comunista, veremos cómo en ambas naciones el partido gobernante dio cuenta fácil de las fuerzas armadas con que tuvo que enfrentarse. Y en la Italia fascista las fuerzas armadas nacionales sólo pudieron dar cuenta del fascismo después de veinte años en que este último dispuso más o menos a su arbitrio de todos los resortes del poder.

Todos los casos mencionados nos están demostrando que los adversarios que se enfrentan son, por una parte, una *minoría disciplinada y poderosamente organizada,* y, por la otra, no un *pueblo organizado* sino una *plebe pulverizada.* El remedio, por consiguiente, está a la vista y lo único que procede es resolvernos a emplearlo en la medida de nuestras posibilidades. Es decir que a la organización absolutamente necesaria y máximamente conveniente del poder político —porque todo poder político deberá siempre hallarse organizado—, tendrá que responder una organización similarmente poderosa de los gobernados, y esto por supuesto con espíritu de concordia y armonía, no con vistas a ninguna polémica. Esta organización *popular y no plebeya* —o, más bien, la facultad inalienable de poder llevarla a cabo— es lo que se co-

noce en el pensamiento político tradicional con el nombre de *soberanía social*, en correlación con la del poder público, que recibe el de *soberanía política*. Por ello hemos comprobado con íntima satisfacción cómo nuestros actuales gobernantes tienen ya *in mente* la distinción entre ambos tipos de soberanía, ya que tal ha de ser el giro que se imprima en este punto a la nueva Constitución Política de nuestra nación. Y es precisamente en estos organismos o en este conjunto de organismos donde estriba el antídoto más eficaz contra las posibles extralimitaciones del poder político, y no en el recurso un tanto ridículo excogitado por los pensadores liberales consistente en el fraccionamiento del poder público y su resolución en los tres archiconsabidos órganos legislativo, ejecutivo y judicial. No han llegado a advertir los teorizantes liberales como tampoco sus discípulos que los tres seudopoderes públicos del liberalismo no son sino *tres funciones comunes al ejercicio de cualquier poder*. Por ello el ya citado don Juan Vázquez de Mella proclamaba que incluso el individuo humano posee su propio poder legislativo en su inteligencia, el poder ejecutivo en su voluntad y el poder judicial en su propia conciencia... De esta circunstancia deducía, en lógica consecuencia, que no se trata en este caso de *tres poderes diferenciadores*, sino de *tres funciones comunes y diferenciadas* según su punto de inserción en el ámbito del individuo o en el de la colectividad social. Por ello los denominados tres poderes no deberían nunca constituir un patrimonio exclusivo del poder público, sino figurar como elementos inherentes a toda la jerarquía de poderes sociales, que son el familiar, el municipal, el regional y el corporativo o gremial.

2. EL ALMA DE LA NACION. Después de haber analizado con la brevedad que el caso nos imponía, en primer lugar los elementos del cuerpo de la nación, luego el principio en que dicha diversidad se inspira, y, en fin, la situación que ocupan frente al poder político, cumple averiguar ahora cuál sea el principio vital o unificador de esa pluralidad, o, en otras palabras, el influjo suficiente-

mente capaz de hacer de todos estos organismos subordinados o subalternos ese todo coherente, vigoroso y dotado de unidad que recibe el nombre de *nación*. Tan urgente resulta esta parte de nuestro estudio, que si no fuera por este principio cuyo estudio comenzamos ahora, la pluralidad de los consorcios no podría superar la etapa rudimentaria de una mera aglomeración carente de toda forma capaz de proyectarla a nivel político. Pensemos en que una cosa es un simple conglomerado de municipios o ciudades-estados y otra muy distinta una nación con todas las de la ley. No es posible lograr ningún tipo de unidad sino con la intervención de algún principio capaz de unificar, porque tampoco puede darse ninguna realidad desprovista de su correspondiente *razón de ser*. Tanto es así que, si volvemos nuestras miradas al mundo de la naturaleza, nos encontraremos desde un primer momento con el fenómeno de que, a medida que se enriquece la organización material de las creaturas, más perfecto se va manifestando también en cada una de ellas el principio de unidad. De esta suerte, el principio vital de los animales se muestra de una complejidad y riqueza mucho mayores que el de los diversos vegetales, y éste, a su vez, más que el de la materia privada de vitalidad. Es natural, porque cuanto mayores fueren la complejidad y riqueza de los elementos llamados a unificarse, mayores habrán de ser correlativamente las dificultades que deben superarse en el proceso unificador, y mayores también, al fin de cuentas, las posibilidades y fuerzas intrínsecas del principio unificador. Tan evidente resulta esta doctrina, que no vale la pena seguir insistiendo en ella.

Para comprender en toda su importancia y profundidad las funciones del principio configurativo o alma de la nación, es preciso dejar establecido previamente un punto de doctrina general, que es el siguiente: cada sociedad superior deberá proceder a la unificación de todas aquellas sociedades inferiores destinadas a integrarla, exactamente de la misma manera que el alma racional reduce a una perfecta unidad todos los órganos de nuestro cuerpo. Es lo que llevó a efecto el municipio tradicio-

nal —tanto en la Antigüedad grecorromana como en los tiempos de la Edad Media— con las sociedades familiares que debían integrarlo, tal como lo podemos comprobar también en los tiempos del Renacimiento y el Barroco de la España imperial. Pero no olvidemos que, en aquellos tiempos de pensamiento recto y bien fundamentado, la integración no tuvo nunca nada que ver con ningún proceso de absorción que la sociedad civil hubiera realizado con las sociedades subalternas. Tan es así que, cuando surgen las dificultades prolongadas entre el reino de León y el recién nacido condado de Castilla, los castellanos representan frente a la monarquía leonesa la reacción auténticamente democrática frente a un poder monárquico que conservaba todavía demasiados resabios un tanto paganizantes de la antigua institución monárquica de los visigodos. En este punto fue Castilla quien se impuso, y fue por este motivo por el cual pudo presidir más tarde con dignidad inconfundible la unificación de esas monarquías regionales que confluyeron en el gran Reino de Fernando V e Isabel I, los Reyes Católicos. De esta manera el alma nacional deberá moverse y actuar con exquisita discreción entre dos extremos igualmente deplorables que son el de absorber los organismos en trance de unificación, o, al contrario, el de abandonarlos a su primigenia pluralidad. En el primer caso hará su aparición el totalitarismo en sus manifestaciones más diversas, mientras que en el segundo lo que se hará presente serán los extremos lógicos, pero no reconocidos como tales, del liberalismo.

De esta suerte —y conviene todavía seguir insistiendo unos instantes en este controvertido punto de doctrina—, ocurre con la nación exactamente lo mismo que con el principio animador de la persona individual. Es un hecho a todas luces evidente que el alma humana, lejos de obstaculizar el desarrollo connatural de cada uno de los órganos corporales por ella vivificados, los causa y los mantiene en lo que son, sin identificar a ninguno de ellos con los otros ni tampoco procediendo a substituciones que, además de infundadas, resultan imposibles de

por sí. La cabeza continúa siendo cabeza y distinguiéndose por lo mismo de los brazos y las piernas, del mismo modo que los ojos se distinguen de los oídos. Irreducibles como son entre sí y rebeldes por lo mismo a cualquier intento de fusionar los unos con los otros, todos ellos se encuentran a la vez vivificados exactamente por la misma alma racional. Esta, por su parte, los respeta en su entidad connatural, brindándoles, sin embargo, de esta suerte ciertas condiciones de existencia claramente superiores a los de los animales infrarracionales o meramente sensitivos. Así los sentidos humanos serán tal vez menos agudos que los de los animales que les son correspondientes, pero a pesar de todo se muestran en definitiva más perfectos. Los ojos humanos continúan siendo ojos a pesar de no hallarse vivificados por un alma meramente sensitiva, sino por un alma racional, y, sin embargo, experimentan respecto de los que son patrimonio de los animales irracionales un perfeccionamiento imposible de desconocer. La mirada de un águila resulta más aguda que la de una persona humana, pero se muestra incapaz de apreciar la riqueza cromática, verbigracia, de *La rendición de Breda* velazqueña, *et sic de caeteris*. Por ello creemos que el mejor remedio natural para evitarnos los múltiples errores del liberalismo o del totalitarismo consistirá en referir siempre la esencia y la índole del principio animador de la nación a las funciones vivificadoras del alma individual humana. Porque la sociedad civil se ordena de suyo al bien de la persona individual.

Así como el alma humana no produce detrimento alguno en los órganos corporales por ella vivificados, sino que, al contrario, les infunde una vida que en cierto sentido podría calificarse de *racional* —ya que perfecciona los sentidos, elevándolos, por su punto de inserción, hasta el nivel de la racionalidad, sin hacer, no obstante, que dejen de ser lo que son—, así también deberá ocurrir en el caso de la configuración esencial de una nación. Sus órganos corporales, por decirlo así —que vendrían a identificarse con los consorcios subordinados, los cuales pasan a ser, a su vez, como los componentes o integrantes de su

organismo global—, adquieren su perfección connatural por el hecho mismo de verse elevados hasta un nivel como el nacional, al cual por sí solos no habrían podido pretender jamás. Lo repetimos: es la propia alma racional la que infunde unidad al vasto complejo de los órganos corporales sin suprimir la profunda diversidad de naturaleza cualitativa y de finalidades peculiares que distingue a los unos de los otros, y, en consecuencia, será también la propia alma nacional la que habrá de infundir unidad al vasto complejo de los consorcios subordinados, sin suprimir por ello la profunda diversidad de naturaleza cualitativa y de finalidades peculiares que distingue a los unos de los otros a niveles infranacionales. De esta manera la analogía existente entre el cuerpo humano y el de una sociedad civil resulta verdaderamente impresionante, y lo mismo podemos decir con igual propiedad en lo que se refiere a las almas. Lástima grande que esa analogía no llegue a ser explotada con mayor frecuencia y sobre todo con objetivos aleccionadores. Si los espíritus superficiales —sobre todo aquellos que se han designado a sí mismos como dirigentes de la política de nuestro país— se decidieran alguna vez en su vida siquiera a pensar por cuenta propia en vez de dejarse ilusionar por opiniones preconcebidas, nuestra nación habría podido emprender hace ya mucho tiempo una marcha decidida hacia los grandes destinos que le depara su condición de sociedad civil hispánica y de elemento integrante de una de las más vastas constelaciones raciales que hayan aparecido sobre la faz de la tierra. Naturalmente, en esta perspectiva los problemas han de enfocarse con profunda seriedad y con interés apremiante por resolverlos en definitiva. No son en efecto las dificultades que podrían salirnos al encuentro las que han de imprimir una dirección determinada a nuestras actividades, cualesquiera que sean, sino las exigencias de la Verdad. Pensemos con esta ocasión en Aquel que nos aseguró con sus labios divinos que la Verdad nos hará libres.

Es desde este ángulo como la pluralidad de consorcios subalternos no significará ningún obstáculo para lo-

grar la unidad nacional. Al contrario, en ellos habremos de encontrar los auxiliares más preciosos de cualquier empresa políticamente unificadora. La cuestión está en que podamos adquirir el convencimiento de que esta unidad y esta pluralidad deben realizarse a niveles diferentes. La pluralidad será el patrimonio de niveles infranacionales, mientras que la unidad a que nos referimos constituirá el patrimonio del nivel nacional. Y es evidente, porque, manifestándose contrarias entre sí, la unidad y la pluralidad no serían susceptibles de coincidir en el sentido estricto de la palabra. En el organismo humano ocurre otro tanto. La pluralidad orgánica existe a nivel corporal, mientras que la unidad anímica existe a nivel espiritual. Es que la unidad nacional, exactamente como ocurre con la unidad de la persona humana, no consiste en *uniformar* sino en *unificar*, porque no se trata en ninguno de los dos casos de una *unidad mecánica* sino de una *unidad orgánica*. De no considerarse nada más que las apariencias, la unidad mecánica resulta mucho más perfecta que la unidad orgánica, puesto que, a diferencia de esta última, excluye de manera más terminante la diversificación cualitativa, que es una forma de pluralidad. Sin embargo, al profundizar la visión, las cosas cambias decididamente de aspecto. No olvidemos que la unidad corre parejas de suyo con la perfección y que los individuos orgánicos —sobre todo cuando poseen una naturaleza espiritual como nosotros— resultan a la postre mucho más perfectos que los del mundo mineral. Pues bien, esta comparación entre la perfección natural de una realidad y su unidad conserva su posibilidad de aplicación en el campo privativo de la nación, y así podremos sostener, sin temor de ser desmentidos, que la unidad peculiar de la sociedad civil ha de ser a su vez, y tal como ocurre en el campo del organismo humano, una *unidad de la pluralidad* o una *síntesis de lo diversificado*. Recurriendo a términos operativos, podremos decir que la nación, en su alma, es la *arquitectura de los consorcios subordinados*.

Abundando todavía en este punto, debe existir una correlación exacta y muy ceñida entre los elementos or-

gánicos vitalizados y el principio vital que los anima, y, por consiguiente, deberemos concluir en lógica estricta que mientras más compleja se muestre la materia nacional, más sólido y vigoroso deberá manifestarse a su vez el principio vital y configurativo de la nación. Por ello, ciñéndonos ahora al solo orden de la vida nacional, deberemos convencernos de que, si se debe a nuestros esfuerzos que los consorcios subalternos se mantengan en vigor dentro del seno nacional, también deberá obedecer a ellos el robustecimiento directo del alma de la nación. En esta perspectiva, la debilitación de la materia nacional tal como la han llevado a cabo con inconsciencia exasperante los democratoides de todos los tipos y de todas las escuelas, significará para la sociedad civil todo un proceso de mecanización. Tal vez muchos de ellos hayan pensado trabajar en pro de la unidad colectiva, pero lo peor del caso es que, en vez de propender así al enriquecimiento nacional, lo que han llevado a cabo ha sido simplemente situar a la sociedad civil en trance inminente de destrucción.

Hemos analizado brevemente las funciones del alma nacional cara al cuerpo social considerado como un conglomerado de elementos subalternos que lo integran. Nos corresponde ahora, prosiguiendo este modesto estudio, precisar los rasgos de dicha alma de modo directo, a fin de sentar las premisas necesarias para lograr su engrandecimiento.

Es indudable que el alma nacional es lo que le imprime obligatoriamente fisonomía propia a la nación, de suerte que ninguna sociedad civil podrá ser juzgada en definitiva, y en lo que se refiere a su índole propia por las cualidades de su organización social, sino por sus manifestaciones integrales frente a las demás sociedades de su mismo nivel político. Su fisonomía podrá ser considerada como propia en el sentido de que será en la misma nación considerada en su unidad donde lograremos averiguar su individualidad nacional, y, a la vez, distinguirla netamente de todas las restantes. Ocurre en este punto exactamente

lo mismo que acontece con las personas individuales, en las que, siendo el alma propia de cada cual el factor que hace diferenciarse a cada persona respecto de sus congéneres, es ella también la que la hace inscribirse en una idéntica especie a todas ellas. Es que —según observábamos hace un momento— la identidad entre los hombres sólo reside efectivamente en nuestra inteligencia, pero, en la realidad misma de las cosas, lo que existe es cada alma ya individualizada; o, en otras palabras, lo que existe son los individuos humanos. Es el cuerpo lo que individualiza al alma, o, dicho en términos científicos, es la materia prima la que individualiza a nuestra forma substancial, de tal suerte que no es el alma ni es el cuerpo lo que existe separadamente para luego unirse mutuamente en un abrazo ontológico, sino el compuesto humano de alma y cuerpo, absoluta e irreduciblemente distinto, en cada caso, de todos los demás.

Pues bien, con la nación ocurre exactamente algo semejante, en el sentido de que les corresponde a los consorcios subordinados la función de diferenciar a una nación respecto de todas las demás, de modo que no pueda ser confundida con ninguna otra en sus funciones peculiares. Tan es así que, a semejanza de la persona individual, tampoco podrán hallarse dos naciones absolutamente iguales. Debemos tener presente, sin embargo, que las personas individuales se distinguen entre sí directamente por su alma, aun cuando dicha alma necesite recibir su individualización de parte de su correspondiente organismo para poder llevar a efecto su función diferenciadora, y que, por consiguiente, será el alma concreta de cada nación la que influya en la diferenciación existente entre una sociedad civil y todas las demás, aun cuando para llevar a cabo su función diferenciadora esta alma haya necesitado previamente ser individualizada por los consorcios subalternos. La individualización de que estamos hablando no constituye una *causa* de diferenciaciones nacionales, sino solamente una simple *conditio sine qua non*, y esta diferencia es importante mantenerla muy a la vista. Es una vez individualizada cómo el alma nacional pue-

de imprimir fisonomía propia a la sociedad civil de la cual es su principio unificador, configurador y perfectivo, y la cualidad distintiva suya será —como lo decía una vez más Vázquez de Mella— *una historia independiente*. Es que una nación digna de ser calificada como tal deberá ir realizando su propia historia poco a poco, convencida de que, como estimaban rectamente los romanos, resultará más urgente para ella *llevarla a cabo* que *escribirla*.

La historia nacional no podrá nunca ser un puro y simple producto del acaso o de la casualidad, porque la trama o el cañamazo en el cual van quedando tejidos los acontecimientos de toda índole que van modelando a cada sociedad civil no podrá nunca tampoco ser un producto sino de cierto conjunto de propósitos conscientes, deliberados y decididos. Una nación que no fuera capaz de trazarse sus propias reacciones ante el desarrollo de la vida colectiva humana no merecería existir como nación. Por eso José Antonio Primo de Rivera —el fundador de la Falange Española— definía la nación de manera inolvidable y exactísima diciendo que es una *unidad de destino en lo universal*. Del mismo modo que en la esfera de las acciones individuales lo primero que debe figurar como principio animador de todas ellas es un propósito claro y decidido, única manera de que aquéllas posean una auténtica razón de ser, una auténtica motivación, o, en fin, una auténtica racionalidad, así también cada organismo de nivel nacional deberá siempre a lo largo de sus actuaciones aparecer como dueño de sus destinos, como perfectamente consciente de las razones que lo hayan movido en sus actuaciones, y, en fin, como conocedor de lo que sea conveniente para el progreso y el engrandecimiento propios.

Es éste el sentido de la gran política, de la política tal como la consideraron siempre esos pensadores supremos que fueron Aristóteles y Santo Tomás de Aquino. La nación, pues, es una unidad de destino en lo universal. Pero para que el destino pueda ser verdaderamente *uno* deberá previamente verse corporizado por los mismos gobernantes. Así el alma nacional —a diferencia del alma individual— no puede quedar realizada de manera súbita ni fulminante, ni en un abrir y cerrar de ojos, sino paulatinamente, incesantemente. Por este motivo fundamental es por lo que resulta indispensable que cada país, cada nación, se manifieste esmeradamente cuidadoso de su tradición. Y entiéndase que ahora hablamos de *tradición* y no de *rutina*, aun cuando sea frecuente que ambos conceptos se confundan entre sí. La rutina se identifica con la anquilosis, mientras que la tradición se va perfeccionando en el progreso. En este sentido la diferencia entre el alma individual y el alma nacional estriba en que el alma individual sólo puede progresar de manera *adjetiva* o *accidental*, actualizando las posibilidades que inicialmente y de una vez por todas infundió Dios en su seno en el momento mismo de darle existencia, mientras que el alma nacional tendrá que ir progresando *esencialmente* y enriqueciéndose incesantemente, para lo cual le es imprescindible conservarse fiel a los valores que cada generación le vaya entregando a la que haya de sucederle en el decurso del tiempo, constituyéndose así, con las aportaciones de todas ellas reunidas, lo que hemos denominado ahora *tradición*.

Por eso el ya citado don Juan Vázquez de Mella denominó a la tradición, en frase insubstituible, *el sufragio universal de los siglos*. Y es evidente que en frente del sufragio universal de los siglos muy poco puede valer ni puede significar el sufragio universal de una generación determinada si se manifiesta en sentido contrario al que adoptaron las generaciones que la precedieron y que construyeron la nación. Es de notar que hablamos ahora de las generaciones que contribuyeron a construir un país determinado, porque de las otras, de las que consecuentemente debe pensarse que intentaron destruirlo, no debemos tener más misión que combatirlas. A este número pertenecen lo que el mismo Vázquez de Mella denominaba las *generaciones amotinadas*, contra las cuales, según él mismo, se debía arremeter sin compasión, precisamente en nombre de ese *sufragio universal de los siglos* que es la Tradición. El enfrentarnos, pues, con las generaciones amo-

tinadas y que son incapaces de conservar el tesoro de los valores nacionales deberá obedecer siempre al impulso de conservación y florecimiento del país al cual, después de Dios, le debemos todos nuestros esfuerzos. Y lo que contribuirá a consolidarnos en esta convicción es el hecho de pensar que el mantenerlos en vigor no es patrimonio exclusivo de la sociedad civil, sino que debe ser considerado como un deber imperioso por cada uno de los connacionales del país en cuestión. Bastará tomar en cuenta que, si la persona individual es capaz de irse enriqueciendo en el curso de su existencia, lo deberá a la circunstancia de que puede ir acumulando, sobre los valores de sus personales épocas pretéritas, aquellos otros que ha de ir adquiriendo a medida que se desarrolla su vida racional. Y esto se denomina, en el estricto sentido de la palabra, *Tradición*. Lo hemos dicho una y otra vez y lo repetimos una vez más ahora: tanto en historia como en geometría, se necesitan dos puntos para determinar el sentido de una línea recta. De esta suerte, es preciso conjugar, con los valores actuales del presente, los valores del pretérito para poder determinar en la medida de lo posible los valores del porvenir. Por ello, si nos reducimos a contemplar en exclusividad el momento presente nos podremos aplicar, parodiándola, la frase de Talleyrand a Napoleón: en las encrucijadas históricas puede hacerse de todo, menos permanecer indefinidamente en ellas.

II. REFLEXIONES SOBRE NACIONALISMO

Las reflexiones anteriores nos han conducido como de la mano a precisar los rasgos de un nacionalismo que merezca de verdad y no sólo en apariencias la denominación de tal. Esta parte última de nuestro trabajo será forzosamente breve, ya que nuestros propósitos han sido sobre todo sentar las bases de autenticidad en cualquier ac-

titud que quiera denominarse auténticamente nacionalista.

Por *nacionalismo* deberá entenderse cierta actitud predominante, tanto entre los gobernantes como entre los gobernados, de procurar en el orden político, y por encima de cualquier otra preocupación, el auténtico bien de la nación. Para nosotros los católicos el nacionalismo viene a constituir una aplicación, en la esfera de los valores patrios, de la virtud teologal de la caridad. El doctor Angélico nos advierte que amar a alguien consiste en procurar su bien —*amare est velle bonum alicui*—, y en este sentido un nacionalismo bien entendido deberá coincidir con un patriotismo también bien entendido. Y es evidente que el único patriotismo digno de ser tomado en consideración coincide con el que no se limita a proclamar las grandezas de la patria —según somos tan aficionados los chilenos—, sino a procurar que las posibles grandezas proclamadas se conviertan en sólida y venturosa realidad. Por esto queremos ahora en las páginas que restan de este trabajo —que han de ser forzosamente breves— indicar algunas propiedades que habrán de manifestarse en todo nacionalismo que quiera hacerse digno del nombre de tal, o sea, que pueda conjugarse sin dificultad con las exigencias del derecho natural, y, también, por lo que se refiere a nosotros los chilenos, con las del derecho positivo divino. Pero hemos de dejar constancia también que las realidades existentes, por sólidas que aparezcan en su efectividad extramental, pueden alterarse y corromperse de dos maneras diversas, que son la atrofia y la hipertrofia, por cuya razón son los dos errores extremos los que han de ser evitados por quienes quieran entregarse a la gratísima faena de engrandecer a la patria. En esta perspectiva, el nacionalismo se nos aparece como una síntesis superadora de dos errores extremos, que son la primacía del bien individual con desmedro del bien común y la prosecución del bien común con detrimento del bien de la persona humana, haciendo notar por supuesto que, en el caso de los dos errores susodichos, tanto el bien individual de la persona como el denominado bien común del

Estado cesan de serlo en definitiva, porque, según lo acabamos de recordar, las realidades pueden corromperse tanto por la atrofia como por la hipertrofia de los valores que le son connaturales.

Ahora bien, habiéndose dejado constancia en páginas precedentes de que la nación consta de un cuerpo y un alma, el nacionalismo deberá procurar eficazmente tanto el progreso de ese cuerpo como de esa alma.

Por lo que se refiere al progreso corporal de la nación, el nacionalismo deberá procurar eficazmente el robustecimiento de los organismos subalternos de que ya hemos hablado anteriormente en estas mismas páginas. Sin entrar en detalles que después de las reflexiones formuladas resultarían del todo innecesarios, deberemos observar que, como elemento integrante de la actitud nacionalista, deberá figurar la preocupación de que dicho robustecimiento no constituye el menor obstáculo para el progreso de la nación. No olvidemos que cualquier tipo de acción o actividad verdaderamente humana debe hallarse caracterizada por ser la puesta en práctica de una ideología o un modo de pensar determinado, porque, de lo contrario, caeríamos en la improvisación desorbitada y en el pragmatismo más funesto y definitivo. Y en este sentido nuestra mentalidad predominante deberá virar en ciento ochenta grados respecto de la que se manifiesta habitualmente aun en aquellos que se creen y son efectivamente excelentes patriotas. Volvemos ahora a llamar la atención sobre la contraposición diametral existente entre la *unidad* y la *uniformidad*, porque no solamente se distinguen, sino que son contrapuestas entre sí. Pensemos en que la sociedad civil se halla como ninguna otra, con excepción de la familia, calcada sobre la persona humana individual, y que ésta, considerada en su organismo, no posee *la uniformidad* sino *la unidad*. Es este complejo confusionista el que deberán superar los nacionalistas con el fin de que sus esfuerzos en pro del engrandecimiento nacional coincida con el auténtico bien común.

Es ésta la razón básica en virtud de la cual el verdadero nacionalismo deberá esforzarse por consolidar la

vida interna y específica de los tantas veces mencionados consorcios subalternos. En primer lugar, es la familia la que está llamada a constituir el objetivo primordial de todo buen nacionalismo, procurándose que cuanto antes cese la intervención ilegítima del Estado en los fines específicos del matrimonio, entre los cuales van comprendidos o contenidos tanto la celebración del mismo sacramento como los objetivos propios de la vida matrimonial. Lo que sí está llamado a realizar el poder civil —según lo dejamos establecido anteriormente— es apoyar la institución matrimonial propendiendo al desarrollo normal de la vida que le compete como consorcio subalterno y no inmiscuyéndose en lo que no le corresponde. Exactamente lo mismo podemos y debemos indicar respecto de los municipios y las regiones. Es cierto que en una nación como Chile, tan estragada por las influencias liberales y por la tiranía marxista, todo debe comenzar por las labores de restablecimiento de la vida nacional. No se trata hoy día tanto de *conservar* cuanto de *restaurar*, y las labores de restauración son las que le corresponden en primer lugar a un nacionalismo auténticamente tal. Hay que restaurar, pues, la vida municipal y la vida regional después de haber restaurado la sociedad familiar, en la convicción de que no podrá efectuarse ninguna restauración, ningún restablecimiento nacional, sino después de haberse procedido a la restauración de todos y cada uno de los elementos corporales ya mencionados de la sociedad civil. Sobre este punto podríamos extendernos todavía muchísimo, pero ello equivaldría a salirnos de los límites de este trabajo. Lo importante del caso es poseer muy adentrada la convicción de que es imposible restaurar ningún *complexus* nacional sin proceder previamente a la de sus partes estructurales.

Sin embargo, *last but not least*, tampoco es posible proceder a la restauración de los consorcios subalternos sin que antes se haya procedido a la restauración de la propia persona individual humana. No es que vayamos ahora a entrar en detalles cuya amplitud es imposible de prever, porque para lograrlo sería preciso escribir un tra-

tado completo de educación; pero sí afirmaremos que no es posible dar cuerpo a ningún nacionalismo auténtico sino sobre la base de una persona individual humana sólidamente formada en su inteligencia y en su corazón. Y éste es un fenómeno que compete a la educación. Por consiguiente, en este punto son los educadores los que tienen la palabra, contentándonos nosotros ahora con dejar indicado el problema, en la convicción inconmovible de que no puede trabajarse en pro de ningún engrandecimiento nacional sin llevar a cabo toda una serie de medidas en pro de una restauración de la persona que se proyecte a la vez sobre el campo material y sobre el de la moral y del espíritu. Y éste es uno de los principales problemas políticos que se nos pueden presentar, dando naturalmente al término *político* su gran sentido aristotélico-tomista, que es el único con el cual pueden llevarse a cabo las soluciones que piden los problemas de la nación.

Sin embargo, por urgente y apremiante que se nos aparezca y sea en realidad la restauración del cuerpo nacional, el nacionalismo deberá cumplir todavía con el deber específico de restaurar el alma nacional.

Ya hemos dejado en claro que a imagen de la persona individual humana la nación dispone de un cuerpo y un alma vivientes, y que con el fin de evitar cualquier especie de desequilibrio, ambos principios integrantes nacionales deberán correr parejas en su desarrollo. Naturalmente el desarrollo del alma nacional significará de suyo una labor mucho más difícil todavía que el de su elemento correlativo corporal, porque aquél resulta una realidad más imponderable que este último aun cuando no por eso menos influyente. Sin ir más lejos, igual circunstancia se nos presenta en la persona individual, en la cual su cuerpo resulta dotado de mucho más fácil *visibilidad* que su alma, aun cuando lo más importante de ésta es su *efectividad*. Conviene recordar a este propósito que lo que asegura la unidad de la persona humana no es *su pluralidad orgánica*, sino *la simplicidad de su principio vital o alma racional*. Pues bien, lo mismo ocurre en la nación,

ya que lo que la constituye como una realidad dotada de unidad intrínseca no es tampoco *la pluralidad de sus órganos corporales* —individuos, familias, municipios, regiones y gremios o corporaciones—, sino *la simplicidad de su alma colectiva*. Dejamos, eso sí, constancia de que, al referirnos a este tipo de simplicidad, no le damos al término el mismo significado estricto que le concedemos en el caso del alma personal, sino uno mucho más amplio, hasta el punto de que la *simplicidad* vendría a coincidir en este caso con lo que podríamos denominar *comunidad*. En este sentido el alma nacional no puede ser común solamente a un grupo determinado de connacionales, como lo son los consorcios subalternos anteriormente mencionados en estas páginas, sino a todos ellos sin excepción. Por ello es la misma Historia quien nos enseña una vez más la efectividad de esta alma colectiva, de cuya vigencia extramental se han ocupado tan escasamente y tan frívolamente nuestros politiqueros al uso. Maravillosos ejemplos de unidad nacional constituyen en la Antigüedad la Atenas de la Liga de Delos y la Esparta de la Sinmaquia del Peloponeso, así como la Roma republicana y en alguna medida también la Roma imperial. Y en nuestros tiempos modernos, la España de los Reyes Católicos, del sacro emperador Carlos I y de Felipe II, a la cual podríamos también sumar en cierto sentido la Francia de Luis XIV y la Inglaterra de Elizabeth Boleyn.

El alma nacional constituye directamente el principio vivificante de la nación. Ahora bien, ya hemos dejado constancia anteriormente de que la nación —a diferencia de la persona individual— no constituye un *todo simultáneo* sino un *todo sucesivo*, en el sentido de que ha de ir verificándose paulatinamente a lo largo de su discurrir temporal, mientras que el individuo humano, aunque se halle sin duda alguna sometido a la Historia, queda constituido de una vez por todas en el instante mismo de su creación. Esto trae como consecuencia inevitable la de que toda nación que aspire verdaderamente a su grandeza específica de sociedad civil deberá tomar en cuenta estricta sus valores *nacionales*, los cuales son asi-

mismo sus valores *tradicionales*. Ahora bien, para adquirir una comprensión y estimación exactas en la medida de lo posible de los valores tradicionales, es preciso abarcar en una mirada amplia y acogedora el panorama entero de la Tradición nacional, y, para ello, a su vez, pensar en nuestra nación desde el momento mismo en que nace a la vida que podemos calificar de *pública*, el 12 de febrero de 1541, cuando el capitán español Pedro de Valdivia funda la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, dando así nacimiento a Chile.

El hecho de considerar a Chile como nacido el 18 de septiembre de 1810, según se hace por desgracia con demasiada frecuencia, está denotando una actitud inadmisible. El razonamiento que nos lleva a rechazar la identificación que suele hacerse entre la Independencia política y el nacimiento de nuestra nacionalidad es muy sencillo. Dice el pensamiento tradicional que *la operación sigue al ser* —es decir, al existir— *y el modo de operar al modo de ser o de existir*, que es la naturaleza o esencia de cada cual. Pues bien, si nos detenemos aunque sea por breves instantes a meditar en el acontecimiento que fue para nosotros nuestra Independencia nacional, podremos comprobar que se trata de un conjunto prolongado de acciones o acontecimientos que nos condujeron a romper los lazos civiles y políticos que nos mantenían unidos con la España peninsular, y hemos hablado de un conjunto prolongado de acontecimientos porque éstos se desarrollaron a través de siete largos años, desde el 18 de septiembre de 1810 hasta el 5 de abril de 1818. Naturalmente nuestra nación no habría podido desplegar estas actividades llenas de altibajos y peripecias, ni tampoco ninguna otra, si en esos mismos momentos no hubiera estado ya dotada de existencia, porque entonces habríamos asistido a una actividad surgida de la nada, sin ningún sujeto o entidad que la sustentara ni la motivara, lo cual, como a cualquiera puede constarle sin mayor dificultad, resulta francamente absurdo. Es evidente entonces que, para conocer este *todo sucesivo* que es la nación chilena, deberemos informarnos cuidadosa y objetivamente de to-

dos y cada uno de sus momentos históricos, y esto nos lleva por supuesto a reconocerla como ya existente a partir del acta de fundación de su capital, y primera de sus ciudades cronológicamente hablando, por el capitán español Pedro de Valdivia. Toda otra consideración, por muy arraigada que se encuentre en la mentalidad de nuestros connacionales, resultará incompleta y, por consiguiente, errónea y falsa.

Por otra parte, es evidente que la nación no puede haber nacido a la manera de Palas Atenea de la cabeza de Zeus, de una vez por todas y completamente armada. Si volvemos a traer a la memoria que toda nacionalidad debe ajustarse a la naturaleza de la persona humana, tendremos que reconocer que ninguna sociedad civil ha comenzado ni habría podido comenzar jamás por su etapa de madurez y de plenitud. A lo largo de la vida humana individual podemos descubrir toda una serie de momentos, de los cuales los que se muestran como más importantes son el que va desde el comienzo de su concepción en el seno materno, siguiendo por la minoría de edad hasta el momento en que puede manifestarse en la plenitud de su capacidad. Así también podemos comprobar en la nación chilena una etapa que podemos denominar de gestación, la cual correría tal vez desde aquel instante privilegiado en que Valdivia da nacimiento a la ciudad de Santiago el 12 de febrero de 1541 hasta el momento en que, terminada substancialmente la conquista del territorio, pueden considerarse realizadas nuestras instituciones fundamentales, como son la familia, el municipio, con su celebérrima institución de los *cabildos abiertos*, y los gremios o corporaciones, de lo cual hubo abundantes manifestaciones en nuestra vida mal llamada *colonial*, porque nunca fuimos colonia en el sentido que habitualmente se concede a esta palabra. A partir de tales instantes, forzosamente imprecisos desde el punto de vista cronológico, podemos estimar conformes con la realidad misma de las cosas que Chile ha llegado a una madurez que no es todavía la mayoría de edad. Esta es la que adviene en los tiempos de la Independencia nacional, pero no su na-

cimiento. Porque todo aquel que es capaz de independizarse, tanto en el orden de las personas individuales como en el de las colectivas, está manifestando por el hecho mismo que se encontraba ya dotado de existencia, y no de una existencia desmedrada sino lo suficientemente vigorosa y plena como para poder constituirse en dueño de sus destinos. Es así como afirmamos y seguiremos afirmando que nuestra Independencia no constituye de ninguna manera nuestro nacimiento como nación, sino que se encuentra separada de él por un lapso de tiempo de doscientos sesenta y nueve años completos.

De la misma manera que nuestra nación no habría podido llegar de una vez por todas a su perfecta madurez, tampoco sus valores nacionales habrían podido ostentarse desde los inicios de su existencia como entidad civil. Es precisamente por esta circunstancia por lo cual hemos sostenido en páginas precedentes que uno de los elementos integrantes de cualquier nacionalidad ha de ser su *tradición*. De esta suerte, nos será imposible a nosotros los chilenos afirmar nuestra nacionalidad al margen de nuestros valores tradicionales. Por aquí queda de manifiesto cómo la visión cambia substancialmente según sea el comienzo que señalemos a nuestra nacionalidad, y, junto con la visión, cambia también fundamentalmente la línea de conducta que deberemos imponernos en nombre de un nacionalismo concordante con los fueros de la persona humana como animal racional e imagen de Dios por creación a la vez que como hijo de Dios por adopción. Incluyendo dentro de una concepción nacional suficientemente amplia toda la trayectoria de Chile desde el momento de su fundación es como nos irán apareciendo en su calidad de contrafiguras extranjerizantes muchos valores que, desde una atalaya menos elevada y menos dotada de realidad, nos aparecían anteriormente como expresión genuina de lo que somos y de lo que deberíamos ser. Durante nuestros tres primeros siglos de vida histórica bajo el dominio de los monarcas españoles, nos fuimos desarrollando y enriqueciendo nacionalmente sobre las sociedades subalternas que adquirieron entonces una importancia incalculable, como fueron, además de la familia, los municipios y los gremios, pudiendo afirmar incluso, sin faltar a la verdad, que también hicieron entonces su aparición las regiones bajo la modalidad de las intendencias del siglo XVIII. Pero, en fin, conviene no reincidir en ciertos temas que se han visto tratados ya en páginas anteriores. Lo que queremos en este momento es destacar la necesidad imperiosa de ir forjando y robusteciendo el alma nacional, y esta vigorización deberá llevarse a cabo tomando en cuenta nuestra tradición nacional y no aquellos valores extranjerizantes que han sido considerados —en virtud de una lamentable falta de espíritu histórico— como elementos integrantes de nuestra entidad histórica. Nuestra tradición no ha sido nunca la de los partidos políticos, sino una tradición de familias, municipios, regiones, gremios y corporaciones. Son estas sociedades, por consiguiente, el fundamento sobre el cual deberá levantarse el edificio futuro de nuestra entidad política restaurada.

Sin embargo, existen todavía otros procedimientos más directos y tal vez más demostrativos para el perfeccionamiento del alma nacional, y es la afirmación de los valores que han ido corporizándose a lo largo de nuestra trayectoria colectiva de chilenos. Del mismo modo que una persona individual no logrará jamás vivir aisladamente respecto de sus connacionales —a no ser que se sacrifique en su sociabilidad con vistas a valores trascendentes—, tampoco una nación podrá conseguir en su vida nacional un aislamiento perfecto. Por más que lo pretenda, siempre se verá obligada a entablar relaciones con las sociedades civiles restantes, y con mayor razón si —como sucede en nuestra Hispanoamérica— pertenecen todas al mismo árbol progenitor. Por ello creemos que una nación se reconocerá como nación en lo que podemos denominar su *política internacional*. De aquí proviene que ese ilustre pensador tradicionalista español que fue Vázquez de Mella hacía consistir la nota distintiva de toda nacionalidad verdaderamente tal en lo que él denominaba *una historia independiente*, aun cuando, después

de lanzada esta afirmación, nos quede todavía la labor de precisar los elementos constitutivos de esta historia e incluso su misma posibilidad... Es evidente desde luego que, a partir de los tiempos en que vivió el gran pensador español hasta nuestra época actual, el margen de posibilidades se ha ido reduciendo grandemente en este sentido, debido a las intercomunicaciones cada vez más variadas e intensas que se van produciendo por doquiera, y al hecho de que los pueblos actuales manifiestan una clara tendencia a irse uniendo más y más y de irse nivelando en lo que atañe a sus valores peculiares y privativos. La intercomunicación de los pueblos llamados independientes se va intensificando día por día merced a una serie de factores que a todos nosotros se nos hacen manifiestos, y es natural que dicha intercomunicación vaya limando poco a poco las diferencias existentes entre las diversas nacionalidades que hoy se reparten la faz de la tierra. Es ésta la razón precisa de que muchas veces resulta sumamente dificultoso determinar si un país concreto realiza o no realiza el concepto de nación, tanto más cuanto que aquellas mismas realidades que a primera vista se nos aparecen fáciles de precisar en sus caracteres constitutivos y esenciales resultan a la postre extraordinariamente refractarias a dejarse deslindar de las demás. Porque en este caso, como en todos los restantes, es necesario ajustarse a las exigencias de una verdadera definición en el sentido de que resulte aplicable a todo lo definido y sólo a lo definido...

De todos modos, nuestro deber consistirá siempre en procurar —como chilenos que somos— el bien auténtico de nuestra nación en su plena dimensión nacional, y, por consiguiente, de afirmar sus valores tradicionales, aquellos mismos que han llegado a integrarla como nación. De esta suerte, queda señalada la labor maravillosa, amplia, compleja, pero llena de satisfacciones espirituales, que estamos llamados a efectuar cada uno conforme con su propia condición social y política. Y quedan también delineadas las condiciones a las cuales deberemos conformarnos para conseguir en la mayor medida posible nuestros

propósitos. Ello equivale a procurar que se destaquen nuestros valores peculiares en medio y por encima de esa nivelación universal y progresiva que se va dibujando en el horizonte internacional, hasta el punto de que debemos estar prontos a rechazar todo aquello que, de una u otra manera, pueda atentar contra aquello que constituye nuestra nacionalidad. Tal como ocurre en la persona individual humana, también en el mundo internacional no deberá reinar la *uniformidad* sino la *unidad*. Bástenos con enunciar tan sólo esta línea de conducta, aun cuando podríamos extendernos sobre este problema con máxima amplitud. Es ésta la labor que nos compete como nacionalistas y es de esta actitud de lo cual debemos hallarnos compenetrados. Felizmente, las condiciones actuales de nuestra sociedad civil nos permiten alimentar grandes esperanzas y son éstas las que deberán animarnos a proseguir en esta empresa necesaria, de la cual no podemos desentendernos so pena de dejar de merecer la denominación de chilenos.

Sergio Miranda Carrington

RAICES IDEOLOGICAS DEL NACIONALISMO EUROPEO

SERGIO MIRANDA CARRINGTON.

Abogado y profesor universitario. Fue presidente del Centro de Derecho de la Universidad de Chile y Subsecretario de Trabajo y Previsión Social. Desempeña la cátedra de Derecho Penal en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Católica de Chile.

SUMARIO: I. Imprecisión del concepto. II. Aparición del nacionalismo. III. El nacionalismo a fines del siglo XIX. IV. La Acción Francesa. V. El nacionalismo italiano. VI. El nacionalismo alemán. VII. Otras formas europeas del nacionalismo. VIII. Cornelio Codreanu y la Guardia de Hierro rumana. IX. José Antonio Primo de Rivera y la Falange Española. X. El nacionalismo portugués. Sardinha y Oliveira Salazar. XI. El nacionalismo europeo e Iberoamérica. XII. Afirmaciones comunes. XIII. Nacionalismo, hoy.

I. IMPRECISION DEL CONCEPTO

No resulta simple desentrañar lo que pudiera ser la esencia del nacionalismo, aunque el intento se limite, como en este caso, al ámbito europeo.

Desde ya, no puede perderse de vista una consideración básica: no hay un "creador" del nacionalismo, ni un texto sagrado del nacionalismo, como sucede, por ejemplo, en el caso del marxismo con Karl Marx y *El capital*. Tampoco existen "guardianes" oficiales de la ortodoxia de la doctrina nacionalista, papel reservado, dentro del ejemplo, al Partido Comunista de Rusia.

El mismo hecho de catalogar a determinadas figuras como nacionalistas o no, es operación riesgosa. Así, si bien

es claro que Charles Maurras era un nacionalista, y que también lo era Cornelio Codreanu, el jefe de la Guardia de Hierro rumana, no es igualmente claro si corresponde igual denominación a las grandes figuras del tradicionalismo, como Donoso Cortés, Vázquez de Mella y Menéndez Pelayo, en España, o Veuillot, Bonald y Joseph de Maistre, en Francia.

Lo que se dice de los hombres puede decirse de los movimientos. El nacionalsocialismo alemán parece ser nacionalismo no cuestionable, en cuanto a tal, al menos por su propia denominación, pero ¿qué decir de los carlistas españoles del pasado siglo? ¿O del régimen de Portugal, para no citar otros más conflictivos, como España y Grecia?

Esta imprecisión del concepto ha permitido que un autor escribiera recientemente, entre nosotros: "...toda nación es nacionalista. Su conciencia de nación es su nacionalismo. En el sentido más puro, nacionalismo es amor del habitante a su país, es patriotismo". Esta afirmación no puede conformarnos. No tenemos por qué suponer que los rusos, por ejemplo, no amen a su país; sin embargo, difícilmente aceptarían de buen grado el que se les califique de nacionalistas, por lo menos en el sentido usual del vocablo. El mismo autor afirma más adelante: "Desde el punto de vista doctrinal, diremos que el nacionalismo propicia simplemente el bien de la nación. No implica ningún programa definido". La réplica resulta obvia: es difícil encontrar un individuo, y menos un partido político, que no propicie el bien de su nación. En cuanto a la última parte de la afirmación, el no implicar ningún programa definido, parecería ajustada si se considera que, efectivamente, no hay un "manifiesto" internacional del nacionalismo, aunque así planteado casi parezca juego de palabras.

Lo importante es otra cosa: determinar si más allá de los sentimientos patrióticos y de los matices localistas existen o no constantes en los múltiples movimientos nacionalistas que han existido; si entre los hombres que in-

cuestionadamente figuran como nacionalistas encontramos ideas, si no idénticas, al menos análogas. Este es el punto por desentrañar.

II. APARICION DEL NACIONALISMO

Los vocablos "nacionalismo" y "nacionalista" empiezan a ser empleados con frecuencia a mediados del siglo XIX, particularmente en relación con los movimientos europeos de 1848.

Si revisamos los viejos manuales escolares de Historia, encontraremos que el nacionalismo aparece en estrecha vinculación con el liberalismo. Con frecuencia, en un afán de simplificación didáctica, se les engloba bajo un mismo título: "Los Movimientos Nacionales y Liberales". A primera vista puede parecer sorprendente e insólita esta identificación, ya que antes de un siglo el nacionalismo llegaría a ser considerado corrientemente como la antítesis del liberalismo. Cuando en la práctica se acusa a los nacionalistas de no ser "democráticos", como esto va referido a la democracia liberal, es claro que se está acentuando esta antítesis y esa característica del nacionalismo: el antiliberalismo.

No afirmamos, por cierto, que en el siglo XIX nacionalismo y liberalismo estén efectivamente identificados, ni que ambas ideologías o posiciones fuesen sustentadas por los mismos hombres, no. Lo que reconocemos es que estaban en una misma trinchera de lucha, y que ello es claramente perceptible en los movimientos de 1848.

Pero se impone una pregunta previa: ¿Qué caracterizaba, o qué perseguían éstos, a los que comenzamos calificando como nacionalistas, y de los cuales agregamos que estaban en una misma trinchera con los liberales?

La respuesta es simple: nacionalistas eran aquellos que perseguían uno de estos dos objetivos, o ambos a la vez: a) el sacudir una dominación extranjera (Bélgica

respecto de Holanda; Polonia respecto de Rusia; Hungría respecto de Austria); o, b) la unificación de los respectivos países (casos de Italia y Alemania).

La observación de la mancomunidad de lucha de nacionalistas y liberales es fácilmente demostrable.

En Italia, entre los días 3 y 10 de febrero de 1848, Fernando II en el Reino de las Dos Sicilias, Carlos Alberto en Toscana y Cerdeña, y también los Estados de la Iglesia, tuvieron que conceder, simultáneamente, Constitución y bandera tricolor. Lo primero, aspiración liberal; lo segundo, símbolo de la unidad perseguida por los nacionalistas. En las provincias austriacas de Italia, Lombardía y Venecia, los austriacos eran expulsados y se votaba la anexión al Reino de Cerdeña.

En Alemania, después de los motines del 13 y 19 de marzo de 1848, Federico Guillermo debió convocar a una Constituyente; mientras, el 5 de marzo los alemanes del Sur habían convocado a un Parlamento para realizar la unidad alemana, movimiento que Federico Guillermo, rey de Prusia, encabezó, si bien desdeñó la corona imperial que se le ofrecía por no provenir el ofrecimiento de los príncipes.

En Austria, el emperador Fernando, después de los movimientos del 13 al 15 de marzo, concedió a los vieneses una Asamblea Constituyente, y a los checos y húngaros, ministerios propios o nacionales. En Hungría, la dualidad era particularmente clara: los húngaros luchaban, al mismo tiempo, por su independencia y por la consolidación de libertades proclamadas por la Dieta de Hungría en marzo de 1848, a saber, emancipación de los campesinos, abolición del régimen feudal e igualdad oficial de todos los húngaros.

El que todos estos movimientos fueran prontamente vencidos, y el que las unificaciones tardaran más de veinte años, es, ciertamente, otro problema. Lo que interesa señalar para los efectos de este análisis, es que nacionalistas y liberales estaban, entonces, en la misma trinchera.

Los orígenes, los antecedentes históricos de ambos muestran que no hay nada de sorprendente en ello.

La verdad es que esa forma de nacionalismo (aspiración a la unidad o a la independencia nacional) y el liberalismo nacieron de la misma fuente: la Revolución Francesa.

Destruido el orden monárquico y consagrado el derecho de los individuos a determinarse por sí mismos, sin sujeción a ningún principio trascendente, es evidente que tal principio, llevado con lógica al plano internacional, implicaba el derecho de las naciones a determinarse también por sí mismas. En otros términos, si cada individuo tiene derecho a "ser él mismo", es natural que igual derecho lo tengan los pueblos o nacionalidades.

Más allá. De manera alguna resulta aventurado sostener que esta forma de nacionalismo teóricamente había nacido mucho antes y que la Revolución Francesa sólo levantó las últimas barreras para permitirle ser plenamente consecuente.

El nacionalismo del siglo XIX, caracterizado en su esencia por la autonomía absoluta de las naciones, no habría podido existir ni ser ideado siquiera dentro del gran ordenamiento concebido y buscado con afán por la Edad Media.

Hay razón cuando se dice que Charles Maurras ve en la nación "una muy enojosa degradación de la unidad medieval", y que, resignado ante lo irremediable, propicia, en el fondo, una internacional de los reyes bajo la sombra tutelar del Papa.

Ese ordenamiento medieval no era otra cosa que "la unidad de la cristiandad". Nadie lo definió mejor en lo político que Hernando de Acuña, el poeta soldado de la corte de Carlos V, cuando en sus versos de alborozada esperanza por los éxitos del que era rey de España y emperador de Alemania, canta que ya se acerca o ya es llegada la edad dichosa de los cielos prometida, en que se anuncia a los hombres "un Monarca, un Imperio y una Espada" y "una grey y un Pastor solo en el suelo".

Este ordenamiento, en el cual se suponía la existencia de sólo dos poderes, el emperador y el Papa, fue moti-

vación de la España imperial. Encontró su tumba, no en la Revolución Francesa, que se limitó a bailar sobre la lápida, sino en el Tratado de Westfalia, firmado el 24 de octubre de 1648, y por el cual se puso fin a la guerra de los Treinta Años, es decir, se oficializó el caos de la Reforma.

Eugenio Montes lo ha descrito con inspirada belleza en un artículo periodístico recogido en *El viajero y su sombra*. Escribe: "Un minuto mil veces más trágico que ése han debido vivir, agónicos, en la gran sala del Ayuntamiento de Münster, los embajadores españoles a las doce del 24 de octubre de 1648... A las once, la cabeza hundida, el paso tardo, el insomnio en los ojos, los embajadores suben por una calle que aún hoy está como debía estar entonces: iglesias, soportales, temblor de lluvia, en el aire un olor a cera y un vago susurro de plegarias... Entraron por ahí los cinco Grecos. Las caras verdiamarillas, alimonadas. El traje negro, como en el entierro del Conde de Orgaz. Cinco largas sombras, cinco llamas de luto por aquel resplandor que se apagaba, el sol español que salía para todos y que ahora iba a quedar entre nubes, en eclipse. La unidad cristiana rota por los siglos de los siglos, agusanada en 'repúblicas de envidia'."

Con el Tratado de Westfalia pereció, oficialmente, la unidad de la cristiandad. Hoy diríamos, guardando las proporciones, pereció la unidad de Occidente.

Resulta curioso constatar, aunque la lógica profunda se perciba, que el nacionalismo, nacido como consecuencia de la quiebra de la cristiandad, evidencie en sus formas modernas una especie de nostalgia de aquella unidad, una ensoñación romántica, intuitiva, "secularizada", que se traduce en la reafirmación de "Europa", en propósitos de "evangelización", en la aspiración al "imperio". Así, es sabido que los primeros falangistas españoles celebraban las "cenas del emperador Carlomagno", en las cuales, se nos ha dicho, se reservaba un sitial vacío, simbólicamente destinado al gran emperador. Hitler, por su parte, crea el "Tercer Reich", aludiendo así al primero, al de Otón el Grande, fundado en febrero del año 962,

cuando se crea el Sacro Imperio Germano-Romano. Con frecuencia pretende, después del ataque a Rusia, que está luchando por "la cultura de Occidente" más que por Alemania misma.

III. EL NACIONALISMO A FINES DEL SIGLO XIX

La idea nacionalista así planteada parecía de una simpleza extrema: unidad de los individuos que forman una misma nación, bajo un mismo Estado, e independencia de las nacionalidades.

Pronto, las cosas empezarían a complicarse y se evidenciarían las tendencias que podríamos llamar "imperialistas". En Italia, en particular, y en Alemania en menor medida, el germen apareció casi de inmediato. De ello se hablará en su oportunidad. Por el momento, limitémonos a Francia, país que por sus límites geográficos naturales y por su homogeneidad racial presenta una evolución más simple en la idea nacionalista, permitiéndonos percibir con mayor claridad la diferencia entre el nacionalismo de mediados del siglo XIX y el de fines del mismo. Advirtamos, de paso, que, contrariamente a lo que suele creerse, es Francia, posiblemente, el país donde el pensamiento nacionalista encontró más anchos cauces y donde mayores esfuerzos se han hecho para alcanzar una elevada elaboración doctrinaria.

Desde luego, corresponde a un francés, el novelista Maurice Barrès, la paternidad del vocablo "nacionalismo", al menos en un sentido aproximado al que hoy se le da.

El 29 de julio de 1892, Barrès publica en el diario *Le Figaro* un artículo titulado "La querella de los nacionalistas y de los cosmopolitas". Se trataba de un problema literario, pero en él Barrès tomaba partido por los clásicos franceses contra los románticos admiradores de Ibsen, de Tolstoi y de Maeterlinck.

En su artículo —y aquí estaba entonces la novedad— Barrès proclama el deber de los pueblos a seguir siendo ellos mismos.

Obsérvese que, mientras los luchadores de 1848 alegaban el derecho de los pueblos a ser ellos mismos, Barrès va mucho más allá: proclama la obligación o deber de los pueblos de seguir siendo ellos mismos. Ya no se trata que los pueblos *quieran* seguir siendo ellos mismos; se trata de que los pueblos *deben* seguir siendo lo que en esencia son, aun cuando hayan perdido su voluntad de ser. Hay aquí un doble concepto que de golpe nos aleja de los nacionalismos de la primera mitad del siglo XIX: obligatoriedad del ser, primero; segundo, que la obligación dice relación no sólo con la integridad geográfica o política, sino, también, con los valores morales que cada uno lleva.

Estamos, pues, frente al concepto de la nación-herencia, antítesis del concepto de la nación-contrato, elaborado por Jean-Jacques Rousseau y base filosófica de todo liberalismo político y de la democracia moderna.

En Barrès, la tradición, que es la memoria y herencia de los pueblos, adquiere categoría esencial, y el nacionalismo viene a ser la búsqueda afanosa de los principios adecuados para la conservación histórica de un pueblo, con lo cual, preciso es reconocerlo, se adentra peligrosamente en el determinismo. Barrès prácticamente lo reconoce, al escribir: "El problema para el individuo y para la nación no es crearse tal como ellos quisieran ser (¡oh, tarea imposible!), sino conservarse tal como los siglos lo predestinaron".

Las ideas de Barrès, sintetizadas en la frase "la tierra y los muertos", que implicaban la radical negación del liberalismo, habían tenido un precursor en la misma Francia, en la persona de Edouard Drumont, muerto en 1917, pobre y olvidado, pese a haber sido diputado, como representante de las capas más sencillas del pueblo. No sólo Barrès se inspira en Edouard Drumont: el mismo Charles Maurras reconocía en él la fuente casi total del pensamiento de la Acción Francesa. Drumont fue el primero

en emplear la expresión nacionalsocialismo y esbozó, también, la síntesis de lo nacional y lo social, que tan importante llegaría a ser en el nacionalismo. Drumont exigía un socialismo no marxista que integrara el mundo del trabajo en la comunidad nacional. En cuanto a la ubicación social del individuo, es claro su planteamiento: "Un ser no es tan simple como se cree —dice—; es un conjunto. Se compone de tradiciones que le relacionan con los que han vivido antes que él, sentimientos que le atan a las gentes que son de su mismo país. Desde que se desprende de todo eso, que se coloca fuera de su religión, fuera de su raza, fuera de su patria, ya no hay relaciones, raíces, sitio para él en la organización social".

Volvamos a Barrès.

Con él, como se ha dicho, el nacionalismo es necesidad y casi determinismo. El nacionalismo son "la tierra y los muertos". Pero Barrès también tiene la preocupación por el problema social. "No temo nunca insistir —dice— sobre la unión de la idea socialista y la idea nacionalista", y cuando en 1900 postula a una diputación por Nancy, se presenta en una triple condición: republicano, socialista y nacionalista. Naturalmente, su socialismo no es marxista. El lo define como "mejora material y moral de la clase más numerosa y más pobre".

Afirma, con sólidas razones, que el nacionalismo no puede ser de derecha ni de izquierda y tiñe su pensamiento de un marcado antisemitismo. Por lo demás, Drumont ya había navegado en esas aguas, y le correspondió un papel importante en el "asunto Dreyfus".

Con el fracaso del general Boulanger y su inesperado suicidio por razones sentimentales sobre la tumba de una bailarina, el nacionalismo francés experimenta un rudo contraste, ya que había exaltado al general para un eventual golpe de Estado que llevara a Francia a la revancha de la derrota ante los alemanes en 1870.

Barrès, que había simpatizado ardientemente con el general Boulanger, comprende ahora, claramente, la necesidad de encuadrar en doctrina lo que era sentimiento

popular. "No hay —escribe— ninguna posibilidad de restauración de la cosa pública sin una doctrina." Tal evidencia acentúa sus conceptos fundamentales. En 1904, escribe: "A fuerza de humillaciones, mi pensamiento, al principio tan orgulloso de ser libre, llega a comprobar su dependencia de esta tierra y de estos muertos que, mucho antes que yo naciese, lo han dirigido hasta en sus gradaciones".

Las ideas de Barrès encontraron complemento de rigor casi científico en el novelista Paul Bourget. Fiel éste a la máxima del naturalista Buffon, que citaba con frecuencia, "Reunamos hechos para tener ideas", Bourget define la política como "la búsqueda de las leyes naturales de la ciudad por vía de observación". Para él, "la posición científica del problema político consiste en buscar la constitución escrita de los pueblos en su constitución vivida, en su naturaleza". Bourget acentúa el elemento tradicionalista y con irredargüibles razones proclama la necesidad de "evolucionar", rechazando de plano el simplista "revolucionar". El concepto de que el individuo sólo puede aspirar a desenvolverse en el marco de la historia de su propio pueblo, aparece, una y otra vez, en sus escritos. "El nacionalismo no es un partido —dice—. Es, como el mismo Barrès lo ha señalado en una de sus obras, una doctrina. Deriva de esta observación absolutamente experimental, a saber, que nuestro individuo no puede encontrar su amplitud, su fuerza, su dilatación más que en el grupo natural del cual ha salido."

IV. LA ACCION FRANCESA

Tanto de Barrès como de Bourget, y de Drumont, desde luego, puede decirse que sólo fueron precursores del nacionalismo francés. Este alcanzó su expresión propiamente tal con la Acción Francesa, fundada en 1899.

En la Acción Francesa formaron destacados intelec-

tuales, como Jacques Bainville, Pierre Gaxotte, Léon Daudet, Henry Massis, Robert de Brasillach...; lo cierto, sin embargo, es que el nombre de Charles Maurras (1868-1952) la llena casi por completo.

Maurras, escritor de pasmosa fecundidad y, probablemente, uno de los cerebros más poderosos que Francia ha producido, es, ante todo, político. "La política primero", advierte con frecuencia, aunque no, por cierto, en el sentido de la contingencia aprovechable de los políticos corrientes. Quizás nadie llegó a esforzarse en la medida que Maurras lo ha hecho, para hacer del nacionalismo una doctrina sistemática y coherente.

El movimiento de la Acción Francesa, que llegó a adquirir gran influencia en los medios universitarios, es resueltamente monárquico y antidemocrático. "Una ley justa —escribe— no es en absoluto una ley regularmente votada, sino una ley que concuerde con su objeto y que convenga a las circunstancias. No se la crea, se la saca y se la descubre en el secreto de la naturaleza de los lugares, de los tiempos y de los Estados".

El "nacionalismo integral" de la Acción Francesa la enfrenta con los curas, lo cual nada tiene de sorprendente, porque entonces, como ahora, ya los había abiertamente marxistas. El nivel sube, y el enfrentamiento llega al Vaticano mismo, no obstante ser católicos la casi totalidad de los adherentes. Sin embargo, hace ya muchos años que la reconciliación se ha producido cuando Charles Maurras muere en la prisión de Clairvaux, el 16 de noviembre de 1952, después del resonante proceso que se le ha seguido bajo la acusación de "colaboracionismo" con los alemanes. Esto, dicho sea de paso, es falso. La posición de la Acción Francesa se identifica por completo con el mariscal Pétain, y fue acuñada en un lema: "Francia, sólo Francia", es decir, rechazaba por igual a los que querían continuar la lucha como aliados de Gran Bretaña y a los que deseaban la guerra ahora como aliados de los alemanes. Esta última posición, muy clara y consecuentemente planteada, sobre todo después que Alemania atacó a Rusia, estaba representada principalmente por Déat, Doriot

y Pierre Laval, así como por Robert de Brasillach, el joven poeta del nacionalismo francés que abandonara las filas de la Acción Francesa, y que fuera fusilado el 6 de febrero de 1945 en el fuerte de Montrouge. Por lo demás, el "antigermanismo" de Maurras fue obsesión de toda su vida, casi más allá de lo racional.

La Acción Francesa nació alrededor de la revista bimensual del mismo nombre. En el mes de noviembre de 1899 se publicó allí un "Manifiesto" de cuatro puntos, que, según reconoció Maurras, contenía las ideas matrices de su movimiento. Por lo mismo, conviene reproducirlo, pese a su extensión. Dice:

1) El hombre individual no tiene interés más urgente que el de vivir en sociedad; todo peligro social encierra graves peligros para el individuo.

2) De todas las formas sociales usadas entre el género humano, la única completa, la más sólida y la más extensa es evidentemente la nacionalidad. Desde que se disolvió la antigua asociación conocida en la Edad Media con el nombre de Cristiandad, y que era la continuación, en algunos aspectos, de la unidad romana, la nacionalidad queda como condición rigurosa, absoluta, de toda humanidad. Las relaciones internacionales, ya sean políticas, morales o científicas, dependen de la conservación de las nacionalidades.

Si las naciones fuesen suprimidas, las más altas y preciosas comunicaciones económicas o espirituales del universo se verían igualmente comprometidas y amenazadas; tendríamos que temer un retroceso de la civilización. El nacionalismo, pues, no sólo es un acto de sentimiento; es una obligación racional y matemática.

3) Entre los franceses, ciudadanos de un Estado evidentemente traicionado por la facción que le gobierna y amenazado de temibles rivalidades, todas las cuestiones pendientes, todos los problemas que los dividen deben ser coordinados y resueltos conforme a la nación.

Las agrupaciones naturales de los franceses deben hacerse en torno al común elemento nacional.

Por encima de sus diversidades políticas, religiosas y económicas, deben clasificarse según la mayor o menor intensidad y profundidad de su fe francesa.

4) El deber de los franceses conscientes de estas verdades es, hoy día, formularlas tan públicamente y tan a menudo como sea posible para regenerar a sus compatriotas ciegos o negligentes.

Como Barrès y Paul Bourget, Maurras cree que no sólo las sociedades, sino también la naturaleza humana misma tiene sus leyes, que es preciso descubrir. Así dice: "El bien común tiene reglas que dependen de la naturaleza de las cosas y de las gentes, de su lugar y de su función sobre la tierra. En consecuencia, la suerte de las colectividades no está exenta de la fantasía ni de la arbitrariedad de los individuos que las forman; depende de leyes fijas, independientes de nosotros y nuestros superiores, que se pueden conocer con exactitud y desde entonces utilizar, poco más o menos, como se hace con otras leyes del universo". "El orden —dirá más adelante— no es, por tanto, un producto natural de las sociedades. Es un arte y, como tal, necesita reglas y un artista, una autoridad."

Al igual que todo el nacionalismo francés, Maurras afirma la primacía de la nación: "Nosotros observamos que la nación ocupa la cima de la jerarquía de las ideas políticas. De estas firmes realidades, es la más segura; eso es todo..." "Las palabras ya lo dicen: uno se hace de un partido, uno nace de una nación. Hay entre los dos términos la diferencia de la Asociación a la Sociedad. Los que se asocian 'crean' el elemento común establecido entre ellos. Los miembros de una sociedad han comenzado por 'ser'. Ellos la pueden aceptar después, sublevarse contra ella o abandonarla, pero ella les preexiste."

Este reconocimiento de la primacía de la nación y su origen natural no significa, en caso alguno, que la nación sea imperecedera. No puede subsistir "más que si entre sus miembros las causas de amistad y de unión son superiores a las causas de enemistad y división". Para superar ese peligro, "es preciso que un Estado independiente de la nación, aunque fundado en ella, la preserve y la salve, a veces, a pesar de ella".

Dejemos de lado todo lo que hay de rica vitalidad en la combativa existencia de Charles Maurras. La pasión con que se abanderizó en el asunto Dreyfus, la que lo llevó a decir en esos días: "Si Dreyfus es inocente, ponedlo en libertad y, si queréis, hacedlo mariscal de Francia, pero fusilad por lo menos a una docena de sus defensores por traición a Francia, a la paz y a la razón..." Entre esos defensores de Dreyfus, recordemos, estaba toda la izquierda francesa, con Clemenceau y Jaurès entre los políticos, y Romain Rolland, Emile Zola y Anatole France entre los intelectuales.

Dejemos de lado, igualmente, su ardorosa lucha contra Le Sillon (El Surco), el movimiento de católicos que buscaban entendimiento con la extrema izquierda, acaudillado por Marc Sangnier. Maurras era, personalmente, un agnóstico, convertido, es cierto, en los últimos momentos, pero en esta empresa contó con el apoyo de todo el catolicismo tradicional francés. Ya en 1906 publicó *El dilema de Marc Sangnier*, y, naturalmente, saludó como victoria de la verdadera Francia la condena papal de Le Sillon en 1910. Más tarde, en las dificultades que él mismo se viera con la Iglesia, siguió contando con el apoyo de la gran masa católica, y hasta un cardenal, Billot, prefirió la destitución por Roma antes de abandonarle.

Con todo, para evitar equívocos, parece necesario insistir en el "monarquismo" de la Acción Francesa. Maurras y su movimiento se hacen monárquicos no como culminación de una elaboración doctrinaria, de un raciocinio más o menos perfecto, sino porque la experiencia, "nuestra maestra en política", como decía, en este caso el estudio de la historia de Francia, les demostraba que bajo la monarquía vivió Francia sus horas de mayor grandeza. La monarquía venía a constituir así la constante favorable a Francia, el régimen naturalmente adecuado a su idiosincrasia. Maurras recordaba con frecuencia que el reino de Francia bajo Luis XIV era más extenso que el

que recibieron quienes vinieron después de Napoleón; así como que las fronteras de Francia casi no fueron cruzadas por invasores durante los reyes, en tanto que, bajo la democracia, cuatro veces entró el enemigo en territorio francés.

Ya en su obra *Antinea*, motivada por su viaje como corresponsal a las Olimpíadas de 1896, en Grecia, había escrito: "El breve destino de lo que se llama la democracia en la Antigüedad, me ha hecho pensar que lo propio de ese régimen no es otra cosa que consumir lo que los períodos de aristocracia han producido. La producción, la acción, piden un orden potente. El consumo es menos exigente: ni el tumulto ni la rutina lo molestan demasiado. Con los bienes que generaciones han producido lentamente y han capitalizado, toda democracia hace una grande y alegre fogata. Pero una llama da cenizas más pronto de lo que tarda en encenderse la leña de la hoguera... La enormidad de nuestro capital nacional no debe engendrar una seguridad engañadora. Ser nacionalista y querer la democracia es como querer el derroche y, a la vez, la economía de la fuerza francesa, lo que creo es imposible".

Descartada la democracia en el pensamiento de Maurras, se descarta, a continuación, todo principio mesiánico o de caudillaje como sistema. No creía en los jefes providenciales. Pero la vuelta a esa monarquía que había presidido las horas de mayor grandeza de Francia, tampoco le parecía factible por la sola voluntad popular, pese a los éxitos que su movimiento llegó a alcanzar. El retorno triunfal de la monarquía, equidistante de "Demos y César", debería verificarse por una de dos maneras: desde el propio gobierno democrático, por un estadista de visión suficiente, o, al margen del gobierno de turno, por un movimiento militar, por un alzamiento de las Fuerzas Armadas.

Por consiguiente, Maurras es monárquico porque esta forma de gobierno ha presidido los momentos de mayor grandeza de Francia, probando así ante la Historia que efectivamente es la más adecuada para Francia. Maurras

no trae, pues, un mensaje de "monarquismo" para todos los pueblos, y sería simplismo grande y error manifiesto ver en él a un portavoz internacional de la monarquía como régimen. Lo que en este aspecto nos dice es que el régimen más adecuado para cada pueblo lo determina su propio pasado: adecuado es el que ha demostrado ser más eficaz.

De lo dicho sobre Drumont, Barrès y Bourget primero, y de la Acción Francesa y Charles Maurras después, puede estructurarse la siguiente síntesis, válida para una buena parte del nacionalismo europeo de fines del siglo pasado hasta la primera gran guerra, sin perjuicio de particularidades de otros que se anotarán más adelante.

1.º Afirmación del carácter necesario de la nación, la que debe preservarse no sólo en lo que se refiere al territorio en que se asienta, sino, también, en sus esencias espirituales mismas. La nación viene a ser la circunstancia irrenunciable del individuo;

2.º Estado fuerte. Para preservar a la nación —que no es indestructible de por sí— es necesario un Estado que vele, y la salve "a veces a pesar de ella"; en otros términos, lo que llamaríamos un "Estado fuerte". Ese Estado no estaría encarnado en un hombre, en un caudillo, sino en la monarquía como institución, la que ha probado su eficacia con el éxito y representa la continuidad en los siglos, libre de las contingencias y odios electorales;

3.º Rechazo de la democracia parlamentaria. El antiliberalismo político viene a resultar casi una mera consecuencia de lo anterior, igual como el antimarxismo, al cual se impugna, primero, por quebrar la unidad de la nación y, doctrinariamente, por propugnar una sociedad sin clases, lo que se estimaba imposible por el nacionalismo francés. El sentido unitario lo lleva, también, a un indisimulado antisemitismo, en cuanto minoría no asimilable.

4.º Atención secundaria a los problemas sociales. No decimos que no hubiese preocupación por el problema social, sino, simplemente, que el volumen de atención a él dedicada era inferior que la dedicada a los problemas

propiamente político-doctrinarios. Todo ello, pese a que se haya escrito de Maurras que "se haría un gran volumen con todas las páginas que le ha consagrado" al problema social, y que se sepa perfectamente que fue lector afanado de Le Play, de La Tour du Pin y otros y que atrajera a su movimiento a importantes grupos sindicalistas; y

5.º Anotemos, finalmente, que el nacionalismo francés —al menos el de Maurras— está desprovisto de ciertos elementos que con frecuencia aparecen en el nacionalismo de otros países europeos, tales como reivindicaciones internacionales, fortalecimiento del Estado, salvo en el sentido ya expuesto, y el principio del caudillo o líder.

V. EL NACIONALISMO ITALIANO

El nacionalismo italiano tiene un nombre en su origen y un realizador: Enrico Corradini y Benito Mussolini, respectivamente.

El primero, un intelectual nacido en 1865. El segundo, un maestro de escuela, albañil, periodista y soldado, nacido en Dovia Forli, en 1883.

Corradini funda en 1910 la Asociación Nacionalista Italiana, donde se aúnan los que persiguen dos objetivos: el imperialismo y el sindicalismo revolucionario. Ninguno había sido ni será bandera del nacionalismo francés. Vocero del grupo fue el semanario *Idea Nacional*.

En 1912 la Asociación Nacionalista proclamaba la antítesis existente entre el principio nacional y el principio democrático y afirmaba que era incompatible pertenecer a la masonería y al nacionalismo. Dos años después, en 1914, la Asociación proclamaba incompatible el nacionalismo y el liberalismo, no sólo en su aspecto político sino también en el económico.

Todo lo fundamental del fascismo posterior se encuentra en el pensamiento de Corradini. Resulta de particular interés, atendido lo dicho sobre el francés, la tendencia del nacionalismo italiano a proyectar todos los problemas en el plano internacional. Corradini decía —lo que hoy resulta obvio, pero que entonces era una novedad— que "las condiciones de vida de una nación están ligadas a las condiciones de vida de otras naciones", y que en el caso de Italia ello se traducía en subordinación y dependencia, tanto en lo económico como en lo moral, aunque subsistiera la independencia política. Concluía que Italia era "una nación proletaria" y que debía ser redimida por el nacionalismo.

Influido fuertemente por Nietzsche —al igual que Mussolini—, Corradini es —como los franceses— un tradicionalista que afirma la realidad suprema de la nación.

Sobre la tradición dice: "Lo que les falta, ante todo, a los italianos, es la conciencia del pasado, de la tradición nacional romana, porque, en su ilusión de conquistar una mayor libertad individual, han destruido el organismo espiritual que une a los vivos con los muertos y con los que nacerán". Esta admonición la recogerá prestamente Mussolini, cuyas invocaciones al imperio, al genio romano y al "mare nostrum" llenan buena parte de sus discursos.

Los conceptos de Corradini sobre la nación bien podrían creerse escritos por uno de los nacionalistas franceses:

"Las naciones son hechos históricos que acontecen y acontecerán. Una nación es un hecho geográfico, es un hecho climático, es un hecho étnico. Se discute sobre el valor de la raza en la composición del pueblo, pero no se puede discutir sobre la mezcla de las sangres, sobre las diversas composiciones de sangre que hacen a los italianos, los franceses, los españoles, los alemanes, los ingleses y así, ininterrumpidamente, diferentes entre ellos."

"Por otra parte la nación es un hecho histórico propiamente dicho, un hecho de lengua, un hecho de cultura, un hecho de política."

"La nación —agregará en otra parte— es una persona espiritual", a la que corresponde el Estado tutelar.

La influencia de Nietzsche es incuestionable. He aquí un párrafo preciso: "Suprimid la lucha y suprimís

la vida. O bien el hombre se encuentra de pie para luchar o bien yace, cadáver, abandonado en su caída. La vida es, por su naturaleza misma, dramática". Este principio lo lleva incluso al ámbito internacional. Corradini cree que las naciones han nacido como consecuencia de la lucha exterior, y que si no hubiese antagonismos entre ellas perecerían por propia disolución.

Finalmente, en Corradini aparece también el concepto de solidaridad nacional en oposición a la lucha de clases. Dice: "El nacionalismo es, en suma, la reafirmación de la solidaridad nacional contra la lucha de clases; es el esfuerzo realizado para reponer en su lugar a las clases y subordinarlas de nuevo a los fines de la nación". Cree, pues, en la solidaridad de las clases orientadas hacia un gran objetivo nacional, lo cual, de partida, delimita para siempre el campo con el marxismo.

Los principios fundamentales del pensamiento de Corradini son, en suma, los siguientes: la proyección del ideario nietzscheano a un plano político; la afirmación de que los problemas internos son inseparables del ámbito internacional y que no hay solución de los primeros sin abordar, también, los segundos; el sindicalismo revolucionario, y el antiliberalismo integral.

Los elementos estaban dados para que Mussolini, que venía del Partido Socialista, liberado de telarañas marxistas, llegara hasta las últimas consecuencias. Traía buen bagaje intelectual: Nietzsche, Sorel, Machiavelo..., aunque hasta la marcha sobre Roma no existió esfuerzo doctrinario alguno.

Con todo, no es una simple casualidad el que este maestro de escuela provenga del socialismo: ello dará al fascismo, en mayor medida que a cualquier otro movimiento nacionalista anterior, la inquietud por el problema social. Mussolini afirmaba que el bienestar del proletariado está estrechamente ligado a la existencia de un Estado fuerte. Cualquiera que sea el grado de exactitud de esta afirmación, es evidente un hecho al cual volveremos con mayor detención: entre las dos grandes guerras, todos los

movimientos nacionalistas europeos, sin excepción, acentuaron su interés y preocupación por los problemas sociales. Muchas veces éstos fueron invocados por ellos para justificar el intervencionismo económico, y aun el estatismo más extremo.

El fascismo buscó erigirse en filosofía política de validez universal, intentando respuestas de mayor amplitud que los otros nacionalismos locales. "Representamos —escribió Mussolini en frase tantas veces citada— un principio nuevo en el mundo, representamos la antítesis neta, categórica, definitiva, de todo el mundo de la democracia, de la plutocracia, de la masonería, de todo el mundo, para decirlo en una palabra, de los principios 'inmortales' de 1789." Sin embargo, no debe olvidarse que hasta varios años después de la marcha sobre Roma, subsistía en Italia el movimiento nacionalista de Corradini y Federzoni, el que acompañó al fascismo en la marcha famosa y tuvo con él sus propios ministros, aunque posteriormente ambos movimientos se fundieron.

Si bien los puntos de contacto son evidentes —como con los nacionalistas de Gabriele D'Annunzio—: visión pesimista del hombre, invocación al imperio, la idea de "naciones proletarias", etc., la verdad es que el fascismo introduce en bloque y con tremendo impacto un concepto nuevo: el Estado. El fascismo fue, por sobre todo, una doctrina del Estado, aunque el mismo Mussolini se cuidara de advertir que "no existe ningún concepto del Estado que no sea fundamentalmente un concepto de la vida". El Estado no era para Mussolini ni siquiera un sistema limitativo de las libertades individuales, sino "una regla interior y una disciplina de toda la persona". "Para el fascismo —escribe— todo está en el Estado, nada humano o espiritual existe, y tanto menos valor puede tener fuera del Estado. En este sentido, el fascismo es totalitario, y el Estado fascista, síntesis y unidad de todos los valores, interpreta, desarrolla y domina toda la vida del pueblo."

Por ese camino se llega a esta afirmación:

"No es la nación la que crea el Estado... Por el

contrario, la nación es creada por el Estado, que da al pueblo, consciente de su propia unidad moral, una voluntad y, como consecuencia, una existencia efectiva... El Estado, en calidad de voluntad ética, crea el derecho." "Sin el Estado —dice— la nación no existe, no hay más que agregados humanos susceptibles de todas las desintegraciones que la historia pueda infligir."

El pensamiento estatista de Mussolini encuentra su síntesis absoluta en el discurso del 28 de octubre de 1935, en Milán: "Nada contra el Estado, nada fuera del Estado, todo en el Estado".

Estas afirmaciones no son exclusivamente políticas. Derivan en todos los otros campos y, desde luego, también en el derecho. Alfredo Rocco, ministro de Justicia y reputado profesor, justifica en los siguientes términos la intervención del Estado: "La autodefensa de clases, cuando es ilimitada y sin restricciones... conduce inevitablemente a la anarquía. La doctrina fascista renuncia a la autodefensa de clases que —al igual que la autodefensa del individuo en los días de barbarie— es fuente de desórdenes y guerra civil. Planteado el problema en estos términos, sólo es posible una solución: la realización de la justicia entre las clases a través del Estado y por el Estado..." En 1926, con ocasión de un proyecto de ley que sancionaba las huelgas y *lockouts*, el mismo Rocco insistió en tal idea: "Si el Estado no es capaz de administrar justicia en los conflictos entre clases y categorías sociales, si no puede impedir a estas clases sociales el ejercicio de la justicia privada, al igual que se la impide a los individuos y a las familias, deja de ser Estado, deja de ser soberano..."

Las reservas que esta concepción del Estado pudieran suscitar por parte de los individuos, intentan ser acalladas por Mussolini a través de la siguiente explicación: "El individuo en el Estado fascista no es anulado, sino más bien multiplicado, al igual que en un regimiento un soldado no es disminuido, sino multiplicado por el número de sus compañeros de armas. El Estado fascista organiza la nación, pero deja, sin embargo, a los individuos un marco suficiente; ha limitado las libertades inútiles y perjudiciales, pero ha conservado las libertades esenciales".

Naturalmente, el fascismo está contra la democracia (lo que no implica, por cierto, que todos quienes rechazan la democracia liberal sean fascistas, como a menudo se pretende). "El fascismo —dice Mussolini— rechaza en la democracia la absurda mentira convencional del igualitarismo político, la costumbre de la irresponsabilidad colectiva y el mito de la felicidad y el progreso indefinido."

El fascismo adopta un sistema corporativo para organizar la producción, del cual se ufana con frecuencia, que mereció elogios de la misma Iglesia Católica. A pesar de ello, creemos que la filosofía del régimen en la materia está contenida en el artículo 9.º de la "Carta del Trabajo": "La intervención del Estado en la producción económica tiene lugar, solamente, cuando falta o es insuficiente la iniciativa privada, o bien cuando están en juego los intereses políticos del Estado".

Las ideas de Federico Nietzsche, bien o mal interpretadas, están presentes en casi todas la formas del nacionalismo. No podían faltar en el fascismo. En su "Definición" para la Enciclopedia Italiana, Mussolini explica esta característica, por lo que a su movimiento se refiere. Dice:

"La lucha es el origen de todas las cosas, porque la vida está toda llena de contrastes: el amor y el odio; lo blanco y lo negro; el día y la noche; el bien y el mal; en tanto que estos contrastes no encuentren su equilibrio, la lucha estará siempre en el fondo de la naturaleza humana, como suprema fatalidad. Por lo demás, mejor que sea así. Hoy podrá ser la lucha guerrera, económica, de las ideas, pero el día en que no se luche, será día de melancolía, de fin, de ruina. Mas ese día no llegará, precisamente porque la Historia se presenta siempre como un panorama cambiante. Si se pretendiese volver a la calma, a la paz, a la tranquilidad, se combatirían las actuales tendencias del presente período dinámico. Hay que prepararse a otras sorpresas, a otras luchas. No habrá período de paz más

que cuando los pueblos se abandonen a un sueño cristiano de fraternidad universal y puedan tenderse la mano por encima de océanos y montañas. Yo, por mi parte, no creo demasiado en estas ilusiones, pero no las excluyo, porque no excluyo nada." "El fascismo —dice el mismo Mussolini más adelante— no cree en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua. Rechaza el pacifismo que nace de una renuncia a la lucha y que es una cobardía frente al sacrificio. Sólo la guerra lleva a la máxima tensión todas las energías humanas e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de enfrentar al hombre consigo mismo, en la alternativa de la vida y de la muerte..."

El fascismo pretendió ser toda una concepción de la vida, incluso con sus fórmulas económicas propias. Aun hoy, la palabra "fascismo" se usa con desaprensiva frecuencia y escasa buena fe para englobar simplistamente a todas aquellas tendencias autoritarias que, al mismo tiempo, rechazan al marxismo y a la democracia de partidos.

La verdad es que el fascismo fue tan sólo una de las formas del nacionalismo europeo, y que la caprichosa extensión del vocablo se debe más que nada a sus espectaculares éxitos iniciales y, sobre todo, al haber sido el primero de los movimientos nacionalistas que alcanzó el poder.

Sin ser estrictamente original en ninguna de sus afirmaciones, creemos que entre ellas deben destacarse:

1.º La exaltación del Etado. En esto es donde está más cerca de lo original, ya que esa exaltación es producto y remate de una verdadera filosofía que rechaza toda limitación para el Estado en el cual se llega a ver no sólo el creador de la nación misma sino también de los principios morales. Es cierto, sin embargo, que en los últimos años Mussolini refrena mucho de su ardor inicial y admite el ámbito superior de lo ético. En todo caso, el fascismo pasará a la historia de las ideas políticas como una

filosofía del Estado, si no negadora, amenazante al menos para los derechos de los individuos;

2.º El corporativismo, como forma de organización de la producción, en lo cual el régimen no pareció haber alcanzado especial solidez. Insistamos, al respecto, que el fascismo no sólo respetó sino fomentó la propiedad privada y las formas privadas de producción, sometidas a la tutela del Estado en lo fundamental, pero sin que éste hubiese pretendido suplantarlas;

3.º Las clases medias. Es lícito hablar de una influencia clasista en el fascismo, puesto que en él era patente el vigoroso impulso de las clases medias no resignadas a soportar el predominio político de los poseedores del dinero ni a dejarse absorber en el resentimiento internacional proletario. El fascismo italiano, como la casi totalidad del nacionalismo europeo, es un movimiento no proletario ni oligárquico, sino de clases medias con conciencia histórica que, por lo mismo, no buscaban el exterminio sino la dignificación e incorporación de las otras, principalmente tras el logro de grandes objetivos nacionales e internacionales;

4.º La voluntad del imperio. En el pensamiento de Mussolini —tan fiel en este aspecto a Enrico Corradini— llega a ser una verdadera obsesión, que le lleva a invadir Etiopía, y más tarde Albania y Grecia, con hondo disgusto de su aliado alemán, mejor conocedor de las limitaciones militares de Italia que el mismo Mussolini; y

5.º La exaltación juvenil y romántica, que tanta influencia llegaría a alcanzar en el extranjero, hasta que fue suplantada por el elemento alemán, que en este aspecto unía la argumentación suprema de la eficacia. En sus últimos días en la cárcel, próximo ya a su muerte y conocedor de su fin, el poeta francés Robert de Brasillach escribe la conmovedora "Carta a un soldado de la Quinta del año 60", dirigida a su sobrino, el pequeño Bardèche, en la cual recoge bien este sentimiento: "El fascismo es la poesía del siglo XX. Me digo que esto no puede morir. Los niños que serán muchachos de veinte años más tarde se enterarán con maravilla de la existencia de esa exalta-

ción de millones de hombres, los campamentos de juventud, la gloria del pasado, los desfiles, las catedrales de luz, los héroes caídos en la lucha, la amistad entre juventudes de todas las naciones despertadas, José Antonio... Todo eso no puede ser vencido por el liberalismo aparentemente, por el capitalismo anglosajón, por el marxismo. ¡Eso no morirá!"

VI. EL NACIONALISMO ALEMAN

Con el nacionalismo alemán se suma al nacionalismo europeo un nuevo elemento: la raza.

No es extraño. Alemania carece de límites naturales y tiene fronteras con una docena de países. Durante la Edad Media vivió pulverizada en Estados minúsculos, pequeños, y uno que otro mediano. La Reforma la escindió más radicalmente que a ningún otro pueblo europeo. La Guerra de los Treinta Años (1618-1648), donde se combatió casi exclusivamente en ellos, hizo perecer a la mitad de la población y relegó a la otra mitad a una de las mayores miserias económicas y espirituales que el mundo ha conocido. Un solo y exclusivo factor podía ser el de unidad y supervivencia en un pueblo tan castigado: la raza. Revolución significa, literalmente, "retorno al punto de partida". Si el vocablo ha sido utilizado con ligereza por otros movimientos nacionalistas, lo cierto es que, en su sentido original, pudo el nacionalsocialismo alemán, sí, utilizarlo con propiedad.

El racismo no es una invención personal de Hitler ni del nacionalsocialismo. A través de mil complejas fuentes latía en las penumbras de la historia de la Alemania contemporánea. Lo mismo puede decirse del resto de las afirmaciones básicas del "Führer" y del "Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán". Nada más falso o superficial, por cierto, que el pretender que el hitlerismo fue una ideología inventada por un hombre o por un grupo e impuesta

después a un país ajeno a ella. Lo cierto es que todo cuanto Hitler y sus seguidores dijeron, ya había sido dicho en Alemania desde la Reforma hasta acá por figuras nada de secundarias y con entusiasta acogida por parte de millones de alemanes. Hitler se limitó a recoger esas ideas, a interpretarlas, combinarlas y llevarlas hasta sus últimas consecuencias. Para ello fue ayudado por una intuitiva capacidad de simplificación y de captación de masas, en grado tal como pocas veces registró la Historia.

Tampoco es efectivo que Hitler "no leyera" como con tanta ligereza se repite, queriendo así, muchas veces interesadamente, concluir que "otros" alemanes nada tuvieron que ver con su ideario. Desde luego, nunca pretendió él ser un intelectual. Sin embargo, en la única biografía suya "relativamente objetiva" que conocemos, la de Walter Görlitz y Herbert A. Quint, se señala que en la prisión de Landsberg Hitler leía sin descanso y que constituyó en su celda una verdadera biblioteca que le permitió "estudiar más a fondo a Schopenhauer, Nietzsche, Chamberlain, Ranke, Treitschke, Macks, Bismarck, Moltke y Clausewitz". Según los mismos autores, "más tarde dijo que Landsberg fue su universidad, disfrutando de una beca del Estado", aunque agregan que "buscaba en los libros la confirmación de sus ideas, que eran para él una revelación" y que "consideraba que sus precursores eran Federico el Grande y Bismarck, cuya obra Hitler quería rematar", y la primera tarea era la constitución de un Reich, y la segunda, "la protección de la civilización".

El nacionalsocialismo no es sólo "racismo", aunque sea principalmente eso. Se volverá sobre el punto, en especial.

Más allá del racismo, se extiende dentro del nacionalsocialismo una amplia zona llena de sugerencias, donde es fácil identificar las huellas que desde el pasado vinieron a estampar las más importantes figuras del pensamiento y el arte alemán. Para citar tan sólo a los que más han influido, y prescindiendo, por el momento, del aspecto racista y belicista del nacionalsocialismo, se-

ñalaremos algunos nombres, de los cuales los hay quienes merecen mayores comentarios en este aspecto.

Kant y su imperativo categórico, a "nivel de masas"; el nacionalismo metafísico y la autarquía económica de Fichte; la divinización del Estado de Hegel; el pesimismo y la voluntad creadora de Schopenhauer; la voluntad de poder y la raza de superhombres, de Nietzsche; el neokantismo de Martin Heidegger; el fatalismo histórico y conservantismo socialista de Spengler, todos están reflejados, de una u otra forma, en el nacionalsocialismo.

La identificación con la esencia del pasado se opera en todos los campos. "Sería de los nuestros", va escrito en la cinta de la corona que las SA depositan en la tumba de Schiller, en Weimar. En música, el nacionalsocialismo prácticamente se apropia de la figura grandiosa de Richard Wagner. Casi nos atreveríamos a decir que el nacionalsocialismo es todo él "wagneriano" en su lucha, triunfo y crepúsculo. Es sabido cuánto ayudó la familia de Wagner a Hitler en sus éxitos iniciales. No es casualidad, de manera alguna, que la muerte de Hitler se anuncie al mundo tras los compases preparatorios de *El crepúsculo de los dioses*. Wagner, dicho sea de paso, no sólo es un gran músico, sino también un ensayista meritorio que terminó exaltando un cristianismo germanizado y heroico, que, aunque mucho tenía de paganismo, representó para Nietzsche una traición a las primeras ideas y le llevó a romper con el maestro. El historicismo de Von Savigny en el campo del derecho, y hasta los hermanos Grimm, que rastreando el alma alemana recopilaron los cuentos que los han inmortalizado, todos ellos han sido recogidos en mayor o menor grado por el nacionalsocialismo.

Algunos de los nombres primeramente señalados merecen un breve comentario. En el caso de Nietzsche, por ejemplo, quien muriera mucho antes que apareciera el nacionalsocialismo, se hace mucho caudal de sus burlas al racismo y de sus frases de desprecio al pueblo alemán, pero no pasa ello de ser una mañosa selección de textos, casi un gruñido fugaz del filósofo, que en nada desvirtúa

lo que a la postre viene a ser una identificación indudable, en lo que puede haberlo entre un filósofo y un movimiento político masivo y populista. ¿Acaso los SS no fueron, en el fondo, una caricatura del superhombre? Y si de textos se trata, limitémonos a *Zaratustra*: "Amad la paz como medio de una nueva guerra y la paz breve más que la larga. No os exhorto a trabajar, sino a luchar". "Decís que una buena causa santifica la guerra; mas yo os digo que es una buena guerra la que santifica cualquier causa."

Especial interés presenta el caso de Oswald Spengler, cuya obra fundamental, *La decadencia de Occidente*, fue publicada en 1919. Indudablemente, se trata de uno de los libros más importantes de la Humanidad. Decir de él que es un ensayo de morfología de la historia universal, es decirlo todo, pero es decir poco, porque en *La decadencia* se contiene, desperdigadas a veces, un prodigioso conjunto de sugerencias, de puntos de partida, de incitaciones para nuevas aventuras intelectuales. Hay en ella cientos de frases que por sí solas parecen material suficiente para escribir un libro sobre el respectivo tema a que se refieren. No hay constancia de que Hitler haya leído *La decadencia de Occidente*, pero, sí, indicios al menos de que no simpatizaba con la tesis central, pareciéndole posible revitalizar al Occidente. Ello no obsta a la infiltración del pensamiento de Spengler en la ideología nacionalsocialista. Más claramente cerca está, sin embargo, en *Prusianismo y socialismo*, en el cual exalta el "socialismo prusianizado", el que, por cierto, nada tiene que ver con el resentimiento marxista persecutorio de la propiedad privada. Spengler buscó a Hitler con poco éxito. En 1933 publica *Años de decisión*, y en el prólogo escribe: "Nadie pudo haber deseado más que yo el cambio de gobierno que sobrevino con el movimiento nacional del presente año. He odiado desde el primer día la sucia revolución de 1918, como una traición hecha por la parte menos valiosa de nuestro pueblo al pueblo fuerte y nuevo que se levantó en 1914, porque pudo haber tenido un porvenir y quería tenerlo". Al parecer, Spengler se creía capaz de influir sobre el Führer. Con grandes dificultades consiguió

ser recibido en dos oportunidades. Las reuniones se redujeron a monólogos de Hitler. Frustrado, Spengler escribió: "Hitler tiene todos los defectos de un hombre de partido, sin las grandes virtudes de un hombre de Estado", agregando: "todo en él y dentro de él es heterogéneo, sin que albergue ninguna solución creadora. Es un peligro mortal... Sufro horrores sólo al pensar en él". En 1934, Spengler se atrevió a escribir a Hitler, profetizándole que diez años más tarde ya no existiría un Reich alemán. Sólo se equivocó en unos pocos meses, pero la muerte evitó a Spengler el dolor de ver cumplidos sus vaticinios.

Mucho más profunda, ciertamente, ha sido la influencia de Fichte en el nacionalsocialismo, como en todo el pensamiento político de su patria. En el invierno de 1807, cuando la reciente derrota en Jena a manos de los franceses configura uno de los peores momentos de la historia de Prusia, el filósofo Fichte pronuncia en Berlín sus célebres "Discursos a la nación alemana". Prusia ha perdido la mitad de su territorio, la mitad de su población, está desprovista de ejército y, además, sometida a la ocupación francesa. Los "Discursos" constituyen quizás la más patética invocación que un filósofo, saliendo de su ámbito propio, haya formulado a sus conciudadanos. En esta actitud, Fichte es fiel a la línea de "compromiso" de los pensadores alemanes para con su patria. En 1800 había publicado ya su obra *El Estado comercial cerrado*, que es una especie de anti-Adam Smith y en el que propicia la autarquía nacional total. Fichte es el segundo gran pensador del nacionalismo alemán, después de Herder. En 1792, cuando tenía sólo treinta años, había publicado *Ensayo de una crítica de toda revelación*, que comúnmente se atribuyó nada menos que a Kant. Con sus "Discursos", que muy pocos alemanes desconocen, Fichte avanza impetuosamente en la política, a lo que, por otra parte, ya había iniciado en *El Estado comercial cerrado*. En estos años sombríos se atreve a sostener ahora que sólo el alemán constituye realmente un pueblo y que sólo él es capaz de amor verdadero y racional hacia su nación. "El pueblo y la patria, en este sentido —dice—, como base y garantía

de la eternidad en la tierra y de cuanto puede ser eterno aquí abajo, trascienden con mucho del Estado, en el sentido ordinario de la palabra, o sea del orden social en su concepción meramente intelectual". En otro pasaje, Fichte expresa que "la exigencia de que uno ha de aceptar cualquier opinión en su sentido aparente, y no debe avanzar más lejos, poniendo en duda el derecho de tener una opinión y de expresarla, revela siempre el espíritu extranjero, por profundamente que se disimule". La influencia de Fichte ya en la Alemania de su época fue apreciable. Baste considerar tan sólo que cuando se creó la Universidad de Berlín, en 1810, Fichte fue su primer rector electo. En 1813, Fichte instó al rey Federico Guillermo III para que asumiera el papel de "magno excitador de la germanidad".

Más profunda, si bien quizás menos espectacular, fue la influencia de Hegel, considerado como el filósofo oficial del Estado prusiano. Es sabido que de su colosal obra tomó también el marxismo piedras para su propio edificio. A Hegel pertenecen los conceptos que, desperdigados, transcribimos: "El Estado es el espíritu erecto en el mundo"; "El Estado es la realidad de la idea moral, el espíritu moral como voluntad manifiesta, evidente a sí mismo y substancial, que piensa por sí mismo y sabe y realiza lo que sabe en tanto que lo sabe"; "El Estado es la marcha de Dios por el mundo"; "El Estado es la voluntad divina: el espíritu presente que se extiende, volviéndose así forma y organización real del universo. Quienes desean apoyar una forma de religión que se halle en oposición al Estado, se conducen como los que piensan que perciben verdaderamente, fijándose exclusivamente en la esencia y negándose a avanzar de tal abstracción hacia la existencia real". Por último, en su *Filosofía del derecho*, Hegel estampa esta afirmación definitiva: "Debemos, por lo tanto, honrar al Estado como lo divino en la tierra".

Racismo y belicismo. Se advirtió que del anterior rastreo somero de fuentes ideológicas del nacionalsocialismo se excluía, por razones de método, a los precursores del

racismo alemán y del belicismo, factores ambos que tan capital importancia tuvieron en el nacionalsocialismo.

No es aventurado, de manera alguna, afirmar que el racismo ha sido siempre un elemento capital en la Alemania moderna, sólo superada en este aspecto por el judaísmo, lo cual explica la instintiva antipatía de ambos pueblos.

Ya Johann Gottfried Herder, a fines del siglo XVIII, insistía en el aspecto biológico de la nación. Afirmaba que "una nacionalidad es una planta de la naturaleza" y hablaba de la "fisiología del grupo nacional". El mismo Herder proclamaba: "existe tan sólo una clase en el Estado, el Volk (pueblo), y el rey pertenece a esta clase igual que el labriego", afirmación en la cual la palabra "pueblo" no tiene en absoluto el carácter político y clasista que usualmente se le da, sino representa, precisamente, la comunidad racial.

Esta exaltación de la raza va unida a la de todo lo alemán, a las manifestaciones derivadas de la raza, muy especialmente al idioma, ya que, con frecuencia se afirma, la raza no está confinada en un ámbito geográfico determinado sino dondequiera haya un alemán y se hable el idioma alemán.

Los poetas van más lejos que los filósofos. Alemania posee buen número de poetas políticos difundidos popularmente, exaltados cantantes no sólo de la raza, sino también de la lengua, de la unidad, del imperio, de todo lo autóctono y lo telúrico, de la guerra, especialmente.

Se considera a Joachim von Arnim el primero, cronológicamente, de aquellos poetas, y es frecuente citar su *Landesvater,* de 1806, como ejemplo de su estilo y convicciones. Se trata de una especie de diálogo entre el sargento y los soldados. (Sargento: "¡Canto de los Cantos; hazlo resonar! Grande y alemán sea nuestro valor. Ved aquí la espada consagrada, haced como hacen los valientes prusianos y atravesad la ralea francesa". Soldados: "Fecunda es la lluvia veraniega, santificadora la sangre enemiga".) Arnim fue también fundador de la Sociedad

Cristiana Germánica, de la cual se excluía, expresamente, a "los judíos, los franceses y los filisteos".

Más fiero es aún Von Kleist, el más conocido de esta estirpe de poetas políticos. En 1809 escribe *Germania an ihre Kinder,* que Butler, notable especialista en el tema, considera "tal vez el más terrible de todos los cantos de guerra alemanes en su salvaje fruición de matanza". (Con estas palabras Kleist exhorta a los alemanes a alzarse contra el invasor francés: "Todos los prados, todos los lugares, ¡teñidlos de blanco con sus huesos! Los que sean desdeñados por el cuervo y el zorro, ¡entregadlos a los peces! ¡Con sus cadáveres alzad diques al Rin!" Coro: "¡Una alegre cacería como si los cazadores acorralasen al lobo! ¡Matadle! El juicio final no os pedirá cuenta".)

"Bardo guerrero", llama el mismo Butler a Karl Theodor Körner, muerto en 1813, a los veintiún años, al asaltar un convoy francés cerca de Lützow. Su poema más famoso es el *Canto de la espada.* ("Chirrío en mi vaina. Ardorosa y llena de alegre furor de batalla ansío la lucha. Por eso, caballero, chirrío tan violentamente. ¡Hurra! No me hagas esperar, ¡oh hermoso jardín de amor, lleno de rosas rojas de sangre y de florecida muerte! ¡Hurra!")

Por somera que sea esta enumeración, no puede dejar de mencionarse a Moritz Arndt, predicador insistente de la idea de una magna Alemania, unida, por cierto. En su poema *La patria alemana,* se pregunta: "¿Cuál es la patria del alemán? ¡Dime el nombre de este gran país! Tan lejos como suena la palabra alemana y se oye cantar canciones a Dios en el cielo: ¡éste ha de ser, éste, mi buen alemán, llámalo tu país!" En 1807, Arndt publicó *Discurso de paz de un alemán,* en el que escribe: "Somos alemanes..., somos el centro de la tierra europea, el centro entre el norte y el sur. Sabéis que los griegos erigieron Delfos en el medio de la patria... ¿Dónde están nuestros oráculos y profecías?... Los luchadores y los vengadores vendrán. ¡Sea éste el oráculo más reciente!"

Estos poetas políticos y belicistas no son cosa del pasado. No debe olvidarse que poetas tan grandes como el dulce y melancólico Rainer Maria Rilke y Stefan George

saludaron con versos entusiastas el estallido de la guerra de 1914. Si los versos destacados dicen relación más bien con el aspecto guerrero, lo cierto es que a lo menos Arnim, Körner y Arndt son clara y definitivamente racistas, con todos los matices, alcances y salvedades que este vocablo importa. Se podrá argüir que son sólo poetas; es cierto, pero poetas con hondo eco nacional.

En todo caso, el racismo que el nacionalsocialismo se limitará a adoptar tiene cuatro altos exponentes, aunque curiosamente la mayoría no haya nacido alemanes, pero sí lo llegaron a ser por identificación o difusión de sus ideas. Los cuatro son sobradamente conocidos, de modo que la mención vale apenas para el recuerdo.

Un francés, el conde Joseph Arthur de Gobineau, publica entre los años 1853-55 el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas,* donde sostiene que sólo los alemanes han conservado las virtudes propias de los arios primitivos. Gobineau es un pesimista, veía la fatal declinación de la raza blanca, y, con ello, de la civilización. "La Historia nos enseña —dice— que toda civilización dimana de la raza blanca, que ninguna de las demás puede existir sin la cooperación de esta raza y que una sociedad será grande y brillante sólo en la proporción en que sabrá conservar por un período prolongado al grupo noble que la creó." Gobineau era funcionario del Ministerio de Relaciones de Francia. En tal calidad, fue designado ministro en Estocolmo, terminando por radicarse en Alemania, donde Wagner le aclamó como el hombre "que había vuelto a casa, cansado y cargado de saber, después de lejanas peregrinaciones por tierras y pueblos".

El profesor francés Vacher de Lapouge es menos citado, pero no por ello menos importante ni inferior su influencia en Alemania. En 1889 publica *El ario y su rol social,* y en 1896, *Las selecciones sociales,* en las que procura demostrar la superioridad del ario nórdico, que gracias a su voluntad inflexible se ha impuesto a los braquicéfalos y a los mediterráneos.

El más importante de los teóricos del racismo es, incuestionablemente, Huston Steward Chamberlain, un in-

glés, hijo de un almirante, nacido en Portsmouth en 1865 y muerto en Bayreuth, en 1927. Chamberlain se había casado en segundas nupcias con una hija de Wagner, y su asimilación fue perfecta, en todo sentido. Su gran obra, escrita en alemán, es *Génesis del siglo XIX,* aparecida en 1899 y que suscitó la más ardorosa admiración del káiser Guillermo II. Alcanzó a conocer a Hitler. En 1923, cuatro años antes de su muerte, y cuando Hitler, de treinta y cuatro años entonces, apenas comenzaba su lucha que diez años más tarde lo llevaría a la conquista del poder, Huston Steward Chamberlain le escribió: "Mi fe en la germanidad no ha vacilado un solo instante, aunque mi esperanza, lo confieso, había caído muy bajo. De un solo golpe, usted ha transformado mi estado de ánimo. Que en la hora de su más negra miseria Alemania diera a luz un Hitler, es prueba de su vitalidad... ¡Que Dios le proteja!" En su obra, Chamberlain formuló las cinco leyes que regirían el nacimiento, la conservación y el progreso de las razas. Lo que es más importante, añade una idea moral a las de Gobineau, a saber: que no basta tener las características somáticas de la raza aria, sino que es menester poseer también sus virtudes. En base a ello, considera arios a Dante y a Miguel Angel y, en definitiva, a los celtas, a los latinos y hasta a los eslavos; en suma, a toda Europa.

Ninguno de los tres autores citados es alemán de nacimiento, pero es más que sintomático el que a lo menos dos de ellos se hayan asimilado totalmente al país y que fuese precisamente aquí donde sus teorías encontraron tan exitosa acogida. En todo caso, si bien de menor importancia, también se pueden citar nombres propiamente alemanes: Ludwig Greiger, Theodor Poesche y Karl Penta, después de la guerra franco-prusiana. El más trascendente entre los teóricos alemanes del racismo es Hans Günther, o Günther de Jena, como otros le llaman. Su obra más importante es el *Estudio racial del pueblo alemán,* publicado en 1922. Junto con reafirmar el predominio físico, moral e intelectual de los pueblos nórdicos sobre los meridionales, Günther va todavía más allá que

Chamberlain, y sostiene que un extraño puede incorporarse al germanismo, cultivando dentro de sí las características propias de éste.

El "belicismo" alemán. Los intelectuales alemanes, los filósofos alemanes, específicamente, mostraron siempre, de manera casi uniforme, entusiasta simpatía por el ejército alemán, en lo que evidenciaron, por cierto, bastante más sagacidad que sus émulos del extranjero. Esta es una tradición que casi resulta ocioso discutir. Recordemos tan sólo que Nietzsche afirmaba que "el porvenir de la cultura alemana descansa en los hijos de los soldados prusianos", y que "el mantenimiento del Estado militar es el último medio de adhesión a la gran tradición del pasado; o bien, cuando ésta se haya perdido, de resucitarla".

Hablamos, pues, de "belicismo", y no de militarismo, que no es la misma cosa. Casos hay, y la Historia nos ofrece ejemplos, de pueblos animados de ardor bélico, nada reacios a acudir a la guerra como supremo argumento, que no por ello mostraron espíritu militar y ni siquiera interés por crear un eficaz ejército propio. No es el caso de Alemania, es claro.

Este espíritu "belicista", que ve en la guerra la expresión más alta de las energías y hasta de la espiritualidad de una nación, tiene en Alemania remotos orígenes y decenas de representantes ilustres. El general Clausewitz es, posiblemente, el más importante, pero, por sobradamente conocido, preferimos citar otros dos nombres, uno en cada siglo: el historiador Treitschke y el general Friedrich von Bernhardi.

El historiador Heinrich von Treitschke (1834-1896) fue seguido ardorosamente por la juventud, que por más de veinte años acudió de toda Alemania a escuchar sus clases en la Universidad de Berlín. En su libro de madurez, *La política,* que encierra la síntesis de aquéllas, se contienen afirmaciones como ésta: "No es preciso que un ejército esté batiéndose siempre. Su obra continúa en los silenciosos preparativos del tiempo de paz". "Se ha probado, una y otra vez, que es sólo en la guerra cuando un pueblo llega a ser un pueblo de verdad." "Cualquiera que

entienda de historia comprenderá que expulsar la guerra del universo sería mutilar la libertad humana." El párrafo definitivamente ilustrativo del sentido profundo del pensamiento de Treitschke es el siguiente, tomado de la misma obra: "Allí precisamente donde, al observador superficial, la guerra aparece como una cosa brutal e inhumana, nosotros hemos aprendido a discernir su fuerza moral. El que se les pida a los hombres, en nombre de la patria, que se asesinen unos a otros, hombres que no se han hecho ningún daño, que, más aún, tal vez se respeten mutuamente como adversarios valientes, a primera vista parece ser el lado odioso de la guerra. Y, sin embargo, es en ello donde reside su grandeza. Un hombre tiene que sacrificar no solamente su vida, sino también los impulsos profundamente justos y naturales del alma humana. Tiene que abdicar todo su ego en bien de la gran idea de la patria. En esto se manifiesta la sublimidad moral".

Este pensamiento, tan bien acogido por la juventud alemana que escuchaba a Treitschke, sostenido flameante, sin tregua, por una cohorte de pensadores nada de desdeñables, encuentra otro gran expositor en el general Friedrich von Bernhardi, cuya obra *Alemania y la próxima guerra,* aparecida en 1911, había alcanzado ya seis ediciones en 1913. En ella sostiene que "la guerra es en primer lugar una necesidad biológica, un regulador de la vida de la Humanidad, del cual no se puede prescindir". Más adelante, agrega: "la fuerza constituye al mismo tiempo el supremo derecho; el juicio lo pronuncia la guerra, cuyo fallo, como criterio biológico, es siempre justo, ya que sus decisiones dimanan de la esencia misma de las cosas". Para Bernhardi, la necesidad de expansión es el más oportuno motivo para una guerra: "Los pueblos fuertes, sanos y prósperos se multiplican constantemente. Por esta razón necesitan, desde un determinado momento, una expansión de sus fronteras, nuevos territorios para absorber el excedente de su población. Pero, como casi todo el globo ya está colonizado, aquellas nuevas tierras generalmente no se pueden adquirir sino a expensas de

su poseedor, es decir, por medio de la conquista, la que, en virtud de tal lucha, se convierte en una ley de necesidad".

Con lo anterior creemos haber demostrado lo anunciado y que nos parece evidente: las principales afirmaciones del nacionalsocialismo estaban ya formuladas, algunas con siglos de anticipación, y latían y bullían en el alma alemana. Hitler no inventó nada: tomó lo que le convenía y le parecía necesario. Por eso se identificó en tan grande medida con su pueblo y éste le siguió hasta el final wagneriano en las ruinas de la Cancillería, en Berlín.

Por cierto que lo dicho no implica afirmar que "todo" el pueblo alemán había sostenido esas ideas. El "liberalismo" alemán, el "izquierdismo" alemán, si bien secundarios y apocados, también son "realidad alemana". No puede olvidarse que Karl Marx era alemán, aunque ello pretenda desdibujarse anteponiendo su calidad de judío.

No existe un ideario definitivo del nacionalsocialismo, la más pujante expresión del nacionalismo alemán. No podría buscarse él en los famosos "Puntos" del Partido, tempranamente redactados y que Hitler declaró inmodificables, para evitarse mayores problemas. El mismo pensamiento de Hitler parece haber experimentado substanciales modificaciones, y la lucha final haberse dado más por Europa y por Occidente que por la misma Alemania. Con todo, y para no moverse en las trincheras sutiles de las intenciones y de los discursos circunstanciales, parece imperativo remitirse, aun con reservas, a *Mein Kampf*.

Mein Kampf. Esta obra, tan citada como poco leída, fue escrita por Adolf Hitler en el curso de 1924, es decir, a los treinta y cinto años de edad, cuando cumplía condena en la fortaleza de Landsberg am Lech por su participación en el llamado "Putsch de Munich", intento revolucionario nacionalsocialista contra la llamada "República de Weimar", nueve años antes que alcanzara el po-

der. De *Mein Kampf* se habían vendido 287.000 ejemplares hasta ese momento, 1933. Se calcula en unos diez millones los ejemplares hasta ahora impresos y, sea como sea, es uno de los más grandes éxitos editoriales de todos los tiempos. En el Prefacio, el autor explica que el libro "no está escrito para los extraños, sino para los adherentes al movimiento, que pertenecen a él de corazón y desean ilustrarse a su respecto". Más tarde, Hitler confidenció al doctor Frank que si en 1924 hubiese sospechado que llegaría a ser canciller de Alemania, jamás habría escrito *Mein Kampf*. No es, pues, un libro doctrinario, ni pretendió serlo. Se trata, más bien, de una crónica de lucha. No cabe oponerlo intelectualmente a *El capital* de Marx u a otro análogo. Hitler es un jefe de partido, y no un ideólogo sistematizador, lo que también se hace patente en el estilo, descuidado muchas veces. Los temas se repiten y por momentos se siente que lo leído sería más adecuado para una arenga que para un libro.

Con todas estas advertencias conviene, sin embargo, destacar algunas de sus afirmaciones básicas.

Los tres capítulos iniciales de la Primera Parte están destinados "a comentar con harta prolijidad el período durante el cual amasó las primeras enseñanzas en lo tocante a las cuestiones que afectan al Partido". La observación de la vida en la Viena de su juventud le sugiere sus primeras reflexiones político-doctrinarias: "La democracia occidental es hoy precursora del marxismo, que sería inconcebible sin aquélla. Es el terreno propicio para que germine esta universal pestilencia", en contraste con la cual estaría "la verdadera democracia germánica", "que comprende la libre elección de su caudillo, imbuido de su deber de asumir toda la responsabilidad de lo que hace y manda hacer". Los capítulos V y VI están dedicados a la Primera Guerra Mundial, que califica como "el período más grande e inolvidable de mi existencia terrenal". Constantemente expresa su admiración por el soldado alemán. Su explicación para el desenlace es invariable: el ejército no perdió la guerra, sino que fue derrotado en el frente interno, traicionado por judíos y marxistas, a lo que aña-

de el predominio de la economía, la disociación de la prensa, la educación deficiente, el arte dedicado a desprestigiar el pasado y la explotación del cristianismo por un partido político. Los dos últimos capítulos de la Primera Parte están dedicados, respectivamente, a "Nación" y "Raza" y al período inicial de desarrollo del Partido. Denomina a la raza aria "portaestandarte de la cultura", y cita como ejemplo de lo nocivo de la mezcla de razas el poderío de la América del Norte (Estados Unidos) frente a Latinoamérica. El capítulo XI de la Primera Parte de *Mi lucha* constituye uno de los más violentos e implacables ataques escritos contra el pueblo judío, respecto del cual no sólo se cuestiona cualquier valor, sino que se le niega terminantemente.

La Segunda Parte de *Mi lucha* se inicia con el capítulo titulado "Teoría del mundo y del Partido", en el que se expresa que "Karl Marx fue sencillamente, y en realidad, el único individuo entre millones que en el lodazal de un mundo corrompido descubrió con el ojo seguro del profeta la ponzoña indispensable, extractándola como por arte de magia en una solución concentrada a fin de acelerar la destrucción de la existencia independiente de las naciones libres de esta tierra. Y todo ello con el propósito de servir a su propia raza".

Para quienes con ligereza identifican el nacionalsocialismo alemán con el fascismo italiano —probablemente influenciados de manera subconsciente por los últimos años de la Segunda Guerra Mundial, en los cuales la ineficacia de sus fuerzas armadas subordinó la suerte de Italia a la de Alemania—, podrá resultar sorprendente que Hitler afirme terminantemente que el Estado no es un fin en sí mismo, sino un medio, y que su razón esencial "estriba en la conservación de los elementos raciales primitivos". Esta conservación la hará velando porque se engendren ciudadanos sanos; formando el carácter, conjuntamente con el adiestramiento corporal; fomentando la ciencia como un medio de aumentar el orgullo nacional; completando la educación "con el servicio en el ejército", y separando "de la muchedumbre anónima de la

nación a los cerebros más competentes, promoviéndolos al rango y dignidad".

El capítulo sobre el Estado concluye con los siguientes párrafos: "Bien puede ser que el oro sea el único poder dominante en la vida actual; llegará, sin embargo, el día en que los hombres inclinen la frente ante deidades más excelsas... Uno de los deberes de nuestro movimiento consiste en brindar las perspectivas de una época en la cual se proporcione al individuo lo que necesite para subsistir, sosteniendo de paso el principio de que los hombres no viven para los placeres materiales solamente".

La organización del futuro Estado nacionalsocialista se anuncia así: "El Estado no tolerará que hombres carentes, por su educación o por su oficio, de las condiciones indispensables, sean invitados a dar su parecer o a juzgar acerca de asuntos de naturaleza especial, como la economía, por ejemplo. El Estado subdividirá, por consiguiente, su cuerpo representativo en comisiones políticas, entre las cuales habrá una que represente a las profesiones y oficios. Para que exista una provechosa colaboración entre los dos, habrá por encima de ellas un Senado escogido y permanente. Pero ni el Senado ni la Cámara tendrán facultades para adoptar resoluciones. Los miembros individuales podrán aconsejar, jamás decidir, porque esta atribución corresponderá exclusivamente al presidente responsable que ejerza la autoridad".

En esta parte plantea también Hitler su posición religiosa. Cabe recordar que él, personalmente, no se definió sobre el punto. Sólo en su juventud, cuando en el otoño de 1908 solicita por segunda vez la admisión en la Academia de Artes Plásticas de Viena, estampa su única definición: "católico". En diversas partes de *Mein Kampf* se formulan elogios a la Iglesia Católica, especialmente en lo que se refiere a la fidelidad al dogma y al celibato eclesiástico, y advierte, textualmente: "En nuestras filas han luchado unidos fervientes protestantes y fervientes católicos sin el menor escrúpulo de conciencia en lo concerniente a su respectiva religión".

El capítulo XII se dedica a "La cuestión de los sin-

dicatos". "Su existencia —dice— no puede ser puesta en duda, mientras existan entre los empresarios hombres carentes de toda noción relativa a las obligaciones sociales y desconocedores de los más elementales derechos de la humanidad." El, por su parte, se declara contrario a la fundación de sindicatos nacionalsocialistas.

Los tres últimos capítulos se dedican a materias internacionales. Cree que "sólo quedan dos países que podrían ser nuestros posibles amigos: la Gran Bretaña e Italia". En ese año de 1924, Hitler denuncia en *Mein Kampf* como "descabellada" la pretensión de restablecer las fronteras alemanas de 1914 y proclama que los nacionalistas alemanes deben tornar sus ojos en dirección al Oriente, es decir, hacia Rusia; contra Rusia, mejor dicho. Alemania debe olvidar sus sueños coloniales y buscar en la inmensidad del territorio ruso espacio para la instalación de sus excesos de población. De los últimos capítulos de *Mi lucha* aparece claro que para Hitler el enemigo no es Gran Bretaña ni Francia, menos Estados Unidos, al cual siempre pareció ignorar, sino Rusia. Así, después de muchas otras razones, dice: "Nosotros no podemos olvidar que los bolcheviques tienen las manos manchadas de sangre, que en una hora trágica, favorecidos por las circunstancias, asaltaron un gran Estado y, acometidos por una furiosa manía de exterminio, asesinaron a millones de sus más inteligentes compatriotas, consiguiendo implantar al cabo de diez años el más tiránico de los regímenes políticos que registra la Historia".

No hay, pues, identidad entre nacionalsocialismo y fascismo y, por el contrario, en doctrina pura, diferencias de importancia.

Mientras para Mussolini el Estado es el creador de la nación, para Hitler es la comunidad racial la que justifica al Estado y le fija sus límites. Para el nacionalsocialismo, las razas son los únicos sujetos de la Historia y el racismo es voluntad del Creador. Hitler cree en la existencia de una raza aria, fundadora de la civilización, cuyo

fin sería también el de ésta. Como el Estado es el instrumento de la comunidad racial, es secundaria su forma, un asunto a solucionar más tarde. Hitler admite que la soberanía reside en el pueblo, pero añade una corrección: debe ser interpretada por los mejores (el Partido) y ejercida por uno solo (el Führer).

Todavía resulta de interés destacar un punto, que más que de *Mein Kampf* emana de sus discursos posteriores. Esto es, que la economía no es un fin en sí misma —lo que difícilmente alguien pretendería— y que debe organizarse en la forma que más convenga al Estado, servidor de la comunidad racial. El Estado no debe identificarse con una concepción o doctrina económica determinada. Simplemente, adoptará la fórmula más conveniente en su circunstancia para servir a la raza, suprema razón. Pese a lo anterior, es claro —y ello está reiteradamente enfatizado— que Hitler consideraba que no había economía racional que no partiera de la propiedad privada, a la cual consideraba elemento de dignificación del hombre, y que creía que el Estado sólo debía intervenir en la economía cuando ésta podía entrabar su misión de servicio racial. Por ello, Hitler tomó y aceptó a los economistas cuando éstos podían servir a sus designios, pero jamás subordinó sus objetivos a "los inmutables principios de la economía". La palabra "socialismo" injertada en el nombre de su movimiento nada tiene que ver con el marxismo, y ni siquiera con el socialismo de Estado.

Si se mira el fenómeno del nacionalsocialismo con perspectivas amplias, sin la emotividad pro o contra que él como ninguno supo aportar, es incuestionable que el nacionalsocialismo alemán es quien menos pudo aportar a un acervo común del pensamiento nacionalista. En estricto análisis, Hitler y el nacionalsocialismo son fenómenos exclusivamente alemanes. Si no hubiese sido por la tremenda eficacia del ejército alemán, por la importancia del pueblo que los produjo como remate de un proceso de

siglos, el mundo apenas habría tenido razón para reparar en ellos.

Es, pues, intrínsecamente erróneo el identificar al nacionalismo en general con el nacionalsocialismo alemán ni con la persona misma de Hitler. Al contrario, si bien son nacionalistas, representan, precisamente, la forma más excluyente del mismo.

Si la identificación, pese a todo, se ha producido para muchos, ello obedece a dos órdenes de razones. Primero, a una propaganda interesada, que mañosamente ha sabido exhibir del nacionalsocialismo sólo sus excesos, buscando con ello perjudicar al resto del nacionalismo. Segundo, por razones emotivas. Alemania, guiada por Hitler, tuvo un heroico comportamiento durante la Segunda Guerra Mundial. Sus mariscales, como Rommel y Kesselring, para no mencionar media docena más, se erigieron en figuras casi legendarias.

Todavía cabe mencionar otras razones. El nacionalsocialismo supo erigirse en el campeón del anticomunismo mundial, legitimando así que muchos antimarxistas, superando sus naturales reservas, simpatizaran con él. Esgrimió el milenario antagonismo entre Europa y Asia —que en él era muy real y auténtico— y se le sumaron así la mayoría de los que en una u otra forma se sienten deudores espirituales de Europa. Supo, más allá del racismo, defender del pasado lo que es defendible, no para perpetuar un sistema económico social injusto, sino en nombre del futuro. Todo ello con nervio y ademán auténticamente juvenil. Los éxitos militares y el esplendor de las paradas y marchas en escenarios wagnerianos, le granjearon, ciertamente, más partidarios en el extranjero que las lucubraciones de Rosenberg en *El mito del siglo XX*.

El nacionalsocialismo, precisamente por su racismo básico, no era portador de una filosofía de valor universal, aunque ningún contemporáneo de Hitler pueda ser ajeno a su titánico esfuerzo por revitalizar a Europa. Es posible que el mismo Hitler, con el nuevo cuadro que la guerra le planteó, haya tenido otros planes, variando sus opiniones originales, pero ello no sería motivo de este análisis.

Fue —creemos— el último César de Occidente y en este rol encaja perfectamente en las teorías de Oswald Spengler, las que él rechazó, porque Spengler hablaba de "culturas" y no de "razas" y, sobre todo, porque él se sentía llamado a inaugurar una nueva era. Cerraba una época, y no inauguraba una nueva. Si hubiese vencido —y muy cerca estuvo de ello—, la Historia se habría detenido cien años, en medio de un gran esplendor formal de las viejas formas de Occidente.

Al morir el Tercer Reich, y con las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, se inauguró el mundo de la técnica, ajeno al humanismo de Occidente. Por mucho tiempo, Rusia y EE. UU. tendrán la palabra. De Hitler la Historia sólo podrá recoger el ademán heroico, muy valioso como tal, pero negativo en cuanto a ideas.

VII. OTRAS FORMAS EUROPEAS DEL NACIONALISMO

Adentrarse en el ideario de todos los grupos nacionalistas europeos de los siglos XIX y XX sería tarea no sólo ardua, sino, quizás, innecesaria, ya que no todos tienen originalidad aportable a la historia de las ideas políticas. No obsta a lo anterior el que su importancia circunstancial, en el respectivo ámbito, haya sido considerable.

En todo caso, deben anotarse algunos nombres. Así, la "Unión del Pueblo Ruso", fundada en 1905 por el doctor Dubrovin; el "Movimiento Lapua", creado en 1929, en Finlandia, bajo la dirección de Vihtori Kosola; el de la "Cruz de Flechas", de Ferencz Szálasi, en Hungría; los "Verdinase" del país flamenco, que dirigía Van Severen; el "Rexismo" belga de Léon Degrelle (que bien merecería un estudio especial); la "Unión Británica", de Oswald Mosley, en Gran Bretaña; el "Heimwehren", de Starhemberg, en Austria, y los "Ustachis" de Ante Pavelic en Croacia. No son todos, ciertamente, pero la mención de

los ya señalados pone de relieve la real existencia del movimiento nacionalista que prácticamente no dejó rincón de Europa sin alcanzar, emocionalmente motivados, en la mayoría de los casos, por Hitler y Mussolini, avalados por una "conciencia europea". La efectividad del fenómeno es indisimulable.

Merecen, sí, especial mención los casos de Rumania, de España y de Portugal. Este último, posiblemente, el menos contagiado de violencia de todos los movimientos nacionalistas europeos. También Cornelio Codreanu en Rumania, capitán de la Guardia de Hierro, y José Antonio Primo de Rivera, jefe de la Falange Española, representan, en alguna manera, una humanización del pensamiento nacionalista frente al absorbente estatismo fascista y al implacable racismo nacionalsocialista.

VIII. CORNELIO CODREANU Y LA GUARDIA DE HIERRO RUMANA

Difícil resulta resumir un tema cuando, precisamente, se ha dedicado a él una sostenida y minuciosa atención, lo que, casi fatalmente, impele a alterar las proporciones.[1] Debe sumarse a ello que la temprana muerte del capitán de la Guardia de Hierro, estrangulado en el bosque de Tancabesti el 30 de noviembre de 1938, a los treinta y nueve años de edad, puso fin a una vida de tan rico contenido humano que apenas puede hablarse del pensamiento sin caer en la biografía.

Con todo, prescindamos del hombre Cornelio Codreanu, y acotemos tan sólo su curiosa analogía con José Antonio Primo de Rivera, y la más curiosa omisión recíproca en sus escritos y discursos. Desconcierta el que jamás se hayan mencionado siquiera el uno al otro, pese a

[1]Véase, del autor, *Recuerdos de la Guardia de Hierro,* Madrid, 1969, 469 págs.

que la Guardia de Hierro considera tan propio el alzamiento nacionalista español, que como contribución envía un grupo de siete voluntarios escogidos, dos de los cuales, Motza y Marin, cayeron en Majadahonda, tierras de Castilla, de cara al común enemigo marxista. José Antonio Primo de Rivera es fusilado en Alicante, el 19 de noviembre de 1936, a los treinta y tres años. Vidas paralelas que, como antorchas destinadas a dar mayor luz, ardieron por los dos extremos. Ambos jóvenes, tempranamente abatidos; los dos llenos de infinito amor por sus respectivas patrias, para los cuales señalaban los mismos enemigos; ambos, caudillos contra sus más íntimos deseos y vocación. El mismo gesto y ademán melancólico, como si los dos presintiesen su próximo fin. Obsesionados por problemas morales, preocupación tan poco frecuente en los políticos; casi atormentados por "el más allá", en el cual veían indefectiblemente proyectados y contabilizados sus actos más mínimos, sintiéndose, además, responsables personales de la conducta moral del último de sus seguidores. José Antonio Primo de Rivera, católico; Cornelio Codreanu, ortodoxo, como puros exponentes de sus respectivos pueblos..., pero Codreanu relee en los últimos momentos a San Antonio, "el gran santo católico de mi devoción", como explica.

Cornelio Codreanu dejó una obra fundamental: *Guardia de Hierro,* de la cual nunca llegó a terminar la segunda parte. Además, se han recopilado sus *Circulari Si Manifeste* y sus *Certifica Sefului.*

Si fuese preciso escoger una frase como lo más representativo de Cornelio Codreanu, sin vacilar optaría por una que, a mi juicio, es la esencia misma de su concepción de la vida. Es una respuesta a un grupo de periodistas. En 1937, en elecciones parlamentarias, la Guardia obtiene 66 diputados, lo que por sí era un éxito espectacular, pero que eventualmente podía acrecentarse por apoyo de otras fuerzas. Interrogado por los periodistas extranjeros acerca de "cuándo tomaría el poder", Codreanu responde de inmediato: "Cuando todos los comandantes de la Guardia puedan asegurarme que bajo sus órdenes

no hay ningún hombre incorrecto; si no..., sería apenas cambiar una firma por otra".

Sobre la naturaleza del movimiento de la Guardia de Hierro, Cornelio Codreanu escribió en su obra básica:

"Es preciso que la consigna de toda la juventud sea: ningún joven volverá a pisar la puerta de un partido político.

"La teoría que nos exhorta a entrar en los partidos políticos para hacerlos buenos, si creemos que son malos, es una teoría falsa y pérfida. De la misma manera que desde que el mundo es mundo, día y noche, continuamente, por miles de arroyos y ríos llega agua dulce al mar Negro, y, sin embargo, no consigue endulzar sus aguas, antes, al contrario, se vuelven saladas aquellas que eran dulces."

En la *Cartilla para jefes de nidos*, define y precisa: "El Movimiento Legionario, antes que un partido político, teórico, de fórmulas financieras o económicas, es una escuela espiritual, en la cual, si entra un hombre, deberá salir un héroe".

En *Guardia de Hierro* había explicado: "El Movimiento Legionario no se funda exclusivamente en el principio de la autoridad, ni tampoco en el de la libertad. El arraiga su convicción primera en el principio del amor. En el amor nace la verdadera autoridad y la verdadera libertad".

En junio de 1935, Codreanu, como jefe ("capitán", le llamaban los legionarios) del movimiento, promulgó "Los Diez Mandamientos de la Legión", código básico de ética personal y de conducta política al cual debían ceñirse los legionarios. La sola existencia de un documento de esta naturaleza —rígidamente acatado— resulta insólita para la concepción liberal de partido político. En el punto 5.º, por ejemplo, se advierte: "Evita las dádivas. Rehúsalas siempre". En el 6.º: "Apártate de los que te lisonjean y adulan". En el 7.º: "Donde hay tres legionarios, ya debe vivirse como hermanos. Esta unión exige sofocar apetitos y egoísmos y olvidarse de sí mismo. Ella nos dará la victoria. Quien atente contra la unión atenta contra

la victoria legionaria". En el 8.º: "No denigres a tus camaradas. No escuches murmuraciones ni las propales".

Fe en Dios y espiritualidad del movimiento. Los párrafos transcritos sobre su naturaleza son claros. Sin embargo, Codreanu no deja jamás de volver a estos principios. Así, escribió: "Todos creíamos en Dios. No había ningún ateo entre nosotros. Mientras más perseguidos y aislados estábamos, más se elevaban nuestros pensamientos a Dios y a nuestros muertos". "El individuo, encuadrado y al servicio de su nación. La nación, encuadrada y al servicio de Dios y de las leyes de la divinidad. Quien comprenda esto, vencerá aunque esté solo. Quien no lo comprenda, será vencido." La inmensa mayoría de los legionarios eran ortodoxos, como lo es Rumania, pero también había católicos entre ellos, e incluso musulmanes, todos en igualdad de derechos y obligaciones. Pero el movimiento estaba muy lejos de ser "clerical", ni de explotar la religión para sus propios fines, como ha sido tan frecuente en el régimen partidista tradicional. En una de sus *Circulares*, advirtió Codreanu: "Nosotros vivimos la línea de la Historia y del siglo. La Iglesia está muy por encima de nosotros. Hacia ella tendemos, aunque logremos muy poco, porque estamos bajo el estigma del pecado. Creo que, de hecho, los sacerdotes se han apartado muchas veces de la verdadera línea de la Iglesia. Pero creo en la inmortalidad de los principios cristianos nacidos del martirio". En otra de sus *Circulares*, escribe el capitán de la "Legión de San Miguel Arcángel", o "Guardia de Hierro", como comúnmente terminó designándosele: "Todo el problema se plantea: a) En la dominación de cualquier apetito. Vencer al cuerpo y la materia; b) En la liberación del alma del dominio de la materia; y c) En la concentración en la oración, siempre más cerca de los muertos, de los santos, de Jesús, de Dios"... "No negamos ni negaremos la existencia, el fin y la necesidad de la materia en el mundo, pero siempre le negaremos el derecho a dominio absoluto." Finalmente: "Toda la inteligencia, todo el estudio, todo el talento, toda la educación, no nos servirán de nada si somos viles. Enseñad a vuestro hijo a no

emplear jamás la vileza, ni ante el amigo ni ante el más grande enemigo, porque no vencerá, y, más que derrotado, será aniquilado... La vileza del vencido será substituida por la vileza del vencedor, pero, en substancia, la misma vileza dominará al mundo".

En su *Cartilla para jefes de nidos* ("nidos" eran los núcleos de bases de la Guardia), terminada en 1936, pequeña obra que por su espiritualidad mereció ser comparada por un historiador rumano con los *Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola*, el capitán precisó las seis leyes fundamentales del funcionamiento de los "nidos":

1.º Ley de Disciplina: Sed disciplinados, porque sólo así venceréis. Seguid a vuestros jefes en lo bueno y aun en lo que parezca difícil;

2.º Ley del Trabajo: Trabajad, trabajad cada día. Trabajad con placer. Sea la recompensa de ver en vuestro trabajo no la ganancia, sino la alegría de haber puesto un ladrillo en la elevación de la Legión, en el florecimiento de Rumania;

3.º Ley del Silencio: Hablad poco, sólo cuando sea indispensable. Sea vuestra oratoria la oratoria de los hechos. Obrad y dejad que los demás hablen;

4.º Ley de la Educación: Debéis llegar a ser héroes. Que el "nido" sea vuestra escuela. Conoced bien a la Legión;

5.º Ley de la Ayuda Mutua: Ayudad al hermano herido por la desventura. Jamás lo abandonéis; y

6.º Ley del Honor: Sed fieles a los preceptos del honor. Luchad y sed honestos. Dejad a otros el camino de la infamia. Para vosotros, mejor es vencer o caer combatiendo en el camino del honor.

Estrechamente unido con la espiritualidad de la Guardia está el problema de los políticos "afines", eterno problema de todos los movimientos nacionalistas. En esto, como en todo, Codreanu fue terminante:

"Los que tuvieron vida política activa no pueden ser admitidos en la Guardia, aunque parecieran comprendernos y estar dispuestos a prestar juramento y aun ofrezcan garantías. Esta prohibición es consecuencia de una larga experiencia legionaria: los que han vivido en un determinado ambiente y mentalidad, difícilmente pueden adaptarse al estilo de la Guardia, aunque de buena fe pudieran ellos mismos creerlo... Por eso, para la seguridad y firmeza de la Guardia, los viejos políticos no pueden ingresar al movimiento, aunque nunca antes nos hayan atacado o, incluso, aunque hayan tenido una actitud amistosa para nosotros. Después de la victoria, se les reconocerán sus condiciones, y se les asignará un lugar en la reconstrucción de la patria, pero tampoco entonces podrán enrolarse en el movimiento."

La conducción, o el principio del caudillo o líder. La Guardia de Hierro, al igual que la casi totalidad de los movimientos nacionalistas europeos de esa época, adoptó el principio de la jefatura absoluta. Así lo explica el mismo Codreanu: "Desde el punto de vista de la organización, nos habíamos fijado bajo la idea del jefe y de la disciplina. La democracia era eliminada, no por cálculo, sino en virtud de la convicción nacida por vía teórica. Hemos vivido la antidemocracia desde el primer momento. Yo he guiado siempre. Una sola vez, en tres años, he sido 'elegido' presidente de la Sociedad de los Estudiantes de Derecho. Todo el resto del tiempo no me han elegido como jefe los luchadores, sino que los he elegido yo. No hemos tenido jamás comité, no hemos votado jamás las propuestas; sin embargo, siempre que me ha parecido necesario, me he aconsejado por todos, pero bajo mi responsabilidad: he tomado por mí mismo la decisión. Por esto, nuestro pequeño grupo era siempre una unidad indestructible. Los grupos con pareceres divididos, las mayorías y minorías, chocando entre sí en los problemas de actuación o de teoría, no han existido".

El factor campesino. La Legión de San Miguel Arcángel tuvo siempre un marcado acento hacia los problemas laborales, un tinte "proletario", diríamos, si esta pa-

labra no se hubiese prostituido tanto. Y, dentro del campo laboral, su atención se centró especialmente en los campesinos, los cuales constituyeron sus más firmes bases, lo que era lógico, tratándose de un país en el cual más del 80 por ciento de su población era agrícola y vivía postergada, en condiciones inicuas. La especial preocupación por la suerte de los obreros se puso claramente de manifiesto con la fundación, en octubre de 1936, del "Cuerpo de Trabajadores", grupo selecto puesto bajo el mando del ingeniero Jorge Clime, para muchos, la figura de mayor valer del movimiento, después del capitán. En conversación con un líder obrero, un metalúrgico, Codreanu advertía: "No admitiremos que por tu derecho rompas en pedazos el derecho histórico de la nación a la cual perteneces". Y agregaba: "Pero tampoco admitimos que al amparo de las fórmulas protocolares se instale una clase oligárquica y tiránica sobre las espaldas de los trabajadores de todas las categorías y les arranque literalmente la piel, agitando continuamente la idea de una patria que no aman, de un Dios en el que no creen, de una Iglesia en la cual no entran nunca y de un ejército al cual lanzan a la guerra con las manos vacías".

Y el hombre. Codreanu estaba lejos de ser un utopista. Por el contrario, captó como nadie la realidad rumana y el alma rumana, a la cual se incorporó quizás con más fuerza que ningún otro líder nacionalista extranjero, pese al desarrollo adverso del acontecer político posterior. No planeó sólo en las fáciles alturas. "En nuestro país —escribió—, después de quince años de discursos hinchados y estériles, después de los cuales quedaron sólo ruinas, nuestras almas rehúyen las palabras y buscan sólo los hechos. Nos interesa el puente roto y la reparación del camino, el salto de agua y su transformación en fuerza motriz; el simple cultivo de una chacra, la construcción de un pueblo, de una aldea, tanto como el nuevo Estado rumano."

Puiu Garcineanu, uno de los más altos valores de la intelectualidad rumana, dijo, refiriéndose a Cornelio Codreanu: "Este hombre es un cerebral y un sentimental a

la vez; es racional y es místico; es bueno y áspero; blando e implacable; voluntarioso y suave; orgulloso y modesto; tenaz, sin ser rígido; idealista, sin ser utópico; visionario de altas posibilidades latentes en el pueblo rumano; de alta energía espiritual y de asombrosa resistencia física; pedagogo y caudillo; paciente y prudente, aunque tumultuoso por temperamento; libre de apetitos personales, predestinado al mando de multitudes". Agrega el mismo autor: "Era un organizador obsesionado por los imperativos espirituales". Y, recalca, "su gigantesco poder de amor por los otros hombres, por todas las criaturas de Dios, por los animales y los insectos, por los colores del campo, por las flores y los pájaros de Dios..., una inagotable bondad para con los niños y los humildes. Si es efectivo, como lo creemos, que nada grande se hizo en el mundo sin amor, sin duda que era él el llamado a redimir a los rumanos".

He escrito, en otra parte, que no podría calificar a la Guardia de Hierro rumana como partido político. Para mí, evoca más bien a las viejas órdenes religioso-militares de Occidente. La Guardia de Hierro no fue, como simplistamente pudiera creerse, uno de los tantos movimientos nacionalistas que se alzaron en Europa entre las dos grandes guerras. Codreanu devolvió a la política al ámbito moral, del cual ésta ni nada puede apartarse, aun bajo pretexto o invocación de grandes principios o de un futuro utópico. Su gran verdad —que al hombre de hoy parece ingenua aunque no se atreva a confesarlo— es que no hay progreso social ni perfección del Estado si cada uno no empieza por construir un mundo nuevo dentro de sí. Codreanu ganó elecciones rechazando y repudiando públicamente el apoyo de todo anónimo elector cuya conciencia no estuviese limpia, aun en el ámbito de su vida más privada. ¿Cuál otro político se hubiese atrevido a tal desafío? No conocemos el caso, ciertamente. En los mismos movimientos nacionalistas fue común el aceptar en sus escuadras de choque a elementos marginales, y casi todos los partidos "democráticos" recurren naturalmente a ellos en sus circunstancias electorales. Para Codreanu, los pro-

gramas, las consignas y las doctrinas son secundarios. Lo importante es vivir honradamente, desapegados del mundo y de sus halagos, humildemente, desconfiados del dinero, abiertos al futuro y fieles a la estirpe que nos engendró.

Parece de conveniencia agregar que el llamado "Tribunal de Nüremberg" sometió a proceso toda la acción y doctrina legionaria, incluyendo la participación junto a Alemania en la guerra contra Rusia. El resultado, aun viniendo de enemigos tan implacables como recusables, fue la más completa absolución, con el solo voto en contra del representante soviético, fundado éste en apreciaciones doctrinarias, y no en hechos condenables. Aunque hoy casi nadie concede validez moral al Tribunal de Nüremberg, el voto en contra de Rusia es considerado por los exiliados de la Guardia como un alto título moral.

IX. JOSE ANTONIO PRIMO DE RIVERA Y LA FALANGE ESPAÑOLA[2]

Considerable ha sido la influencia póstuma del pensamiento de José Antonio Primo de Rivera en vastos sectores de la juventud iberoamericana. Sin comparar, por cierto, volumen y extensión, no parece aventurado sostener que con Marx y Jacques Maritain han sido los tres más importantes focos de polarización.

Puede sorprender esta afirmación si se considera que Marx y Maritain eran filósofos, y José Antonio Primo de Rivera, principalmente un hombre de acción. Sin embargo, en su corta existencia parece haber pensado poderosamente en los más importantes problemas de la convivencia social, a lo que debe agregarse que él mismo, reiteradamente, asegurase que su vocación era lo intelectual y que había sido empujado a la política muy contra ella.

[2]Véase, del autor, *Ideario político de José Antonio Primo de Rivera*, tesis para optar al título de abogado, 1953, 640 págs.

No carece, pues, de importancia ni de originalidad el pensamiento del líder de la Falange Española. "José Antonio —dice Jacques Ploncard— es, ante todo, una idea encarnada en una juventud. Está, en cierto modo, despersonalizado. Quedan de él el nombre de emperador romano grabado sobre la losa desnuda de su tumba en El Escorial y un millar de páginas de doctrina y de combate." La influencia de su pensamiento se explica no sólo por el magnetismo de su persona, sólo comparable con Cornelio Codreanu, Hitler o Mussolini, sino, muy principalmente, porque el ideario "joseantoniano" vino a llenar un vacío. Si se excluye, primeramente, a los sectores marxistas; enseguida, a los "maritenianos", de hecho sentimentalmente comprometidos con el marxismo; si se excluye al liberalismo doctrinario y a las diversas formas de la socialdemocracia, es evidente que todavía restaban vastos sectores que necesariamente debían buscar respuesta a sus inquietudes, fuente propia de inspiración. Añádanse a ello dos circunstancias: a) que las grandes figuras del catolicismo tradicional —Balmes, Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella, Donoso Cortés y, en alguna forma, Víctor Pradera y Ramiro de Maeztu entre los españoles, ya que las figuras del tradicionalismo de otros países, Louis Veillot, Joseph de Maistre, fueron absolutamente desconocidas— nunca alcanzaron suficiente difusión o no proporcionaban respuestas claras adecuadas a la hora presente, y b) que las principales afirmaciones de Hitler y el nacionalsocialismo alemán, así como Mussolini y el fascismo italiano, pese a la espectacularidad y el aparato escénico que las rodeaba, que podían impactar transitoriamente a la juventud, chocaban en gran medida con los más íntimos sentimientos del hombre iberoamericano, ajeno a la idea racista alemana, y para el cual el Estado ha sido un rencoroso recaudador de impuestos, y nada más, en la mayoría de los casos.

Todo ello explica, además de la similitud de los problemas españoles con los nuestros, un mismo idioma —

sin que ello signifique, repetimos, disminuir los méritos intrínsecos de José Antonio Primo de Rivera—, que quienes buscaban la justicia social con igual afán que la conservación del pasado en lo que tiene de respetable, se sintieran naturalmente atraídos por la limpia figura de José Antonio Primo de Rivera y el ideario de la Falange Española.

Ese "millar de páginas de doctrina y de combate", de que habla Jacques Ploncard, están recopiladas bajo el título de *Obras completas*. José Antonio Primo de Rivera no escribió libro alguno, de modo que ellas representan, principalmente, la suma de sus discursos parlamentarios (buscando mayor difusión para sus ideas aceptó, como Codreanu, una función que desdeñaba), discursos en concentraciones; cartas, manifiestos y artículos periodísticos, algunos de ellos verdaderos ensayos, sin que puedan dejar de mencionarse, por cierto, sus bellísimas improvisaciones ante los caídos, algunas de las cuales merecerían figurar en una antología universal sobre el tema.

Dejemos de lado el análisis de la raíz agustiniana más que tomista del catolicismo de José Antonio Primo de Rivera, así como la influencia que en él tuvo Ortega y Gasset, a quien se refirió expresamente en 1935, en su famoso "Homenaje y reproche a don José Ortega y Gasset".

Dejemos también de lado lo que hubo de circunstancial y contingente en sus escritos y discursos referidos a los problemas españoles de su época. Advirtamos, sí, que en lo que propiamente se considera el ideario de la Falange Española, navega subterráneo el pensamiento de dos hombres de importancia: Onésimo Redondo y Ramiro de Ledesma Ramos.

Onésimo Redondo, el "Caudillo de Castilla" —región a la cual creía predestinada a reconstruir España, convicción muy "orteguiana", según se comprueba en *España invertebrada*—, cae en Labajos, Alto de León, en julio de 1936, en circunstancias obscuras, justo, cuando "en España empieza a amanecer". Onésimo Redondo ha sintetizado sus aspiraciones fundamentales: "1.º Reconciliar al pueblo del trabajo con la nación; 2.º Crear un ejército de juventud que alcanzará y conservará el mando del Estado; 3.º Estructuración de un Estado antiliberal y antimarxista, al servicio de la unidad de España. Estos son los principios. El procedimiento se resume en una frase: Fe en los hombres y no en las fórmulas".

Ramiro de Ledesma Ramos, asesinado por el marxismo en octubre de 1936, en la Cárcel Modelo de Madrid, había ya abandonado el movimiento, por discrepancias internas más que ideológicas. Es el más "radical" de los jóvenes nacionalistas españoles; por otra parte, todo indica que si no hubiese cedido al llamado de la política, su alto valer intelectual le habría llevado a un lugar de preeminencia en las ciencias físico-matemáticas. Como jefe del grupo "La Conquista del Estado", anterior a la fundación de la Falange Española, articula su programa en 17 puntos. Las directrices de su construcción son: la supremacía del Estado; afirmación nacional; exaltación universitaria; articulación comarcal de España y estructura sindical de su economía. Textualmente, en frase que nos recuerda a Mussolini, dice: "Todo el poder corresponde al Estado; hay tan sólo libertades políticas en el Estado, no sobre el Estado ni frente al Estado". Y agrega en otro de los puntos siguientes: "Expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas se nacionalizarán y serán entregadas a los municipios y entidades sindicales de campesinos". En 1931, cuando marchaba unido con Onésimo Redondo (el que seguirá a José Antonio Primo de Rivera en el conflicto posterior), se publica el manifiesto de las "Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista" (J.O.N.S.), que darán su "apellido" a la Falange Española, la que después de su unificación con los tradicionalistas pasa a llamarse F.E.T. de las J.O.N.S:, esto es "Falange Española Tradicionalista de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista". En ese manifiesto, las J.O.N.S., creación muy principal de Ramiro de Ledesma, proclaman su propósito inquebrantable de garantizar la defensa de los ideales hispánicos. Señala como enemigo principal al marxismo, cuidando sí de advertir que las "Juntas" consideran también

como enemigo a todos aquellos que por egoísmo o fidelidad a ideales fracasados obstaculicen su marcha y, muy especialmente, a los que se opongan a las organizaciones sindicales. Ramiro de Ledesma, como muy bien lo precisará más tarde José Antonio Primo de Rivera en su doctrina del nacionalsindicalismo, no aceptaba la eliminación de las organizaciones sindicales, sino que, al revés, buscaba su "españolización", su "nacionalización" en una estructura más amplia, sindicatos verticales de productores, para que ellas asegurasen un mínimo de bienestar a los trabajadores, única base realista sobre la cual podría hablárseles de la reconstrucción de los grandes objetivos hispánicos.

Pero, en definitiva, después de tan largo preámbulo, ¿qué ha quedado de José Antonio Primo de Rivera, más allá de su circunstancia, de su estilo acerado, de su ademán melancólico, de su nombre grabado sobre la losa desnuda de su tumba en El Escorial, tumba casi única, puesto que sólo España y Portugal, en Europa, no han execrado oficialmente a sus caudillos nacionalistas? En noviembre de 1974 se cumplirán treinta y ocho años desde que José Antonio Primo de Rivera fuera fusilado en tierras de Levante, en la mediterránea ciudad de Alicante. Buena perspectiva. Tampoco se trata, por cierto, de juzgar si el actual régimen español "siguió las aguas" de José Antonio, el bautista de la "Cruzada Nacionalista Española". Eso lo dirá la Historia.

Colocado en tal empeño, y no sin reiterar que la parte "crítica" del ideario de José Antonio Primo de Rivera aparece, hoy, en gran parte superada (su enjuiciamiento implacable del capitalismo, por ejemplo, fue exacto y justo, pero el mundo de Occidente tiene hoy más oportunidades de ver a empresarios suplicando créditos al abúlico funcionario del Banco estatizado, que a las colas de obreros sin trabajo en las puertas de las fábricas, que amargaban a José Antonio), me atrevería a señalar:

1.º La doctrina del estilo. Pocos movimientos políticos vinieron al mundo con "un proceso interno de más

austeridad, con una elaboración más serena y con más auténtico sacrificio por parte de sus fundadores", escribió José Antonio Primo de Rivera de la Falange Española. Pese a ello, el Fundador proclamó invariablemente su desconfianza a los "Programas", que "tienen la ventaja de que nunca se cumplen".

Lo que hay que tener, para él, es un mismo sentido de las cosas; una aspiración permanente; una forma de apreciar los problemas y reaccionar ante ellos; una misma "actitud vital". No una similitud "para definir". "Cuando se tiene un sentido permanente ante la Historia y ante la vida —dice—, ese propio sentido nos da las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en qué caso debemos reñir y en qué caso nos debemos abrazar, sin que un verdadero amor tenga hecho un mínimo programa de abrazos y riñas." Por eso, complementa en su discurso de Valladolid, "lo que hay que tener es un sentido total de lo que se quiere; un sentido total de la patria, de la vida, de la Historia, y ese sentido total, claro en el alma, nos va diciendo en cada coyuntura qué es lo que debemos hacer y lo que debemos preferir".

Este sentido permanente y uniforme ante los múltiples problemas deshilvanados que nos van apareciendo en el diario acontecer, constituye "el estilo", que sólo puede tenerlo quien lleve consigo una concepción completa y global de la existencia. Esta concepción forma. pues, el estilo, cuando se es consecuente con ella. En su discurso de clausura del Segundo Congreso Nacional de la Falange, la resume: ". . .lo religioso y lo militar son los dos únicos modos enteros y serios de entender la vida". En otra parte, dirá: "La vida es milicia, y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y de sacrificio". En su artículo "El ruido y el estilo", invita a la "empresa religiosa y militar de hacer historia". Y, en su discurso sobre la doctrina de la Revolución Española, en noviembre de 1934, reafirma el mismo concepto: "No hay más que dos formas serias de vivir: la manera religiosa y la manera militar —o, si queréis, una sola, porque no hay religión que no sea

una milicia ni milicia que no esté caldeada por un sentimiento religioso—; y es la hora de que comprendamos que con ese sentido religioso y militar de la vida, tiene que restaurarse España".

Este sentido claro y viril de las cosas tornaba a José Antonio Primo de Rivera sarcástico e implacable para denunciar los términos medios y las ambigüedades. Refiriéndose a la España de los años inmediatos a su accionar, escribe: "...Llegamos los españoles a ver espectáculos como éste: a sacerdotes y a militares que, sitiados por la ironía, creyeron en serio que tanto la religión como el ejército eran cosas llamadas a desaparecer, reminiscencias de épocas bárbaras, y se afanaban por ser tolerantes, liberales y pacifistas, como para hacerse perdonar la sotana y el uniforme. ¡La sotana y el uniforme! ¡El sentido religioso y militar! ¡Cuando lo religioso y lo militar son los dos únicos modos enteros y serios de entender la vida".

Junto a estos curas y militares "vergonzantes", colocaba José Antonio Primo de Rivera a los jóvenes que oficialmente se dicen católicos, pero que, íntimamente, están ganados por el marxismo. La actualidad de la cita excuse su extensión: "La escuela populista es como una de esas grandes fábricas alemanas en que se produce el sucedáneo de casi todas las cosas auténticas. Surge en el mundo, por ejemplo, el fenómeno socialista, surge el ímpetu sanguíneo, violento, auténtico, de las masas socialistas; enseguida la escuela populista, rica en ficheros y en jóvenes cautos, llenos, sí, de prudencia y cortesía, pero que se parecen más que a nada a los formados en la más refinada escuela masónica, produce un sucedáneo del socialismo y organiza una cosa que se llama democracia cristiana: frente a las Casas del Pueblo, Casas del Pueblo; frente a los ficheros, ficheros; frente a las leyes sociales, leyes sociales. Se adiestra en escribir "Memorias" sobre la participación en los beneficios, sobre el retiro obrero, sobre otras mil lindezas. Lo único que pasa es que los obreros auténticos no entran en esas jaulas preciosas del populismo, y las jaulas preciosas no llegan a calentarse nunca".

José Antonio Primo de Rivera no fue nunca un "clerical", porque era un católico integral. Así lo atestigua su Testamento, remache de una vida clara. Nunca se ruborizó de su fe. Pedía que los jóvenes concibieran la vida "como milicia". Jesús, el Dios de su devoción, también nos recuerda al ejército, a la milicia, cuando en el instante supremo de la Comunión nos hace repetir las palabras de un centurión: "Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada, mas decid una sola palabra y mi alma será sana". Con esas palabras, con las simples y rudas palabras de un soldado —y no con los alambicados juegos poéticos de un intelectual o los sofismas de un político—, Cristo nos abre las puertas de su Ser y nos permite fundirnos en El.

2.º El hombre, como portador de valores eternos. José Antonio Primo de Rivera, como Cornelio Codreanu, reivindicó el carácter ético de la política, la existencia de derechos y valores naturales. Para él, el hombre es un fin en sí mismo, que no puede ser aplastado ni subyugado como tal, bajo pretexto alguno, tampoco en un Estado totalitario, aun bajo el pretexto de grandes principios. El Estado debe estar al servicio de los fines permanentes, eternos del hombre encuadrado en una comunidad. Definió al hombre como "portador de valores eternos" y, por lo mismo, rechazó a los Estados absorbentes, panteístas, anuladores del hombre. En el Punto VII de los principios de la Falange (año 1933), se dice: "La Falange Española considera al hombre como conjunto de un cuerpo y de un alma, es decir, como capaz de destino eterno, como portador de valores eternos. Así, pues, el máximo respeto se tributa a la dignidad humana, a la integridad del hombre y a su libertad".

3.º Estado y comunidad de destino. Nada angustió más a José Antonio Primo de Rivera que la pugna contemporánea entre hombre y Estado. Reivindicó para el primero su derecho a ser integrado en las unidades natu-

rales de convivencia: "familia", "municipio" y "sindicato", ámbitos proscritos a la intervención del Estado, tan ajenos a ellos como los partidos políticos (porque "nadie ha nacido nunca miembro de un partido político; en cambio, todos nacemos miembros de una familia; somos todos vecinos de un municipio; nos afanamos todos en el ejercicio de un trabajo").

El problema del Estado se resuelve en un Estado fuerte, Estado ético, que entre el bien y el mal se abandera; servidor de un destino en lo universal, es decir, de una patria. El Estado cuida de la justicia social a través de los sindicatos verticales de productores en todos los grados. Con ellos, y con la familia y los municipios armoniza al hombre con su contorno. Pero, con eso, no termina su rol: el Estado es el servidor, no de una nación en el sentido corriente, sino de una unidad de destinos en lo universal.

José Antonio Primo de Rivera prescinde casi totalmente del empleo de la palabra "nación" —tan cara a los nacionalistas franceses—, por las razones ya dadas: la nación es un concepto que apareció con la quiebra de la unidad política y moral de la cristiandad. Habla, en cambio, de la "unidad de destino en lo universal", ajena a la raza, al suelo y, desde luego, al Estado mismo. La plenitud histórica de la "unidad de destinos" vendría a ser el imperio. "España —dice— vuelve a justificarse por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos, para unir costumbres..."

Ramiro de Maeztu —caído también en la Cruzada Nacionalista Española— creía en el espíritu de las viejas piedras labradas, capaz de engendrar el espíritu que las labró. Es posible, pero pensamos que la invocación imperial de José Antonio Primo de Rivera para España está respaldada por la Historia. En verdad —aunque él no lo dijera—, puede afirmarse con propiedad que en el mundo sólo han existido dos auténticas construcciones imperiales: Roma y España. El Imperio Romano lleva al mundo el mensaje del derecho y crea —característica imperial— un arma nueva: la "legión". España se expande enseñando el Evangelio. En el terreno militar aparecen los famosos "tercios", que desde 1512, año de la batalla de Rávena, no conocen derrotas, hasta 1630, en Rocroi. No pasan Roma ni España sin que queden huellas, porque su misión es "incorporar". Donde alcanzaron las legiones y los tercios —el derecho y el Evangelio en pos—, están todavía presentes Roma y España. El mundo conoce otras grandes estructuras económicas y militares, pero no alcanzan a la categoría de "imperio", porque carecen de "mensaje" y de sentido de incorporación. Quizás sólo los árabes y la religión musulmana puedan, en alguna medida, compararseles. Tal sucede con Inglaterra, por ejemplo, que crea, es cierto, la escuadra, pero que no pasa de ser una empresa económica montada en gigantescas proporciones. Cuando Inglaterra debe abandonar la India, nada propio, íntimo, deja en ella. Ningún hindú aspira, como tinte de honor, a ser considerado inglés. Igual sucede con Francia en el norte del Africa y en el sudeste de Asia. ¿Para qué hablar, siquiera, de las grandes conquistas de los hunos, mongoles y tártaros?

José Antonio Primo de Rivera, aunque no lo mencione expresamente, rechaza el nacionalismo francés, el nacionalismo de Barrès, es decir, que la patria sea sólo la tierra y los muertos. Compara este amor con la música de las gaitas, sutil melancolía que ata a la tierra y disuelve las energías, invitando a replegarse en la intimidad de la comarca, el valle nativo, el remanso; del remanso a la casa, "de la casa, al rincón de los recuerdos". "Si el patriotismo fuera eso —dice—, los hombres cederían en patriotismo a las plantas, que los ganan en apego a la tierra." Y en el discurso de proclamación de la Falange en Valladolid, dirá: "Una patria no es el sabor del agua de esta fuente, no es el color de la tierra de estos cotos; que una patria es una misión en la Historia, una misión en lo universal".

Rechaza, igualmente, el que el nacionalismo sea la mera fidelidad del Estado a la nación, el Estado que procure liberar, exaltar y hacer triunfar cualquier manifes-

tación de la nación, un Estado "guardián del genio nacional".

"Para nosotros —dice José Antonio Primo de Rivera— nuestra España es nuestra patria, no porque nos sostenga y nos haya hecho nacer, sino porque ha cumplido en la Historia los tres o cuatro destinos trascendentales que caracterizan la historia del mundo." "La nación no es una realidad geográfica —dirá— ni étnica ni lengüística; es, esencialmente, una unidad histórica." (Nunca fueron más grandes los vascos que cuando tripulando los barcos de Castilla llegaron a América.) "Un agregado de hombres sobre un trozo de tierra sólo es nación si lo es en función de universalidad, si cumple un destino propio en la Historia..."

En *Ahora*, en febrero de 1934, escribe: "La patria es una misión. Si situamos la idea de patria en una preocupación territorial o étnica, nos exponemos a sentirnos perdidos en un particularismo o regionalismo infecundo. La patria tiene que ser una misión. No hay continentes ya para conquistar, es cierto, y no puede haber ilusiones de conquista. Pero va caducando ya en lo internacional la idea democrática que brindó la Sociedad de las Naciones. El mundo tiende otra vez a ser dirigido por tres o cuatro entidades raciales. España puede ser una de estas tres o cuatro..."

Todavía, una última cita, por si dudas quedaran. El 30 de noviembre de 1934 se levanta José Antonio Primo de Rivera en las Cortes españolas en su breve tránsito en la desdeñada ocupación parlamentaria, y dice, ante los diputados afanados en los menudos trámites de sus electores: "...España no se justifica por tener una lengua, ni por ser una raza, ni por ser un acervo de costumbres, sino que España se justifica por una vocación imperial para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal; que España es mucho más que una raza y es mucho más que una lengua, porque es algo que se expresa de un modo del que estoy cada vez más satisfecho, porque es una unidad de destino en lo universal".

X. EL NACIONALISMO PORTUGUES. SARDINHA Y OLIVEIRA SALAZAR

En abril de 1914 aparece en Coimbra, la ciudad universitaria, el primer número de la revista *La Nación Portuguesa*, que pronto habría de dar lugar a un movimiento. Ambos tuvieron en Antonio Sardinha su figura más importante. Sin embargo, murió en plena juventud, como Cornelio Codreanu y José Antonio Primo de Rivera, en 1925, cuando sólo tenía treinta y siete años.

Toda su obra ha tendido a presentar a la monarquía como la realización integral de las exigencias del nacionalismo. El "integralismo portugués" es, pues, monárquico, nacionalista y tradicionalista.

Cuatro meses antes de la marcha sobre Roma, cuando nadie presiente todavía las grandes revoluciones nacionales, Sardinha escribe en *La Nación Portuguesa*: "En razón de la extrema disgregación a que ha llegado el Estado, quizás le será reservado a Portugal el destino glorioso de inaugurar el Nuevo Orden en Europa; si debe ser así —¡y yo creo que así será!—, habremos recobrado nuestra vocación apostólica de pueblo conquistador y explorador, levantando contra el huracán maximalista de Oriente el maximalismo cristiano del mundo occidental".

Sardinha habrá muerto, un año antes, cuando el 26 de mayo de 1926 triunfe el movimiento nacionalista portugués, pero contribuyó activamente a su preparación y, más aún, con aguda mirada señaló a su conductor, un profesor de Derecho de la Universidad de Coimbra: Antonio de Oliveira Salazar.

Sardinha define el nacionalismo como "el retorno de la sociedad portuguesa a las condiciones naturales de su formación y desarrollo". De ahí la acentuación de la tradición, que "para nosotros, vale como permanencia en la continuidad". "Nuestro nacionalismo —dice— no es sólo nacionalismo; está atemperado por el tradicionalismo, que es la aceptación de las razones fundamentales de la patria, en todas las leyes derivadas de la raza y del medio."

Sardinha explicará que "si en relación a cada patria particular el tradicionalismo supone un nacionalismo, supone, asimismo, respecto del conjunto de la Humanidad, un universalismo". Con precisión señala un problema ineludible, que José Antonio Primo de Rivera soluciona dándole al "imperio" una misión ética. Según Sardinha, un nacionalismo sin universalismo no representaría más que "un residuo confuso del principio de las nacionalidades, hijo de la democracia y que hoy balcaniza a Europa", a menos que se transformase rápidamente "en exaltación imperialista perturbadora". Tal sucedió, pensamos, con el nacionalsocialismo alemán.

Las ideas sembradas por Antonio Sardinha con prodigalidad de visionario fueron recogidas y profundizadas por Oliveira Salazar, quien al mismo tiempo las "humaniza" y extiende sus ámbitos, de modo que el nacionalismo de Oliveira Salazar abandona, en gran parte, el aire militante y agresivo para transformarse en doctrina más accesible al hombre corriente. Quizás, por ello mismo, Oliveira Salazar es el único que muere, después de largo gobierno, dejando su obra intacta. También algunas veces Dios premia en este mundo la fidelidad a los principios: en el ocaso de Occidente, el pequeño Portugal conserva hasta hoy, pese a las flaquezas, casi intacto su gran imperio de ultramar, imperio integrador evangelizador, del cual Oliveira Salazar jamás renegó sino, por el contrario, sintió siempre como una carga gloriosa no susceptible de abandonarse en tanto no cumpliera plenamente su misión.

"Debo a la Providencia haber nacido pobre, desposeído de bienes de algún valor...", escribió. Desafecto a los bienes de este mundo, falleció en 1970.

Independiente, libre, humano, habiendo aprendido a conocer a los hombres y la vida, ¿qué es lo que desea? Nada.

No cree tener el secreto de un sistema político infalible, como un Hitler o un Mussolini, por ejemplo. Se considera retenido "por poderosas amarras y ciertos principios fundamentales que la razón esclarece y la experien-

cia de siglos ha consagrado en el ejercicio del poder". Procura salir de sí mismo y asistir como simple espectador a la obra gubernamental. "Hemos limitado la parte irreductible de nuestra ética a las grandes certidumbres que están aún vivas en la conciencia de la nación y en torno a las cuales su unidad moral puede ser más fácilmente reconstituida: Dios, Patria, Autoridad, Familia, Tradición." De estas grandes "certidumbres" emanan su doctrina y su política.

El Estado, en la concepción de Salazar, no es más que un instrumento al servicio de la nación, y la nación no se confunde con un partido ni un partido se identifica con el Estado. El centro propulsor del Estado es el Gobierno, al cual corresponde una función de selección y de síntesis, en cuanto determina la mejor entre las soluciones posibles y la integra en el marco de los principios que constituyen su base.

Salazar no cayó nunca, ni siquiera en sus primeros tiempos, cuando tan naturales habrían resultado el extremismo y la exageración, en la tentación de los Estados totalitarios, cuyos excesos preveía y denunciaba expresamente ya en 1934. Por eso, cuando redacta la Constitución Política del "Estado Nuevo", comienza por establecer "la moral y el derecho como límites a su propia soberanía" (artículo 4.º), reserva esta que, ciertamente, no habría tenido cabida doctrinaria en el Estado del fascismo ni en el nacionalsocialismo alemán.

A la política de partidos liberales, Salazar opone lo que ha llamado "una política nacional, simplemente", con la siguiente afirmación previa: "Si creemos que la época del individualismo ha pasado y si tememos, con motivo, que la organización socialista no sea más que una fórmula de transición hacia el comunismo, y si la libertad del hombre respecto del Estado se halla seriamente amenazada por estos sistemas, y si reconocemos que ella desde ahora está, en varios lugares, suprimida, necesitamos intentar una forma de organización y de vida colectiva en

la cual y por la cual el hombre pueda aún ser libre y afirmar su personalidad".

Salazar es el primero en reconocer que hoy es imposible un pensamiento uniforme, siquiera dentro de un país, lo cual tampoco parece desear, por otra parte. En consecuencia, "y porque los hombres se unen más fácilmente en torno a lo que deben hacer en común que en torno a los principios y los sentimientos que los animan, hemos considerado que, para mantener viva y consolidar su unión, era necesario proponerles tareas colectivas de carácter y de interés nacional, por ejemplo, una importante acción colonial o un vasto plan bien concebido de desarrollo económico". Niega, por consiguiente, que la unidad pueda alcanzarse a través de una sola doctrina filosófico-política —lo que hoy parece obvio—, ni, menos, a través de partidos políticos, lo que es todavía más claro, ratificado por la experiencia. La supresión de los partidos —y no la constitución de un partido único— es la premisa indispensable para que un gobierno se halle en condiciones de gobernar en el sentido de la unidad nacional.

La estabilidad del régimen, Salazar la pone, más que en las instituciones, "en la conciencia colectiva", presente en una "élite política", indispensable esta última, porque "se puede hacer política con el corazón; no se puede gobernar más que con la razón clara".

Salazar, de ordinario tan ponderado, sólo se deja llevar por la verdad apasionada cuando defiende a Occidente. En términos duros, denuncia: "Parece que Europa se siente hoy día avergonzada y arrepentida de las acciones de sus navegantes y de la alta idea que los guiaba y que se esfuerza, lo más discretamente posible, en borrar sus vestigios. La verdad, sin embargo, es que el progreso se mide aun hoy día, en todas partes, por el grado de occidentalización alcanzado, y que las regresiones se manifiestan en sentido contrario".

Europa le parece "cansada de su propia grandeza". La ve sentir "miedo a la vida y miedo a batirse para defender la dignidad de esta vida". Tiene él "miedo de este miedo". Ve una Europa que "por una especie de cobardía

colectiva" parece "sentir vergüenza de la obra que ha realizado", un Occidente "que ha perdido, desgraciadamente, el valor de afirmar su superioridad".

XI. EL NACIONALISMO EUROPEO E IBEROAMERICA

El intento de precisar su esencia a través de lo que pueda haber de común en sus diversas expresiones, es válido para el nacionalismo europeo, con todas las discrepancias que análisis como éste puedan naturalmente suscitar.

No es igualmente válido si en él se pretendiera encuadrar el nacionalismo asiático, el africano, el nacionalismo de los pueblos árabes, que en estos días recobra fuerza y conciencia, ni el de los iberoamericanos. Cada uno de ellos requeriría, por cierto, de un estudio especial.

Personalmente creo, por ejemplo, que el nacionalismo iberoamericano debe partir de la realidad actual de sus ejércitos, de sus fuerzas armadas, que en todos ellos, guardando las proporciones, son siempre cuerpos de selección, muy superiores al nivel medio de sus respectivos países. Esas fuerzas armadas de Iberoamérica son los únicos cuerpos organizados que, vertebradamente, han conservado los valores morales, un sentido de la vida ajeno al cálculo y al lucro cualesquiera que sean las excepciones personales que puedan señalarse. Hablamos de ellas como organizaciones. En Iberoamérica, hoy, resulta intrínsecamente absurdo el afirmar que las fuerzas armadas deban ser "esencialmente obedientes" al tinglado de los partidos políticos, por la simple razón que, moralmente, son superiores a ellos y representan, precisamente, la continuidad histórica de sus respectivas nacionalidades, además de serles superiores también, casi siempre, por su preparación intelectual y técnica. Un nacionalismo serio y consciente, en Iberoamérica, debe partir de esta reali-

dad: la integración de las fuerzas armadas en su estructura constitucional, con poder decisorio en todo aquello que afecte a la estructura misma de la nacionalidad, autónomas en determinados cargos respecto del poder político, el que debe limitarse a las cuestiones secundarias.[3] En síntesis, es lo que en otra parte he denominado "El Estado militar", y que he propuesto como ordenamiento jurídico realista de Chile en la etapa postmarxista.

Con todo, anotada y recalcada ya la circunstancia de los matices diversificadores del nacionalismo no europeo, hay base para sospechar, sin embargo, que mirado el fenómeno con perspectivas y en profundidad, bajo la ley de la analogía y no de la simplista de la identidad, los principios nacionalistas comunes a Europa, al Asia, al Africa, a los pueblos árabes o a los iberoamericanos, son más de los que a primera vista pudiera suponerse. No es ésta la ocasión, en todo caso, para ceder a tan atractiva incitación de análisis.

Bajo el marco de nuestro tema, señalemos, en resumen, las grandes etapas del nacionalismo europeo y, enseguida, lo que podrían ser sus afirmaciones comunes.

Evolución. 1.º El nacionalismo europeo de la primera mitad del siglo XIX difiere, esencialmente, del nacionalismo de fines del mismo siglo. Mientras el primero busca, fundamentalmente, la independencia o unificación de las nacionalidades, con prescindencia casi absoluta de todo intento de doctrina sobre estructuración interna, el segundo, conseguidos ya esos objetivos, inicia la tarea de dar una doctrina al nacionalismo;

2.º Desde fines del siglo XIX, todos los movimientos nacionalistas europeos asumen una posición antiliberal. Ninguno de ellos acepta la democracia de partidos. Todos, bajo una u otra expresión política concreta, propician Estados autoritarios. Es claramente perceptible

[3]Véase, del autor, el ensayo "Las Fuerzas Armadas en el ordenamiento jurídico chileno", en el volumen *Fuerzas Armadas y Seguridad Nacional,* Ediciones Portada, 1973.

una menor preocupación por los problemas sociales en relación con los propiamente políticos;

3.º Entre las dos grandes guerras surgen nuevos movimientos nacionalistas, que sí acentúan fuertemente su preocupación por el problema social, posición que adoptan también las antiguas corrientes conservadoras o tradicionalistas. Se ensayan nuevas formas de organización de la producción, como el corporativismo en Italia o Portugal, o los sindicatos verticales en España. Por consiguiente, si en la etapa anterior había sido el liberalismo político el centro de los ataques, ahora lo es el liberalismo económico o capitalismo:

4.º Ha nacido el fascismo, en 1922. Debe considerársele como una forma del nacionalismo, el nacionalismo italiano, con sus propias características. Pero, por haber sido el primero de los movimientos nacionalistas que alcanzó el poder, por la espectacularidad que lo rodeó y, sobre todo, por su éxito inicial, en todo lo cual fue superado ampliamente por el nacionalsocialismo alemán, se usó con frecuencia como denominación genérica. Se hace frecuente que los enemigos del nacionalismo tachen a cualquier expresión de éste como "fascismo". Sin embargo, por lo dicho, parece razonable afirmar que si bien el fascismo es una forma del nacionalismo, no todo nacionalismo es fascismo, y

5.º Cada movimiento nacionalista europeo, a partir de las postrimerías del siglo XIX, y especialmente entre las dos grandes guerras, presenta características propias, matices locales, en algunos casos, fuertemente acentuados, como el racismo alemán, el estatismo italiano o la religiosidad de la Guardia de Hierro rumana.

XII. AFIRMACIONES COMUNES

Lo anterior es historia. En ella, el nacionalismo navegó más o menos por las mismas aguas, sin perjuicio de discrepancias dictadas por la realidad diaria. Así, recor-

demos que la mayoría de los yugoslavos combatieron contra Alemania, aun cuando los croatas tuvieron una actitud más consecuente. En la gran línea gruesa, todos estuvieron presentes en el histórico 22 de junio de 1941, cuando, por fin, Alemania atacó a la Rusia comunista. Fue el enfrentamiento del nacionalismo europeo contra la barbarie asiática del marxismo, con todas las reservas que pudiera merecer el racismo alemán. La comunión nacionalista europea se verificó alrededor del ejército alemán, la célebre *Wehrmacht*. Cada soldado de cada una de las 153 divisiones alemanas llevaba grabada en su cinturón la mesiánica divisa: "*Gott mit uns*" ("Dios está con nosotros"). Junto a ella estuvieron las legiones, encuadradas por nacionalidades, del nacionalismo europeo y asiático, africano, y hasta americano. Las legiones del nacionalismo, en supremo esfuerzo contra el marxismo, apoyado por el capitalismo anglosajón, las formaban: franceses, belgas, croatas, eslovenos, suizos, holandeses, noruegos, suecos, daneses, bálticos, ucranianos, kirguises, rusos de Vlasov, árabes de la más diversa procedencia; los hindúes de Shandra Bose y hasta ingleses y norteamericanos. En suma, en apariencia, Babel alrededor de Esparta; en esencia, la comunión antibolchevique. Entre estas divisiones de voluntarios, merece especial mención la 250, fundada oficialmente en Madrid el 25 de junio de 1941, bajo el mando del general Muñoz Grandes. Es la famosa "División Azul" española, cuyos hechos están registrados por la Historia. Con los 36.000 hombres que pasaron por ella, llegó a cubrir 21 kilómetros del frente ruso, del frente de Europa encontrada y reunida. Entre los aliados oficiales de Alemania, correspondió a Rumania el mayor de los aportes: 26 divisiones, bajo el mando del general Ion Dumitrescu, y en las cuales se cubrirían de especial gloria los generales Dragalina y Avramesco. Este colosal esfuerzo del nacionalismo europeo fue, al fin, vencido. Todos saben que para ello se unieron el capitalismo anglosajón y el comunismo asiático. Los lectores acuciosos de Spengler quizás razonen que la guerra, así planteada, estaba de todos modos perdida, pues se trataba del

enfrentamiento final de una cultura humanística con una nueva, presidida por el signo de la técnica, la que evidenció su poderío naciente con el lanzamiento de las bombas atómicas sobre el Japón, y las posteriores experiencias espaciales. El hecho es que Alemania fue vencida, y que con su enorme llamarada final se extinguió un modo de mirar la vida, el que iba, ciertamente, mucho más allá que las concepciones mesiánicas de Hitler.

Sin perjuicio de lo anterior, hay ciertas constantes comunes, ciertas ideas básicas del nacionalismo europeo, a las que no debemos buscar —una vez más, se dice— bajo el principio de la identidad, sino de la analogía. Entre éstas, señalo:

1.º La afirmación de la nación como realidad suprema, la que debe ser preservada más allá de la voluntad de los individuos, tanto en su integridad política como en los valores espirituales que constituyen la esencia de su ser. Algunos creen que "todo lo nacional" debe ser defendido; otros, que la realidad nacional debe estar subordinada a principios éticos;

2.º El tradicionalismo, en cuanto implica reconocimiento de valores históricos y conciencia de que el individuo es un eslabón entre el pasado y el futuro de su estirpe. El nacionalismo rumano exalta a Esteban el Grande; los falangistas españoles proclamarán "Tenemos voluntad de imperio"; Mussolini invoca permanentemente el genio romano; Hitler habla de un "Tercer Reich". Todos los movimientos nacionalistas reconocen y exaltan los valores del pasado de sus respectivas patrias;

3.º Todos los movimientos nacionalistas son antimarxistas, agresiva y violentamente antimarxistas. El antimarxismo del nacionalismo se basa en una o más de estas tres causas: el marxismo rompe la continuidad histórica de los pueblos; el marxismo pone en peligro la existencia misma de la nación, por el dogma de la lucha de clases, o, en tercer término, el marxismo niega determinados valores espirituales, especialmente los religiosos;

4.º Todos los movimientos nacionalistas buscan la solidaridad nacional a través de dos elementos: un eje-

cutivo fuerte, como árbitro supremo de las clases e intereses en pugna y, en segundo lugar, procurando instaurar nuevas formas económico-sociales. Todos reconocieron la existencia de la "cuestión social" y se proclamaron igualmente distantes del capitalismo y del comunismo, aunque es discutible si efectivamente lograron esta ecuación. Con frecuencia sostuvieron que en muchos aspectos coincidían con el socialismo no marxista, según es comprobable en Cornelio Codreanu, Hitler o José Antonio Primo de Rivera, entre otros, y, desde luego, Mussolini; pero como al mismo tiempo todos los movimientos nacionalistas sostuvieron la importancia de la propiedad privada, la que debería ser extendida, aun en el ámbito de la producción, aunque subordinada a las grandes directivas del Estado, permanentemente se les acusó de ser tan sólo una nueva forma del capitalismo;

5.º Todos los movimientos nacionalistas se pronunciaron resueltamente contra el liberalismo político, es decir, contra la democracia liberal. No hay excepciones en este punto. Difirieron en la solución propuesta —la Falange Española, la Guardia de Hierro y el nacionalismo portugués no fueron realmente mesiánicos, ni exaltaron el *Führer-prinzip,* como el nacionalismo alemán—, pero todos fueron antiliberales;

6.º Todos los movimientos nacionalistas dieron primacía al aporte juvenil, y a los jóvenes se dirigían, principalmente, sus invocaciones y llamados. Esto se tradujo, externamente, en uniformes, cantos, insignias, marchas, saludos, rígida organización. Se introdujo así un nuevo elemento en la política, el que no puede ser desestimado por cualquiera que haya descubierto que ésta es algo más que lucubración de biblioteca. Estos elementos implicaban o facilitaban el fundirse en una sola alma colectiva superando en lo espiritual el odio de clases que en lo material se buscaba extirpar por los nuevos ensayos de organización de la producción. En todo caso, estos símbolos eran la expresión formal de un estilo alegre, audaz y desafiante. Imitaban a los ejércitos, reconociendo así los altos valores morales que éstos siempre encierran;

7.º La mayoría de los movimientos nacionalistas eran hostiles a los judíos. En algunos casos, hasta el extremismo sin freno, como el nacionalsocialismo alemán. Otros, en menor medida, como la Acción Francesa o la Guardia de Hierro. Las razones invocadas no eran siempre las mismas. En el caso del nacionalsocialismo, las eran de carácter intrínsecamente étnico. Rumanos y franceses, por estimar que los judíos quebraban la unidad de la nación a través de su poderío económico. En muchos latía la sospecha, aún no expresada, de que el marxismo y los judíos estaban estrechamente unidos. En todo caso, debe insistirse en que el antisemitismo no fue propiamente una característica común. El fascismo italiano sólo fue antisemita en sus últimos días. Nunca fueron antisemitas los portugueses ni los falangistas españoles, y

8.º Debemos señalar, finalmente, que todos estos movimientos nacionalistas se sintieron siempre, precisamente, europeos. Por grande que fuese la exaltación del propio pueblo, no dejaban de reconocer la existencia de una unidad superior, Europa, la que había dado al mundo valores que debían ser defendidos hasta sus últimas consecuencias.

XIII. NACIONALISMO, HOY

El nacionalismo europeo fue aventado como poder político con el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Su hundimiento repercutió, es incuestionable, en el nacionalismo de todas las latitudes y, desde luego, en Iberoamérica.

No es nuestra intención el analizar las posibilidades prácticas de las ideologías nacionalistas europeas en nuestros días.

Digamos tan sólo que cualquier intento de volver a dar a Europa voz propia en el mundo requiere la aceptación de tres realidades:

1.º Que hay formas y principios que murieron, si no para siempre, al menos por muchos años, que hay que tener el valor moral de reconocerlo y arrojarlos por la borda, aunque se encoja el corazón de muchos;

2.º Que hoy el mundo está regido por naciones-continentes que dominan la técnica. Estados Unidos es un continente, y Rusia, prácticamente, también lo es. Por consiguiente, Europa no tiene otra alternativa que volver a ser una. (Sólo España podría pretender, y quizás Portugal, desgajarse de Europa para integrarse en un ordenamiento extracontinental.) Esa Europa unida tendrá que saber conciliar su calidad de portadora de los más altos valores de la Humanidad, con el dominio de las nuevas técnicas, en lo cual Estados Unidos y Rusia le llevan larga ventaja. Unidad, humanismo y técnica, tres factores difíciles de armonizar; y

3.º Que en lo interno —y éste es imperativo del nacionalismo en el mundo entero— es preciso encontrar la fórmula que concilie dos factores: la necesaria libertad del individuo, tanto en su ámbito político como en el económico, reducido hoy a su extremo límite, con la subsistencia de la nacionalidad portadora de valores morales, única circunstancia real del individuo. Esta subsistencia nacional —que en manera alguna se contrapone con el imperativo continental— requiere no sólo de una postura anímica, sino también de un instrumento eficaz. Hasta ahora, sólo el Estado en los tiempos modernos ha evidenciado ser capaz de desempeñar ese papel, que implica, por cierto, la justicia social. Por ello se hace necesaria la conquista del Estado. Porque hay Estados incapaces o que persiguen fines que no les son propios y que, al revés, causan o precipitan la disolución de la nacionalidad. Pero ese Estado, que jamás podrá ser un fin en sí mismo, tampoco puede cobrar, como salario de su misión, el aplastamiento de la persona.

Hernán Godoy Urzúa

EL PENSAMIENTO NACIONALISTA EN CHILE A COMIENZOS DEL SIGLO XX

HERNAN GODOY URZUA

Profesor del Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile y precedentemente en la Escuela de Sociología de la Universidad de Chile. Autor de varias obras de investigación y profesor invitado en Universidades extranjeras.

Los principios que pudieran considerarse nacionalistas no han tenido en Chile sino excepcionalmente un cauce político determinado. En mayor o menor grado ellos han integrado los planteamientos ideológicos y los programas de los diversos partidos políticos, aunque de una manera difusa y poco coherente.

Sin embargo, en la historia intelectual de Chile el nacionalismo aparece consistentemente expresado por un grupo de ensayistas al comenzar el siglo XX. Se trata de un reducido grupo de autores que exhiben ciertos rasgos comunes en su pensamiento, estilo, personalidad, actitud crítica y hasta en el mismo diagnóstico y pronóstico de la realidad chilena.

Aunque no son propiamente escritores o literatos, ellos inician una nueva forma de ensayo social y de interpretación de Chile. Nos referimos a Nicolás Palacios, Luis Ross, Tancredo Pinochet, Julio Saavedra, Alejandro Venegas y Francisco A. Encina, además de otras figuras coetáneas que intentaron dar forma al partido nacionalista en 1915.

No obstante la afinidad de su pensamiento y orientación, nunca se ha intentado el estudio de estos autores como grupo intelectual. Tampoco figuran, en cuanto grupo, en las historias de nuestra literatura, aunque se les

suele citar individualmente, en particular a Encina por sus trabajos históricos.

Antes de bosquejar las ideas básicas de estos autores, conviene perfilar sus diferencias con el pensamiento social que se había expresado en el siglo pasado. En los ensayistas chilenos del siglo XIX predominó la exposición doctrinaria de ideas políticas y filosóficas con escasa referencia a la realidad inmediata. En Lastarria, por ejemplo, se advierte —como lo ha señalado Luis Oyarzún en su estudio acerca del pensamiento de aquel autor— una acentuada insensibilidad para captar lo singular y concreto: los planes que bosquejan sus obras constituyen una política abstracta intemporal y desvitalizada. En los escritos de Bilbao este carácter es aun más acentuado; la aplicación al plano nacional de las ideas liberales y de los ideales positivistas adquiere una forma verbalista y declamatoria sin fundamento en la realidad chilena. Las obras de esos y otros escritores son formulaciones teóricas inspiradas en el pensamiento europeo —liberalismo, romanticismo social, positivismo—, cuyos principios se "aplican" a la interpretación de la sociedad chilena, con el propósito de orientar su reforma.

Por el contrario, los ensayistas sociales de comienzos del siglo XX parten del análisis de la sociedad chilena, con escaso aparato doctrinario y teórico, pero mayor consideración de los datos de la realidad. Ambos grupos muestran una clara preocupación política, pero mientras los del siglo pasado cifraban sus esperanzas en nuevas Constituciones y en vagas reformas de la sociedad y del hombre, los autores de comienzos del siglo XX apuntan a cambios políticos, económicos y culturales específicos, en consonancia con los diagnósticos concretos y particulares que formulan en sus obras.

Los autores nacionalistas que comentamos escriben sus libros en la primera década del nuevo siglo, en un período de intensa crisis social. Una mirada a la coyuntura que vivía Chile nos ayudará a comprender las inquietudes y problemas que ellos plantean en sus ensayos.

En esa época Chile abandonaba los apacibles cauces del patriarcalismo agrario, para experimentar el agitado bullir de las nuevas condiciones que traían la urbanización y la industria. La explotación de los recursos salitreros y minerales activaba la economía, mientras se deprimía la actividad agrícola y se desplazaba un apreciable contingente humano hacia la capital y los puertos del Norte. Entre los censos de población de 1885 y 1895 diez de las provincias centrales de carácter agrícola veían disminuida su población. El capital extranjero se introducía en la explotación de las riquezas mineras, dominaba el gran comercio, los Bancos y la industria fabril, desplazando a los nacionales y siendo protegido por los gobiernos.

Los cambios económicos y demográficos repercutían en la estructura social.

Los hijos de extranjeros enriquecidos y la nueva plutocracia criolla se fusionaban con la antigua clase dirigente de origen agrario, cambiando su estilo de vida y su austeridad tradicionales, para adquirir un aire cosmopolita y un afán desaforado de riqueza y fastuosidad. Estas transformaciones habían deteriorado profundamente su sentimiento de responsabilidad nacional.

En forma paralela, se venía constituyendo un proletariado que adquiría conciencia y organización, amenazando la rígida hegemonía económica, política y social que ejercían los grupos dirigentes. Particularmente precaria era la situación de la masa rural emigrante, desarraigada del sistema de la hacienda, que se instalaba difícilmente en las ciudades, lejos de su antiguo marco de vida y de referencia, experimentando el abandono económico y la inseguridad psicológica. La ausencia de legislación laboral y de seguridad social mantenía a la masa proletaria sometida a los abusos de la ficha salario, a las pulperías, a los despidos, a la habitación insalubre y a la devaluación del papel moneda que cercenaba sus salarios.

En este período de intensa crisis social y moral se produce una extrema polarización de la riqueza y la miseria, se quiebra el consenso entre los estratos de la sociedad y se experimentan los más trágicos enfrentamientos sociales.

Un aspecto particular de esta situación resulta crucial para comprender un tema persistente en los autores que comentamos: el problema de la inmigración y la colonización.

Chile había mantenido una clara supremacía económica, cultural y política entre los países hispanoamericanos hasta pasada la mitad del siglo. Esa hegemonía se veía amenazada por el veloz crecimiento demográfico y las tendencias expansionistas de Argentina, que hasta 1865 tenía una población equivalente a la de Chile y la había duplicado en el curso de unas pocas décadas por la inmigración masiva, mientras nuestro país se limitaba al crecimiento vegetativo. Los sucesivos gobiernos chilenos intentaron promover la inmigración a través de agencias en diversos países europeos, ofreciendo a los extranjeros que quisieran radicarse en Chile el costo del viaje, tierras para su colonización y un equipamiento inicial. Estos planes, que constituían un lucrativo negocio para los agentes extranjeros encargados de traer inmigrantes, contrastaban con el desamparo en que se mantenía a los obreros y campesinos chilenos, excluidos de los programas de colonización que tan generosamente se brindaba a los extranjeros.

Los ensayistas que escriben a comienzos del siglo analizan y denuncian los diversos aspectos de esa situación de crisis, mostrando independencia crítica frente a los partidos políticos, una fervorosa actitud popular nacionalista y un nuevo estilo impregnado de valores éticos.

El primero, en el tiempo, de este grupo de autores nacionalistas, es el médico Nicolás Palacios Navarro, autor del curioso, original y disparejo libro *Raza chilena*, publicado en 1904.

El objetivo del ensayo de Palacios es la reivindicación del hombre del pueblo. Su tesis central es que el "roto chileno constituye una entidad racial perfectamente de-

finida y, como mestizo de godo y araucano, ambos de psicología patriarcal, representa un valor humano superior". Como se sabe, Palacios formula por primera vez la tesis del origen gótico del conquistador español que vino a Chile, tesis que en una forma más matizada va a exponer también Encina.

No interesa tanto examinar la validez de esta tesis ni la de los fundamentos antropológicos y lingüísticos aducidos por Palacios —y que le valieron la feroz acometida de Unamuno—, sino más bien destacar su función sociológica como mito sobre los orígenes, capaz de levantar la autoimagen nacional en un momento de profunda enajenación extranjerizante y de abatimiento de la base popular.

Esta intención está presente a través del largo ensayo de Palacios y constituye el elemento implícito que da unidad a sus diversas partes, aparentemente desconectadas y heterogéneas, como su examen de la criminalidad y moralidad del pueblo chileno hasta su acerba crítica a la política de colonización. Su apreciación del reducido valor agrícola del territorio chileno se encamina a demostrar que no había falta de población y por lo tanto de inmigrantes, debiendo en cambio colonizarse las tierras disponibles con nacionales, quienes por falta de trabajo tenían que emigrar a los países fronterizos. Su denuncia del monopolio que sobre el comercio, las industrias y talleres ejercían los extranjeros inmigrantes de origen latino, se orientaba a atacar por otro flanco los planes de inmigración.

La figura del doctor Palacios tiene algo del idealismo y desequilibrio quijotescos. Su amor por el "gran huérfano", como llama al pueblo, lo lleva a exagerar y a atacar a derecha e izquierda; a los gobernantes y oligarcas que desprecian al roto, no menos que a los demagogos que se sirven de él, como al propio Marx, en quien simboliza "la funesta influencia de los literatos judíos por su carencia de la idea de patria". Otros *molinos de viento* de nuestro autor son los *Anales* de la Universidad, las estadísticas oficiales, los socialistas y sobre todo la raza latina. El símil con el hidalgo manchego adquiere una semejanza real cuando, encendido de patriótica ira, como él mismo lo cuenta, abofetea al inmigrante que se le acerca para ofrecerle en venta postales obscenas.

Tal vez los aspectos más vulnerables del ensayo de Palacios sean sus pretendidos fundamentos científicos, sus disquisiciones filológicas y su adscripción sin reservas al darwinismo social de la época. Esos aspectos lastran innecesariamente a *Raza chilena* y le restan unidad. Que ellos no eran necesarios ni menguaban su afirmación nacionalista lo muestra la edición abreviada que para uso de los cadetes y oficiales de la Marina se hizo de su libro.

No obstante los defectos formales y los altibajos de su ensayo, se debe al doctor Palacios la formulación de una serie de tesis nuevas para interpretar a Chile, que van a reaparecer constantemente en el ensayo social ulterior: la hipótesis de la ascendencia germano-araucana del chileno y de las características positivas del mestizaje; el limitado valor agrícola del territorio y sus grandes posibilidades para la industria; la necesidad de fortalecer las aptitudes económicas del chileno y detener su desplazamiento comercial e industrial por el inmigrante; la denuncia de la decadencia del sentimiento de nacionalidad y la valoración positiva de los rasgos del carácter chileno. Pero, por sobre todo, frente a la crisis moral y a la pérdida del consenso y de la solidaridad, el doctor Palacios exalta el espíritu de nacionalidad, reivindicando para ello el sentimiento de la unidad racial y los valores de la trayectoria histórica de Chile.

Otra figura vinculada a los autores nacionalistas de comienzos del siglo XX, es Luis Ross Mujica, personalidad atrayente, casi desconocida, muerto en España en plena juventud.

Lo que de este malogrado escritor se conoce está reducido casi exclusivamente al volumen póstumo titulado *Más allá del Atlántico,* que sus amigos españoles publica-

ron en homenaje suyo en Valencia en 1909, con un emocionado prólogo de Miguel de Unamuno.

De su vida breve y trágica se sabe también muy poco. Nació en 1883, fue oficial de la Marina, de la que se retiró, según Unamuno, "por motivos de alta humanidad". Durante los incidentes huelguísticos de Valparaíso en 1903 intervino para evitar consecuencias trágicas. En 1907 casó con Matilde Brandau y se dirigió a Europa. Desde algún tiempo antes mantenía asidua correspondencia con Unamuno, quien en el prólogo de su obra citada escribe: "Llegábanme sus cartas encendidas en calor de juventud y de honradez; de sus hojas me subía al pecho un aliento de serenidad y de nobleza (. . .). Un día me anunció Luis Ross su venida a España. Iba a venir recién casado, en jornada de estudio y en jornada de aprendizaje de felicidad (. . .). Desde el primer día en que nos miramos a los ojos y nos apretamos las tibias manos, pareció unirnos una amistad de la infancia (. . .), tan a compás latían nuestros pensamientos".

Recorrió España estudiando sus problemas sociales, conquistando amigos y ejerciendo el apostolado de dar a conocer a Chile. Contó entre sus amigos a Rubén Darío, al argentino Ricardo Rojas, además de numerosos escritores y catedráticos peninsulares, de cuyas ideas y obras daba cuenta en su correspondencia a *El Diario Ilustrado*.

Pero el destino trágico empezaba a cernirse sobre él. Nació su primer hijo, pero muerto, y a los pocos meses moría él mismo en Madrid, a los veinticinco años de edad.

Desde las primeras páginas de su libro póstumo se transparenta el amor a Chile: "Hay que salir del suelo patrio —escribe— y encontrarse en medio de la infinita grandeza del mar para que despierten, terriblemente arraigados en todo el ser, sentimientos de amor al suelo, a sus hombres y a su historia".

Los temas que apasionaban a Ross Mujica eran los de Chile y de su pueblo. Había emprendido campañas contra el alcoholismo y escrito un estudio sobre el contagio criminal mediante la prensa, que el penalista español

Bernaldo de Quiroz califica de "excelente". En las ciudades a que llegaba no omitía una visita de observación a las cárceles.

Le apasionaba también el tema de la educación. En el artículo titulado "Patriotismo verbal" —que dedicó al doctor Carlos Fernández Peña, otro filántropo nacionalista, animador de la Asociación Nacional de Educación— plantea que no basta la enseñanza puramente verbal del patriotismo, de "las grandes virtudes" de la raza chilena, las "inmarcesibles glorias de nuestro pasado militar", que suelen ir más allá de la verdad histórica y terminan por hacerse rutinarias. Le parecía más eficaz la formación del carácter moral. Su ideal educativo se cifraba en el hombre apto para la vida, capaz de amar la justicia y de posponer los intereses a la honradez del espíritu.

Ross no podía dejar de interesarse por el tema de la inmigración. "Cada día —expresa— estudio con más entusiasmo esos problemas, porque son graves y están ligados a las más fundamentales cuestiones nacionales." Informa incidentalmente que debió interrumpir su visita por la Península para "impedir que inundaran a Chile inmigrantes de dudosos antecedentes".

El patriotismo de Ross se expresaba también en la defensa de Chile ante las afirmaciones erradas sobre el país, que se apresuraba a rectificar. Recordando sus conversaciones, escribe Unamuno: "Le dolía cierta frase mía en que hablando de Chile lo había hecho como de un país de cartagineses organizados para el botín de guerra, y al cual el salitre ha corrompido. 'Tiene usted que rectificar', me decía. Y empezó a mostrarme el Chile de sus ensueños y sus esperanzas, un país ordenado, sobrio, grave, preocupado de cultura y de justicia"... "Ross tronaba, lleno de espíritu apostólico, contra la juventud dorada, sin fe en nada noble, sin ideal alguno de moral y de hondas raíces."

Otra personalidad semejante a Palacios y a Ross por su intransigente entereza, su pensamiento crítico, su independencia y su preocupación por el destino patrio, fue la del profesor Tancredo Pinochet Le-Brun.

El pensamiento nacionalista de Pinochet no se encuentra, como el de los autores anteriores, vertido en un ensayo central, sino disperso en varios libros, cada uno de los cuales trata algún aspecto de la realidad nacional.

Los temas de la enseñanza técnica y de la burocracia son abordados en su relato autobiográfico *Un año de empleado público en Chile,* donde denuncia las inveteradas rutinas que afectaban a la Escuela de Artes y Oficios, y que le impidieron realizar sus ideales desde la dirección de ese establecimiento.

Las ideas de Pinochet sobre los problemas agrarios y sociales del campo se encuentran en *Los inquilinos de la hacienda de Su Excelencia,* de 1916, que es también un relato autobiográfico, donde el autor denuncia la situación que vivió al trabajar como campesino en una hacienda que pertenecía al Presidente de la República. Su pensamiento sobre la educación está contenido en el libro de réplica a otro del mismo título escrito por Amanda Labarca: *Bases para una política educacional.*

Pero hay un ensayo en que el nacionalismo de Tancredo Pinochet se expresa en varias de sus facetas, razón por la cual nos detendremos en él.

En 1909, cinco años después del libro de Palacios, y en el mismo año en que apareció el libro de Ross, se publicó *La conquista de Chile en el siglo XX.* En este ensayo, Pinochet comienza examinando la forma en que los diversos países proceden a la defensa de sus intereses e ideales nacionales, para contraponerlos a la manera desaprensiva en que Chile entregaba al extranjero sus recursos naturales, su tráfico marítimo, sus fuentes de trabajo, sus institutos de enseñanza, sus tierras de colonización, etc. Denuncia además la penetración norteamericana que se efectuaba bajo la bandera engañosa del panamericanismo.

Pinochet observaba una gran diferencia entre la actitud y conducta de los inmigrantes de mediados del siglo pasado y la que mostraban los que vinieron a comienzos del XX: "Sea porque en los tiempos pasados se tenía en

más alta estima en el ambiente de este país el pertenecer a la nacionalidad chilena, sea porque los extranjeros que recibió Chile al principiar su vida independiente eran de otro cuño, el hecho es que entonces los forasteros que llegaban a nuestro suelo, así fueran nobles de la más encumbrada cuna, como sabios de los más estudiosos y renombrados, profesaban hondo cariño a Chile y tenían a honra llamarse chilenos". Cita al respecto los ejemplos de Bello, Philippi, Gay, Domeyko y otros, para contraponerlos a la actitud de profundo desdén y desprecio por Chile que exhibían los profesores extranjeros del Instituto Pedagógico, a cuya influencia atribuye Pinochet —que fue discípulo de ellos— la decadencia del civismo en el magisterio.

Pinochet no podía dejar de lado el problema de la inmigración, que se había agudizado desde que Palacios escribiera su libro, alcanzando su máximo en el censo de 1907, con cien mil extranjeros. Pinochet establece la misma diferencia que hacía Palacios entre la inmigración espontánea —que constituía una selección de hombres animosos— y la inmigración pagada, en la que, según estos autores, predominaban los "incapaces y pusilánimes que expulsan las sociedades extranjeras". En vez de traer inmigrantes, Pinochet proponía que se trajera al país a los chilenos que se habían ido.

La conquista de Chile en el siglo XX de que trataba Tancredo Pinochet tiene dos sentidos, es la denuncia de la conquista cultural y económica de Chile. A esta conquista alude Pinochet cuando escribe:

"Todo se nos va. Para el norte, entregamos el salitre de las pampas que hemos regado con nuestra sangre; al sur regalamos los tupidos follajes de nuestras selvas vírgenes; al oriente cedemos las entrañas de nuestra nevada cordillera, y al poniente abandonamos las olas bulliciosas que bañan nuestras playas y que sólo surcan barcos extranjeros. Hace siglos conquistó esta tierra de Chile el primer país de Europa en aquel lejano entonces: lo conquistó con arcabuces, lanzas y culebrinas. Hoy lo conquistan

los países que han sucedido a España en el poderío, pero no ya con arcabuces y culebrinas, las armas de entonces, sino con trabajo y capital, las armas de ahora. Y esta derrota de Chile en las batallas modernas del trabajo y la inteligencia no se debe a flojedad, cobardía o raquitismo de las tropas, sino a la falta de patriotismo y a la traición de sus generales. Chile no se da cuenta de que se le está entregando."

Pero el título del ensayo de Pinochet tiene también otra acepción, activa y prospectiva, que el autor enuncia al terminar su ensayo: la conquista de Chile en el siglo XX debe consistir en que el país se convierta en una poderosa nación industrial, "que hagamos producir nuestras riquezas naturales y que ellas sirvan a nuestro perfeccionamiento intelectual y moral".

Entre los exponentes del nacionalismo de comienzos del siglo XX, podría considerarse bajo algunos aspectos al profesor Alejandro Venegas, quien escribió bajo el seudónimo de Dr. J. Valdés Cange.

Cuando aún no se habían apagado los ecos de los discursos y brindis del Centenario, apareció *Sinceridad, Chile íntimo en 1910*, libro crítico y amargo, redactado en forma de cartas al Presidente de la República. En ellas Venegas expone la crisis moral que afectaba a Chile.

Comparado con *Raza chilena*, el libro de Venegas está mejor estructurado y su exposición es más ordenada. Su estilo es vivo, impregnado, como el de Palacios, de una indignación moral, de raigambre senequista. No hay en *Sinceridad* el despliegue documental que lastra tan considerablemente el ensayo de Palacios, pero es inferior a éste en originalidad y en amplitud de miras.

En 1912 se publicó otro de los ensayos nacionalistas más importantes: *Nuestra inferioridad económica*,[1] de Francisco A. Encina, libro bien estructurado, cuyas tesis se desenvuelven ordenadamente sobre la base de estadísticas y de datos históricos, interpretados sociológicamente. Parte Encina del examen de las manifestaciones de debilidad de la economía chilena para remontarse a sus causas, que consistirían en la antinomia entre las condiciones naturales del territorio y las aptitudes psicológicas de la población: mientras los factores naturales favorecen el desarrollo industrial y son poco aptos para una agricultura vigorosa, las disposiciones de los chilenos se inclinan a la agricultura y se muestran poco favorables a las actividades manufactureras y comerciales.

[1]Publicada de nuevo por Editorial Universitaria en la Colección Cormorán. Santiago de Chile, 1972.

En su ensayo se detiene Encina en el análisis de la psicología económica del pueblo chileno, destacando rasgos como la falta de perseverancia, la obsesión por la fortuna rápida, la incapacidad para el trabajo metódico, la debilidad del espíritu de asociación y cooperación, el derroche del tiempo, etc. Entre los factores que originan esta inferioridad económica examina los de orden étnico, sociológico y educacional, a través de su desenvolvimiento histórico. Traza al efecto un bosquejo de la evolución económica de Chile entre 1810 y 1865, período en que se manifiesta cierto equilibrio entre la producción y el consumo, entre las aspiraciones y los medios de satisfacerlas: el país vive en relativo aislamiento, el contacto con Europa es escaso, el lujo y la ostentación se mantienen adormecidos, la vida es sencilla, la nación se desarrolla con rapidez y llega a ser la primera entre las de Hispanoamérica.

Entre 1865 y 1885 se producen grandes mudanzas en la economía y la sociedad, cambios sociales que configuran una crisis moral, interpretada generalmente como la consecuencia de la riqueza del salitre incorporada con las provincias del Norte. Encina objeta esta explicación, estimando que sus causas deben buscarse en el cambio de las condiciones sociológicas y en el contacto más intenso con Europa, a través del extranjero que vino como comerciante, de los chilenos que viajaban a Europa y de la mayor circulación de libros extranjeros. "El comerciante extranjero —expresa—, para realizar sus fines de lucro, estimuló

los consumos de artículos exóticos y moldeó nuestros gustos en armonía con su interés, despertando nuestra admiración por las producciones de las economías extrañas. El libro europeo despertó, a su turno, la admiración por las ciencias, las artes, las instituciones y, en general, por la civilización, de la cual era él mismo un producto. Y por último, el viajero chileno difundió por el ejemplo la admiración por el traje, por el menaje, por la etiqueta, y por mil detalles que el sociólogo engloba bajo el rubro de oropel social."

Según Encina, esta admiración por otras civilizaciones disminuyó la vitalidad de nuestro organismo y cercenó las fuerzas espontáneas de desarrollo; la copia de instituciones sociales, de leyes y de sistemas educativos ahogó el desenvolvimiento autónomo y torció los rumbos nacionales. "De este cambio —escribe—, el más hondo que haya experimentado nuestra civilización, desde la formación de la raza, sin exceptuar la propia independencia política, derivan numerosas consecuencias sociológicas y económicas." Entre ellas, el sentimiento de crisis:

"Se extendió rápidamente en la colectividad una postración, un malestar confuso y generalizado, cuyas líneas más salientes son el descontento, la falta de fe en el porvenir, la pérdida de los hábitos y tradiciones de gobierno y administración y una especie de desequilibrio agudo entre las necesidades y los medios de satisfacerlas. El origen de esta regresión, que se ha denominado la crisis moral de Chile, consiste en el quebrantamiento de las ideas y sentimientos tradicionales, que no pueden ser quebrantados o modificados bruscamente, sin grandes trastornos morales."

Concluye Encina que la solución puede encontrarse removiendo la antinomia que causa la inferioridad económica de Chile: "No está en nuestra mano modificar la naturaleza de nuestras riquezas que nos tocaron en suerte; en cambio, los avances de la sociología y de la psicología social nos permiten hoy modificar con rapidez el otro término de la antinomia: la eficiencia económica de la po-

blación, por medio de la enseñanza que puede suplir los vacíos y contribuir directamente a rehabilitar el sentimiento de nacionalidad".

En el ensayo de Encina están casi todos los elementos que se han señalado en el libro de Palacios, aunque relacionados de otro modo y sirviendo otros objetivos. La tesis de éste acerca del origen gótico del conquistador y de las altas cualidades del aborigen le sirven para la defensa del roto, al destacar la nobleza de sus orígenes. En el ensayo de Encina estos elementos le sirven para apoyar su tesis de las escasas disposiciones económicas del chileno, cuyas inclinaciones a la agricultura y la burocracia, agravadas por los errados rumbos de la enseñanza, están en contradicción con las grandes posibilidades industriales del territorio.

Tanto Palacios como Pinochet y Encina advierten el desplazamiento del chileno por el extranjero en el plano económico, aunque difieren en la explicación del fenómeno; mientras los primeros ponen el énfasis en la inmigración y la falta de proteccionismo, Encina bosqueja un cuadro mucho más matizado de factores, que relaciona con criterio sociológico de globalidad. Al mismo tiempo, descubre ángulos nuevos, como el impacto económico y cultural que los economistas contemporáneos designan como "efecto de demostración" y que Encina expuso, con anticipación de varios decenios, como ha sido reconocido por el economista norteamericano Albert Hirschman.

La reseña de estos ensayos sólo ha tenido el propósito de mostrar algunas expresiones del pensamiento nacionalista en Chile a comienzos de este siglo, tema poco explorado, que presenta ricos filones para la historia intelectual y la interpretación de Chile.

El grupo de autores mencionados —además de varios otros que sería necesario examinar, entre ellos Julio Saavedra Molina, quien en 1908 escribió el estudio titulado *Repeliendo la invasión*— se centra en el análisis de

la crisis de Chile, tanto en su sentido global como en algunas de sus manifestaciones, tratando de buscar su origen y postulando un nuevo nacionalismo como su solución. Los rasgos comunes de su pensamiento los configuran como un grupo generacional que ha pasado inadvertido a los historiadores de la literatura, porque no fueron ensayistas literarios, sino críticos de la realidad social y cultural de Chile. Por su visión crítica y renovadora de los valores de la nacionalidad, estos ensayistas se asemejan a la generación española del 98. De ellos también se podría decir que "les dolía Chile".

Con posterioridad a los ensayistas que hemos reseñado, las ideas nacionalistas se orientan en Chile en dos cauces sucesivos: uno educativo-cultural y otro político-económico, que confluyen hacia 1915 y terminan por extinguirse o transformarse en la década del 20.

En efecto, el libro de Encina vino a coincidir con el Congreso Nacional de Educación Secundaria, que suscitó un profundo debate sobre la orientación de la enseñanza y su reforma. En esta polémica educacional de 1912 intervinieron destacadas figuras intelectuales con artículos de prensa, folletos y libros donde sostenían diferentes planteamientos sobre la educación, pero coincidían en la necesidad de acentuar el sentido nacionalista. Así, Enrique Molina en el libro *La cultura y la educación* impugnaba los planteos economicistas de Encina, pero sostenía en la prensa que el nacionalismo era la herramienta "para hacer de Chile un pueblo íntegramente soberano y con personalidad propia". Luis Galdames participó en la polémica con su obra *Educación económica e intelectual,* y en artículos periodísticos concebía el nacionalismo como "una necesidad salvadora de la República". El propio Encina replicó con su trabajo *La educación económica y el Liceo,* en el que explicitaba su pensamiento e insistía en la orientación nacionalista que debía darse a la enseñanza.

Pocos años después, en 1915, algunas de las figuras nacionalistas que se orientaban hacia los problemas económicos, dirigieron sus esfuerzos a la organización de un partido político nuevo: el Partido Nacionalista. Lo propiciaban un pequeño grupo de hombres independientes de partidos, junto a algunos políticos desilusionados de sus antiguas tiendas partidarias a las que reprochaban continuar ancladas en las viejas cuestiones doctrinarias de las luchas religiosas, a su juicio estériles y que hacían olvidar los nuevos y urgentes problemas económicos y sociales.[1]

El programa del Partido Nacionalista se alejaba de las trilladas cuestiones doctrinarias sustentadas tradicionalmente por liberales, conservadores y radicales para plantear en su lugar cambios económicos, políticos y educativos más precisos, como la expansión de la manufactura, el comercio y la navegación, la nacionalización de los recursos naturales, la unión aduanera con Perú y Bolivia, el fortalecimiento del Poder Ejecutivo y la limitación del parlamentarismo, la separación de la Iglesia y del Estado, la educación con espíritu nacional y orientación económica, la instrucción primaria obligatoria, etc.

Los principales voceros del nuevo partido fueron Guillermo Subercaseaux, autor de *Los ideales nacionalistas ante el doctrinarismo de nuestros partidos históricos,* Francisco A. Encina, Luis Galdames, Ismael Valdés Vergara, Enrique Zañartu Prieto, Tomás Ramírez, Julio Pérez Canto, y en cierto modo Alberto Edwards, además de otras figuras menos destacadas.

El nuevo partido alcanzó cierta repercusión en ciudades de provincia y logró una modesta expresión periodística y parlamentaria, pero en definitiva no prosperó. Algunas de las figuras que lo inspiraban tuvieron indivi-

[1]Para el examen del programa del Partido Nacionalista y de sus relaciones con los partidos Conservador, Liberal y Radical, véase el interesante y documentado trabajo de Juan Eduardo Vargas Cariola: *Notas sobre dos mentalidades políticas de comienzos del siglo XX: los partidos tradicionales y la tendencia nacionalista,* del que hemos utilizado varias referencias.

dualmente una trayectoria intelectual de cierta consideración, pero no lograron darle al partido, una organización estable ni arraigo electoral. Constituían un cuerpo de generales con pocos soldados. Encina reconoce que no tuvieron repercusión. La organización partidaria se extinguió alrededor de 1920, pero sus planteamientos tuvieron una indudable influencia ulterior que ha sido poco investigada.

Sería necesario estudiar en forma completa el pensamiento de los ensayistas nacionalistas de la primera década del siglo, sus conexiones con las formas políticas y económicas que adoptan las ideas nacionalistas en la segunda década y su influencia ulterior en los años 20.

La investigación de este tema mostraría que en las dos primeras décadas de nuestro siglo se configura en Chile un pensamiento nacionalista, cuyos rasgos nos parecen los siguientes:

— Cierto revisionismo histórico, esbozado claramente en Palacios con su imagen de los conquistadores y del período colonial. El mismo revisionismo aparece en el ensayo de Encina, quien lo va a acentuar en sus obras posteriores. En Pinochet y en Venegas esta tendencia se manifiesta en la imagen crítica de la sociedad chilena, tan diferente a la que predominaba en los medios oficiales.
— Tendencia antiimperialista y antioligárquica, que se expresa a través de la crítica a la extranjerización de la economía y a los grupos dirigentes.
— Rasgo populista, de afirmación de los valores del pueblo y de defensa de sus intereses, dentro de un vago proyecto político de integración social y nacional.
— Enfasis en la industrialización, expresada en todos los ensayos de estos autores, con ciertos rasgos de autarquía económica.
— Reforma educacional, con énfasis en el desarrollo de la enseñanza técnica dentro de un sistema educativo que realce los valores de la nacionalidad.
— Independencia partidista y actitud crítica hacia los

partidos políticos, particularmente a los que se encontraban en el gobierno, a quienes se responsabiliza de la decadencia de Chile.

Es posible que estos rasgos del pensamiento nacionalista prefiguraran cierta ideología de los sectores medios en su fase emergente y que influyeran en la orientación política que prevaleció en la década del 20, con su postulación de un "Chile Nuevo".

Sería también interesante sondear la posible influencia de los autores reseñados en tendencias culturales chilenas como el criollismo literario y el nacionalismo musical, que se manifiestan hacia la misma época.

Junio de 1973.

(De la Revista *Dilemas*, N.° 9, diciembre de 1973.)

Nicolás Palacios

DECADENCIA DEL ESPIRITU DE NACIONALIDAD

NICOLAS PALACIOS.

(1854-1911). Médico cirujano, participó en la Guerra del Pacífico. Su obra fundamental es *Raza chilena* (1904), que causó polémicas al momento de aparecer. Fue activo conferenciante y colaborador de distintos órganos de prensa del país.

Uno de los fenómenos más extraños que pueden observarse en nuestro país es el escaso desarrollo de su instinto de conservación nacional, de ese egoísmo tan lógico y necesario a la vida de toda Nación.

Como esta tesis es fundamental en el presente análisis, he de recordar, aunque sea a la ligera, algunos de los principios generales que le sirven de base, especialmente el relacionado con el elemento extranjero y su rol en la sociedad.

El hermoso código político de Chile acuerda a los extranjeros mayores garantías que cualquiera de las constituciones modernas; pero esa liberalidad era sólo la manifestación de los sentimientos hospitalarios de este pueblo, pues los mismos hombres que lo redactaron dieron elocuentes muestras de estar adornados de vivos sentimientos de nacionalidad, tanto en las disposiciones de organización interna como en el rumbo impreso a las relaciones internacionales. Sólo en el último quinto de siglo empezó a manifestarse esa decadencia del instinto primordial de toda Nación, acentuándose a medida que han corrido los años.

La causa de este fenómeno social es a la fecha bien conocida, pues ha preocupado en los últimos años a los más eminentes pensadores, los cuales la han estudiado en

la historia de los diversos países en que se ha presentado, constatando la uniformidad siempre fatal de sus resultados.

Un estudio particular de él en la América Latina, y especialmente en Chile, ha hecho el historiador norteamericano Uriel Hancock en su *History of Chile*, y uno general y luminoso sobre el mismo tema ha desarrollado Broock Adams, también norteamericano, en su reciente y ya famoso libro *Ley de la decadencia de las naciones*. En Europa, este interesante problema ha sido tratado por los más esclarecidos talentos dedicados al estudio de la evolución histórica de las naciones.

El más importante de los factores que contribuyen a la decadencia de esa virtud social es el representado por el comerciante extranjero, tema que ocupa la mayor parte de la obra del filósofo Broock Adams, y que es el pertinente en esta ocasión dado el fin principal de mi tema. De su obra citada son la mayor parte de las ideas aquí expuestas.

Es en realidad el mercader extranjero —por el hecho mismo de la internacionalidad del gran comercio— el que emprende la tarea de minar el sentimiento de nacionalidad, que muchas veces contraría sus cálculos mercantiles. Las doctrinas humanistas igualitarias ejercen su influencia desmoralizadora análoga a la del mercader, pero en escala relativamente insignificante, y en Chile es, puede decirse, nula.

El comercio propaga sus doctrinas disolventes apoderándose de una parte de los diarios, los cuales viven asimismo de aquél; y por medio de los millares de incansables mensajeros que día a día parten de las prensas recorriendo el país de un extremo al otro, las doctrinas disociadoras van lentamente abriéndose camino en la opinión.

La dirección que en su desvío toman las nuevas ideas indica claramente su origen: no es la felicidad del pueblo, su incremento numérico, su progreso moral y político lo que preocupa al inmigrante mercader, ni lo desvelan la seguridad presente ni el porvenir de la Nación en que se

hospeda. No ve una sociedad, un pueblo organizado moral y políticamente en el país en que especula; sólo ve sus riquezas explotables, y su sola preocupación es la de apropiárselas con el menor sacrificio de su parte. La idea de Nación está reemplazada en ellos por la de territorio más o menos rico, más o menos poblado; sus habitantes son factores de producción y de consumo, e instrumentos vivos de explotación, a los cuales creen justo y lógico reemplazar por otros más apropiados a su intento, si los indígenas no les convienen.

Aparecen como triunfantes en el campo de la filosofía social las doctrinas economistas, tales como las de Starck, Marx, etc.

La felicidad de un país es aquilatada por el monto de las importaciones y exportaciones, y por los balances de los Bancos, siendo para ellos tan próspero a la fecha el pueblo esclavo del Congo como el de la Suiza o el de Dinamarca, cuyos balances generales son semejantes. Así hemos visto a los diarios de alto comercio, que es aquí el comercio extranjero, exhibir en el primer mes de este año los magníficos balances presentados por los Bancos extranjeros establecidos en el país y el de algunos de los nacionales como prueba evidente de la próspera y feliz condición del pueblo de Chile a la fecha, lo cual está muy distante de la verdad.

Esa misma prensa es la que aconseja la inmigración en escala sustitutiva del elemento étnico nacional, la que bate palmas a los grandes presupuestos fiscales, la pregonadora de la absoluta quietud política con el pretexto de administración, doctrina cuyo triunfo ha traído el debilitamiento y la desorganización de los partidos históricos de Chile.

Cuando el criterio utilitarista del mercader invade las clases dirigentes de un país, se ven trastornadas las bases morales de la constitución de los Estados. Aquel amor a su pueblo manifestado por el jefe de una Nación,

y que sirve de norma segura al historiador para aquilatar su talla de gobernante, queda relegado al olvido. Por poco que el pueblo resista la explotación a que las ideas utilitarias desean someterlo, en vez de aquel amor, la pauta que sirve para distinguir la clase gobernante es, al contrario, primero la indiferencia, luego el desprecio y, en los casos graves, el odio por el pueblo cuyos destinos están encargados de dirigir.

Broock Adams se detiene especialmente en este punto de su tesis al delinear las causas de la caída del Imperio Romano.

Olvidan las doctrinas sociales económicas que una Nación es antes que todo una entidad moral y jurídica, no una asociación mercantil.

El apotegma "no sólo de pan vive el hombre" es aún más exacto aplicado a las naciones que a los individuos. Una Nación puede soportar los más extremos rigores de la pobreza sin desorganizarse y sucumbir, pero ni rica ni pobre podrá conservar su existencia si pierde los sentimientos fundamentales de toda sociedad. En medio de la más colosal opulencia cayó Roma, cuando sus hijos perdieron sus ideales de patria y sus virtudes domésticas y cívicas.

Pero el comerciante extranjero sabe sacar provecho de las vicisitudes, de los espasmos y de la agonía de los pueblos en disolución, con tal que su muerte sea tranquila. Las convulsiones violentas que el sentimiento de su ruina produce en el ser social perturban los cálculos mercantiles; por esa causa es siempre partidario de la represión más enérgica de toda manifestación de malestar social.

"El comerciante europeo —ha dicho Uriel Hancock— ha sido siempre en la América Española el sostenedor de todas las tiranías."

Las antisociales doctrinas utilitarias han abierto ya una amplia brecha en el sentimiento de patria del pueblo

chileno; felizmente el mal está aún limitado a los que permanecen más directamente vinculados con el comercio extranjero. Sus consecuencias son muy visibles en todas las manifestaciones de la vida del Estado, especialmente en lo que se relaciona con su faz económica, como es natural.

Al avance de las ideas del mercader inmigrante en las esferas de gobierno debe culparse el que se hayan verificado en estos últimos tiempos hechos que no tienen otra explicación plausible ni se han visto en ninguna otra Nación bien organizada.

A esos hechos pertenece la existencia en Chile de una larga serie de instituciones mercantiles que extraen del país gruesas sumas de dinero sin haber introducido jamás en él un gramo de oro ni cosa que lo valga. Les ha bastado establecer Bancos o instalar un escritorio, abrir libros y publicar anuncios sobre seguros u otros giros semejantes para iniciar su pingüe negocio. Gozando aquí de positivas ventajas, pagando una contribución irrisoria, muchas de ellas ni siquiera tienen en Chile su domicilio legal. Los capitales que de aquí se llevan van a pagar a Europa, a Norteamérica y al Canadá el impuesto que les corresponde y del que Chile les hizo gracia.

Otro hecho también privativo de Chile e hijo de la misma perturbación de ideas es el auxilio prestado a Bancos extranjeros con dinero fiscal. El gobierno norteamericano depositó fondos de la Nación a plazo limitado y al interés corriente en algunos Bancos *nacionales* durante la pasada escasez mundial de capitales. Pero aquí esos depósitos han sido hechos en las cajas de algunos Bancos extranjeros, perdiendo el Estado tres o cuatro por ciento de lo que le cuesta ese dinero, y a un plazo indefinido, tal vez eterno, dadas las ideas reinantes sobre esta materia. Esto equivale a regalar a extranjeros el dinero del pueblo chileno para que aquellos lo presten al mismo pueblo al grueso interés corriente.

Como dato sugestivo he de recordar que, según los

estatutos de uno de estos Bancos, ningún chileno puede formar parte de su Directorio.

A la misma categoría de los hechos anteriores, y más directamente relacionado con nuestro tema, pertenece la creación de la Caja de Crédito Salitrero, mediante una ley votada por el Congreso en agosto del año último. El reglamento por el cual esa institución debe regirse está calculado para que sus beneficios los reporten en su totalidad o poco menos las oficinas pertenecientes a extranjeros, puesto que sólo podrán optar a los préstamos fiscales aquellas oficinas que hayan elaborado salitre y tengan cuota fijada por la Combinación, lo que no acontece con la gran mayoría de las empresas salitreras nacionales.

Respondiendo al espíritu que creó la institución recordada, se prestaron por administración fuertes sumas de dinero nacional a una empresa extranjera de salitre, hecho demasiado conocido del público y que ha dado origen a manifestaciones políticas en el Congreso, manifestaciones que habrían seguramente adquirido las proporciones de una tempestad si una largueza semejante hubiera sido otorgada a una empresa nacional.

Se ha aducido en justificación de aquella extraordinaria generosidad el impedir que el fracaso de aquella empresa —lógico por la desproporción entre sus vastas ambiciones y sus limitadas facultades financieras y directivas— produjera perjuicios a terceros, y los irrogara asimismo a la principal industria del país.

Pero hay razones para creer que la causa primordial de esa largueza, y la que la ha hecho tolerable ante la opinión, no fue el temor de que los perjudicados no fueran sólo los fallidos y la industria del salitre, sino su condición de extranjera; pues que muy poco antes se dejó cerrar sus puertas a un Banco chileno sin prestarle ayuda eficaz y sin protesta, siendo que a dicha institución estaban vinculados cuantiosos intereses, todos nacionales, y numerosos industriales salitreros, también nacionales.

Como una ironía del destino llegó a Iquique, por aquellos mismos días en que se negociaba dicho préstamo, la

Memoria del delegado en España de la Combinación Salitrera, don Juan Gavilán, en la cual este caballero anuncia que en Guadalajara, a media hora de Madrid, se han iniciado los trabajos de implantación de la primera fábrica de salitre artificial, entrando aquella nación en el concierto europeo tramado para arrebatar a Chile su principal industria y procurar su ruina.

Sólo como fruto de ese mismo extravío puede explicarse otra serie de hechos administrativos de que no hay ejemplo en otras naciones cultas, como, por ejemplo, el de que el colono extranjero goce de ventajas cuatro o cinco veces superiores al colono nacional; que reciban subvención fiscal algunas compañías extranjeras de navegación, cuando las nacionales deben pagar impuestos; el escaso interés con que se mira la falta de instrucción y de educación en la clase pobre del país; su carencia de habitaciones apropiadas y su envenenamiento paulatino por los quince mil o más taberneros inmigrantes establecidos en Chile; el hecho de esa preferencia oficial, que está contaminando al público, por la manufactura europea en igualdad o inferioridad de fabricación a la producida en el país; el de ese desplazamiento forzado y general del artesano y del operario chilenos en las pocas industrias existentes y en las faenas a cargo del Estado, desplazamiento que se inicia ya en las tareas agrícolas, etc.

Una de las manifestaciones más graves de esa sustitución del criterio de gobierno de un pueblo por el de su explotación es lo que sucede a propósito de las tierras llamadas del Estado y su manera de poblarlas.

El dueño de las tierras de una Nación es el pueblo de que está formada. El Estado es sólo administrador de ellas, y administrador en beneficio de su mandante y verdadero dueño. Eso es elemental e inamovible en derecho público. Pues bien, aquí se ha entronizado poco a poco y sin resistencia la doctrina de que los ciudadanos que ocupan transitoriamente altos puestos administrativos, tienen derecho a regalar las tierras del pueblo chileno a extran-

jeros de cualquiera parte y de emplear en que se las acepten los dineros del mismo pueblo despojado.

Fue, según Tito Livio, el desplazamiento del labrador romano libre por el esclavo importado lo que dio origen a los *latifundia,* cuando la explotación del suelo y demás riquezas de Italia reemplazó en los cónsules el papel de gobernantes de aquel pueblo, fenómeno al que dicho historiador atribuye la decadencia de su patria, como es bien sabido.

En Chile esta doctrina, que está llevándose con premura al terreno de la práctica, es incomprensible dada la fuerte emigración de su pueblo por la carencia de un lote de tierra en qué fundar un hogar.

A la emigración de agricultores desposeídos por colonos extranjeros en las provincias del sur, y a la de jornaleros, se ha seguido la de los artesanos nacionales, desplazados por la inmigración forzada.

Es también elemental en demografía que cada hombre que sale de su país deja en él una mujer de su edad. Esos jóvenes que emigran de Chile —y son siempre hombres en la plenitud de la vida los que emigran voluntariamente— representan, pues, cada uno una familia perdida para la Nación. Si a detenerlos ofreciéndoles un lote de tierras baldías se destinara siquiera la mitad de lo que se gasta en traer extranjeros, el país se poblaría totalmente de chilenos en menos de una generación, ahorrándonos además esas misiones suplicantes e impropias ante soberanos extranjeros para conseguir envíen a sus súbditos a tomar posesión del suelo chileno.

A igual fin contribuiría la cesión de un lote de tierras y los adelantos acordados para los colonos extranjeros a los centenares de artesanos y de operarios chilenos que han quedado cesantes con el paro de varias maestranzas de los Ferrocarriles del Estado debido al encargo al extranjero del material rodante.

Los cincuenta y tantos millones de pesos invertidos en dichos encargos en los tres últimos años y en el co-

rriente producirán unos dos o tres millones de pesos en primas a los que han efectuado esos encargos. Si este dinero lo percibiera el Erario Nacional, al cual de derecho pertenece, podría emplearse en convertir en colonos a dichos artesanos, evitándoles que se vean en la necesidad de abandonar a su país, pues los numerosos emigrantes que llegan continuamente ocuparán su puesto, si es que aquellos talleres reabren sus puertas.

En todas partes se considera al bajo pueblo, al ciudadano desvalido, como el llamado a ocupar las tierras fértiles del Estado, pero el criterio de explotación de las riquezas sustituido al de gobierno del pueblo no tiene que ver con la clase o raza de sus habitantes ni el comercio hace cálculos para muchos años después.

Así se explica la urgencia manifestada porque este territorio esté luego lleno de elementos de producción y de consumo, sean ellos de cualquier continente y de cualquier color.

Con su criterio particular, el mercader no hace distinciones entre habitantes y ciudadanos. Para la marcha de sus especulaciones tanto o más le da la invasión de un país por un ejército extranjero de cien mil hombres como el incremento natural de sus pobladores en una cifra del mismo monto. Para él gobernar una Nación es llenarla de gentes. El antiguo proverbio "La fuerza de las naciones no se mide por el número de sus habitantes, sino por el de sus ciudadanos" no reza con sus cálculos.

Es también muy elocuente a este respecto lo que acontece con el comercio de cabotaje, servido en todos los países medianamente organizados por marina nacional protegida en forma eficaz no sólo por razones económicas, sino también de seguridad. Las compañías chilenas de navegación que en diversas ocasiones se organizaron con ese propósito han fracasado por falta de protección oficial, sujetas además a contribuciones en su calidad de chilenas y domiciliadas en el país.

Para apreciar en todo su valor el fenómeno sicológico a que vengo refiriéndome, y la buena fe con que se aceptan sus consecuencias, aun en contra de los intereses pecuniarios, ha de saberse que la última compañía chilena de navegación disuelta por falta de protección había sido formada por personas que ocupaban altos puestos en el gobierno, a los que habría sido fácil hacer valer sus influencias políticas para obtener el auxilio a que tenían derecho.

En cambio se han enviado agentes especiales a otras naciones a conseguir que se organicen compañías de navegación para entregarles el acarreo marítimo de los puertos chilenos, ofreciéndoles ventajas que se han negado a los nacionales. Una de estas empresas de navegación se ha formado con la base de unos 30 millones de pesos, valor de los pasajes acordados por el gobierno a las 30.000 familias extranjeras que tiene derecho a introducir en el país un empresario de inmigración.

La introducción de esas 130 ó 150 mil personas, de las que ya se anuncia la primera partida, producirá en Chile el más grave daño, pues la emigración de los chilenos será mucho más activa.

Las crisis económicas se traducen en demografía por la disminución de los matrimonios y, en consecuencia, por la de los nacimientos. La población de los países en malas condiciones económicas se ve disminuir tanto por la emigración como por la falta de la renovación natural de sus habitantes. Con la tremenda crisis que hoy azota al país y la llegada de un tan excesivo número de inmigrantes, el reemplazo del pueblo chileno por extranjeros de varias razas y nacionalidades avanzará un gran paso en su marcha invasora.

A los que reciben beneficios con el desplazamiento de los chilenos les basta una somera reflexión para comprender los resultados finales de ese rápido procedimiento de reemplazo, pero la clase baja del país, que sufre directamente las consecuencias, no necesita raciocinar para

comprenderlos. De ahí su resistencia, y de la inutilidad de ésta, la depresión de su voluntad, su escepticismo moral, que empiezan a manifestarse, y su ansiedad patriótica.

Al reemplazo de las clases populares de Chile por individuos de razas exóticas ha seguido de cerca, como era natural esperarlo, el de la reducida clase media de la sociedad tanto en el comercio como en los cargos administrativos mejor rentados, en el profesorado nacional, en las profesiones liberales y demás esferas de la actividad donde los chilenos de esa escala social pueden adquirir un puesto que los habilite para establecer un hogar en armonía con la clase a que pertenecen.

Por las publicaciones de la prensa independiente se ha probado hasta el cansancio que todo ese exotismo no tiene absolutamente razón de ser, salvo para la introducción de algunos profesores y especialistas contratados en el extranjero. La protesta de los ingenieros, como la solicitud de los médicos chilenos, que han visto la luz pública, han establecido fehacientemente que su condición de inferioridad impuesta por los poderes públicos respecto de sus colegas extranjeros en cuanto a rentas, consideraciones y facilidades en el ejercicio de sus profesiones respectivas, sólo obedece a ese mismo extraño espíritu de injusticias que hiere a la fecha todo lo que es chileno.

Como se sabe, las grandes construcciones públicas en proyecto serán explotadas por las compañías extranjeras que las construyan por una larga serie de años, hecho que reforzará sobremanera las influencias de toda especie que el elemento exótico ejerce en la dirección del Estado.

El extranjero goza entre nosotros de la exención casi completa de contribuciones, que la riqueza fiscal hace innecesarias; sin embargo, es muy manifiesta en la actualidad la disminución del aprecio que antes sentía por nosotros, como se colige, entre otros hechos, del cuidado que muchos ponen en inscribir a sus hijos en los registros de

sus respectivos cónsules, con el fin de conservar su nacionalidad extranjera y eludir los deberes de ciudadanos chilenos.

A propósito del servicio militar, el Auditor de Guerra, don J. Santa Cruz Ossa, decía, en una vista publicada pocos días ha, con mucha razón:

"El país ha hecho y continúa haciendo sacrificios de todo género por fomentar la inmigración y lo natural es esperar que esos sacrificios sean compensados por lo menos con el crecimiento de nuestra población nacional.

"No es posible suponer que la mente de nuestros gobernantes haya sido formar dentro del territorio colonias extranjeras, que permanezcan desvinculadas en absoluto de nuestra nacionalidad y en las cuales los que forman parte de ellas se limiten a usufructuar de todos los beneficios que, al igual de todos los ciudadanos chilenos, concede nuestra legislación a los extranjeros y a sus hijos nacidos al amparo de su suelo, sin que haya derecho, a su vez, para exigirles las cargas que las mismas leyes les imponen."

Idéntica situación atravesaron los Estados Unidos antes de la ley de nacionalización que rige a la fecha en ese país. A mediados del siglo pasado los inmigrantes formaban una gran parte de la población, lo que hizo decir a Mr. Banks en el seno del Congreso de su país, como lo recuerda el señor Santa Cruz:

"Si esta porción de nuestro pueblo, si más de veinte millones de los nuestros son súbditos de los Estados de Europa, entonces los Estados Unidos no tienen independencia. Pueden tener número, industria, comercio, letras, ciencia, pero no son independientes."

En Estados Unidos se alarmaban con mucha razón de la condición civil privilegiada, sin equidad, injusta, en una palabra, de que gozaban los extranjeros allí domiciliados. Entre nosotros sucede hoy todo lo contrario: a las múltiples ventajas de que ya gozan se añadirá pronto, según se espera, el derecho de intervenir en la política activa de la República. Pende de la consideración del Con-

greso un proyecto de ley de origen oficial en el que se acuerda a los extranjeros el derecho de formar parte de las Municipalidades, las cuales, según sus atribuciones, ejercen acción preponderante en el régimen electoral vigente.

Sé que una de nuestras colonias extranjeras, la de sicología más opuesta a la nacional, se prepara, por consejo de su soberano europeo, para tener un representante propio en nuestro próximo Congreso.

No sin razón ha dicho recientemente un estimado escritor nacional comparando a nuestra patria de hoy con la de veinticinco años atrás:

"Y hubo entonces brújula con norte que determinaba el rumbo del presente y del futuro de este Chile, cuando Chile era país.

"En aquella época que formaron y sirvieron nuestros padres, los chilenos gobernaban a Chile que era de ellos, y las leyes se dictaban en su bien, y como se dictaban se cumplían, porque eran buenas, eran sanas y sus propósitos propendían, de palabra y de verdad, a necesidades generales de la tierra.

"Y los extranjeros, que venían de otras tierras a buscar en ésta su fortuna, desarrollaban al mismo tiempo la fortuna nuestra, y no hicieron entonces ni directa ni indirectamente nuestras leyes y gobiernos."

Es fácil comprender que, si a una sustitución sistemática de las dos clases de ciudadanos que forman la base de toda sociedad, se añade que el dinero de éstos se entregue a los llamados a reemplazarlos y se les confiere derechos políticos, el fin de ese pueblo no se dejará esperar mucho tiempo. Tanto más grave será esto en Chile, país de corta población y en el que el fisco posee cuantiosas entradas, si ellas han de ser puestas al servicio de esa destrucción de la nacionalidad.

Sin duda alguna que el pueblo de Chile estaría llamado a desaparecer si una reacción nacionalista no viniera pronto a detener su marcha a la extinción. Chile, el territorio así llamado, subsistiría con todas sus propiedades físicas, tal vez con su propio nombre, probablemente con distintas fronteras, pero la Nación Chilena, las familias organizadas en entidad política, fundadoras de una patria y creadoras de su corta pero honrosa historia, habría desaparecido para siempre.

Sólo la atenta observación de numerosos hechos convergentes y luego su contemplación en conjunto pueden traer a nuestro espíritu la percepción sintética y clara de uno de esos estados de transición hacia su ocaso, a menudo de marcha lenta, por que atraviesan las naciones. La inmensa mayoría de las personas no tiene el hábito de ese trabajo mental. Además, sus ocupaciones de la vida diaria absorben generalmente toda su atención, no dejándoles tiempo ni voluntad que dedicar a generalizaciones de esa especie. De ahí que hechos de aquella naturaleza, evidentes para algunos, pasen desapercibidos para la opinión pública.

Cuando alguna de esas perturbaciones en la marcha regular de una sociedad empieza a causar perjuicios de varias órdenes que alcancen a una porción considerable del público, las quejas de los lesionados vienen de todas partes, varias en el tono, en el motivo, desarmónicas, incongruentes al parecer. Cada uno aprecia su propia lesión sin encontrar ni buscar la relación que pueda tener con la de los demás.

Sin embargo, como están todas ligadas por una causa general común, existe dentro de la disparidad de los tonos un eco más o menos acentuado que acusa aquella comunidad de orígenes, eco que no escapa a un oído ejercitado, y que hoy es claramente perceptible en nuestra Nación.

En la atmósfera moral de Chile flota a la fecha un vago presentimiento de males futuros, de intranquilidad por el porvenir, de presagios siniestros, algo como la conciencia de un mal interno indefinido que royera sordamente los centros mismos de la vida nacional. Esta alar-

ma general de los ánimos ha traspasado ya los límites de la inquietante duda y el pueblo chileno empieza a perder la antigua fe en sus destinos. El lazo que une los mil motivos particulares de descontento es, pues, el sentimiento de nacionalidad, el instinto magníficamente desarrollado de patria.

Los perjuicios materiales de cada uno, ni sus injustas postergaciones, ni la suma de todos ellos bastan para explicar la dolorosa alarma de los corazones chilenos; no es el presente ni el futuro económico de su país lo que en primer término los inquieta; es su porvenir orgánico, su existencia de Nación, de entidad política, de patria lo que sienten amagado por su base; notan que Chile empieza a descender la pendiente de la desorganización en cuya sima ven con espanto su disolución final.

Esas perturbaciones del alma colectiva han sido estudiadas por Bossuet, Gobineau, Spencer, Mommsen, Taine, Ribot, Le Bon y otros sabios europeos y ellas tienen siempre como causa natural la alteración étnica de los pueblos en que se presentan. Desde el Aguila de Meaux —fundador de la doctrina en su interpretación de la caída de Roma— se ha establecido la influencia desquiciadora del extranjero sobre los ideales religiosos, morales, políticos y demás cuyo conjunto armónico forma el alma de una Nación. Basta una corta proporción de raza de sicología diversa en un pueblo, dice Le Bon, para acarrearle las más graves perturbaciones.

En Chile, como hemos notado, el exotismo ha invadido las esferas oficiales y adquirido una preponderancia por todo extremo peligrosa. La prensa del poderoso comerciante extranjero y el periodista inmigrante con su tenaz campaña de burlas, de censuras, de reproches y hasta de injurias a todo lo genuinamente chileno, renovada día a día, sin perder oportunidad, sin descanso, durante años y años, produciendo primero el rechazo, luego el silencio y más tarde la duda en los mismos chilenos, ha traído por fin el desaliento a su alma cuando ha visto tra-

ducirse en hechos innumerables de flagrante injusticia lo que empezó como simple doctrina de desprestigio.

La perturbación en los sentimientos fundamentales de la moral familiar de un pueblo, producida por una excesiva introducción de extranjeros de moral diversa, llama con especialidad la atención de los autores, pero aquí no debemos sino recordarla.

La presencia de extranjeros que han adquirido la ciudadanía de la Nación a que llegan sin haberse adaptado al modo de pensar y de sentir de ese pueblo, sin haber hecho suyos sus ideales, constituye un gravísimo factor de perturbaciones por la circunstancia de que su exótica psicología es considerada como la de un ciudadano de esa Nación, como la de un individuo de su pueblo. Con mayor razón es funesta la persistencia de esa falta de adaptación en los descendientes de aquellos extranjeros, puesto que su ciudadanía de nacimiento los habilita para el desempeño de todos los cargos públicos.

De tan extrema gravedad es el hecho apuntado, que Bossuet no vacila en culparlo de la decadencia de la Ciudad Eterna y de su Imperio. El Senado y demás gobernantes de sangre latina fueron sustituidos paulatinamente por ciudadanos romanos de sangre exótica cuando los bienes de fortuna habilitaron a los ciudadanos de cualquiera procedencia para ocupar los cargos del Estado. La igualdad social, que desde Canuleyo había autorizado el bastardeamiento de la raza latina primitiva permitiendo su unión con los pueblos indígenas de Italia, terminó su obra destructora de la Nación romana en las postrimerías de la República, cuando Italia se llenó de inmigrantes venidos de todas las provincias del vasto Imperio, a todos los cuales se había hecho extensiva la ciudadanía romana, sin que los ligaran a los antiguos fundadores de la grandeza de Roma ni los vínculos de la sangre, de la tradición, de su culto, de sus glorias. El romano perdió sus virtudes porque había cambiado de raza.

Esa genial manera de comprender la evolución del Imperio Romano ha sido comprobada minuciosamente

más tarde por los más sabios investigadores, con Gobineau y Mommsen a la cabeza, y es a la fecha la base de la metodología histórica.

El gran filósofo inglés Herbert Spencer aconsejó a los japoneses no permitir inmigración occidental ni mezclar con los europeos su raza, so pena de degeneración y pérdida de su nacionalidad.

Roosevelt, hoy el más ilustre de los estadistas penetrado de la gravedad que entraña la presencia de inadaptados entre los ciudadanos de la Gran República, en su hermoso libro *El ideal americano* expresa que el extranjero que adopte la nacionalidad norteamericana ha de estar dispuesto, llegado el caso, a empuñar las armas en favor de Estados Unidos y en contra de su patria de origen. Su tesis la ilustra a la vez con razonamientos y ejemplos prácticos tomados de su propia Nación.

Los antiguos gobernantes de Chile exigieron la obtención de la ciudadanía a los primeros colonos extranjeros, y el juramento de adhesión y de fidelidad a su nueva patria prestado por los primeros colonos alemanes de Valdivia fue muy hermoso y lleva implícita la condición exigida por el sabio presidente de la Gran República.

El colono inmigrante Karl Andwanter, tomando la palabra a nombre de todos sus compañeros, dijo antes de firmar su título de ciudadano chileno: "Prometemos ser ciudadanos honrados y laboriosos como el que más lo sea, amar a nuestra nueva patria como sus propios hijos la aman y formar con ellos en las filas contra cualquier enemigo extranjero".

A la fecha se estimula y protege por los poderes públicos chilenos la formación de colonias extranjeras que hacen alarde de conservar su primitiva patria, que perseveran en su fidelidad a un soberano extranjero de quien reciben protección y auxilios pecuniarios, constituyendo verdaderas provincias extranjeras, como lo manifiestan sin ambages, dentro de nuestra Nación, hiriendo con ello profundamente los sentimientos de nacionalidad de sus ciudadanos.

Dada la inconsciente perturbación del espíritu nacionalista imperante hoy en Chile, es posible que muchos no acierten a explicarse las modernas doctrinas y encuentren exagerada la manera de llevarlas al terreno de los hechos por el sabio presidente de los Estados Unidos; pero es conveniente que sepan los empeñados en llenar de extranjeros a Chile y entregarles sus riquezas, que es la destrucción de su patria lo que están llevando a cabo.

No se engaña por lo tanto el pueblo chileno al sentirse inquieto por el porvenir de su Nación.[1]

[1]Extractos de una conferencia pronunciada en la Universidad de Chile, el 2 de agosto de 1908.

Francisco A. Encina

CAUSAS DE LA DECADENCIA DEL SENTIMIENTO DE NACIONALIDAD

(1874-1965) Abogado, agricultor, diputado, historiador de nota, destaca en su abundante producción la *Historia de Chile,* en veinte volúmenes. Fue miembro de la Academia Chilena de la Historia y obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1955.

I

Entre nuestra crisis moral y la decadencia del espíritu de nacionalidad existe conexión estrecha. No sólo derivan en gran parte de causas comunes, sino que accionan y reaccionan entre sí en consorcio tan íntimo que, más que fenómenos distintos, son manifestaciones diversas de un mismo fenómeno.

Sin embargo, no es posible rastrear aisladamente el origen de la decadencia de nuestro espíritu de nacionalidad, sin entrar de lleno en el problema más amplio y más complejo de nuestra crisis moral.

Entre las causas que la han determinado, debe contarse la penetración intensa del alma nacional por civilizaciones más fuertes. Como ya lo he hecho notar, el contacto íntimo de pueblos muy desigualmente desarrollados determina una verdadera sugestión. La voluntad del inferior se debilita y se subordina a la del fuerte. No sólo se desarrolla en aquél la admiración por las ciencias, las artes, las instituciones y en general por toda la civilización de éste, sino que piensa como él aun en lo que atañe a sus intereses más vitales. Sin darse cuenta, renuncia a su propia conveniencia en aras de quien lo domina. "Se es siempre algo esclavo de aquel a quien se admira", ha dicho

Marion. Y este fenómeno es, todavía, mucho más pronunciado en los pueblos jóvenes (o sea los formados por distintas razas que se cruzaron pocos siglos atrás) que crecen con lentitud. De aquí el paralelismo perfecto que existe entre el aumento de intensidad de nuestro contacto con Europa y el debilitamiento de todas aquellas fuerzas que, como la voluntad de luchar y de dominar, el orgullo de raza, la ambición de ser grande, etc., constituyen el espíritu de nacionalidad.

II

La penetración extranjera, realizada por medio del libro y en mucho menor escala por intermedio del viajero, ha obrado más o menos con igual fuerza sobre todos los aspectos del espíritu de nacionalidad. La acción del comerciante, por el contrario, se ha especializado en su faz económica.

En Chile los propósitos del mercader extranjero han sido siempre meramente mercantiles. Pero por la admirable solidaridad que existe entre el individuo y el núcleo social a que pertenece, ha hecho inconscientemente obra sociológica. Al estimular el consumo de artículos exóticos, desviando nuestros gustos del artículo similar nacional, no lo ha movido otro deseo que el de vender más y realizar ganancias mayores; pero, creando en nosotros el hábito de consumir mercaderías extranjeras, nos ha subordinado a las necesidades de industrias extrañas, aun en renglones en que podíamos prescindir de ellas. Del propio modo, cuando pregona las doctrinas librecambistas y mueve en su favor la acción de la prensa y las influencias de sus agentes sobre los poderes públicos, sólo persigue la ganancia de algunos miles de pesos; pero ahoga en la cuna a la naciente industria nacional.

Aun sin perseguir fines políticos, ataca, pues, el sen-

timiento de la nacionalidad. Para realizar sus propósitos de lucro, necesita adormecerlo. Para impedir que el cliente se escape, tiene que debilitar su deseo y su voluntad de independizarse.

III

Nuestra enseñanza ha contribuido con su descastamiento a debilitar el espíritu de nacionalidad.

En todos los países fuertes de Europa y de América, la educación está informada por un vigoroso espíritu de nacionalidad. Cuando los yanquis eran aún incapaces de fabricar bancos ajustados a las reglas de la higiene escolar, sacrificaron sin piedad el bienestar físico del educando antes que tolerar en la escuela un testigo de su inferioridad. En Inglaterra no se consideraría educado a un joven que al salir del colegio dudara por un instante que entre su raza y las demás que pueblan el mundo hay un abismo, o que trepidara en creer que todo lo inglés, por el solo hecho de serlo, es superior a lo extranjero. La propia Francia, herida en las fuentes mismas de la vitalidad y amenazada en su existencia, ha concluido por comprender que en el estado actual del mundo no se puede reemplazar por idealismos altruistas el corto número de sentimientos en que descansan las fuerzas de una nación. Todos sus grandes intelectuales, con Gustavo Le Bon y Fouillée a la cabeza, están empeñados en una lucha a muerte con los literatos y escritores de segunda mano, empapados todavía en las quimeras del siglo XVIII.

La enseñanza alemana, que nosotros quisimos remedar, es un cántico al sentimiento de la nacionalidad, no interrumpido por una sola nota discordante. Para agigantar el pasado se falsifica la Historia; en el presente se aplican lentes de aumento a todo lo bueno y de disminución a todo lo malo; y el maestro que osara equiparar

los destinos de los Estados Unidos o de cualquier otro país del orbe con los de Alemania, la grande y la única, sería arrojado del aula. La sugestión comienza, como debe empezar toda obra educativa, en los institutos de pedagogía. De una plumada se borra o de un brochazo se relega al claroscuro a Locke y a los empíricos ingleses y franceses. La pedagogía aparece evocada, poco menos que de la nada, por Herbart, uno de los grandes hijos de la más grande Alemania. Igual tarea se realiza respecto de los demás ramos del saber humano.

Desgraciadamente, nosotros, al copiar la enseñanza alemana, tomamos el rábano por las hojas. Se nos antojó que su eficiencia derivaba de los conocimientos científicos y literarios que forman la base de sus programas, y de sus métodos pedagógicos, y no de los sentimientos que la informan y de la eficaz sugestión que ellos engendran. Del huevo trajimos la cáscara y dejamos el germen. En lugar de la enseñanza alemana, importamos un maniquí sin sangre y sin vida que, dada nuestra sensibilidad a los efectos de la educación, tenía fatalmente que contribuir por omisión y por acción a la decadencia de la más vital de las fuerzas de una colectividad, de aquella sin la cual todo lo demás —población, riqueza, actividad y cultura— sólo sirve de cebo a los fuertes.

Los maestros, por su parte, formados desde el Instituto Pedagógico y las escuelas normales en un ambiente cosmopolita, y alimentados por las utopías humanitarias que informan sus lecturas ordinarias, no pueden dar lo que ellos mismos no tienen.

La práctica de la enseñanza ha cooperado, pues, a la acción desnacionalizadora de los demás agentes, no sólo omitiendo contrarrestar sus efectos, sino reemplazando el sentimiento definido y fuerte de la nacionalidad, que científicamente debe informarla, por una fraseología vaga sobre el progreso, la Humanidad, la civilización y la solidaridad.

IV

A mediados de 1855 llegó a nuestro país Courcelle Seneuil, contratado por el general Blanco Encalada, a la sazón Ministro Plenipotenciario de Chile en Francia, para servir de oficial consultor del Ministerio de Hacienda y para abrir en nuestra Universidad una cátedra de economía política.

Era Courcelle un economista de talento indisputable, que descollaba considerablemente sobre sus contemporáneos franceses. Inferior a algunos de los tratadistas de la escuela clásica francesa en las dotes que hacen al expositor, tenía más desenvuelto que todos ellos el sentido de la realidad. Sin tener una concepción más científica de los fenómenos económicos que la corriente en su tiempo, guiado por su buen sentido innato, rehuyó en gran parte las consecuencias absurdas a que conducían los puntos de partida de aquella escuela.

Llegado al campo de la investigación económica algunos años más tarde, tal vez habría dejado en él huellas duraderas; pero en la época en que le cupo actuar, sus felices disposiciones naturales estaban condenadas fatalmente a malograrse. Partiendo de algunos postulados no demostrados en la experiencia, buscaba, como la generalidad de los economistas de la época, lo universal y lo invariable en los fenómenos económicos, para edificar con ello una ciencia. Todo su talento y todo su buen sentido no podían conducirlo a nada duradero en esta empresa, cuyo punto de partida carecía de cimientos y cuyo término era una quimera.

En cambio, en otro campo que el de las lucubraciones encaminadas a fundar la ciencia económica, su talento, libre de los moldes que lo aprisionaban, desplegó un espíritu de observación penetrante y una admirable firmeza de juicio.

Apenas se puso en contacto con las repúblicas hispanoamericanas, su mirada escrutadora percibió algo en que antes de él nadie había reparado, y después, sólo muy

confusamente han entrevisto algunos sociólogos: toda la profundidad del abismo que separaba a las jóvenes sociedades del nuevo mundo donde hubo cruzamiento con la raza aborigen, de los viejos pueblos civilizados. Nada escapó a su observación profunda y perspicaz: el estado social y sus anomalías; las consecuencias prácticas que de él fluyen, la imposibilidad de salvar rápidamente la distancia mediante la copia de las instituciones, la libertad y la instrucción; todas las peculiaridades, en suma, que obligan a encarar los poblemas políticos y sociales en Chile desde un punto de vista distinto que en Europa, las percibió con notable claridad y firmeza de criterio. De aquí que, liberal convencido e hijo en lo substáncial de la filosofía del siglo XVIII, comprendiera, no obstante, el absurdo que iba a resultar de la aplicación práctica de los principios políticos de la Revolución a una sociedad que en sus clases dirigentes estaba a la altura de la Europa del siglo XVII, que carecía de clase media y cuyo grueso fondo social estaba distanciado por fases enteras de la evolución; e insinuara la conveniencia de mantener un gobierno fuerte apoyado en las altas clases sociales. De aquí que, admirador de la ciencia a la cual consagró los esfuerzos de toda su vida, nos aconsejara, sin embargo, seguir el camino normal, esto es, completar nuestra transformación en sociedad industrial, antes que ocuparnos de ciencias y de letras, insistiendo muy especialmente en disuadirnos del grave error de copiar la educación literaria y científica de Europa, en lugar de darnos una modesta enseñanza práctica y de acción, adecuada a un pueblo que necesitaba crecer antes que filosofar o aprisionar la belleza.

Estas observaciones, que constituyen la más alta expresión del saber verdadero y de la cordura aplicados al estudio de nuestro porvenir, y que de ser oídas por la generación joven habrían cambiado la faz de Sudamérica, permitiéndonos, no obstante nuestra pequeñez, conservar el puesto que la temprana organización nos había conquistado, sirvieron sólo para evidenciar la distancia que

mediaba entre el ilustre sabio francés y nuestros intelectuales.

Aquello de que los ideales políticos que informaron la Revolución Francesa y la enseñanza literaria y científica, aplicados a un pueblo retrasado en su grado de civilización, en lugar de acelerar su progreso, tenían fatalmente que conducirlo al naufragio, eran cosas comprensibles para el sentido común y para el saber verdadero, que se dan estrechamente la mano, pero perfectamente incomprensibles para nuestros intelectuales, cuyo criterio estaba perturbado por el mediosaber, más dañino que la ignorancia, porque a su ceguera añade la suficiencia. Las palabras de Courcelle, dichas con exquisita discreción y con noble sinceridad, eran en realidad demasiado cuerdas y demasiado vecinas a las clarividencias de Portales para que pudieran hallar eco en aquella generación, deslumbrada por las vaciedades sonoras de libertad, igualdad, progreso, derecho y gobierno democrático representativo.

Después de cinco cursos (los de 1856, 1857, 1860, 1861 y 1862) regresó Courcelle a Europa, dejando tras de sí algunas ideas cuerdas sobre colonización y sobre Bancos.

Los métodos y los puntos de partida de Courcelle bastaban, por sí solos, para arrastrar a los mayores extravíos a quienes no tuvieron ni su talento ni su cordura innata. Añade en los alumnos la tendencia invencible al simplismo, la absoluta ausencia del espíritu de observación y la fragilidad de juicio científico, propias de todos los miembros de un pueblo joven, cuya mentalidad no se ha desenvuelto todavía lo bastante para hacer posibles y fructíferos los estudios sociales, y se calcularán las consecuencias de su enseñanza.

No dejó Courcelle, ni podía dejar, atendido el estado de nuestra mentalidad, ningún discípulo capaz de seguir sus pasos y de continuar las investigaciones que con tanto éxito había iniciado. En cambio, sobrevivió a su partida la cátedra de economía política, y se siguieron enseñando en ella sus poco afortunadas doctrinas abstractas, despo-

jadas ahora de las salvedades y distinciones que habían detenido a su autor al borde del precipicio. Si se hubiera designado una comisión de sabios encargada de exagerar los errores del maestro y de podar sus observaciones más exactas y atinadas, difícilmente habría desempeñado su cometido con mayor acierto que sus simplistas discípulos. Las doctrinas de Courcelle, así desfiguradas, han continuado enseñándose en nuestra Universidad por cerca de cincuenta años, y han constituido, casi exclusivamente, el manantial en el cual han bebido ideas económicas los políticos, periodistas y demás elementos que forman y guían la opinión pública.

Entre los innumerables errores que esta enseñanza ha arraigado firmemente en la opinión, hay uno que, como la influencia del mercader extranjero, ha pesado bastante sobre el aspecto económico del espíritu de nacionalidad: el libre cambio doctrinario.

Dadas las suposiciones a priori que sirven de base a sus tentativas científicas, Courcelle tenía que llegar, lo mismo que algunos de sus predecesores, a hacer del libre cambio algo más que una cuestión de política práctica. La propia influencia refleja de los países en que vivió le empujaba en este sentido. A Francia le estaba claramente indicada la política del libre cambio; y en cuanto a Chile, no habría sido discreto cerrar a mediados del siglo XIX las puertas de sus aduanas a la manufactura europea. Básteme recordar que en la agricultura no habíamos aún cultivado ni extensivamente todas las tierras fértiles del valle central, y que nuestro crecimiento era de 2,61%.

Los discípulos de Courcelle bebieron, pues, del maestro las doctrinas librecambistas, que —lo repito— respondían a nuestras conveniencias comerciales en aquella época; y uno de los que más han contribuido a extremar las consecuencias absurdas de los errores del maestro, el señor Zorobabel Rodríguez, las convirtió en un postulado, que no resiste el más ligero examen; pero que por su sencillez y sutilidad dialéctica tenía que ganar la opinión de un pueblo joven y como tal inclinado a lo deductivo, y

encontrar acogida entre abogados cuyo bagaje científico rara vez excede de la lectura, no siempre bien digerida, de unos tres o cuatro manuales franceses de economía política clásica.

No corresponde aquí ahondar en una cuestión que, sobre haber perdido hoy mucho de importancia, me veré obligado a examinar con algún detenimiento en la segunda parte de este estudio. Debo limitarme a señalar sus consecuencias sobre el espíritu de nacionalidad.

El libre cambio doctrinario, lo mismo que toda la trama de la economía clásica, deriva de un postulado falso. Los inventores del sistema ignoraban el proceso del desarrollo económico de las naciones. No conocían el hecho histórico señalado por List, de que todo país ha pasado de una fase económica inferior, como el pastoreo, a otras más superiores y más complejas, hasta llegar a la de Inglaterra, Alemania, Francia, etc., en la hora actual. Creían que las diferencias que notaban en las aptitudes económicas y en el estado industrial de los pueblos no eran etapas de un proceso, sino resultado de las peculiaridades de la raza y de la comarca.

Ignoraban, todavía, en absoluto la existencia de la lucha internacional por el predominio y la supervivencia, en la cual el fuerte procura ahogar al rival y hacer servir al débil a sus necesidades, y éste se defiende, adueñándose de las armas del poderoso y aprovechándose de todas las coyunturas favorables creadas por los acontecimientos. Por el contrario, ideológicamente habían inferido que las relaciones económicas entre las naciones son sólo de cooperación; es decir, que todo pueblo busca a los demás para participarles los beneficios de su poder y de su riqueza.

Sobre estos dos postulados idearon una economía mundial dentro de la cual cada pueblo debe trabajar, para él y para los demás, en las ramas de actividad que sean más adecuadas a sus condiciones físicas y *a la capacidad actual* de su población. El pueblo que es agricultor debe seguir de agricultor, sin incurrir en la torpeza de pretender luchar con el manufacturero. Con ello la riqueza universal perdería, puesto que, por lo menos mientras el neófito se adiestra, la cantidad de riqueza producida por él sería menor.

El afán de los pueblos atrasados por pasar a la etapa manufacturera, que todos los sociólogos y economistas modernos reconocen ser la expresión de una necesidad biológica, no es, dentro de las doctrinas que vengo exponiendo, sino el resultado de un pueril espíritu de imitación. Si una nación está en la etapa agrícola, es sencillamente porque la comarca donde está asentada o las aptitudes de la raza son más favorables a esta industria. Los esfuerzos inauditos que han hecho y las mil privaciones que han soportado, durante decenas y a veces centenas de años, las grandes naciones modernas para sentar plaza en la concurrencia fabril y comercial, han sido sacrificios estériles para ellas y dañinos para la riqueza universal.

El libre cambio que se ha enseñado durante cincuenta años en nuestra Universidad no descansa, pues, sobre los sólidos fundamentos científicos que le han dado sus apóstoles modernos, demostrando que es un enérgico factor del *progreso humano, puesto que facilita la eliminación del débil y poco desarrollado y acelera su reemplazo o su absorción por el fuerte,* con lo cual se realiza "una mejor adaptación al medio", o, en lenguaje corriente, una mayor intensidad en el progreso. No parte, como el libre cambio perfectamente lógico de Novikov, de la supresión de las nacionalidades y del sacrificio de las más débiles en aras del progreso universal. Todo lo contrario, es una doctrina que sus autores procuran conciliar con la existencia de las nacionalidades, y que se empeñan en presentar como una panacea que acelerará el desarrollo y acrecentará la vitalidad de toda nación que la adopte.

Pero su resultado práctico desde el punto de vista del sentimiento de la nacionalidad no ha sido por eso menos desastroso. Ha enervado la voluntad de luchar y de abrirnos paso por las únicas sendas que la naturaleza nos hizo accesibles: la manufactura y el comercio. Ha crea-

do el respeto y la consideración enfermiza que profesamos a la industria y al comercio extranjeros, que Uriel Hancock anotó como una contradicción o peculiaridad de nuestra alma, tan viril y tan chilena bajo otros respectos.

V

Ha contribuido también a la rápida decadencia de nuestro espíritu de nacionalidad la influencia de ciertas doctrinas sociológicas y socialistas.

El crecimiento de los agregados sociales desde la familia hasta la tribu, la ciudad y la nación, y el correspondiente desarrollo de la solidaridad, han sugerido en nuestros días la concepción de una solidaridad aun más extendida y más eficaz, que reúna a las naciones en un propósito "fuertemente centralizado, en que todos los elementos conspiren a un mismo fin, en que la cooperación sea más y más voluntaria y en que sea más fuerte el deseo de vivir en armonía y todos los unos para los otros". Este ideal se alcanzará, según lo esperan sus apóstoles, por medios más humanos que los conocidos hasta hoy en la Historia. En adelante, ya no será la guerra la que, anexando a los débiles u obligándolos a unirse para defenderse, como ha sucedido en el pasado, desarrolle la solidaridad. Desde hoy serán la admiración, la simpatía y la confianza los factores que realizarán la tarea. Las manifestaciones de la existencia de estas "fuerzas internacionales, intelectuales, económicas y humanitarias, que no presuponen necesariamente una federación de naciones confundidas en un solo todo político" son ya numerosas. De ellas derivan las convenciones internacionales sobre defensa contra las enfermedades infecciosas, la constitución de los institutos científicos internacionales, las tentativas de grandes organizaciones internacionales de obreros, etc.

El concepto de la solidaridad humana, extremadamente vago y confuso en las postrimerías del siglo XVIII, sin tomar aún una forma perfectamente definida, se ha precisado, como se ve, muchísimo en el curso del siglo XIX.

La influencia práctica de estas predicciones sociológicas ha sido casi nula en los países europeos y en Estados Unidos. Mucho más seriamente que ellas han quebrantado el sentimiento de la nacionalidad las doctrinas socialistas.

En cambio, entre nosotros han ejercido una influencia considerable. Los que alcanzan a vislumbrar, siquiera confusamente, los nuevos horizontes que, sobre la base de la solidaridad, algunos sociólogos señalan a la evolución del futuro y la magnitud de los cambios que, antes de acercarnos a ellos, tendrán que verificarse en las bases de pensamiento y de sentimiento de la hora actual, se cuentan, tal vez, con los dedos de la mano. Pero la convicción de que la solidaridad humana es una cosa muy profunda y muy científica, se ha generalizado con increíble rapidez entre nuestros profesores, literatos, periodistas y políticos. El sentimiento poderoso de la nacionalidad ha pasado a ser algo atrasado y tosco, que revela poca profundidad científica y mucho atraso de ideales en quien lo manifiesta.

De esta suerte, nuestra excesiva sensibilidad a la influencia de los libros y el exagerado espíritu de imitación de nuestros intelectuales, han contribuido a debilitar la más importante de las fuerzas en el estado social en que nosotros estamos.

Mucho menos eficaz ha sido hasta hoy la influencia de las ideas socialistas. Su avance en nuestro proletariado —que reviste extraordinaria gravedad por tratarse de un país que no tiene clase media, y que, por consiguiente, carece de lastre social—, aunque relativamente rápido, principia apenas a pesar en forma efectiva sobre el sentimiento de la nacionalidad. La mayor parte de las manifestaciones de que he podido tomar nota, derivan más de una sugestión momentánea que de sentimientos arraiga-

dos. Las más alarmantes, las que tímidamente han principiado a aparecer en el preceptorado, son la consecuencia de dos factores artificiales: la detestable formación moral del profesorado en las escuelas normales, y la situación de miseria que le creó la reducción del valor de la moneda y el encarecimiento de la vida.

VI

Otro de los factores de la decadencia de nuestro sentimiento de la nacionalidad es el fracaso de las ilusiones que cifrábamos en la libertad, la instrucción y las instituciones.

Como ya lo hice notar al hablar de nuestra crisis moral, los escritores de las dos generaciones precedentes creían que el gobierno republicano, la comuna autónoma y otras instituciones; la libertad en todas sus formas, y la enseñanza de ciertos conocimientos científicos y literarios, tenían eficiencia por sí mismos. Confiaban en que estas panaceas nos harían física, moral e intelectualmente grandes. El país entero participó de esta ilusión, que apenas podemos hoy comprender los que no alcanzamos a comulgar en ella.

El derrumbamiento sucesivo de las exageradas esperanzas que habíamos cifrado en factores que nada podían añadir a las verdaderas fuerzas económicas y morales de nuestra sociedad, engendró el abatimiento y la desilusión. La postración moral y económica que nos ha traído la imitación de la enseñanza científica europea, y el desgobierno y el desquiciamiento administrativo que han sido la consecuencia de los remedos políticos, han amenguado el orgullo de ser chileno y la confianza en los destinos del país.

VII

Finalmente, la pérdida de la posición que ocupábamos en Sudamérica no es extraña a la crisis de nuestro espíritu de nacionalidad.

Hasta ayer habíamos vivido confiados ciegamente en las decantadas riquezas agrícolas de nuestro territorio. Sólo cuando nos distanciaron pueblos que estuvieron un tiempo por debajo y cuando sentimos de cerca el hálito de otros que se aproximan, hemos venido a caer en la cuenta de que ni la naturaleza ni el inmigrante europeo trabajan por nosotros, y que, si no desplegamos un supremo esfuerzo, quedaremos pigmeos. Hemos venido a comprender muy tarde que los elementos físicos obligan en Chile, como lo comprendió Courcelle, a desarrollar grandes aptitudes para la lucha económica. Y al contemplar los ochenta años empleados en adiestrar nuestras aptitudes para rimar versos, coleccionar antiguallas históricas, clasificar insectos, defender pleitos, vivir a expensas del fisco, copiar municipalidades suizas o parlamentarismos ingleses, es humano que el desaliento nos invada. No hay pensamiento más melancólico —dice Lubbok— que el de "aquello hubiera podido ser". Y nosotros pudimos ser los primeros en Sudamérica. La energía de nuestra raza y nuestra temprana organización habrían suplido a los elementos físicos, si el ciego espíritu de imitación no nos hubiera encauzado en la tarea suicida de formar el cerebro antes que el cuerpo.[1]

[1]De *Nuestra inferioridad económica*, 1911. (Reproducción autorizada por la Editorial Universitaria.)

Jorge Prat E.

PENSAMIENTO NACIONALISTA[1]

JORGE PRAT E.

(1918-1971) Abogado y publicista, fue también Ministro de Hacienda, presidente del Banco del Estado, inspirador del Banco Interamericano de Desarrollo, presidente de la Comisión de Reforma Previsional durante el gobierno de Jorge Alessandri. Fundador de la revista *Estanquero* (1946-1954), de considerable gravitación nacionalista.

[1]Introducción, selección y epílogo de Héctor Streeter Zepeda.

El país clama por un gobierno efectivo, con un plan coordinado de acción múltiple, en que colaboren gobernantes y gobernados.

JORGE PRAT

Ha debido transcurrir más de un cuarto de siglo para que el "clamor" que denunciara Jorge Prat desde las páginas de la revista Estanquero *(1946), se convirtiera en potente trueno y, al mismo tiempo, en grito de auxilio que escucharan las Fuerzas Armadas y de Orden en cumplimiento de su deber de resguardar la seguridad externa e interna de la nación.*

El 11 de Septiembre de 1973 pasará a la Historia como una gesta democrática por excelencia. Ella jamás se habría producido si la inmensa mayoría ciudadana —al margen de los viciados y espurios registros electorales— no hubiera dejado escuchar su voz, con tal potencia, que traspasara los muros de los cuarteles en cuyo interior se encontraban los hombres encargados de velar por la seguridad y tranquilidad de la República. El clamor popular contra el desgobierno que desde fines del siglo XIX iba desfigurando la creación portaliana carecía de un cauce efectivo para hacerse escuchar. Faltaba la voz nacionalista, patriota y despolitizada que hiriera los tímpanos de quienes se empeñaban en dividirnos en extremos y centros, posturas todas que, disputándose el adjetivo "democrático", llevaban a Chile a una total desintegración.

Y esta voz es indispensable que se escuche nuevamente. Trataremos de reproducir en estas páginas los escritos de Jorge Prat que más injerencia tienen con el salvador momento que vive nuestra patria, el que Prat vislumbrara y bosquejara sabiendo que su realización no sería posible por la "vía democrática", ya que el nudo gordiano que estrangulaba a Chile sólo podría desatarse con la espada.

POLITICA NACIONAL Y JOVEN PARA CHILE (1946)

En las graves horas que vive el país es deber de los buenos chilenos sentirse solidarios de un mismo ideal patriótico que tienda a la organización del Estado sobre la base de una estructura unitaria de la vida económica, social y cultural de la nación.

Hay necesidad de luchar por un nuevo sentido de la vida nacional que cree y acreciente una alta cultura democrática al servicio de todos los chilenos, sin distinción de clases ni de credos, especialmente orientada hacia el mejoramiento de las condiciones de vida de aquellos grupos que, al par que desposeídos de bienes materiales, han vivido al margen de toda vida cultural y han participado en forma precaria en la vida política del país.

El servicio del Estado es servicio del pueblo y, como tal, debe ser realizado por ciudadanos probos y técnicamente eficientes. Debe lucharse, por lo tanto, por la más estricta moralidad administrativa y por la dictación de un cuerpo de leyes que persiga y castigue los delitos contra el patrimonio del pueblo y contra la seguridad nacio-

nal. Ello implica, además, en el plano de la vida colectiva, la existencia de grandes corrientes de opinión encargadas de consolidar una conciencia uniforme para la solución de los grandes problemas nacionales.

Ha llegado la hora de terminar las luchas estériles en torno a la simple conquista del poder para distribuir prebendas y satisfacer aspiraciones electorales. El país clama por un gobierno efectivo, con un plan coordinado de acción múltiple en que colaboren gobernantes y gobernados. Ello envuelve la recuperación de la disciplina perdida en el desarrollo de la vida económica, social y política de la nación y la restauración de las jerarquías necesarias a la buena marcha de la acción gubernativa.

Sin una autoridad firme y prestigiada, que contenga con energía los apetitos antisociales de unos y las demasías antipatriotas de otros, no será posible detener el derrumbe a que están conduciendo al país las malas prácticas que hemos sufrido hasta ahora.

Para el logro de tales aspiraciones, es previo e indispensable extirpar todos los gérmenes de desintegración nacional que, como el comunismo, están barrenando día a día, con la tolerancia de los grupos políticos interesados sólo en los resultados electorales, las fuerzas morales de nuestra nacionalidad. El odio y la calumnia, la suspicacia y la envidia, la preocupación por lo que ocurre en otros continentes y otros pueblos y no por lo que necesita el nuestro para afrontar la grave crisis que está viviendo el mundo, ya se han enseñoreado en nuestra conducta colectiva. Es urgente reaccionar contra ello, depurar nuestra conducta, recurrir a nuestras reservas de moralidad democrática, recuperar nuestra voluntad de lucha por los destinos de Chile, encontrar un camino histórico para nuestro pueblo. Esta es tarea de hombres jóvenes de espíritu, de ciudadanos no contaminados por el virus de la baja política, de aquellos, especialmente, que hasta hoy han mirado indiferentes la cosa pública y han dejado hacer a los audaces, por comodidad o cobardía.

Hay necesidad de crear una nueva fe en Chile, en las

virtudes tradicionales de su raza, en la potencialidad de su pueblo, en las posibilidades de su desarrollo futuro. La fe en un Chile sin políticos aprovechadores y mendaces, sin funcionarios públicos prevaricadores o indolentes, sin especuladores ni agiotistas, sin agitadores profesionales que medren con la esperanza y la credulidad de las masas, sin prensa envenenadora del alma popular. Un Chile en el cual cada uno sepa para qué trabaja, por qué trabaja y para quién trabaja. Un Chile en que el trabajo sea noble empresa colectiva dentro de la cual cada individuo, cada chileno, se sienta responsable de una parte de la tarea común, orientada hacia el bienestar y progreso de la patria, y no labor rutinaria en la cual unos se consideran explotados y los otros sean considerados como explotadores.

Hay, finalmente, que crear en la juventud un sentido heroico y sobrio de la vida, de la responsabilidad social y del respeto a la persona humana. Ello exige una acción educativa que forme personalidades disciplinadas y cultas, amantes de su pueblo y conocedoras de las posibilidades materiales y espirituales de la nación, capaces de crear y fomentar riqueza colectiva. El amor a la patria, que suele predicarse en forma fría y sin contenido en las escuelas, debe traducirse en acción positiva, en acción militante del alma de la juventud para la creación de un verdadero espíritu de chilenidad. Hay que movilizar a la juventud en torno a grandes y nobles ideales, señalarle una senda, un destino histórico, un sentido profundo de la vida de su pueblo y de su época.

NUESTRA TAREA (1946)

Necesitamos comprender, en primer término, que el mundo ha caminado a través de miles de años buscando la justicia. Que mucho se ha avanzado, pero que aún hay

mucho camino por delante. Prosigamos con tesón en la búsqueda de esta justicia social, pero no seamos ingenuos al pensar que la lograremos de inmediato y veamos que mientras tanto el enemigo avanza. A la doctrina comunista opongámosle otra doctrina, y a la estrategia comunista opongámosle otra estrategia.

Veamos enseguida que este peligro nos amenaza a todos y que por ello, todos, sin distinción de partidos, debemos darnos firmemente la mano en esta jornada, dejando para mejor oportunidad las diferencias ideológicas. Movilicemos todas las voluntades para que ningún partido político adopte una actitud o dé un paso que lo beneficie, si con tal acción se ayuda o beneficia al mismo tiempo al comunismo. Ojalá lo entiendan así los partidos no contaminados con el marxismo.

Denunciemos vigorosamente a todo aquel que contribuya a fortalecer a la secta internacional, prestándose a su juego por conveniencias políticas momentáneas.

A la audacia y a la violencia comunista, opongámosle la audacia, el valor y la violencia con que sabemos defender a nuestra patria cuando ella nos llama.

Hagamos luz, plena luz, sobre todos sus tenebrosos manejos. Presentemos y denunciemos los sufrimientos de los pueblos europeos que han tenido la desgracia de caer en la órbita soviética. Exhibamos la persecución religiosa de Europa Oriental; señalemos la abolición de los derechos ciudadanos, claramente comprobados por denuncias oficiales de las grandes democracias occidentales.

Mostremos la acción comunista en Chile, su entrada a saco en los fondos sindicales a fin de costear con ellos la propaganda, la prensa y los sueldos de los agitadores comunistas; proclamemos el control comunista de las conciencias obreras por medio del arma totalitaria del aterrorizamiento; exhibamos el aprovechamiento de las conquistas sociales como herramienta de dominio en lugar de medios lícitos para alcanzar la justicia social; recordemos y marquemos cada acto, cada avance comunista, que

lleva en sí el asesinato y el ataque aleve, sus mejores armas.

Movilicemos por medio de una campaña sistemática y organizada a toda la opinión pública chilena. Estimulemos a todo aquel que luche y se oponga al comunismo.

Hagamos, en fin, renacer la religión de la patria, la mística de la patria, esa que floreció magnífica en 1810 y que se hizo perenne con la obra de Portales, que se agigantó en nuestras guerras victoriosas, que se dignificó en uno y otro bando en 1891 y que una sutil propaganda internacionalista, típicamente comunista, tiene en estos instantes adormecida. Esta fe patriótica, que es la antítesis de la fe comunista, será la que nos salve.

CHILE: ¿DEMOCRACIA SANA?

"En América Latina somos el país de más sólida y perfecta organización democrática." Esta frase del mensaje de Año Nuevo (1947) del Presidente González Videla corresponde a un pensamiento muy arraigado en la opinión pública chilena.

Analizada nuestra realidad chilena desde un punto de vista meramente jurídico, la observación presidencial está ajustada en absoluto a la verdad. Nuestra organización democrática no sólo ha sido, y continúa siendo, la más sólida y perfecta de Iberoamérica, sino que, en justicia, debe ser catalogada entre las mejor logradas del mundo. El funcionamiento regular de las instituciones, el respeto a la ley y los poderes legítimamente constituidos, son prácticas y hábitos consubstanciales con nuestra nacionalidad. Las formas constitucionales las respetamos por íntima convicción, y nuestra conciencia colectiva se rebela contra cualquier intento de conculcarla.

Pero si bien es innegable esta perfección y solidez

formal de nuestra democracia, no puede decirse igual cosa del fondo de ella.

Las formas jurídicas no constituyen un fin en sí, sino que deben siempre corresponder a un objetivo vital de la sociedad en que imperan. Las constituciones y las leyes son los medios de que los pueblos se valen para procurarse normas estables de convivencia y hacer posibles sus aspiraciones de perfeccionamiento. La libertad, la justicia, la paz social, el bienestar económico, la salud moral y física de la población: tales son, entre otras, las finalidades del fondo de la democracia.

De lo anterior debe concluirse que el funcionamiento regular de las instituciones jurídicas no puede constituir por sí solo el índice de la perfección democrática. Es necesario ahondar en la vida del pueblo, examinar los efectos obtenidos con la aplicación del sistema institucional que se analiza, para poder concluir si dicho sistema corresponde o no a su finalidad esencial.

Enfocada con este criterio la democracia chilena de hoy, es fuerza concluir que ella no satisface en absoluto su cometido.

Bajo la aparente solidez de sus formas jurídicas, nuestra democracia ha degenerado en la antítesis de la genuina concepción democrática. Basta echar una ojeada sobre la situación del país para convencerse de la efectividad de este fenómeno.

La libertad, para ser efectiva, debe ir complementada de la responsabilidad, y una de las características de la vida nacional de esta hora es la tiranía cada vez más insolente de las multitudes irresponsables.

En vez del imperio de la justicia campean en todas partes la arbitrariedad y el abuso. Los favoritismos y los compadrazgos son instituciones nacionales. La "cuña" desplaza al esfuerzo y al mérito.

Una incesante disminución del trabajo productivo hace retrogradar vertiginosamente la posición del país en

el plano económico. Enconados odios de clase envenenan la vida en común y paralizan las actividades productoras, a la vez que lanzan a la miseria a capas cada vez más vastas de la población.

Al amparo de las garantías democráticas imperan por doquier la deshonestidad y el fraude, y la raza es consumida por el alcoholismo y la tuberculosis.

En presencia de semejante cuadro, resulta del todo injustificada la jactanciosa satisfacción por las excelencias de la democracia chilena. Preciso es reconocer que de nuestra robusta democracia de antaño sólo nos va quedando la cáscara. El contenido de ella, que es en definitiva lo que vale, está en pleno proceso de desintegración. Si este proceso no trasciende aún en toda su fuerza al exterior, es sólo porque se conserva todavía intacta la envoltura. Pero el día en que ésta también llegara a romperse, es decir, el día que dejara de funcionar nuestro mecanismo constitucional, los chilenos nos impondríamos con horror de las verdaderas proporciones del desastre.

Y este día llegará antes de mucho si no nos apresuramos en reaccionar. Es una peligrosa ilusión creer que "este juego normal de las instituciones", que nos permite seguir viviendo con relativa tranquilidad y decencia en pleno pudridero, se habrá de mantener por tiempo indefinido.

Es tiempo, pues, de que nos demos cuenta de que la organización democrática de que tanto nos vanagloriamos amenaza transformarse en la mortaja de nuestra nacionalidad. Sólo podremos evitar que así suceda, si somos capaces de reintegrar en las formas constitucionales un contenido vital, de modo que ellas vuelvan a ser, como antaño, la expresión jurídica de un pueblo moralmente sano, materialmente fuerte, y poseído de una firme fe en su destino.

LA MISION DE LAS FUERZAS ARMADAS

"Por ser de permanente actualidad e interés", Jorge Prat transcribió en las páginas de Estanquero *los siguientes conceptos del tratadista don Pedro Ortiz Muñoz (1945).*

Las Fuerzas Armadas de la nación son algo más que simples institutos de instrucción para la guerra; son nada menos que una parte integrante del derecho y la base de sustentación del régimen democrático.

El lema que va al pie del escudo de Chile, "Por la Razón o la Fuerza", no envuelve un pretencioso espíritu imperialista, sino, por el contrario, comprende exactamente el concepto del derecho: obedece razonablemente a la Ley, o te la hago respetar por la Fuerza.

Por lo tanto, lo que nuestro lema está diciendo no es otra cosa que: aquí impera el régimen jurídico. Y como este régimen es el que propiamente caracteriza al sistema democrático, nuestro lema advierte que este país vive jurídicamente organizado, o sea, que Chile es una verdadera democracia, en la verdadera y auténtica acepción que hay que darle a este vocablo.

Nadie puede negar que el Estado, como los individuos, tiene perfecto derecho para defender su vida de cualquier peligro que le amenace, sea que este peligro se dirija contra su seguridad interior o contra su seguridad exterior.

Para el resguardo de ambas seguridades cuenta con las Fuerzas Armadas de la nación.

Cuando estas fuerzas tienen que luchar contra el enemigo extranjero defienden legítimamente la vida del Estado. El mismo significado y el mismo valor tiene la lucha contra el enemigo interior que trata de demoler la organización jurídica que es el alma sin la cual el Estado no puede vivir, porque el Estado no es otra cosa que la nación jurídicamente organizada.

Luego, el Estado se defiende de sus enemigos haciendo uso de sus propias fuerzas. Ahora bien, como el Estado constituye una organización jurídica, el Estado se identifica con el derecho; por lo tanto, la defensa del derecho es la defensa del Estado mismo.

Entonces, es inconcuso, también, que el derecho está igualmente facultado para defenderse legítimamente contra cualquier atacante que lo lesione o lo ponga en peligro de lesión.

¿Cuál es el medio con que el derecho puede defender su existencia? ¿Cuál de los dos componentes que lo integran es apropiado para una defensa eficaz? Es evidente que el derecho debe defenderse con su propia fuerza. La ley sola no es útil como elemento defensivo. Mala táctica sería la del individuo que pretendiera defender su cabeza barajando el garrotazo con la propia cabeza en vez de emplear los puños o las armas.

Al defender el derecho, las Fuerzas Armadas se defienden a sí mismas, no sólo porque son integrantes del cuerpo defendido, sino porque al suprimirse las normas jurídicas que las crearon y las mantienen terminaría su propia vida legal. Ya sabemos lo que la Fuerza sin Ley significa.

No hemos encontrado dificultad para determinar cómo deben actuar las Fuerzas Armadas en defensa del derecho cuando se les imparten órdenes: si éstas son válidas deben cumplirse sin deliberar, y si son nulas, deben dejarlas sin cumplir.

Nos queda por resolver el caso más delicado: aquel en que el derecho es vulnerado sin que se dé ocasión a ningún pronunciamiento ni positivo ni negativo de las Fuerzas Armadas. Aquel en que no median órdenes ni válidas ni nulas porque los acontecimientos se desarrollaron en forma físicamente pacífica.

Imaginémonos, por ejemplo, que los ciudadanos que intervienen en la política nacional o en la internacional lleguen a tal grado de descomposición moral que, con sus actitudes contrarias a la Constitución y a las leyes, prescindiendo de sus deberes de mandatarios del pueblo,

produzcan un caos interno o un grave peligro para la soberanía del Estado.

En un caso como éste, ¿estaría facultada la fuerza legal para intervenir por su propia iniciativa en defensa del derecho o para defender forzadamente el orden jurídico?

La respuesta no es dudosa. En ese caso, las fuerzas integrantes del derecho victimado tienen algo más que la simple facultad de intervenir; tienen la obligación de actuar en defensa del régimen democrático.

Los que no se dan cuenta de la alteración de la paz pública sino cuando se produce con violencia física, hablan de trastorno constitucional y de "golpe de Estado" cuando la fuerza del derecho actúa en circunstancias como la que estamos considerando. Hay que reparar que el verdadero trastorno, el "golpe" inicial se produjo antes; esta actitud violenta no sería más que el contragolpe. Los amotinados, los sublevados, no son los que restablecen el régimen jurídico, sino aquellos que criminalmente lo atropellan y lo anulan.

Fuera del caso único, de excepción, que hemos imaginado, no cabe intervención legítima de las Fuerzas Armadas en la política de una democracia.

HACIA UN PORTALISMO CONTEMPORANEO (1947)

El comunismo es un fenómeno de desintegración, es el resentimiento de los incapaces de concebir una existencia colectiva creadora. Por eso, no se combate sino con el despertar alegre y ambicioso de la conciencia nacional. Porque tenemos fe en Chile, afirmamos que tal despertar DEBE NECESARIAMENTE PRODUCIRSE ENTRE NOSOTROS y entregar a su vez la nueva política que lo manifieste. Como símbolo de una política auténticamente

nacional, hemos elegido a Portales. Portales como símbolo y ejemplo.

Queremos un portalismo contemporáneo que repita la creación del gran Ministro estanquero con los muy diversos materiales del Chile de hoy. Resumidamente, puede decirse que el acierto de Portales estuvo en prescindir de los ideólogos y edificar un gobierno sobre las fuerzas sociales y los intereses reales en juego en su momento. Esas fuerzas no eran sino las de la aristocracia agricultora chilena; ella era la interesada en que el país caminara, y por lo tanto la única llamada a sentir como propio el bienestar público. El resto de la nación carecía por entero de personalidad histórica, y su ignorancia e inconsistencia sólo podían arrastrarlo a la anarquía o a servir de apoyo a dictaduras y caudillajes. La aristocracia chilena de 1830 necesitaba un gobierno estable y legal y unos objetivos nacionales claros y sencillos: seguridad exterior y orden interior que permitiera el desarrollo de la incipiente vida nacional. Portales intuyó y realizó ese propósito elemental de las fuerzas vivas de la nación, con la infalibilidad del genio.

Pero Portales ha sido un solitario en la política chilena. El desarrollo minero e industrial, la aparición de nuevas fortunas, la pérdida del sentido aristocrático de las viejas familias patricias, el surgir de la clase media y finalmente el de las masas obreras, han demolido los cimientos de la construcción portaliana, y no ha habido hasta ahora nadie que encuentre en esta enormidad de material disperso los nuevos cimientos para una política auténticamente nacional.

Nos han ofrecido una política de "orden" basada, como la de Portales, en la aristocracia santiaguina, con desconocimiento de la realidad contundente que es hoy la provincia y la clase media. Y nos han ofrecido una política "progresista" basada en la demagogia traidora y en el desquiciamiento del trabajo nacional. Entre estos dos extremos, pululan las "ideologías" para el fervor de una hora, y las combinaciones y los "nuevos tratos" que constitu-

yen el espectáculo cotidiano. Chile como unidad, como voluntad de ser, como comunidad de todos los chilenos, no tiene intérprete en la política presente.

De lejos, cansado ya del espectáculo, está el país, está el hombre que agota sus días en el trabajo, sintiendo que su esfuerzo es vacío, que la moneda le vale cada día menos, que el trabajo creador de riqueza está menos recompensado, que los intermediarios de toda índole, que la desidia, el resentimiento y la desintegración moral, fomentados por el Partido Comunista, trabajan hoy desde el propio Gobierno, que la educación pública pedante y sin sentido nacional incapacita a las generaciones nuevas para enfrentar el porvenir de lucha que las espera.

Ese hombre de la calle, cansado y desorientado, no tiene hoy representación política, y, sin embargo, es la base de un verdadero gobierno nacional. Ese hombre de la calle, desde el fondo de su sindicato minado por la politiquería, desde la tristeza de un empleo sin perspectivas, desde las zozobras de una industria amenazada por las torpezas gubernativas, anhela, sin confesárselo, una disciplina racional en las inversiones y en el trabajo y una posibilidad de vida digna para todos. El nacionalismo quiere ser intérprete de esta nueva conciencia nacional. Debajo de la basura de estos días hay un país que nace. Los "estanqueros" tenemos fe en tal nacimiento y tenemos fe en el surgir de una política sana y realista que se impondrá como necesidad ineludible.

SENTIDO DE PATRIA (1947)

El marxismo borra la patria a pretexto de una transmutación social y económica. Este es uno de sus sofismas.

Pero la patria no se confunde con una determinada estructura socioeconómica. Muy por el contrario, la más noble vitalidad de la patria se ve amagada por quienes

confunden el contenido permanente de ésta con posiciones e intereses transitorios. Por otra parte, sólo la vivencia de la patria amenazada en su entraña misma es capaz de mover ágilmente las antitoxinas espontáneas del organismo nacional y transformar la enfermedad soviética que corroe a Chile en recuperación victoriosa y ofensiva. El marxismo encuentra en la patria a su peor enemigo, por eso pretende confundirla con el régimen capitalista. A su vez, los que al defender la patria entienden conservar y defender el régimen capitalista, dan la razón al enemigo soviético. Hay, pues, que restituir a los chilenos la imagen de la patria, pero arrancando a ésta de mucha ruina, de mucha telaraña, de mucho monopolizador injusto de nuestra historia y tradición, de mucha red de intereses que la tienen prisionera.

La patria no es solamente la emoción en ciertos aniversarios. Es la comunidad de los chilenos en un quehacer histórico permanente. Son los valores de la sangre y del pasado que nos entroncaron a España, al Occidente cristiano y a Roma, es decir, que nos hacen partícipes del estilo de vida de más alto rango espiritual que la Humanidad ha concebido. Son los valores del suelo que nos hacen americanos, es decir, pueblo nuevo, posibilidad y promesa. El signo agrupador de estos valores permanentes que nos marcan una misma tarea a través del tiempo constituye lo que llamamos patria. Concebida la patria, no como arbitrio sentimental o como careta de intereses sino como substancia histórica profunda, se le ve necesariamente vinculada a las demás naciones de Iberoamérica, que por comunidad de origen, de historia y ubicación geográfica forman un todo natural y orgánico, con destino común, con sentido propio y con derechos también propios en la escena mundial. Al afirmar la patria grande, la comunidad del idioma y de la raza, lejos de debilitar a Chile se centuplica el valor y significado de cada chileno en la Historia.

Porque la patria significa la posibilidad misma de ser civilizado, de ser occidentales en el hondo sentido de

ese término, porque sin patria somos eunucos ante la Historia, debemos estar dispuestos a salvar a toda costa la existencia de Chile y de su misión iberoamericana. Ninguna transacción, ningún tradicionalismo fofo y sentimental, debe impedirnos la conquista de nuestro más alto patrimonio terrestre.

Una minoría inaccesible al desaliento ha de entregarse a la tarea de hacer que los hombres de trabajo —los trabajadores del cerebro y del brazo— sientan como propia la suerte de Chile y vean en la construcción de una patria libre y robusta el camino único de realizar la integridad de sus vidas y aspiraciones. Grandes sacrificios costará la incorporación de los hombres de trabajo al sentido espiritual de la patria. No bastarán para ello discursos, sino rectificaciones profundas y concretas. Pero sin la "nacionalización" de los intereses contrapuestos, sin la incorporación de todas las clases sociales y de todo el territorio a la nacionalidad, Chile dejará sencillamente de existir.

El sofisma soviético que borra la patria, se contesta con un argumento vital: la construcción de una patria que efectiva y prácticamente comunique sus valores culturales y económicos a todos los habitantes del territorio.

INDIFERENCIA CULPABLE (1947)

Cuando un país se ha vuelto una masa de intereses puramente individuales, cuando no tiene grandes aspiraciones colectivas que lo unan, cuando ha perdido conciencia de su continuidad a través del tiempo, olvidando sus grandes siglos antiguos y desdeñando el cuidado vigilante de siglos futuros, cuando un país carece de ambición histórica, ello significa que ha abandonado su razón de existir, que es pura comparsa y botín de extranjeros.

La generación que gobierna el país merece la natural desconfianza de los hombres jóvenes que se abren hoy ambiciosamente a la vida nacional, por eso mismo, por haber llevado a Chile hasta el borde de la catástrofe que señalamos: su muerte histórica. Formados en la caricia de la bonanza salitrera, a muchos les cuesta salir de su blandura y empezar a entender que Chile requiere un empuje inusitado y una capacidad de inventiva y creación, enteramente desconocidos en América, para dar a sus habitantes un nivel moral y material siquiera decente. Nuestra riqueza material difícil, nuestro vasto y caprichoso territorio, nuestro carácter solitario y anárquico, son la señal de que el pueblo chileno debe realizar una labor heroica para ocupar el puesto que le corresponde en el mundo.

Pero cuando la hora de trabajar más duro y mejor se precipitó sobre nosotros, sin que lo advirtiéramos, los grupos rectores de la ciudadanía no tuvieron objetivos que señalar al país, aparte de chochas fórmulas electorales y consignas demagógicas minadoras del trabajo nacional. Desgobernados, holgazanes, rencorosos, los chilenos perdimos prácticamente nuestros vínculos con la nación. Por eso, el industrial, el comerciante, el obrero, vegetan ahora preocupados de defender sus exiguos patrimonios individuales, y nos movemos todos por meros fines privados, cada día más difíciles de satisfacer, por otra parte, a causa del desconcierto colectivo. Y hasta la política, que todo invade, es entre nosotros asunto de puro interés individual.

Chile como totalidad, tanto a través del territorio como a través del tiempo, es cosa que no entra en nuestros cálculos. La salvaguardia de nuestra riqueza petrolífera, el prestigio de nuestro vino en el exterior, la chilenización intensiva de los territorios nacionales del extremo norte y sur del país, la afirmación de nuestros derechos polares, la defensa de nuestra moral pública y de nuestra moneda deberían ser, por ejemplo, preocupaciones instintivas y ardientes de todo chileno con alguna decencia. Espanta, sin embargo, la pasividad con que el público acoge todo

suceso nacional que no afecte directamente a su interés inmediato. Ignora ese público indiferente hasta qué punto el interés personal de cada chileno está ligado a la suerte del país. No ha comprendido el hombre de la calle, el hombre de trabajo, que el desgobierno e inmoralidad reinantes continuarán mientras los pasivos e indiferentes no sientan en carne viva la profunda necesidad de existencia de esto que llamamos Chile. Cuando esto suceda, por mero instinto de conservación, se impondrá sin dilaciones un gobierno nacionalista recto y clarividente.

CHILE, PROBLEMA DE JUVENTUD (1947)

Chile tiene la facilidad más pasmosa para estar indefinidamente en equilibrio inestable. Se evitan los extremos, el caos y la sangre, pero no se da un paso firme y seguro hacia adelante. Los males nacionales se hacen crónicos y subterráneos; el estado de cosas que los origina se mantiene por obra de la inercia. Hay calma exterior, pero esta calma significa inanición espiritual, falta de ambición colectiva y está lejos de prometer buen futuro.

El paso adelante, la conquista de una nueva existencia nacional con solidez y perspectiva tiene que ser obra de la juventud de Chile. Pero hasta ahora nuestra juventud se rebela incapaz de constituirse en generación, en el sentido espiritual de la palabra, es decir, en poseedora de una nueva imagen del país y su destino. Todas las "revoluciones" en que ella se embarca no son sino consecuencia de añejos principios, y de hecho implican aceptación sumisa de conceptos en boga, adhesión a lo establecido en política y en sociología.

Las juventudes de izquierda viven de lo pensado por la generación del año 20, único momento en que la juventud tuvo su voz. Conquistado políticamente el país, son funcionarios resignados o aspirantes nerviosos a fun-

cionarios. No tienen nada que decir. Su última palabra es, a lo más, un acto de fe en la secta moscovita, en la masonería, o un regreso a las prudencias derechistas. El "programa" de la izquierda no existe: ése es el principal argumento contra la izquierda.

El resto de la juventud vive ensayando revoluciones que resultan a la postre puro verbalismo. La Falange es el más claro ejemplo: comenzó siendo derecha; hoy es izquierda; ningún nuevo estilo político, ninguna transformación profunda ha propuesto al país. En el Partido Conservador soplan ahora vientos revolucionarios y se oyen iguales ataques a la derecha. Esto es signo de cansancio con la mezquindad de los viejos partidos, pero no es una posición renovadora. El delirio verbal, junto a la aceptación del orden actual de cosas y de todos los slogans políticos vigentes, es el triste comienzo de fracasos anteriores, es el camino hacia una izquierda que se ha demostrado incapaz de dar solución al problema político en la forma que lo requiere el presente de Chile.

Es urgente, sin embargo, la palabra de la juventud. No es posible que el único ideal político sea la consecución de un orden público que asegure buenas y sólidas utilidades al capital. No puede invocarse a la patria y a la civilización para decir eso en el fondo. Este es el peor ataque a esos valores, es dar la razón al marxismo que ve en ellos una ideología de clase.

Tiene que despertar en la juventud una combativa conciencia nacional, dispuesta no sólo a llevar gente limpia a los puestos directivos y a impedir la indisciplina en el trabajo, sino dispuesta a transformar las bases políticas y sociales de nuestra existencia. Para ello hay que arrancar la ideología siglo XIX de los Derechos del Hombre, de la soberanía del pueblo, del sufragio universal y del progreso indefinido; crear una autoridad no sometida a las veleidades partidistas, una estructura social jerárquica, que represente al país que trabaja; una educación, un estilo de vida, una conducta que nos dé el sentido de co-

munidad nacional y una valorización del rol propio de Chile en el mundo.

La patria aguarda a las juventudes capaces de militar lealmente bajo sus banderas. Aguarda una revolución sin estruendo que dé a los chilenos la conciencia de haber nacido para algo.

SIN CENTRO DE GRAVEDAD (1947)

Hay revoluciones históricamente justificadas porque, tras grandes derrumbamientos, conducen a los pueblos a nuevas formas de vida. Es que han sido utilizadas por verdaderos políticos, capaces de torcer el curso de los acontecimientos y tornar positivas las destrucciones. La revolución —pura destrucción en sí misma— sólo se justifica a posteriori por la labor constructiva y ordenada que la sucede. Fue el caso de un Portales, que detuvo la ola libertaria de la Independencia y aprovechó los elementos desencadenados por ésta para construir un ordenamiento político estable. Nuestro país vive ahora una revolución, o mejor dicho, sufre las consecuencias de una ya producida, cual es el derrocamiento del patriciado santiaguino como fuerza política y económica y preponderante. Sin sangre ni trincheras, esa revolución es un hecho. En efecto, a pesar de que no ha pasado una generación, nadie reconocería en nuestro ambiente actual el Chile de don Ramón Barros Luco o de don Juan Luis Sanfuentes: elementos sociales nuevos en primer plano, desplazamientos de fortunas, nueva orientación en las actividades económicas, realidad sindical, quiebra de las fórmulas y cuadros políticos anteriores, etc. La aparición del señor Alessandri en la escena política marca el comienzo de esta etapa revolucionaria. El señor Alessandri fue la ocasión, el conjurador, que, como el aprendiz de brujo de la leyenda —aunque con más suerte personal que éste—, le-

vantó fuerzas desconocidas, sin lograr después dominarlas ni dirigirlas. La revolución se puso en marcha ciega y fatal, impuesta desde fuera por la evolución general del mundo y desde dentro por el crecimiento del propio país, hasta llegar a los momentos actuales.

Ahora bien, la pura revolución, el simple rompimiento con antiguos moldes de vida no es de suyo un progreso, sino, al contrario, es un puzzle, es el planteamiento de un nuevo problema cuya solución no está en los hechos mismos sino en la cabeza que se atreva a entenderlos y reajustarlos. Nadie puede quejarse de que esta revolución se haya operado, lo que equivaldría a quejarse del siglo XX. Lo triste es que en este período revolucionario hayan actuado y actúen políticos menores, más arrastrados por los sucesos que con capacidad de dirigirlos. No queremos decir que nuestras altas figuras políticas actuales carezcan de capacidades, sino que las circunstancias han superado tales capacidades, ya que exigían por lo menos un hombre de talla francamente superior.

Esta revolución no ha sido utilizada creadoramente por nadie. La caída del patriciado es un hecho al cual se someten nuestros políticos, con oportunismo personal, pero no con miras a establecer nuestra vida pública sobre bases reales. El centro político del país se traslada a la izquierda, y la combinación llamada derecha es repudiada por todos sus componentes. En el seno mismo de los partidos tradicionales ha entrado esta revolución. El remozamiento de estos partidos se hace bajo el signo de sumisión al carácter destructor de este período, pero en ninguna parte se alza una fuerza política constructiva que, libre de la ola demagógica, recoja los grupos sociales aprovechables para hacer frente al desarrollo del país. En cada momento, hay ciertos estratos sociales capaces de expresar a la nación. Es preciso adivinar ahora este centro de gravedad para una operación política positiva. Una nueva jerarquía política y social, que asegure la continuidad histórica del país, es la más urgente necesidad actual.

Si este país es algo más que una masa de seres con

funciones simplemente vegetativas: las de comer y reproducirse, es evidente que tiene un quehacer histórico por delante, o sea un cierto ideal de vida humana que debe realizar a través de la continuidad de su existencia. Pues bien, esta tarea histórica no brota de lo puramente espontáneo, sino que es una construcción, una labor arquitectónica, hecha con el material de lo espontáneo. Lo espontáneo en la sociedad moderna es la masa, la agrupación inorgánica de individuos. La masa es de suyo informe e inconstante; ella no hace la Historia; hay que hacerla con ella; es la materia que espera sello y figura. Un Estado que resulta de la masa, y que ella sola engendra o destruye, está radicalmente incapacitado para una labor constructiva, es un Estado inútil, inexistente.

La democratización a que asistimos en Chile representa la posibilidad de incorporar a la patria y a sus beneficios económicos y morales, a enormes sectores de la población que antes estaban prácticamente al margen de ellos, pero esta oportunidad está frustrándose porque no existe un grupo social dirigente que sea como el reflejo de las inquietudes actuales del pueblo y que las entronque con la tradición nacional. Este grupo no sólo debe existir, sino ser capaz de despertar confianza y respeto en las masas y poseer los medios legales de imponerse a ella. El tiene que ser la primera piedra de una construcción orgánica y jerárquica de nuestra sociedad. Sin este grupo y su tarea estabilizadora y constructiva, la democratización significa el triunfo de la masa, esto es, de lo inerte y espontáneo, de lo vegetativo, en una palabra: la muerte histórica de nuestro pueblo.

Cuando la sociedad no se estructura jerárquicamente, hay sólo dos maneras de conducir a la masa: el cohecho y la demagogia. El poder del dinero y el poder de la audacia verbalista son los dos resortes que mueven al pueblo. Estos amos únicos del horizonte político implantan la tiranía de pandillas sin escrúpulos que, hablando a las masas de libertad y reivindicaciones sociales, debilitan la libertad y el poder real de cada ciudadano, que sabotean

el trabajo nacional y, en consecuencia, la grandeza de la patria. Y patria débil y dividida, significa esclavitud de sus habitantes. Nuestra postración actual no es sino la resultante del triunfo de las masas y de sus dueños: el dinero y la demagogia.

Por eso nuestros políticos cumplen ahora sólo los viejos y vergonzosos objetivos de pan y circo.

DESCENTRALIZACION ADMINISTRATIVA (1948)

Un tema que viene debatiéndose desde los tiempos del Presidente Balmaceda, sin haber encontrado hasta el presente ni siquiera un principio de realización, es el de la descentralización administrativa.

Se trata en verdad de una aspiración que cuenta con rara unanimidad en el país. Todos los partidos la contemplan en sus programas, y nuestros políticos la emplean como uno de sus mejores caballos de batalla en vísperas de elección. Sin embargo, y no obstante lo mucho que se ha hablado, escrito y aun legislado sobre el particular, la descentralización administrativa es uno de los tantos problemas nacionales que han pasado a la categoría de insolubles.

Para ser francos, debemos declarar que han sido y son las provincias tal vez el más grave escollo para transformar en realidad esta aspiración, unánime como pocas. La descentralización administrativa sólo será posible a base de la reducción del número de provincias, y por ende, de las ciudades capitales. En vez de las veinticinco provincias existentes, escasas de recursos naturales y de población, habría necesidad de concentrar la división administrativa en no más de ocho a diez grandes territorios, presididos cada uno por una gran ciudad cabecera. Pero es aquí donde se revela el amor propio provinciano, pues ninguna de las actuales ciudades cabeceras de pro-

vincias está dispuesta a aceptar una reagrupación provincial en que esa ciudad quedara por debajo de otra que hoy es su igual en jerarquía.

Lo cierto es, empero, que nuestras ciudades capitales de provincia, con muy contadas excepciones, llevan una vida lánguida y rutinaria. La mayoría de ellas carecen de los servicios más esenciales; sus actividades industriales y comerciales están estagnadas; su actividad cultural es nula o poco menos, y su progreso material es insignificante. En suma, no tienen de capitales más que el nombre. Y aun cuando en una reagrupación como la propuesta estas ciudades no quedaran como cabeceras de las nuevas provincias, ellas ganarían enormemente en importancia, por cuanto dejarían de ser los apéndices remotos y olvidados de la urbe santiaguina, para transformarse en efectivos núcleos de actividad de una gran zona del país, directa e inmediatamente ligadas al poderoso foco de irradiación de riqueza espiritual y material que sería la capital de esa zona.

La mayoría de nuestros políticos, cada vez que hablan de descentralización, abogan por la constitución de las Asambleas Provinciales consultadas en la Constitución Política. Nosotros, por el contrario, consideramos que dicho mandato constitucional debería ser derogado, porque, de cumplirse, se habría dado definitivamente un golpe de muerte a la descentralización administrativa. Lo único que se descentralizaría con la creación de esas Asambleas sería la politiquería. Las provincias continuarían languideciendo como hoy, con la sola diferencia de que en cada una de ellas funcionaría un pequeño Congreso, en torno al cual las rencillas, rivalidades y pasiones de la política lugareña alcanzarían proporciones horribles.

La única forma seria de descentralizar nuestra administración pública consiste en dar vida propia a vastas regiones del territorio unidas por un mismo nexo geográfico y económico. En vez del actual semillero de ciudades, de menos que mediana categoría, que ostentan pomposamente el nombre de capitales de provincia, pero que dependen de Santiago hasta para sus menores necesidades, deben crearse unas pocas grandes ciudades cabeceras, hacia las cuales converjan todas las actividades de la respectiva zona o región. Así Chile dejaría de ser el cuerpo raquítico con cabeza monstruosa que es hoy, para transformarse en un organismo nacional de vitalidad uniforme, en el que cada gran región disfrutaría de autonomía administrativa y dispondría de toda clase de recursos y servicios para el desarrollo de sus máximas posibilidades culturales y de progreso material.

NUESTRO INDIVIDUALISMO (1948)

¡Cuántas veces vemos en la vía pública un animal muerto que nadie es capaz de recoger! Ningún vecino, ni por propia comodidad, acude a solucionar este molesto problema común. Es que la ausencia de espíritu público, de solidaridad colectiva, se ha convertido en un sello de nuestro carácter.

El individualismo chileno, que bien manejado es raíz de muchas buenas cosas, se convierte a menudo en soledad y aislamiento. Entre nosotros, hay muchos hablantines, pero pocos conversadores. El diálogo, la comunicación personal nos son casi desconocidos. Cada ciudadano habla de sus cosas y atormenta muchas veces al vecino con su disco, pero no sabe escuchar. Los agricultores hablan de trigo y de ganado. Los intelectuales hablan de libros. Pero es difícil encontrar verdaderos y encendidos denominadores comunes entre dos personas de distinto círculo y oficio.

Lo que sucede con las personas sucede también con las entidades colectivas. Los clubes, las tiendas políticas, los sectores de opinión, las clases sociales tienen fronteras cerradas y casi agresivas. Es difícil, por ejemplo, que un grupo o un personaje que ha sido marcado por una eti-

queta política o ideológica la pierda alguna vez. La gente lo escucha sólo en una ocasión y allí juzga. Si lo que ha escuchado coincide con sus prejuicios, se incorpora al grupo o al personaje. En caso contrario lo repudia para siempre. Por eso se da la paradoja de que en Chile, donde la gente es tan amable y tranquila, es muy difícil hacerse oír colectivamente. De pronto se yerguen las fronteras y hasta las trincheras, y el hombre y el grupo que querían hablar a un auditorio amplio y variado se encuentran fichados y clasificados y con unos seguidores uniformes, que estaban de antemano convencidos. La persuasión colectiva, como el trabajo colectivo, constituyen en Chile verdaderas proezas.

Este individualismo nuestro puede hacer ahora mucho daño. El sentimiento anticomunista ligó a una gran masa de gente, pero hoy día, desaparecido el comunismo como peligro individual, desaparecido el temor de quedar sin luz, sin gas, en nuestras casas vuelven la siesta y la despreocupación. La consigna de la sindicalización campesina, por ejemplo, despertó alguna inquietud por la situación económica y social de los campos. Obtenida una ley, que amarra provisoriamente la acción sindical, y ante el silencio de la propaganda marxista sobre el punto, nadie se preocupa de elevar las muy inferiores condiciones de vida de las masas campesinas, que constituyen una poderosa bomba revolucionaria para el futuro.

Hay que abordar el problema social a fondo. Hay que abordarlo sin espíritu de clase o trinchera política, sino con espíritu de solidaridad colectiva, pensando en los sagrados y permanentes intereses de Chile. Hay que abordarlo ahora, con serenidad, sin demagogia y con finalidades de largo alcance. Como el animal muerto en la vía pública que apesta al vecindario, el problema social —uno de tantos— espera la obra del desinterés y del amor colectivo.

Pero no sólo hay un problema social urgente. Hay también el problema de la existencia colectiva, de la existencia nuestra como pueblo, como gente intercomunicada,

en diálogo, en comercio constante, con una finalidad común. Los chilenos tenemos que unirnos en el sentimiento de Chile, no sólo frente al peligro individual e inmediato. Habrían de preocuparse los hombres de trabajo del ritmo de la educación universitaria y las clases elevadas, de la cultura y del poder de consumo del pueblo. Es preciso comprender que los problemas de Chile nos son efectivamente comunes y que para resolverlos hay que contar con una mínima solidaridad.

El problema de Chile —como el animal muerto— nos afecta a todos, aunque momentáneamente nos tapemos las narices.

El desdeñoso encogerse de hombros es un crimen, precisamente ahora, cuando deberíamos comenzar la gran tarea de crearnos un futuro.

EL LEGADO DE PORTALES (1949)

Portales nos legó su ejemplo y su obra. La nueva generación —de las tradiciones nacionales— ha de asumir la misión que tiene frente al destino de la patria, más que nunca cuando ésta —como en la época del gran Ministro— parece zozobrar en la historia en manos de los mercaderes de la política y por culpa —u omisión, que lo mismo da— de quienes deben realizar la gran política, la única digna de servir a Chile.

"La historia se repite." No otra cosa puede pensarse cuando observamos —haciendo salvedad de época— la profunda analogía del proceso de desintegración que vivió la patria en el tiempo de Portales y del que somos testigos. Ayer y hoy, la nacionalidad se funda en la mediocridad; el espíritu patrio se pierde ante afanes ambiciosos y egoístas; las virtudes cívicas son suplantadas por el concubinato partidista, y todo lo corrompido y deleznable

emerge incontenible, amenazando desplazar —para destruir, en definitiva— todos nuestros valores.

Visión apocalíptica la que presenciamos, pero real y cierta. Portales también la tuvo y su ejemplo y su obra han de ser su legado: nuestro legado.

La política es quehacer histórico. Es la primera verdad que nos trae el legado. No permitamos, por tanto, que la hagan espíritus mediocres o manos sucias; o no nos quejemos después llorando como el rey moro de Granada. La indiferencia es culpable. La "torre de marfil" no es actitud digna ni noble cuando la patria zozobra.

Actuemos, entonces. Con virilidad, con estoicidad, si es necesario, como lo exige la causa grande que es la patria, como lo siente el hombre que se entrega al ideal. ¡Actuemos!

Nuestro principio de unidad y acción es Chile. Tengamos en ésta la segunda verdad del legado. Para hacerla realidad es deber y condición el organizarse y participar activamente en la vida política. Definamos, pues, nuestra acción; fijemos, luego, la tarea.

Ciento y tantos años nos alejan de la solución del Primer Ministro, pero los mismos problemas, el destino de Chile, nos acerca en un común quehacer político.

Afirmemos, nosotros, la verdad de esta hora. Busquemos en lo político el robustecimiento del Estado, integrándolo con las fuerzas vivas de la nación; transformando el actual sistema inorgánico en una auténtica democracia, de carácter funcional, y posibilitemos la realización plena del hombre en lo político, en lo social y en lo económico, y para sanear, delimitemos la acción partidista al campo que exclusivamente le corresponde.

Proclamemos que la actividad económica es una función social y que debe estar al servicio de la comunidad, rechazando —por anacrónico e injusto— el concepto del lucro como su finalidad. La producción y el consumo, y los elementos que los posibilitan, deben estar coordinados y jerarquizados. El trabajo es el creador de la riqueza; el capital y la máquina son auxiliares. Reconozcámosle al

primero derecho preferente en el producto de su esfuerzo; a los segundos, lo que en justicia —como medios— les corresponde.

La vida de la nación —declaremos en lo social— se levanta sobre la solidaridad y armonía de las diferentes categorías que la forman. La lucha de clases constituye un atentado contra la nación y, al repudiarla, afirmamos el deber de eliminar las causas que la originan.

LAS LECCIONES ENSEÑAN (1949)

Buscaron convertirse en un oasis y formar una reserva de esperanzas. Oprimidos por la atmósfera de desintegración que ya se respiraba, pretendían purificar el ambiente, volver por los fueros de la austeridad y de la moralidad que en el pasado habían hecho grande a Chile.

A sus otros enemigos, a los extremistas del bando opuesto, los combatieron con sus mismos métodos. Salieron a disputarles la calle frente a frente, cara a cara. Muchos quedaron en el camino, pero su sangre era savia que daba nuevas fuerzas y abría nuevas esperanzas.

Nadie podrá discutirle a esa juventud la pureza de sus intenciones, ni su acendrado patriotismo, ni su desinterés a toda prueba. Erraron en su concepción y tal vez en sus métodos. Pero fueron fruto de una época. Y dentro de la acelerada evolución que vivimos, siempre en búsqueda del régimen ideal, asirse a un sistema que se cree salvador, más que un pecado es una equivocación, cuando no son los personales apetitos el norte que los guía, sino un auténtico anhelo de renovación y de rectificación.

Y la prueba más evidente es que aquella juventud que se forjó en esa escuela de lucha y de sacrificio conserva todavía su sello característico. Porque las doctrinas políticas y el sistema pueden abandonarse, dejarse al pasado, pero las bases de una sólida formación —valiente, de-

sinteresada y patriota— persisten sea cual fuere el campo en que se entra a militar.

El sacrificio último que se exigió a esta muchachada lo ofrendó gustosa en aras de un Chile mejor. Pero fue extremo, sin paralelo en nuestras páginas, desproporcionado. Es que en esa época los dueños del poder exageraron su prepotencia para escarmiento ejemplarizador, seguros de perpetuarse en él. Pero a la reacción violenta, surgió otra pasiva, incapaz de contrarrestarse.

Esta es la lección que cada día se necesita recordar. Nunca la represión será capaz de imponerse sobre los espíritus. Podrá desarmar un momento, pero no podrá destruir el convencimiento adquirido, el sentido hondo, al que la fuerza no alcanza ni siquiera a rozar.

Todavía más —los ejemplos podrían repetirse—, el uso de la fuerza, de la represión, precipita muchas veces las reacciones, las canaliza, las convierte en acción.

Si en aquella aventura de sangre del 5 de septiembre de 1938, que manchó nuestra historia, terminó ese movimiento juvenil, una nueva etapa surgió desde entonces.

También ahora es preciso emprender nuevos rumbos. En nuestro progreso político no hace falta ya el sacrificio de vidas mozas, las lecciones enseñan.

HACIA UN NUEVO ESTILO (1950)

Más que en las formas externas, el mal que postra a Chile reside en la matriz inspiradora de los actos de los dirigentes políticos, de los rectores de la vida económica, y de los hombres de trabajo en general.

Sucede ocasionalmente que se toman medidas acertadas, lagunas en un mar de errores, que jamás logran dar los frutos que sus impulsores esperaban. Otras veces es el nombre de un determinado dirigente, llámese ministro, comisario, gerente, rector gremial, el que hace abrigar esperanzas en un reencauzamiento de las actividades entregadas a su custodia. Pero el desarrollo y desenlace del proceso es siempre el mismo: iniciación promisoria y fracaso final.

¿Qué mala estrella persigue a nuestra patria para que sobrevenga este acontecer?

La respuesta está en nuestros hombres, y dentro de ellos, en el enfoque que de los problemas hacen, en el ángulo desde el cual aprecian la situación, que no es otro que el más encerrado egoísmo y la ausencia de contenido social que imponen a su misión. Sobre la premisa individualista y liberticida del "yo primero y del resto los demás", se dirige y se labora desde hace largos años en nuestra tierra, justamente desde que la era portaliana cerró su capítulo trágicamente con Balmaceda.

Los socorridos e imponderables postulados de la Revolución Francesa: Libertad, Igualdad y Fraternidad, que si bien pudieron ser acertados como crítica a una época histórica, han conducido, sin embargo, a la Humanidad, y en nuestro caso a Chile, al establecimiento de un régimen liberal-individualista que sólo protege al más rico y al más fuerte, entregando a su propia suerte y al desamparo a los sectores menos pudientes de la sociedad, sean éstos obreros, empleados, pequeños propietarios, artesanos, comerciantes e industriales de pequeño capital, en fin, a la inmensa mayoría de la colectividad.

Y la razón es evidente. Sin otro tope que no dañar visiblemente al vecino, el apetito egolátrico de los hombres se ha entronizado en todas las funciones, con absoluto olvido de que el ser humano, antes que un "ente gastronómico", es una contextura espiritual con una misión que cumplir en lo social, en lo político, en lo laborante y, por encima de todo, en lo anímico. Con aquel criterio la vida se ha transformado en una carrera contra el tiempo para amontonar riquezas, arrinconando en la práctica los objetivos esenciales señalados.

Tal como afirmaba con genial claridad José Antonio

Primo de Rivera, el único postulado que a la postre prevalece dentro del régimen individualista es "el sagrado derecho a morirse de hambre".

Como reacción a ese estado de cosas nació la solución marxista, que en el plano económico-social postula el extremo opuesto de lo existente, vale decir, la dictadura del proletariado. En ella se empapa la doctrina de muchos partidos políticos chilenos, desde el Radical hasta el Comunista, partidos que en los últimos años han tenido en sus manos la conducción de los destinos políticos del país, acerca de cuya gestión la Historia dirá su palabra serena, limitándonos por ahora a sufrir sus consecuencias.

En este medio renació el espíriu estanquero hace más de tres años, con un objetivo que entonces fue considerado primordialmente negativo, cual fue combatir el comunismo, que llegaba con tremenda autoridad y energía al Gobierno del Estado. Tuvimos por esta razón serias críticas en el sentido de que sólo nos dedicábamos a hacer una labor destructiva, sin aportar soluciones a los males que íbamos señalando. Pero, a medida que nuestra misión principal se cumplía, aunque sólo fuera en el plano político, empezamos a afirmar con insistencia ciertos postulados que juzgábamos básicos para lograr instaurar en nuestra patria una nueva concepción del Estado, del gobierno, de la política y de la vida en sociedad.

Inspirados en el ideario político de Portales, cuyas fuentes de origen tienen una permanencia histórica indiscutible, no hemos dejado de propalar que la única manera de recuperar para nosotros, dentro y fuera del país, el prestigio y la ordenación social que nos hicieran grandes, es reinstaurando los conceptos de Trabajo, Jerarquía, Solidaridad Social, Responsabilidad, Disciplina, Moralidad, Servicio, Justicia en todos los planos de la actividad humana que conducirán forzadamente a las futuras generaciones de chilenos a la estructuración de un nuevo estilo de vida que, nutriendo sus orígenes en nuestra Historia, haga frente al porvenir apertrechado en una coraza para

defenderse del liberalismo y del marxismo y que, con mente clara y puño firme, implante su nuevo estilo en esta tierra sedienta de destino.

LA GRAN INTERROGANTE (1950)

Hay en la vida de los pueblos y de las naciones momentos históricos. Momentos en los cuales todo puede cambiar, en los cuales se abre ante la voluntad de destino patrio la senda de la grandeza o la senda de la más horrible tragedia. Existen horas, en el vivir de los países, en que un paso falso puede perderlo todo, y un paso afortunado puede llevar todo a la salvación.

Cuando un país tiene su destino histórico perfectamente definido, y sus conductores, haciéndose eco más que de la tornadiza voluntad popular de la misión que le fija la esencia de su patria, guían a su país en busca de ese destino, entonces los momentos cruciales de las naciones no son difíciles de conocer, y no reviste problema para los gobernantes aprovecharlos para bien de la comunidad y gloria de su servicio.

Pero Chile, desde cien años a esta parte, no ha hecho otra cosa que torcer su destino histórico, que desconocerse a sí mismo, que buscar mil soluciones sin encontrar la propia. Por eso, si revisamos nuestro extraño pasado, veremos que nuestros gobernantes —salvo un Portales, un Manuel Montt, un Balmaceda— jamás intentaron auscultar la misión de Chile en lo universal, la proyección de la patria en lo futuro, y sólo se contentaron con poner su oído —un oído terriblemente responsable— a las rajaduras de las urnas, al número de votos, a los estados de ánimo parlamentarios.

¡No se entiende así el destino histórico de Chile!

Y nuestra misión, una misión estrictamente de afirmación chilena, pero con destino rector en Iberoamérica,

ha deambulado tras los oropeles carnavalescos de una democracia afrancesada, tras los falsos visos revolucionarios de un socialismo cómodo y burocrático y ahora último, para vergüenza de nuestra posteridad, tras las hoces y los martillos de una secta internacional antichilena.

Pero no es tarde.

Y creemos sin temor a equivocarnos que Chile está viviendo en estos momentos horas históricas. Nunca, como antes, tal vez, el pueblo espera, agotada ya su paciencia, de sus políticos.

Nunca, como antes, el desorientado sentir nacional ansía los rumbos y los caminos en busca de nuestro verdadero destino como nación.

Según todas las apariencias, una vanguardia de gente renovada, sana y patriota, proporcionará oxígeno a un régimen que tambalea bajo el peso de su propia irresponsabilidad y de su inepcia sectaria. ¿Será capaz esa vanguardia de sobreponerse, de una vez por todas, a tanta podredumbre y encauzar a la patria por su auténtico destino?

He aquí la gran interrogante.

El pensamiento nacionalista de Jorge Prat ha quedado definido por él mismo. Los párrafos que acabamos de leer parecieran haber sido escritos sólo ayer, y el Chile de hoy y sus nuevos gobernantes deberán tomarlos en cuenta para asentar sobre roca firme su creación que — como lo han manifestado— será la continuación modernizada de la obra del gran Ministro.

El legado de Jorge Prat, al igual que el de Portales, constituye una herencia que tanto la juventud chilena como los soldados que han tomado en sus manos la suerte de la patria, deberán tener en cuenta para que "la vanguardia de gente renovada, sana y patriota"... "sea capaz de sobreponerse, de una vez por todas, a tanta podredumbre y encauzar a la patria por su auténtico destino".

A nuestra generación le tocará despejar la gran incógnita.

Arturo Fontaine A.

IDEAS NACIONALISTAS CHILENAS

ARTURO FONTAINE A.

Abogado y periodista. Fue profesor de la Escuela de Derecho de la Universidad Católica de Chile y Subsecretario de Hacienda. Subdirector de *El Mercurio* de Santiago. Premio SIP-Mergenthaler de periodismo.

El nacionalismo presenta diversos significados, como todas o casi todas las expresiones de conceptos políticos. Derecho, soberanía, libertad, solidaridad, democracia, legalidad y otros términos como éstos admiten diversos sentidos, lo que es causa de no pocas disputas. En política es frecuente que enemigos irreconciliables combatan entre sí, llevando cada uno de ellos como lema una misma palabra.

Las "democracias" populares instaladas ferozmente por Stalin en la Unión Soviética y en las naciones satélites de Europa Oriental difieren fundamentalmente de la democracia que hemos vivido en Chile. La "legalidad" socialista es algo muy distinto a los sistemas jurídicos respetuosos de la persona humana y de sus derechos inalienables. La "solidaridad" revolucionaria de la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) y de otras organizaciones similares es una palabra que oculta el entendimiento internacional entre grupos subversivos. La "libertad" de los pueblos o su liberación del yugo imperialista coincide generalmente con la peor esclavitud económica y política respecto del bloque comunista. "Soberanía" es lo que simula tener Cuba, en circunstancias de que todo el mundo está impuesto de la total dependencia cubana de la Unión Soviética.

Se han dado estos ejemplos sólo para indicar que los conceptos políticos admiten en el lenguaje contemporáneo sentidos diversos y que es preciso mirar con extremo cuidado el uso que se hace de tales conceptos. ¡Cuidado con los humanismos, democracias, liberaciones, solidaridades, cuando cada cual entiende estas palabras de distinto modo y cuando hay intención definida, por parte de ciertos sectores, de aprovecharse del equívoco!

Si la democracia admitiera un solo sentido, no habría sido posible el régimen de Allende. El crecimiento del marxismo-leninismo dentro de un régimen político que le es de suyo incompatible, se explica porque durante años se cultivó y amparó en Chile una concepción fundada en que la democracia era un denominador común que cobijó a conservadores, comunistas, democratacristianos, radicales, liberales, socialistas y a cuanto grupo decía aceptar formalmente —algunas veces, de los dientes para fuera— las reglas del juego electoral-parlamentario.

La multiplicidad de significados que pueden reconocerse en las expresiones "nacionalismo" y "nacionalistas" permite que ellas sean empleadas —como tantas otras— por los aficionados a robar banderas ajenas y a emplear con fines torcidos el resplandor de auténticos valores.

En lo que sigue trataremos de precisar lo que entendemos por "ideas nacionalistas chilenas", procurando sacar este patrimonio —modesto pero valioso e irreemplazable— del confuso inventario de las nociones políticas.

DIMENSION NACIONAL

Las aristocracias europeas tradicionales no fueron nacionalistas. El aristócrata se adhiere al sitio en que nació, a la aldea familiar, al paisaje que rodea la heredad paterna y, desde ese localismo, se remonta a las hazañas espirituales y políticas en que estuvieron comprometidos

sus antepasados o que sirven de justificación a su rey, o que dan marco teológico a los símbolos de su emperador.

El antiguo aristócrata no percibía o no necesitaba percibir el sentido de nación.

La concepción nacional, tanto en su sentido abstracto y fervoroso —"¡oh patria querida, qué vidas tan caras...!"— como en su acepción abstracta y general —"la voluntad de la nación"—, surge con el predominio de las burguesías. Los hombres de las ciudades logran más rápido acceso a la idea de nación. De buena gana ellos reemplazan la patria chica del pueblo o de la provincia por las amplias banderas de la patria de todos, y encuentran, en este otro nivel, en esta altura más general, las emociones, los deberes, los recuerdos, los ritos y las glorias.

Decir que la burguesía configura el concepto moderno de nación no equivale a aseverar que esta idea es subproducto del dominio económico y social burgués. Como tantos otros aportes de la burguesía, la idea de nación fue un descubrimiento suyo, pero la realidad era anterior, superior y más durable que su descubridora. Como valor aglutinante y movilizador de las sociedades, la nación ha mostrado ser más honda que la tribu, más durable que la clase y más verdadera que la raza. Los entendimientos supranacionales determinados por la economía y la ciencia contemporáneas se encaminan a trascender la nación, pero difícilmente podrán suprimirla.

Los Estados europeos exaltaron, para constituirse, la idea de nación, pero el contorno político de ésta no siempre coincidió con la realidad histórica subyacente. Se metieron así dos o más naciones dentro de un mismo Estado, quedaron naciones compartidas entre dos Estados, surgieron los problemas de las minorías nacionales y cobraron fuerza las tendencias separatistas o autonomistas.

En todo caso, la nación propiamente tal es no sólo el conjunto de nostalgias, tradiciones y ternuras del paisaje o del dialecto, sino que es todo eso acompañado de la conciencia más o menos clara de que el conjunto tiene

un papel que jugar, papel en que aquellos elementos son empleados en una dimensión universal.

El nacionalismo de que vamos a ocuparnos es el que se relaciona con aquel concepto de nación. Esta aparece, según lo dicho, como vínculo unificador de territorios y sociedades cuyas magnitudes sean correspondientes a una tarea política elevada.

Ni el nacionalismo vasco ni el catalán —para citar sólo dos ejemplos— son, pues, aprovechables para comentar las ideas nacionalistas chilenas, desde que —salvo el forzado nacionalismo araucano que propició a última hora el marxismo como elemento de división de la nacionalidad chilena, en vez de remediar la postergación de los indígenas dentro del marco de nuestra nacionalidad— no hay en este país autonomismos o separatismos con raíces profundas en el pasado o en el idioma.

Si la dimensión nacional eficaz supera a la "nación-provincia" para llegar a ser el sustento del Estado, el nacionalismo supone la existencia de una nación verdadera y no de una ficción elaborada por economistas o sociólogos. De ahí la radical impropiedad de lenguaje que se comete al hablar de "nacionalismo latinoamericano" para referirse a ciertas reivindicaciones económicas comunes a la región "latina" del continente americano. "Latinoamérica" no es una nación, y la circunstancia de que entre los países del área geográfica así llamada haya intereses comunes en un plano muy general, no es suficiente para constituir una realidad nacional profunda ni atenúa los vigorosos rasgos de naciones como México, Brasil, Argentina, Colombia, Perú y las demás que forman parte de la región.

No existe, entonces, rigurosamente hablando, un nacionalismo latinoamericano. La expresión sólo sirve para señalar eufemísticamente la tendencia a una mayor autonomía de las naciones latinoamericanas respecto de los Estados Unidos de América, tendencia que se expresa en políticas nacionalizadoras de empresas extranjeras y en reclamos de mejores términos en el comercio internacio-

nal con las grandes potencias. Pero esta tendencia se quedará en demagogia y en retórica mientras se apoye en naciones debilitadas o inseguras de sus propios objetivos y se contente con satisfacer limitadas aspiraciones partidistas.

LA NACION CHILENA

La teoría, la nomenclatura y la ritualidad nacionales chilenas coincidieron con la difusión de la ideología de la Ilustración y de la Revolución Francesa, lo que hizo aparecer a nuestra República como heredera de dicha revolución, pero la nación chilena existía mucho antes que fuera simbolizada con una bandera, un escudo, una canción nacional y un conjunto de ceremonias patrióticas.

La patria nuestra, desde tiempos remotos, estuvo determinada por la soledad que le impusieron sus barreras naturales del océano, la cordillera, el desierto y los hielos, y por la comunidad humana que moldearon los terremotos, la lejanía, las guerras prolongadas y feroces, el profundo mestizaje en que se abrazaron dos razas.

Chile desciende de un pasado español que se unió al antiguo pretérito de las razas indígenas, constituyendo con ellas no sólo una población, un idioma, una fe, sino también una verdadera cultura, un carácter, un sello propiamente nacional.

La continuidad chilena en el tiempo permite ver cómo los gobiernos republicanos de los decenios no difieren demasiado de las activas administraciones de la corona de España y cómo la fisonomía nacional empezó a plasmarse mucho antes de la Independencia. No hubo antes de ésta un período "colonial". No fuimos nunca factoría. Vivimos un período indiano. Tuvimos la categoría de "reino" y dependimos directamente —no de España— de la corona española.

A los historiadores del siglo XIX se les escapó la continuidad chilena, pero no fue éste el caso de Alberto Edwards Vives ni de Francisco Antonio Encina ni de Jaime Eyzaguirre. Este último, sobre todo, afirmó de modo contundente la continuidad nacional, ahondó en las razones criollas de la Independencia y mostró que las virtudes chilenas tenían nobles y viejas raíces en la cultura occidental a través de España. Esto, que es evidente para los hombres de nuestro siglo, necesitó la labor de los historiadores nombrados. Los de la centuria pasada estaban todavía demasiado comprometidos en la lucha emancipadora y demasiado influidos por el romanticismo político de su tiempo para mirar con la perspectiva suficiente el conjunto de nuestro desarrollo como nación.

La realidad nacional, surgida en la tierra, en el mar, en el cielo de Chile, en los principios y en las costumbres, fue puesta en movimiento por Portales y por Prieto, Bulnes, Montt, Varas, Bello, Egaña, Pérez Rosales y tantos otros ciudadanos ilustres, quienes se inspiraron en la idea de que el país había de encontrar su unidad, su organización y su fuerza en torno a una autoridad firme, impersonal y progresista que asegurara el imperio efectivo de la ley. Factores políticos, económicos y geográficos ayudaron a que esta idea se realizara y que nuestro país viviera tiempos de empuje no superados hasta ahora.

Perdida ya la aceleración del tercer y cuarto decenio del siglo XIX, todavía perdura en la vieja maquinaria la concepción legalista, aunque atrofiada y desviada, así como algo del sentido de autoridad. Fue necesaria la obra demoledora y desmoralizadora de muchos años para tumbar la construcción portaliana, pero ella respondía de tal modo al carácter nacional de antes y después de la Independencia que sus huellas quedaron. Y hoy hacen las veces de aquellas profundas vivencias juveniles que los hombres suelen renegar a lo largo de su vida, pero que siguen imperando —como guías o acusadoras— desde lo íntimo del ser. Esas vivencias resurgen imperativas en los tiempos de recuperación moral. Ello explica que, después

de transcurrida la catástrofe de la administración marxista del depuesto Presidente Allende, catástrofe que parecía el naufragio definitivo del espíritu y de la obra de Portales, sea precisamente ese espíritu el que inspire al Gobierno instaurado por la gesta del 11 de Septiembre de 1973.

Chile no tuvo aristocracia monárquica, pues la alta sociedad criolla preparó o, a lo menos, apoyó tácitamente la Independencia. Tal vez la idea moderna de nación resultó obscura para los viejos pelucones apegados a sus valles y a sus anchas casas solariegas, pero la anarquía que experimentó el país en las aventuras ideológicas pipiolas y en los devaneos caudillistas empujó a aquellos señores a prestar crédito al esquema jurídico-político que interpretaba lo que ellos veían y creían en el fondo de sus almas: que Chile era un ente con personalidad propia y que esperaba sólo la mano del político que lo hiciera avanzar y conquistar.

Un país seguro de su porvenir y capaz de trabajar sin grandes zozobras su presente, no necesita de consignas ni formaciones ideológicas para tener una idea clara de lo que debe hacer. Chile anduvo en el siglo XIX no siempre con acierto, pero sí muy frecuentemente con coraje y con buenos motivos para tomar los rumbos en cada ocasión. En los mejores períodos, bastó la invocación del interés público superior para que las voluntades se aunaran. La patria, el patriotismo, el espíritu de servicio público, la confianza de cobijarse bajo el lema desafiante de "Por la Razón o la Fuerza" hacían innecesario el nacionalismo.

Varias trizaduras, y algo más que trizaduras, recibió Chile en el curso de los años. Tal vez factores invisibles de debilitamiento del empuje nacional se presentaron cuando circunstancias externas ensombrecían la posibilidad de que esta pequeña y lejana nación continuara pretendiendo enseñorearse del Pacífico por la vía del comercio y constituirse en el hogar intelectual de Sudamérica, así como en el emporio situado en el camino entre América del Norte y las naciones atlánticas, lo que ocurría an-

tes de abrirse el canal de Panamá. Muchos creen que la educación extranjerizante minó las energías, que el ficticio bienestar y la transitoria facilidad para importar mercaderías dispensadoras de un vivir placentero de las minorías enriquecidas destruyeron la antigua robustez moral chilena y que, en fin, hubo generaciones que faltaron a la cita con su deber histórico. Tal vez habría que añadir desplazamientos sociales que relevaron en parte a la primera clase política, ingreso de nuevos contingentes a la zona del poder y desnacionalización en la ciencia, en la política y en la economía.

NACIONALISMO

La nación o el sentido nacional no constituyen el nacionalismo. Este nace precisamente cuando los valores nacionales heredados y la realidad patria espontánea se ven en peligro. El nacionalismo es propio de un pueblo sometido a las convulsiones de una sociedad insatisfecha. Insatisfacción generada por la conciencia de la injusticia social en las grandes masas e insatisfacción por la falta de una tarea histórica para el país.

Hay que juntar ambas insatisfacciones, puesto que los nacionalistas atribuyen los desniveles sociales y las tensiones entre las clases a la ausencia de una movilización nacional capaz de imprimir al desarrollo del país la velocidad y la dirección que necesita.

El bienestar de las masas tiene un precio, constituido por el esfuerzo simultáneo de creación y de ahorro que exige el desarrollo económico. Los marxistas creen conseguir esto mediante una "liberación nacional" que ponga término a la explotación de la clase burguesa y a la alienación de los explotados, a través de la dictadura del proletariado con su partido de vanguardia a la cabeza. En ese esquema funcionan el "nacionalismo" y el "patriotis-

mo" de los marxistas, es decir, a base de una patria escindida en clases enemigas y cuya unidad está señalada por la dictadura final de una clase. Desde esta concepción reivindican objetivos nacionales y toman banderas patrióticas.

Los nacionalistas tienen otro concepto de la "liberación nacional". Creen que la nación es más durable históricamente que la clase e invocan la experiencia mundial para mostrar que las dictaduras de clase se impusieron en revoluciones sangrientas, después de haber desgarrado la unidad de los pueblos, para llegar a nuevas estructuras de clase que —bajo denominaciones marxistas e internacionalistas— traducen un nacionalismo agresivo y ambicioso, mejor dicho un chauvinismo frenético, porque sus sostenedores están desvinculados de las raíces de la historia patria y amarrados a sus prejuicios y resentimientos de grupo.

El nacionalismo es más una actitud que una doctrina. Se inspira en la confianza fundamental en las virtualidades de la nación y por tanto tiene fe en que el desarrollo puede lograrse a menor costo y plenamente si todos los elementos sociales, si las capacidades humanas sin excepciones, si los valores heredados y los recientes, se movilizan tras las metas nacionales.

El nacionalismo no es "desarrollista", en el sentido de que adapte sus pensamientos y estrategias al solo propósito del desarrollo. En cuanto a este último, es un postulado de la justicia al mismo tiempo que un imperativo de la existencia del país, y habrá de constituir una finalidad; pero nada está más lejos de los nacionalistas que imaginar un solo modelo de expansión nacional o un paquete uniforme de conquistas materiales a tantos dólares per cápita, como escalas obligadas del crecimiento nacional.

El progreso material, el bienestar, la justicia distributiva son altos fines cuyo cimiento se encuentra en la capacidad de la nación. El nacionalismo postula por eso, necesariamente, un robustecimiento de la soberanía, el

manejo sin trabas de las riquezas del país y el pleno desenvolvimiento de la personalidad nacional.

El nacionalismo es también un regreso a las tradiciones más válidas, pero es un regreso consciente a ellas. Se aparta en esto del tradicionalismo puro. Los nacionalistas a menudo vienen de vuelta de experiencias marxistas o liberales y proceden entonces a una retoma de posición, a una revisión de conceptos sobre su país, en la cual el pasado, el presente y el futuro se miran en una perspectiva que va más allá de las nostalgias, de los abolengos y de las conmemoraciones.

Aparte de insistir en que el nacionalismo afirma y defiende a la globalidad de la nación y que es por tanto fundamentalmente anticlasista, debe agregarse que se trata de una creatura política del siglo XX. Los nacionalismos del siglo pasado, el de los carbonarios y otros, responden a un momento histórico agotado con ellos. Sólo en este siglo ocurren las grandes congojas nacionales, las generalizadas insatisfacciones de masas que han adquirido conciencia de su poder y derechos, y, por último, las violentas rebeldías de pueblos que quieren liberarse de tutelas extrañas y asumir tareas propias en el concierto internacional.

NACIONALISMO CHILENO

Para dar por existente el nacionalismo chileno debe cumplirse una condición. Debe haber una conciencia chilena. Es preciso que no sólo tenga existencia histórica la nación, sino también que sus habitantes se acostumbren a vivir con cargo a su propios bolsillos y no de la caridad internacional; se convenzan de que sus conocimientos han de cimentarse en una investigación propia —del tamaño que sea, pero propia—; sepan que sus hábitos y la solución de sus problemas surgen de su propia convivencia

interna y no de lo que miran hacer en el exterior; aprendan que sus juicios acerca de sí mismos y del país tienen que ser originarios de Chile y no copiados de los *best sellers* sociológicos internacionales. Conciencia chilena es aprehensión de la individualidad de Chile, de la continuidad de nuestra historia y de la vocación de nuestro pueblo. En fin, sería largo enumerar todo lo que significa una conciencia chilena, que puede estar todo lo abierta que se quiera y a la cual le está prohibido enclaustrarse en provincianismos o araucanismos o indigenismos limitantes, pero que se comunica con lo universal en la medida en que permanece fiel a la esencia de la nación y a los contenidos que la singularizan.

Aun antes que empezara a madurar el nacionalismo propiamente tal, grupos estudiantiles y obreros, siguiendo a un líder desencontrado con el carácter chileno, pero inflamado de coraje y lleno de rectitud —Jorge González von Marees—, vivieron la dramática aventura del nacismo criollo, que vino a desembocar en la tragedia del edificio del Seguro Obrero en 1938, suceso que a la vez precipitó la victoria del Frente Popular con don Pedro Aguirre Cerda. Muchos de los antiguos nacistas volvieron a sus casas, ingresaron al Partido Liberal o adhirieron a diversos movimientos de izquierda.

La insuficiente penetración con la realidad chilena, la imitación en lo formal de modelos importados (el alemán y el italiano), las tendencias dictatoriales y personalistas, y la imprudente conducción política llevaron al fracaso a aquel movimiento que, en su formación, reunió al más selecto grupo juvenil de ese tiempo. Son innumerables las personalidades que después han figurado con brillo en las más diversas actividades nacionales y que en sus años mozos vistieron la camisa parda como militantes de un partido que tan ajeno parece hoy a los hábitos e ideas chilenos.

Fue en la última posguerra cuando se gestó propiamente el nacionalismo chileno, apareciendo principalmente en medios intelectuales y no políticos. Hacia los años

40, el país sacude los restos del siglo XIX, tan obstinado para sobrevivir entre nosotros. Empieza un proceso de industrialización más activo; la influencia norteamericana en el orden cultural, económico y político presiona en la Segunda Guerra Mundial y en la posguerra, lo que aviva en los más sensibles la conciencia nacional; el marxismo es ya un proceso virulento y febril; la vieja derecha liberal muestra sus vacilaciones y anacronismos; los trabajadores exigen; la inflación es el síntoma de una política desacertada y frustrante.

En este cuadro de inquietudes y fermentaciones sordas, aparecen los signos de la flojedad nacional. Materialmente la estatura del país disminuye en relación a los que eran sus iguales. El marxismo compromete la unidad chilena mediante la exaltación clasista, mientras que el enorme manto imperial de los Estados Unidos también desdibuja esa unidad.

En la época, un tipo de nacionalismo —o, mejor, de inquietud por el destino nacional— se encaja en el pensamiento marxista, se enrola en el socialismo y termina en el falso nacionalismo castro-cubano, extranjerizante y sometido en el hecho al comunismo internacional. Clodomiro Almeyda, Carlos Altamirano y otros estuvieron en esa línea.

El otro nacionalismo —mucho menos llamativo— se dirige, bajo la conducción de Jaime Eyzaguirre, a explorar el pasado chileno y a encontrar lo que hemos llamado la continuidad de Chile. El historiador Alberto Edwards Vives había definido la obra portaliana en su *Fronda aristocrática* y, a través de ese libro genial y del resto de su obra de historiador, rompió con los prejuicios heredados de Barros Arana acerca del origen y verdadero sentido del desenvolvimiento patrio. Por su parte, Francisco Antonio Encina en *Nuestra inferioridad económica* había iluminado genialmente la realidad chilena. Después, en su *Historia de Chile,* apasionada, viva, con algo de epopeya y con mucho de prejuicio personal, pero llena del amor del chileno viejo por su patria, contribuyó a hacer com-

prensible esta extraña y lejana cosa que se llama Chile. Eyzaguirre empezó su obra de historiador después de la *Fronda* de Alberto Edwards y antes de la *Historia* de Encina, pero los trabajos y las intuiciones de ambos escritores le ayudaron en su exploración de las raíces de Chile.

Eyzaguirre debió llegar hasta el mismísimo trono de Su Majestad el emperador Carlos V de Alemania y I de España, amén de imponerse de fueros, ordenanzas y aun disputas de frailes, para descubrir el sentido español de la dignidad humana, el valor de la persona en nuestra tradición, el significado de la ley para los chilenos, la histórica democracia medieval de que descienden los pueblos de habla española y, en fin, los valores políticos y morales que dieron base a nuestra nacionalidad.

Desde el punto de vista de la ciencia histórica, Eyzaguirre llegaba como heredero de una larga serie de inteligencias dedicadas a nuestro pasado e incluso aprovechaba intuiciones valiosas y básicas sobre la obra portaliana, el pasado hispánico, etc. Pero como maestro y guía de la juventud, Jaime Eyzaguirre no ha tenido antecesores ni sucesores, fue único, porque no se expresó en los libros solamente o en las clases, sino en la amistosa e inagotable charla, en el contacto personal con cientos y miles de alumnos que fueron contagiados por su amor a Chile y por toda la enorme corona de valores traídos a este lejano "Reyno", territorio de combate, presa de terremotos, lugar de paisajes y momentos sublimes, pero —antes que todo— punto de cruce de culturas hostiles en que el genio, la lengua, la fe y la moral de España lograron el triunfo y dejaron a este país para siempre ligado a la cultura occidental en lo que ella tiene de más significativo.

Hacia la misma época, exactamente en 1947, Jorge Prat hace profesión de fe contra el comunismo en la revista *Estanquero* y contribuye con sus colaboradores a elaborar los rudimentos de una doctrina nacional que después el propio Prat continúa desarrollando en discursos y artículos hasta su prematuro desaparecimiento.

La revista *Estudios,* dirigida por Jaime Eyzaguirre,

y la revista *Estanquero,* dirigida por Jorge Prat, abarcan unos veinte años de vida chilena en este siglo. En torno a esas publicaciones trabajan y se mueven muchos espíritus selectos: pensadores, literatos, historiadores, poetas, periodistas; hombres contemplativos y hombres de combate; jóvenes que luchaban en la Universidad o en la vida, y serenos estudiosos. La influencia de estos grupos iniciados en 1931 y ya en plena expansión en 1952, no puede medirse en votos y ni siquiera en libros. Hay mucho trabajo sigiloso, mucho esfuerzo modesto y mucho redescubrimiento de Chile en la cultura popular o en otras manifestaciones. Son cientos de profesores los embebidos en la conciencia chilena. Hay artistas, profesionales, técnicos, maestros de distintas especialidades. El nacionalismo como idea central influyó en partidos políticos, pero su concreción no podía situarse ni en partidos de derecha ni de izquierda: tan sólo una política de Estado podía encarnar plenamente el nacionalismo.

Miguel Serrano

NACIONALISMO TELURICO

MIGUEL SERRANO.

Escritor y diplomático. Ha sido Embajador en la India y Yugoslavia. Autor de numerosas obras de interpretación de Chile. Reside actualmente en Europa.

Chile es una tierra diferente. ¿Acaso yo no he visto su alma levantarse como un fantasma gris, con los hombros hacia arriba y emerger de la hoya profunda de los valles encerrados? Es el alma de la tierra. Personalidad propia de esta zona, que las generaciones del pasado no reconocieron, pues se impusieron rudamente al paisaje en una lucha cruenta que no contempló el perdón y en la que estaban defendiendo su propia substancia desdoblada. Eran aún los hijos de otro mundo, los herederos de los conquistadores, los nietos de quienes sojuzgaron a las razas aborígenes, que son las plantas de carne y sangre de la tierra. Pero no podrían completamente con los árboles del bosque ni con la roca de las cumbres. Lucha inmensa y titánica y no lo bastante consciente, pues así como el conquistador amó a las indias y en las noches de sus rucas penetró el mar cálido de su sangre, así también él debió ser conquistado por las montañas. Y el espíritu de estos ríos fue poco a poco estrangulándole el alma.

Tal como en las aguas de los estanques flotan vapores y nubes, sobre el mar de la sangre se extiende el vaho de la Historia. El espíritu de una raza está imantado por el calor de la sangre, que es como la presencia de la tierra, y está formado de la substancia de sus minerales y de la vibración de su aire azul o gris. En la sangre de los

conquistadores y no en los galeones de España, vino la historia de otro mundo y el recuerdo de sus dramas mortales. Como vivencias, o reflejos atávicos, se repiten constantemente los impulsos de los héroes y los esfuerzos de los mártires. Todo aquello que ha formado el argumento torturado, ambiciones, amores, odios, hará resonar sus ecos en este paisaje extraño. Y seguirá vibrando mientras sea aún fuerte el recuerdo de la sangre que a través de los océanos le transporta. Los mismos montes de estas tierras, que ya están mojados de una historia más antigua y diferente, se sienten impresionados de tener que propalar los ecos de esta nueva trama. Se resisten y contraponen su vieja alma pagana y legendaria. Es de este modo como, desde el primer momento en que Colón puso su pie en la antigua arena, dos mundos chocan y, bajo la superficie, más allá de las conciencias, comienza una lucha cruel, a muerte y sin descanso. Desde ese mismo instante se sabía también cuál sería el resultado. España fue una tierra singular, una península donde se acrisolaron razas diferentes, atrayendo en la mezcla un espíritu atormentado y enloquecido, que, para poder olvidarse y subsistir, necesitó de un fanatismo inconsecuente que le hiciera sobreponerse a sí mismo, dándole puntales para sostenerse sobre la realidad. Pero racialmente España es inconsistente. Es un crisol donde se han efectuado amalgamas indeseables, superadas y unificadas sólo por el poderoso espíritu de la tierra ibérica. Hasta hoy, que yo sepa, me parece que nadie ha intentado comprender el destino de un pueblo o de una raza por la posición que ocupa dentro del cuerpo del ser vivo que es el planeta Tierra. Sin embargo, cuánto más fácil es intuirlo todo remontándose a esta antigua concepción. Debe existir alguna relación misteriosa y cordial entre la zona viva de España y Sudamérica, que corresponde a la parte baja y sexual del mundo. Nada dentro de los organismos vivos sucede porque sí; el éxodo de la conquista española debe tener un sentido profundo, correspondiendo a un sino biológico parecido al que lleva a ciertas especies de aves, o de insectos, a volar

desde continentes distintos para encontrarse a mitad de camino en forma certera y poder amarse y procrear. Ningún otro pueblo que no fuera el español podría haber cometido tantos errores en Sudamérica, porque ningún otro estaba tan dispuesto como él a cometerlos. Estos errores han hecho que la lucha entre el conquistador y la tierra adquiera un carácter de fusión y de drama martirizado y pasional. Han permitido también el triunfo del paisaje, que desde el primer momento pudo envolver y poseer. Y no de otro modo se cumple el invencible destino de las sombras y del sexo del mundo.

Hay un pecado que al cumplirse en la carne es también pecado contra las formas arcangélicas del espíritu y que marca la historia de un pueblo hasta el último extremo de sus días. Es el pecado racial. Como el resonar de un eco remoto, o el repetirse de un acontecimiento angustioso para la conciencia, el conquistador español volvió a cometer el pecado horrendo en el nuevo mundo. Algo así como un ciego impulso de culpabilidad y de sugestión ante el abismo, lo llevó de nuevo a caer. Y se mezcló con la raza india. En los cuerpos morenos de las hembras y en sus ojos negros y húmedos revivió la hoguera de la sensualidad primera; esa libido que se había apagado en su tierra al paso de su historia y del imperio y que el español jamás ha dado a sus propias mujeres en España, se encendió otra vez en la conciencia del mal y del pecado. Fue algo así como el despertar obscuro de esa satánica fuerza y de esa sombra roja que empujó hace millares de años a la raza lemur a mezclarse con los animales para procrear al mono. La angustia del mal se cierne sobre el mundo del futuro, y el producto de ese acto se parece a los elementales creados por los cerebros enfermos, o a los súcubos. Como compensación o acicate del pecado, el más intenso placer envolverá la hoguera del amor prohibido. Pues será además el propio Satán el que se pondrá de parte del paisaje donde él vive, y la zona sexual de la tierra envolverá en sus efluvios a los audaces que se han atrevido a hollarla. Es también la venganza

del vencido. A través de la india, en forma pasiva y tenaz, el mundo primitivo toma su revancha y, de este modo, la hembra cumple con su función primordial de partidaria del espíritu de la tierra, de tejedora de la red "maya", como la llamaban los orientales, de agente de Satán (entendiendo esto no en el sentido cristiano) y de vencedora del héroe, derrumbando a los titanes. Si la hembra fracasa en esta lucha, aún están el árbol en que ella se apoya y la tierra donde se recostó para ser poseída por el español. Los efluvios y fantasmas del placer son poderosos y aún flotan sobre los valles y los montes.

Yo comprendo el deseo irresistible que empujó al varón sobre la hembra morena. Era la atracción del abismo y del pecado; la fuerza de la caída. Envuelto en la sangre sombría y cálida y cumplido el hechizo obscuro de la fusión sanguínea y del contacto hondo, algo así como una droga letal se introduce en el corazón del conquistador y su voluntad decae. Ya está vencido. Y lo que en el tiempo siga sólo será el proceso de su desintegración moral y de su transformación física a través de las generaciones. La lucha es desigual, pues ahora es combatido en dos frentes, desde fuera por las fuerzas contrarias del paisaje y desde dentro por los sutiles fluidos de la sangre del indio, que ha permitido desembocar en su propia mar, arrasando con las imágenes de su historia hispánica, con la realidad de su espíritu asentado en estas imágenes y con todas esas sublimaciones logradas a través de siglos de un drama psíquico e histórico particular.

Hay un hecho que ilustra nuestra observación sobre la influencia que tiene en la historia de los pueblos la zona del mundo en que residen. La conquista de la América del Norte tuvo que ser completamente diferente a la nuestra. Por evidente afinidad electiva, un espíritu de raza cerrado y persistente fue atraído hacia esa tierra. Y la raza sajona iniciaría la extirpación radical de la planta india del suelo conquistado, con la que jamás pensó en mezclarse. Luego, en su dinámica historia, el paisaje a veces grandioso del Norte nunca ha sido reconocido, cumplién-

dose así la razón profunda de esa tierra. El Norte es el cerebro del mundo; condición de éste es vivir al margen de la realidad física que lo sustenta, realizando su función pensadora en claros esquemas que regulan racionalmente la vida. En el Norte, hasta la naturaleza ha sido regulada por una agricultura geométrica e higiénica; el ideal del norteamericano es el desinfectar la tierra. Las selvas grandiosas y los grandes cañones entre montañas no tienen realidad en el arte, ni en la literatura del Norte, menos aún en la conciencia de sus hombres. Y hasta el pasado europeo ha sido olvidado, a pesar de no existir fusión de sangre con el aborigen. Sólo cuenta una cierta electricidad especial que vibra en toda la atmósfera de ese mundo, que es propia del cerebro de la tierra y que empuja al individuo a un dinamismo sin parangón, que lo hace vivir para la actividad incesante, olvidándose aun de su realidad y de su alma. Esto es así hoy; lo que fue en el pasado no lo sabemos con exactitud. Y lo que será en el futuro, menos todavía.

El español no podría cumplir el destino del Norte. En cambio, aquí en el Sur, se ha crucificado. La tierra proyecta hacia el contorno sus poderosas emanaciones. Si el indio, planta de la tierra, desaparece con el tiempo, en cambio perdura el recuerdo del sexo de la india y sus fantasmas. El orgasmo y el loco placer pecaminoso se han adherido al árbol y a las cumbres. Y en las noches, contra las estrellas, aún resuena el grito de guerra y de placer. Es el drama y el comienzo de la vida en el mal y en la fusión de sangres. La tierra también está de espaldas, como lo estuvo la india para ser amada y poseída. Y en el tiempo, que ya parece infinito, aún continúa la cruenta lucha de la pasión y de la muerte, en que el hombre, vencido, va siendo digerido y modificado por el paisaje. Ante la poderosa tierra, el hombre, sin saberlo, ha entregado sus armas y sigue negándose a reconocerla, tratando de imponerle, cada vez con menos insistencia y voluntad, una realidad ajena y distante que ya no tiene significado ni para su propia alma.

En esta lucha y desvinculación con el paisaje, puede sintetizarse nuestra trayectoria de país a través del sucederse de las generaciones. Seguramente todo habría terminado antes, encontrándose una más pronta desintegración, si no hubiese sido por un acontecimiento extraordinario.

Un ser altamente dotado apareció entre nosotros, librando la más poderosa batalla contra la tierra e imponiendo hasta el presente su propia ley frente al paisaje. El solo ha sido capaz de proyectar su sombra de gladiador antiguo a través del tiempo, conformando casi toda nuestra historia y dándonos, dentro de esta América informe, un estilo y una estructura de acero, superior aún a la de muchos pueblos europeos. A él se debe casi todo lo que hemos hecho como país organizado y como "Estado en forma". Nuestra guerra de conquista y nuestra sólida conformación interior. Ciertamente encontró un medio apto para concretar su inspiración. La raza española aún era fuerte cuando él apareció, y, en las capas superiores, estaba compuesta por el estrato castellano-vasco de recia vitalidad en aquellos tiempos. El elemento andaluz y el mestizo permanecían en la base, cerca de las raíces y de la gleba. En el primer elemento racial encontró ciertas condiciones de sobriedad y de honradez, aptas para implantar su concepción. En el medio andaluz, la admiración siempre presente por el héroe. En lo aborigen y en el paisaje hay algo duro y fuerte, que asimiló el impulso de disciplina y lo proyectó en el espíritu militar y guerrero que aún perdura.

Pero la verdad es que aquel hombre era un extraño y estaba solo en medio de su contorno racial y terrestre. Fue un genio, y como tal fue un solitario que imprimió su ley en contra de todo lo que le rodeaba, obligándolo a conformarse al soplo de su pasión y de su poder. Por ello fue el más grande enemigo del paisaje; como era puro y era fuerte, libró su batalla para vencer y no para ser ven-

cido. Este hombre fue Diego Portales, y su actividad titánica aún no ha sido contemplada desde el punto que hoy lo hacemos.

En aquel entonces estaba demasiado reciente el proceso de la Conquista y de la mezcla. La batalla sorda no era consciente y la tierra podía ignorarse, o aparentar que se ignoraba, detrás de los muros altos de los patios con naranjos, o de los salones impregnados del aroma racionalista del siglo XVIII europeo. A las capas superiores de la sociedad llegaban refuerzos de sangre española, y nadie creía escuchar el rumor profundo de la tierra distinta. La misma guerra de la Independencia había sido hecha por motivos ajenos a todo esto, y fue impulsada por el ansia imitadora de lo europeo. Un gobernante superior y recio que apareciera, no podría siquiera pensar en comprender la tierra en lo de remoto y contrario a su propia alma, pues aún él era el fuerte y el triunfador. Faltaban generaciones y tiempo para llegar hasta la situación del presente.

Portales fue un ser misterioso, y sólo una fuerte consistencia racial, con un inconsciente cargado de imágenes y de reflejos lejanos, podía lograr lo que él hizo. Escritores e historiadores lo han comprendido así, siendo impresionados por la extraña figura del creador. Han llegado a afirmar que Portales no era español en espíritu, debiéndose ello a su ascendencia gótica, que lo tocaba de ancestro germánico o sajón. Y ciertamente Portales semeja más bien un pionero de la conquista del Norte; a pesar de su "criollismo" y su "chilenismo" de apariencias y modales, fue un asceta, un jefe godo, o un patricio romano. Ni siquiera semejábase a los políticos o gobernantes españoles, y su estilo nada tiene que ver con la península invertebrada y contradictoria. Es claro, es recio y profundo en su claridad. Sus ojos eran azules como los de un germano y su pelo ensortijado y corto podía ser el de un romano del imperio. Afirman que su ascendencia entronca con la familia de los Borja, y es aquí donde pueden comprenderse mejor su instinto político y su tendencia mística. Como San Francisco de Borja, amó a una sola mujer y a una sola muerta.

De uno u otro modo, todo esto ha sido expresado, pero lo que nunca se ha dicho es que Diego Portales fue el gran enemigo del paisaje de Chile. Con su concepción legalista y con su creación monolítica del Estado, en un sentido abstracto y casi metafísico del poder, impuso una valorización correspondiente a una superestructura europea, romana o germánica del alma. Su concepción madura sólo podía haber sido obtenida a través de un proceso distante de la Historia, en que el alma se ha impregnado en el drama superado de otra cultura. Es el resultado de una herencia del espíritu, de una conquista de la forma. Se impone como una construcción propia en medio de una tierra enemiga y violentada, o comprime al paisaje como horma japonesa. Cuando el titán cae, en medio de la catástrofe, su concepción perdura, sin embargo, por la fuerza de su sugestión y porque su final dramático ha dado origen al mito. En la lucha extrema de un ser en contra de la naturaleza, el mito continúa la batalla después de su desaparición material. Se ha dicho que en el asesinato de Portales podía verse la venganza del espíritu de la raza vasca, representada en Vidaurre, que había sido constreñido y obligado a enmarcarse en la ajena disciplina de un sentido opuesto. Pero también y por encima de todo hubo la venganza del espíritu del paisaje, que era aun más fuerte y que como un viento huracanado se desencadenó en contra de esa columna maciza de un templo que no había sido levantado para sus dioses.

En la distancia del tiempo aún continúa la pugna de las sombras. Aquella, solitaria, del impositor y del enemigo, con la otra cada vez más amplia y poderosa que está resurgiendo de dentro de los montes. Y todo esto envuelto en el aura de la sangre derramada, de la que aún emana la presencia del espíritu.

Es por esto que en Chile la lucha ha perdurado y ha adquirido contornos tan dramáticos. Un espíritu genial apuntala y sostiene la débil carne, retardando milagrosa-

mente la disgregación, en pugna con todo y contra todos. Cuando el cuerpo cansado quisiera tenderse a morir sobre la tierra, deseando ya abandonar la lucha, la presencia de la tradición le sacude y le obliga a continuar de pie. Es la mayor tragedia de Chile, la obligación con un espíritu que no ha nacido de la compenetración y transfiguración de la tierra propia y que, manteniendo su sugestión, nos impide hasta morir de nuestra propia muerte.

En el sucederse de las generaciones la batalla silenciosa ha continuado y los impactos tremendos de la tierra van llenando de cadáveres el horizonte. Por desvinculación e incomprensión de su paisaje, el hombre va siendo derrotado. Y el proceso semeja un monstruoso acto de digestión en que la raza va siendo devorada y digerida por el vientre macabro de la tierra.

LA TRANSFIGURACION DEL PAISAJE

La patria está ahí donde el destino nos hizo nacer, por muy mal y desgraciados que en ella nos sintamos. Y nuestro deber, por esto, es profundizar su sombra, envolvernos, "revolcarnos" en su tortura y en su drama, hasta que un día, ahí mismo, nos muramos, o bien, nazca por nuestro esfuerzo una claridad suprema y poderosa. Es el sentido místico, es el gran camino. En cambio, en estos tiempos, la mayoría de los hombres parten, huyen, escapando de sus destinos. Hay países y continentes enteros que así lo hacen. Ahí está la América del Norte, que ha perdido el hilo de su desarrollo, desconectándose de su tierra profunda y de su aire. Por ello aparenta el optimismo y la felicidad. Estandardizada sonrisa blanca de cuerpo sin alma y sin destino, de cascarón hueco, o de "zombie". Hacia allá van todos los que se sienten atraídos por su actitud y se impregnan de idéntica muerte. Matan el alma y obtienen el precio: la apariencia externa de la felicidad, el narcótico de la acción, la clara y blanca sonrisa de la calavera. En estos días el mundo entero siente la sugestión y aspira a norteamericanizarse. Pero Chile no podrá hacerlo; porque es demasiado fuerte su destino, es muy viva la zona del planeta en que reside. Si algunos se van, si muchos huyen, otros se quedan y se destrozan. No hay, es cierto, aún la alegría que dan el futurismo y la fe en el mañana, sino una atmósfera sucia y pegajosa que asesina el alma. El peso de la sombra y de la noche nos dobla las espaldas. La época más obscura aún no ha pasado. Pero no es de ningún modo huyendo de esta realidad como la superaremos, sino penetrándola con valor hasta su fondo, aceptándola en toda su crudeza y diciéndole: "Bien; aquí estoy. ¿Qué quieres de mí? Me entrego; pero adentro de ti misma libraré el combate. Si me vences, bueno. Si te gano, ¡mejor!"

No. Yo no podré viajar aún. ¿Con qué conciencia lo haría? ¿A dónde iría? ¿Qué les expondría a los hombres? Ellos me mirarían a los ojos y yo me sentiría avergonzado. Porque mi alma se habría quedado vagando en mi propia tierra. Aún no, aún no puedo. Tal vez mañana, después de este libro, o de la última prueba, cuando sea ya un representante del destino doblegado. Por ahora no hay más camino que cruzar la patria, que llegar a sus confines, como a los extremos de nosotros mismos. Hundirnos. Y, al igual que Dante, atravesar de parte a parte la sombra helada de Satanás. Esto no es alegre, sino sombrío y atroz. Después, allá, muy lejos, sobre las llanuras blancas, seguramente aparezca la luz y, entonces, nuestra felicidad y nuestra paz serán invencibles y aptas para ser transmitidas y enseñadas a los hombres.

La zona baja del mundo es dura y es gris. En ella radican las fuerzas de la luz astral; circulan y reptan como serpientes purpúreas y fosforescentes. Son las fuerzas generatrices, las productoras de la forma. Sólo cogiéndolas de la cabeza y aplastándolas con nuestro pie habremos vencido. Seremos así arcángeles y dioses. Y cuando la época de Acuario venga, cuando este nuestro tiempo lle-

gue, surgirá la raza polar, que trae sobre su frente el sello inconfundible del Paraíso.

Por ahora, nada más que hundiéndonos en la sombra, en la miseria que produce náuseas, intentando el cruce a través de nosotros mismos, o el viaje por la patria interior, sin rehusar el crimen ni el suicidio, la enfermedad leprosa ni la muerte, al fondo, podremos ir al encuentro de la luz y de la paz. Es el camino de la santidad y el descubrimiento de la patria mística, única forma de nacionalismo aceptable para un alma que se desposa con el Espíritu.

Allá, en los hielos, está la Paz. Porque, desde siempre, desde muy antiguo, el hielo ha sido el símbolo del Espíritu. La ansían todos los que aquí viven —los que hemos descrito—, los que aquí penan, los que están enfermos y los que mueren, los que sufren y los que cantan.

Productos ciegos y fatales de la tierra, los chilenos transcurren todavía como un río lento y cruel. Desconectados de su ley profunda, carecen de sabiduría y de valor para imponer su norma y transformar el destino. Son digeridos y aplastados, como un árbol hirsuto, expuesto al rayo de los cielos y al aluvión de la cordillera. El paisaje los hace a su medida y los zarandea a su antojo, no encontrando sino la resistencia débil de un espíritu ajeno y europeo, que no lo comprende, ni lo encuadra.

El paisaje de Chile, el del sur del mundo, es único; es un paisaje psíquico y moral. Quienquiera que viaje por el sur sentirá que sus esenciales peligros no son físicos, sino morales. La selva aquí no es la selva brasileña infestada de reptiles venenosos, no existen tampoco animales feroces, pantanos pútridos, ni lianas tropicales. No hay salvajes ni caníbales, ni pigmeos asesinos. Hay sólo la vegetación solitaria, el paisaje impenetrable, la cumbre inmensa. Sólo la lluvia o el aire sutil y transparente. Sólo la soledad. La tierra, por lo general, es caminos; aquí abajo, en Chile, es fin. Nada comienza ya, nada prosigue. Aquí todo se acaba, termina la vida. La lluvia cae. El agua crece, circula, se inmoviliza. La nieve se extiende sobre las

cumbres inmaculadas. Y el árbol sube y expande su empapada vida de ramas ondulantes. Debajo crecen las raíces, las pastosas callampas, los hongos y los musgos; ínfima vida, comienzo del camino del Espíritu. Y la roca impresionante se retrotrae por todas partes al primer momento de la creación, o al último recorrido de la vida. Es el continente del fin, más que del principio. Del fin de la vida física. En cambio, hay una luz infinita sobre los montes, una señal clara en el aire, que impulsa a anhelar un sublime destino, una fe inmensa. Es por eso que el paisaje de Chile es finalista y religioso. Su belleza inmarcesible hace soñar. Y si aquí termina la vida de este mundo físico, duro e imperfecto, el alma la prolonga en su particular realidad. Porque es sólo por el espíritu que el hombre se podrá salvar en medio de este universo del fin y de la disolución. Si la vida física termina, únicamente por el alma se puede sobrevivir. Se aspira a la realidad superior de una vida del alma, que comienza justo ahí donde termina la del cuerpo, dando paso al mundo astral de lo maravilloso. Y es por el esfuerzo último como se podrá superar la muerte física, logrando el paso a otra vida, en un organismo superior y en una raza que ya no será ésta, destrozada y miserable, con huesos duros, que no encuentran la cal que los sustente, sino otra, de formas sutiles y radiantes, compuesta de los más delicados elementos del aire que nimba los volcanes.

El peligro está en el agua, símbolo del inconsciente y de los terrores íntimos y profundos, y la salvación, en los hielos, patria del Espíritu, de donde resurgirá esta raza astral, o polar, del futuro.

Desconectados de su tierra en el presente, sin órganos propios para conpenetrarse del paisaje, los chilenos mueren y penan, intuyendo como un posible y lejano camino de salvación. Carecen de la educación necesaria para comprender, adaptándose, al contorno remoto en que viven. Y sus organismos biológicos, obstaculizados por la imposición de un espíritu extraño, no son aptos para sobrevivir. Sólo compenetrándose con el paisaje podrán los

hombres adquirir las condiciones físicas y morales suficientes para vencer la tierra, con el deseo de levantar la cabeza hacia los cielos puros y los soles impasibles que coronan las cumbres de los montes. Y levantarla no en forma europea, no con espíritu extraño, sino desde nuestro suelo, desde el fondo de todo lo que aquí sufre y señala un tiempo más lejano. Para que el espíritu advenga, el alma debe penetrar muy hondo, casi al final de las cosas, y ahí arrebatar los materiales con que tejerá su túnica de novia, para desposarse con el sol del espíritu.

Los peligros son morales porque el alma puede quedarse para siempre prisionera ahí, encantada dentro del círculo mágico del paisaje. El hombre se convertirá en un hongo, o en una callampa vegetal, sin voluntad, con una energía viscosa, sin inteligencia, con sólo vivencias y sensibilidades extremas, monstruo de corazón frío, húmedo y de huesos blandos.

Y el camino de la superación es uno solo, como siempre lo fue, desde el comienzo de los tiempos. Está en la religión de la tierra transfigurada, en la magia heroica del destino sublimizado. En Chile no debemos seguir girando en círculos concéntricos de dolor sordo, de historia acaecida en las corrientes tenebrosas y fatales de la tierra. Es necesario ya elevarse desde el fondo hacia la conquista del espíritu propio, de esa zona del espíritu que en el mundo de los valores y de los arquetipos nos está reservada a los chilenos. Es necesario abrir el seno de los montes y descubrir aquí los nuevos dioses y la nueva religión que nos esperan. Redescubrirlos.

El camino es difícil, es uno y es eterno. Se encuentra en la voluntad y en el filo cortante, transparente, de las pruebas religiosas de la iniciación antigua. Unicamente ahí el alma se fortalece y es capaz de atravesarse a sí misma, despejándose de todo sueño o ilusión. Y se abre como un sexo para ser fecundada por el misterio fulgurante del Espíritu. Es el camino último y dramático de la voluntad inflexible.

Y cuando un hombre, que sólo es una planta, o una flor máxima de la tierra, siempre manteniendo los pies desnudos sobre el doloroso suelo, abra su frente y extienda sus brazos al firmamento, quedando consagrado y apto para ser penetrado por el rayo, cuando este hombre haya vencido, pudiendo ser crucificado y cruzado de parte a parte en su carne mortal por el fuego del cielo, entonces el rayo no se detendrá en él, sino que lo traspasará como a un vaso comunicante, bajando a las profundidades de la tierra y abriendo el sendero y las estrechas puertas para sacar las almas de los infiernos.

Es el triunfo, es el camino.

El advenimiento del espíritu, debido al hombre, produce el milagro y transfigura el mundo. El paisaje cambia, se interpreta y adquiere su sentido. Todo se ordena y se equilibra. Aquello que fue muerte y sufrimiento, será ahora vida, energía y paz. Los volcanes apagarán sus fuegos, los ríos seguirán tranquilos hacia el mar, los temblores no estremecerán las ciudades ni la piel de la patria, y las aguas serán detenidas al borde de los abruptos acantilados y de las playas martirizadas.

(De *Ni por mar ni por tierra*, 1950.)

Ricardo Cox

MARXISMO, NACIONALISMO Y REGIMEN MILITAR

RICARDO COX.

Ensayista y profesor universitario. Desempeñó las cátedras de Política Económica en la Escuela de Derecho y de Geografía Económica y de Moneda y Bancos en la Escuela de Economía de la Universidad Católica de Chile. Frecuente colaborador de *El Mercurio* de Santiago y autor de libros.

El rechazo del marxismo por la nación chilena es una gesta histórica de la cual surge el impulso, una vez lograda, de dejar constancia. El texto que sigue la describe en sus líneas gruesas, destacando el sentido de los hechos y valorándolos con el posible objetivismo.

Ellos pueden considerarse como la etapa inicial de un período de nacionalismo triunfante que está implícito en todos los aspectos del proceso. Dejamos para el final las reflexiones estimadas pertinentes sobre la concepción misma de la tendencia nacionalista. Sin necesidad de nombrarla cada vez, es fácil advertir en cada línea de la relación que esta tendencia natural, estimulante y responsable, según se la califica a su tiempo, es el impulso motor de todos los actos y acontecimientos de este período memorable.

I. PROCESO NACIONAL DE RESISTENCIA AL MARXISMO

1. *La toma de conciencia antimarxista.*

El apoderamiento del Gobierno por las Fuerzas Armadas y de Orden —que en adelante llamaremos Fuerzas Armadas, para más propiedad y brevedad—, el 11 de

Septiembre de 1973, fue la culminación de un proceso nacional. Con años de anterioridad al pronunciamiento militar, el país mismo se había pronunciado contra el régimen marxista gobernante de 1970 en forma progresivamente tan elocuente, tan resuelta y tan masiva que visiblemente la tiranía en curso no habría podido implantarse, siguiendo su naturaleza, sino por la última violencia.

En las elecciones municipales de marzo de 1971, la UP llegó a equiparar aproximadamente en votos a la oposición, siguiendo un precedente invariable tras la victoria de un candidato presidencial. El nuevo régimen llevaba entonces solamente cuatro meses en el poder y portaba una máscara democrática muy llamativa y sin ajaduras aparentes. Estas existían, sin embargo; no llamaban mucho la atención todavía, pero eran de grave naturaleza. Consistían en irregularidades diversas cometidas o toleradas por las autoridades inicialmente de menguada entidad y poco aparentes antes de las elecciones municipales. Pero a continuación se hicieron más y más reiteradas y significativas. El régimen manifestaba fríamente su carácter revolucionario, colocándose por encima de la ley sin asomos de escrúpulos en todo aquello que interesaba a los principios básicos del marxismo, dentro de una medida y orden de prelación fijados por él mismo. Su propia afirmación iba unida con astucia al propósito de adormecer las resistencias.

Dejaremos por completo de lado la relación de esta acción fraudulenta de conquista, ampliamente detallada en otros escritos ajenos y propios, porque se trata de destacar aquí sólo la resistencia de opinión y voluntad de la población a la implantación del marxismo. Diremos que esta resistencia fue general y resuelta, pero condicionada a un proceso de toma de conciencia que por muchos motivos fue gradual y no inmediato y sólo podía manifestarse en esa misma forma. Las razones de esta conciencia progresiva del público en general relativa a un hecho patente desde el comienzo para cualquier observador atento, son muy comprensibles.

Desde luego, el país estaba habituado desde largos años a la demagogia marxista, y la que vertían el Gobierno y su prensa no producía alarma, porque era considerada como el lenguaje propio de los nuevos gobernantes. Además, el programa del Gobierno se traducía en la nacionalización del cobre, problema que por razones de opinión o de prudencia política no suscitó ninguna oposición, y en la aplicación precipitada de la reforma agraria, cuyos principios legales venían del régimen anterior. Por último, estaban en vigencia las libertades públicas, dando lugar a un debate de prensa, radio y televisión que mantenía viva la imagen democrática. Las medidas reservadas de sabotaje aplicadas con infalible cálculo a esas mismas libertades, los atentados, irregularidades e ilegalidades parciales no hacían tanta diferencia con la desordenada vida democrática y ofrecían por último la imagen de una revolución muy benigna que parecía desmentir los pronósticos alarmistas.

A medida que crecía la opinión adversa al Gobierno, la imagen que se perfilaba era la de los próximos triunfos democráticos en las urnas, que debían terminar borrando al régimen marxista del Gobierno en los futuros comicios presidenciales de 1976. Era lógico que esta opinión optimista tuviera muchísimos partidarios que miraban con simpatía, pero sin convicción, a los agoreros de un pronóstico más grave.

2. *La opinión se vuelca contra el marxismo.*

Con todo, esta lucha de opinión tomó muy rápidamente caracteres de grande intensidad y extensión a medida que se desarrollaban las actuaciones del régimen. Los medios masivos de opinión y propaganda de la UP y del Gobierno —que eran todo uno— alzaron el tono hasta el delirio, en tanto que el contraataque opositor, conducido por auténticos héroes del deber profesional y adalides de la opinión, dieron lugar a una polémica de la mayor violencia, que dividió al país en dos bandos, como

sólo se había visto a veces en los días álgidos de alguna campaña electoral.

Ya el 1.º de diciembre de 1971 se verificó en Santiago una primera marcha y concentración de mujeres. Se singularizó por el emblema de las cacerolas vacías, alusiva al fenómeno nunca visto del desabastecimiento alimentario. Pero, ante todo, sobrepasó en número cuanto se había visto hasta entonces en la capital. En todas las ciudades de alguna importancia en provincia se repitió el acto con los mismos caracteres. El batir de cacerolas vacías, que se adoptó a continuación como símbolo en las noches para manifestar lo que se pensaba en el interior de los hogares, fue tratado como un desacato por la autoridad. El siniestro concierto dio lugar a muchos incidentes y varios atentados suscitados o perpetrados por las organizaciones activistas del marxismo que, adecuadamente armadas y amparadas por un poder público, disputaban la calle con mucha ventaja a los vecinos y transeúntes.

En aquella primera manifestación las mujeres fueron atacadas por los marxistas armados, y la fuerza pública debió cumplir instrucciones más de dispersión que de protección, con el resultado de un centenar de heridos, casi todos mujeres, y un sentimiento nuevo de indefensión en el ejercicio de un derecho. Sin embargo, durante el año y medio siguiente las manifestaciones masivas de la oposición se repitieron en varias oportunidades en la capital y provincias y siempre con una concurrencia cada vez mayor de una en otra. El Gobierno hacía esfuerzos por equilibrarlas con manifestaciones vistosas de partidarios en su mayor parte reclutados y movilizados a enorme costo y controlados, siguiendo severas instrucciones, pero con un resultado en rápido deterioro.

La última manifestación opositora de mujeres, la mayor, nunca vista, coincidió deliberadamente con otra gobiernista que resultó tan penosa en su insignificancia numérica, que las manifestantes de partidos distintos se culparon mutuamente con la última acritud, y el Presidente de la República sólo pudo manifestar en golpeados términos su molestia y desencanto.

Entretanto, lo que sucedía en la calle se repetía en todas las elecciones de autoridades gremiales sin excepción, fueran obreros, empleados, profesionales, campesinos, pequeños empresarios, estudiantes, navieros, etc., y también, naturalmente, parlamentarios en elecciones complementarias. En todos los gremios, aun los que tradicionalmente contaban con una amplia mayoría izquierdista y aun extremista, y con mayor razón en los demás, los partidarios del Gobierno pasaron a ser una minoría, aún pequeña en gran número de ellos.

El proceso fue por demás impresionante en su universalidad, progresividad e intensidad. Y hasta donde lo fue en su significado lo expresa su motivación simple: la conquista de los gremios para el marxismo emprendida por el Gobierno mediante la acción de los militantes de los partidos gobernantes y llevada a cabo con violenta resolución y total falta de escrúpulos, fue rechazada con indignada y sacrificada fortaleza y retribuida con un repudio uniforme al marxismo. El Gobierno, habiéndose propuesto conquistar los gremios por todos los medios para disponer de la fuerza social organizada, los perdió a todos. Para conservar la Secretaría General de la CUT —organización muy distante en su composición de lo que expresa su sigla, donde "U" significa "única", atributo ilegal de mucho tiempo, por lo demás—, los comunistas, que la dominaban desde su creación, tuvieron que falsificar la votación, dándose más de un mes de tiempo para manipular los resultados.

3. *Los paros gremiales y la huelga de los mineros.*

El repudio gremial fue el antecedente del paro de octubre de 1972, cuyos caracteres fueron tales que arrebataron a ese Gobierno revolucionario la iniciativa política. Los transportistas, arruinados y excedidos por las deliberadas tramitaciones de que eran objeto en todas las condiciones de su trabajo, pensando con razón que nada tenían que perder, resolvieron hacer valer sus reivindicaciones por medio de un paro "hasta las últimas consecuencias". Pero, como todos los condenados a muerte estaban en parecida situación, los comerciantes impedidos de costear su vida, los navieros nacionales postergados frente a los rusos, los médicos vejados en los hospitales, etc., sucedió algo enteramente imprevisto. Más de un centenar de gremios de los más diversos se plegaron espontáneamente al paro, sin concierto previo. El Gobierno hizo todos los esfuerzos que pudo en concesiones y amenazas para impedir que el paro se extendiera a la Gran Minería, Ferrocarriles, estibadores, servicios esenciales. Pero al cabo de un mes de una situación dramática, debió llamar militares a integrar el Gabinete.

El carácter del paro fue falsificado por los medios de difusión adictos al Gobierno y por las autoridades oficiales. Se le dio un sentido "político", el móvil por excelencia de los marxistas. Pero aquí el impulso de todos los sectores fue la defensa de las propias posibilidades materiales y morales de vida frente a la discriminación, tiranía y violencia marxistas. Era, pues, el motivo más justificado posible para hacer uso de las prerrogativas sindicales. De ahí su espontaneidad, su amplitud, y sobre todo la disposición verdaderamente heroica de resistencia entre sus elementos más expuestos a las interesadas represalias del Gobierno.

Este, cuya política tendía a destruir a unos y eliminar a otros, tenía en el paro el pretexto mandado a hacer para sus miras. Pero fueron tales la entereza y solidaridad con que tropezó, que no pudo conseguir sus fines. El tono lo dieron los transportistas, que sin parar en sacrificios, obligados a agrupar sus camiones en predios arrendados al efecto, para poderlos defender, vivieron un mes entero en campamentos, con sus mujeres, a la intemperie, comiendo de una olla común, sufriendo varios asaltos, confiscaciones y, al fin, hasta muertes, pero invulnerables en su resolución.

Nominalmente, los gremios triunfaron al comprometerse el Ministro del Interior a atender sus demandas y no tomar represalias. Pero el compromiso no fue cumplido posteriormente. El sacrificio resultó formalmente estéril

para los gremios condenados. Imposibilitados de reiniciar un movimiento tan costoso como arriesgado, sobrevivieron aún cerca de un año trabajando malamente a menos del costo y a medias.

Empeñado el Gobierno en doblegar a los trabajadores sin excepción, se permitió dejar incumplido un cierto convenio con los mineros de El Teniente. Estos, tradicionalmente asociados a los partidos de Gobierno, reivindicaron su derecho y fueron al paro. El Gobierno trató de dividirlos, amparó y contrató rompehuelgas, pero, del mismo modo que había sucedido con los transportistas, no pudo conseguir ningún resultado útil. La huelga de los mineros, al prolongarse más de dos meses sin solución, creó para ellos una situación de gran angustia y miseria. Iniciaron entonces una marcha sobre Santiago para afianzar con su presencia las peticiones al Gobierno. Fueron detenidos y violentamente repelidos por la fuerza pública en el puente del río Maipo, que por ser año seco llevaba menos agua de lo normal en invierno. Los mineros con sus mujeres pasaron el río a pie enjuto durante la noche y en medio de la expectación nacional se reagruparon, después de ser acogidos por los moradores de los pueblos vecinos, que les abrieron sus casas unánimemente, en el camino a Santiago. El Gobierno los trató con la desconsideración más visible, tramitando prolongadamente la simple concesión de una entrevista y acidulando la espera con actos de violencia policial absolutamente motivados. Pero los nuevos combatientes fueron acogidos por la ciudad toda como héroes, alojados en la Universidad Católica y rodeados de universal estímulo y ayuda.

Entretanto, los transportistas y victimados del paro de octubre anterior se vieron impelidos a reanudar su movimiento forzados por la desesperación. El Gobierno los habría aplastado con singular violencia si no hubiera temido lo imprevisible, tanto por el caos económico que a esas alturas rayaba en la locura, devastando ya al país arruinado, como por la hostilidad de la gran mayoría de la opinión. Hubo reagrupación ministerial, más militares

en el Gobierno, y una nueva campaña de resistencia de los transportistas, ahora en la mitad del invierno. Esta vez sus demandas se reducían al cumplimiento de lo acordado con el Gobierno en lugar de nuevas promesas ofrecidas.

El Gobierno había terminado por ceder ante los mineros, firmando promesas que no fueron cumplidas posteriormente. Ahora se resistía de partida a cumplir con los transportistas, insistiendo en nuevas promesas por razones de prestigio, pero en realidad dentro del propósito de destruirlos y reemplazarlos por un gremio oficial en formación, para el cual no había gente disponible.

4. *Las incidencias finales: el régimen declarado ilegítimo por el Congreso.*

En represalia por los episodios del 29 de junio de 1973, el Gobierno resolvió apoderarse de inmediato de un número de industrias vecino a las doscientas cincuenta, armar a los obreros y empleados partidarios suyos en ellas, demás industrias intervenidas y oficinas públicas, y formar con estos elementos paramilitares, agregados a los de los partidos de Gobierno, una fuerza ilimitada para oponerse a cualquier aventura militar, apoyando fuertemente a las tropas "leales" en su eventualidad.

Por otro lado, la Corte Suprema representó al Gobierno oficialmente la gravedad de las transgresiones a a ley que representaba la negación de la fuerza pública para el cumplimiento de las resoluciones judiciales. Por su parte, el Parlamento había aprobado una reforma constitucional que fijaba las áreas de la economía y reiteraba que la inclusión de cualquier empresa en ellas era materia de ley. Tal reforma fue promulgada por el Gobierno en forma parcial y con sumo atraso. La promulgación hacía la reforma inoperante y era ilegal. A poco el Congreso aprobó una resolución que declaraba incurso al Gobierno en ilegitimidad de ejercicio, sin extraer de ahí más conclusión que ciertas recomendaciones de buena conducta.

Ya en agosto de 1973 todos los resortes sociales esta-

ban rotos. El desastre económico, las colas, la escasez, la inflación, el armamentismo ilegal auspiciado por el Gobierno, la socialización masiva seguida de la desorganización completa del trabajo, el total desprestigio del régimen y su defensa provocativa anunciaban para el más ciego la inminencia de una crisis de fuerza cuya forma aparentemente más probable era la tiranía marxista abierta apoyada por las fuerzas militares y paramilitares fieles al Gobierno. La consigna oficial era "contra la guerra civil", que envolvía un llamado de unión de las fuerzas revolucionarias y militares partidarias o simplemente no deliberantes contra todo intento parcial militar de resistencia o disputa del Gobierno.

Nadie conocía el "Plan Z". Pero nadie pensaba ya en una solución electoral, que parecía a estas alturas una irrealidad desvanecida. Para ser completos, dos elecciones complementarias habían precedido a las elecciones generales parlamentarias de marzo de 1973. Estos comicios habían evidenciado notables avances de la oposición, como era visible simultáneamente en todos los gremios, pero en medida progresiva, es decir, mayores en las últimas que en las primeras. Sin embargo, se pudo observar que la opinión general marcaba un cierto retardo con relación a la evolución gremial. Los elementos populares inorgánicos se manifestaban menos sensibles a la evolución política que los organizados, aunque seguían de atrás la misma ruta.

La elección parlamentaria de marzo de 1973 tenía mucha importancia como manifestación del estado de opinión. Además, la oposición estaba muy cerca en el Senado de una mayoría de los 2/3, y si lograba alcanzarla en las nuevas elecciones, podía poner en acusación y deponer al Presidente, por lo demás con motivos sobrados, aunque algunos senadores de mayoría temían una crisis presidencial.

La elección fue pacífica, la intervención del Gobierno no fue de fuerza, aunque sí, como estaba previsto, hubo un verdadero monumento de abuso de todos los recursos

públicos puestos a disposición de los candidatos oficiales. El resultado fue categórico: 57 por 43 en favor de la oposición. Pero también fue decepcionante, porque no correspondía a la serie de antecedentes parciales que la habían precedido. El Tribunal Calificador, urgido por los plazos, no pudo entrar a examinar ciertas graves sospechas de fraude, muy difíciles de detectar. Aprobó, pues, los resultados formales. Pero a los pocos días se acumularon las evidencias de un fraude de grandes proporciones, aún desconocidas en razón de los acontecimientos posteriores, pero que invalidaban de antemano cualquier elección próxima, viciada en adelante a voluntad por el Gobierno. Razón suplementaria para pensar en agosto que ninguna perspectiva electoral tenía siquiera base material.

En esas últimas semanas del régimen, el Gobierno aceleró el propósito abiertamente totalitario de socializar la educación, lo mismo que las industrias. La ENU, sigla de la nueva institución, fue el blanco de un ataque alarmadísimo de todos los sectores independientes. Pero ya aquella última batalla se dio en un nuevo ambiente, donde se veía que opiniones y palabras habían perdido su valor. Muchos se interesaron vivamente por el problema, educadores, estudiantes, padres de familia. También muchos comprendían que la lucha futura no iba a darse en el terreno de los argumentos, sino, probablemente, de las catacumbas.

La oposición desarmada no podía, evidentemente, hacer nada más que fuera de utilidad en las circunstancias. Todas las manifestaciones de opinión habían agotado su repertorio. Estaba logrado el éxito supremo de transformar una simple oposición política en una causa nacional de insondable profundidad. En aquellos días los chilenos sabían que si bien nada avanzaban con exponer el pecho desnudo a las balas, rechazarían siempre la mentalidad y fe que tan arteramente se les estaba imponiendo. En esa resolución se reconocían todos y se separaban radicalmente de aquellos que habían optado por la tiranía. En lo inmediato, la opinión en general era pesimista. Es-

taba preparada para una lucha interminable y en las peores condiciones frente a una tiranía irreversible y sin término. Se apreciaba la unidad de las Fuerzas Armadas. Se temía por su pasividad aparente y su suerte. Algunos síntomas anticipados levantaron los ánimos y atrajeron la atención hacia nuevos horizontes. Cuando intervinieron las Fuerzas Armadas, se habían adelantado en pocos días a la puesta en práctica de un plan de tiranía abierta precedida de un baño de sangre.

II. ANTECEDENTES INMEDIATOS DEL 11 DE SEPTIEMBRE

1. *Los demócratas frente al marxismo.*

La opinión chilena predominante y antimarxista podía considerarse como típicamente democrática, es decir, carente de unidad, excepto en la forma libertaria de las instituciones. Justamente esa forma libertaria es la manifestación de un sistema pacífico de convivencia entre gente considerablemente distanciada en opiniones e ideales. Es lo que sucede en todo el Occidente. Padecemos de lo que podemos llamar la crisis del Occidente. Somos libertarios, porque somos escépticos, porque no creemos en valores que obliguen, en verdades que trascienden las opiniones individuales.

No todos mirábamos al marxismo de la misma manera, ni mucho menos. Los había entre nosotros, y entre los demócratas más genuinos, que encontraban al marxismo aceptable en muchos sentidos, perjudicial sólo en ciertas facetas, no tan irremediablemente divergentes de las concesiones posibles, por lo demás. Otros habían ido más lejos, habían desertado de la democracia en favor del marxismo, y éstos no eran sólo militantes políticos, sino también clérigos. La crisis del Occidente los afecta a ellos también, son libertarios, revolucionarios, escépticos en los

principios, crédulos en el hombre. Por eso también entre ciertos demócratas genuinos y clérigos constituidos en autoridad se veía como una inconcebible desgracia que no surgiese un modus vivendi para salvar la paz, fundándola sobre las excelencias marxistas y democráticas fusionadas a través de un diálogo fructuoso. En otras palabras, lo que estaban viendo no lograba entrar en su conciencia. Y sin embargo, era tan elocuente, que fue alineando a todos los demócratas en un rechazo uniforme de la tiranía comunista. Lo que vio sin esfuerzo la gente desprevenida, tardó mucho en penetrar en las mentes democratistas, estructuradas con ideas preconcebidas.

La mayoría de los actores principales manifestaban un espíritu crítico estrechamente condicionado por las ideas hechas constitutivas de su mentalidad o ideología. Se trataba ante todo de interpretar la voluntad presunta de la mayoría y de adaptar a ella las instituciones dentro de las normas formales que determinan el estado de paz. La originalidad de los acontecimientos, la presencia y dominación de obscuras fuerzas de siniestro carácter les escapaba por el solo embrujo de un lenguaje engañoso, que se quería común. Los últimos en darse cuenta del estado de irreversible tiranía a que el país era arrastrado por su Gobierno, fueron precisamente los dirigentes políticos más impregnados de la virtud suprema del formalismo democrático. Más que por ellos mismos, vinieron a abrir los ojos y reaccionar por la presión de las bases partidarias, de las mujeres sin tradición política, de los trabajadores que experimentaban el nuevo trato discriminatorio que el régimen les dispensaba.

Debe reconocerse, sí, que aquellos mismos dirigentes, una vez despertados de su pesado letargo democratista y formalista, cuando se dieron cuenta de manera irrefutable de que las cosas no eran como ellos habían creído, sino distintas, cuando vieron que habían estado engañados y que el mal que habían creído benigno y transitorio era al contrario real, y, al ponerse a pensar en ello, muy grave

y de insondable proyección, entonces viraron noblemente y con energía. Vieron el problema como era: salvar a la nación de una tiranía sin retorno por los medios imprevisibles que fueran ofreciendo las circunstancias.

2. *La unión sagrada y la acogida al movimiento militar.*

Viniendo de distintos lados, espontáneamente y sin concierto, se consolidó una especie de unión sagrada entre todos quienes veían en la nación algo más que un objeto o pretexto ideológico. Antes de la actuación militar el nacionalismo había surgido en muchas formas, fueran ya anteriormente estructuradas en movimientos o partidos, fueran descubiertas por los gremios en su acción, fuera por la actitud nueva de dirigentes muy representativos. Pero sin duda en las Fuerzas Armadas el nacionalismo estaba anidado en su forma más específica, natural y espontánea. Y fue en su nombre que las Fuerzas Armadas lograron ponerse secretamente de acuerdo para deponer a Allende y tomar el Gobierno con objeto de impedir el desarrollo en Chile de una tiranía marxista.

Este fin interpretaba cabalmente los supremos anhelos de toda la opinión no marxista, ya unánimemente convencida de que sólo una solución de fuerza podía librar a Chile del extremismo adueñado del poder público y determinado al uso progresivo de la fuerza. Nadie sabía hasta dónde llegaba esta resolución marxista y cuán extremo e inminente era el peligro que todos presentían. El movimiento militar fue, pues, acogido con una sensación de alivio, alegría, agradecimiento patriótico y esperanza, que cambió de un extremo a otro contrario el estado de los espíritus. Una inmensa expectativa de triunfo nacional acompañó desde el fondo de las almas la actuación de las Fuerzas Armadas, admirables por su unidad y por la eficiencia con que desbarataron todos los planes de acción de las fuerzas oficiales paramilitares y dominaron sin contrapeso el país entero en pocas horas.

3. *Antecedentes militares de la intervención.*

Hasta poco antes de los hechos, las únicas manifestaciones militares conocidas eran de unidad de las Fuerzas Armadas, y esta unidad se interpretaba lógicamente dentro de la no intervención porque ésta había sido la voz de orden del representante militar más caracterizado en el Gobierno, general Prats. La no intervención, como iban las cosas, era inevitablemente la desintegración de las Fuerzas Armadas, encabezada esta acción por el Gobierno, con objeto de transformarlas en la expresión armada del partidismo marxista. Cualquier intento de autodefensa implicaba subversión, que sólo podía empeorar las cosas si no apuntaba a la suplantación del Gobierno. Pero el público pensaba que la intervención radical, única eficaz, era un propósito aún inmaduro dentro de las Fuerzas Armadas y propio solamente de alguna minoría de oficiales incapaz de imponerse. Algunas incidencias inmediatamente anteriores a los hechos entonaron notablemente a la opinión.

El general Prats, hombre de confianza del Gobierno, sufrió un traspié de importancia ante la Junta de Generales que se reúne regularmente con largos intervalos. Sin embargo, no se siguió ningún movimiento en el escalafón, lo que mostraba a todas luces que la unidad militar se imponía al Gobierno. El Ejército estaba, pues, unido, pero manifestaba a la vez independencia respecto de los deseos militares del Gobierno, expresados por su representante. Era un factor nuevo. Ante el Ministerio de Defensa se vio algo jamás imaginado: las esposas de los oficiales, reunidas frente a las oficinas de sus maridos, se manifestaron visiblemente a favor de la intervención, aunque no recordamos con qué consigna, sin ser, esta vez, dispersadas, sino protegidas por los carabineros de servicio. Al revés, una manifestación femenina ante el domicilio del general Prats, originada en el propósito de las mismas esposas de oficiales de entregarle una carta para el general a su esposa, y que congregó espontáneamente a otras mujeres

del barrio, fue disuelta por carabineros, sin anuncio, con bombas lacrimógenas por orden del general.

Estos incidentes revelaban otra gran novedad, el deseo vehemente de intervención de los oficiales, expresado públicamente por sus esposas, pero que en realidad no era privativo de éstas, sino que pugnaba por manifestarse. A esta pugna respondió la renuncia del general Prats a su doble cargo de Comandante en Jefe del Ejército y de Ministro de Defensa. El general renunciado fue reemplazado en el Ejército por el segundo en antigüedad y no por algún candidato del Gobierno. Este había perdido, pues, el control del Ejército. Casi inmediatamente después otro incidente similar produjo igual situación en la Marina. Luego el Gobierno consiguió hacer renunciar al Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, pero no sin que este oficial fuese reemplazado por su segundo.

La opinión pasó en esos breves días del más resignado y resuelto pesimismo a la expectación más extrema de una definición inminente. Pero aun así, cuando ésta se produjo, el 11 de Septiembre, con la más completa unidad de acción de todas las Fuerzas Armadas en la capital y en todo el país, sin exceptuar el mar y el aire, la opinión, agobiada, experimentó una sensación de liberación milagrosa por lo rápida, completa y ajena a su esfera de acción.

4. *Antecedentes de la resistencia armada.*

La intervención militar encontró una resistencia armada muy violenta que puede describirse someramente como una batalla desigual, pero plenamente efectiva, de unos tres días de duración, seguida de una resistencia guerrillera que después de algunos meses de vigencia de la legislación de tiempo de guerra aplicada por el Gobierno militar, ya no puede manifestarse de manera activa, pero permanece viva en muchas mentes.

Esta resistencia armada no ha sido ninguna expresión espontánea de opinión. Chile conoció revoluciones e

intervenciones militares. En ninguna de ellas se produjo nada ni remotamente parecido en el pasado. Las Fuerzas Armadas se han visto arrastradas a un estado de guerra irregular interna, no más o menos simbólica, sino muy efectiva, y al cual se han debido las muchas víctimas producidas, muchas menos, por cierto, de las que difunde la propaganda unida marxista y democratista en todo el mundo. El ambiente irresponsable, artero y propiamente criminal que implica tal actitud de resistencia armada, mientras más fanática, más confirma la horrenda corrupción de criterio ciudadano operada por el marxismo.

Ya Salvador Allende, entregado a las consignas marxistas antes de llegar a candidato de los comunistas en la cuarta elección presidencial a la cual se presentara, había recibido la presidencia de OLAS, sigla eufemística de una organización revolucionaria destinada a implantar en Sudamérica el marxismo por la violencia. Fidel Castro aparecía como el promotor de tal iniciativa, al que dejaremos de lado junto con el malogrado héroe de la idea, el Che Guevara, porque el primero en esa época era un simple peón de Moscú, como lo era Allende en Chile.

Desde aquel entonces empezaron la importación de armamentos, la organización guerrillera urbana y rural, la llegada de expertos en la hostilidad a los compatriotas. Y todo este movimiento, inicialmente clandestino, cobró gran auge cuando Allende asumió el Gobierno, se rodeó de metralletas y estimuló a los partidos de la UP a convertirse en formaciones paramilitares completamente provistas de abundante armamento manual eficaz, imbuidas y posesionadas de táctica y estrategia urbana, rural y nacional. El objeto de esta movilización era evidentemente la difusión en todos los ambientes nacionales del espíritu de violencia revolucionaria y el afianzamiento práctico por las armas de la tiranía marxista que debía pasar en una ocasión tan propicia de lo virtual a lo real.

Durante tres años el régimen de la Unidad Popular fue una especie de cortina de humo para un vasto entrenamiento guerrillero en las ciudades y en los campos, en

las poblaciones y en variadas zonas rurales, en "complejos madereros" como en los accesos a los pasos cordilleranos. El tono de la política de bases en la Unidad Popular lo daba la metralleta, que no se mostraba sino con ocasión de algún asalto o asesinato, pero estaba en reserva detrás del garrote y la cadena que imperaban lo mismo en las manifestaciones callejeras que universitarias y contaban con la impunidad.

La Unidad Popular en masa vivió durante tres años la sensación de haberse convertido en los ocupantes armados del país que estaban destinados a someter con exclusividad y para siempre a su voluntad superior. Dentro de este estado de ánimo el argumento supremo era la metralleta. Ellos esperaban impotentes intentos de intervención de tales o cuales elementos militares que tenían la certeza de dominar fácilmente con el propio concurso de las fuerzas regulares.

Así, pues, la imprevista intervención de las Fuerzas Armadas perfectamente unidas fue el derrumbe inesperado, estrepitoso y total de todo un mundo de dominación sin límite que la UP se había forjado y estaba disfrutando. Fue además su propia caída a la profunda sima donde la dejaba colocada el enorme abuso del poder político que la democracia le había confiado. Mediante el uso de la fuerza del Estado en todas sus formas, una minoría se había adueñado del poder público sin limitación de tiempo ni de ley, convirtiendo en norma su voluntad, su fanatismo y su conveniencia sin la menor sombra de respeto por las opiniones, convicciones y derechos ajenos. Había destruido totalmente la convivencia nacional y, al escapársele el poder, había perdido hasta la posibilidad psicológica de volver a ella.

Tal fue el origen de la resistencia, fraguada de antemano como elemento de victoria, pero que ahora aparecía como la única forma de defensa desesperada por si algo favorable surgía en el otro lado y también como la manera más doctrinaria de vitalizar la idea en el sacrificio de la guerrilla. La coherencia formal con las actuaciones

pasadas se basaba igualmente en la pistola y la metralleta. La resistencia opuesta a las Fuerzas Armadas nacionales dentro del territorio nacional tomaba la misma forma y con los mismos fines que la resistencia opuesta en Italia a los fascistas derrotados por los americanos y a los nazis extranjeros en Francia. El propósito último de la resistencia es hacer imposible el Gobierno militar y renovar y reeditar el proceso ya recorrido y fracasado una vez. Es claro que tal propósito es ilegítimo, y dentro de sus peculiares circunstancias, envuelve propiamente una insolencia que no tiene más réplica que el aplastamiento armado. Tal es la ingrata tarea de las Fuerzas Armadas. Pero esta tarea conlleva alcances necesarios que destacaremos a su tiempo.

III. DE LA RESISTENCIA ARMADA AL ANTIMARXISMO

1. *Forma y efectos de la resistencia armada.*

Desde que las Fuerzas Armadas cercaron la sede del Gobierno en Santiago para posesionarse de él y otro tanto hicieron en las Intendencias y Gobernaciones de provincia, encontraron la réplica inmediata de elementos preparados para recibirlas en la forma previamente estudiada en cada lugar. En Santiago, por ejemplo, el Palacio de la Moneda está enclavado en el centro de un rectángulo de edificios de unas tres cuadras de largo por una en sus dos costados angostos. Estos edificios, de unos diez pisos de altura en promedio, están ocupados en su mayor parte por oficinas públicas que merecían una atención muy particular de la UP. En efecto, estaban muy bien guarnecidos de funcionarios de confianza competentemente provistos de armas cortas que mantenían en sus propios escritorios y que estaban perfectamente organizados para

cualquier emergencia. Cuando ésta sobrevino y sorpresivamente algunos tanques y destacamentos de soldados rodearon el Palacio para ocuparlo, aquellos funcionarios no fueron sorprendidos en absoluto, sino que reaccionaron de inmediato y abrieron un nutrido fuego sobre las tropas desde los balcones más altos en general.

Se concibe fácilmente el resultado de semejante actitud. El poder de fuego de la tropa era muy superior, aunque muy inferior su posición. Una cosa era batir a los francotiradores en edificios llenos de empleados y público; pero otra cosa era limpiarlos de ellos, máxime cuando se desplazaban disimuladamente para no ser cogidos. Decimos que terminó la batalla cuando los francotiradores dejaron de actuar en grupos grandes o pequeños para convertirse en asaltantes individuales, previa la fuga preparada. Pues bien, en ese sector de Santiago la batalla duró tres días. Para dar una noticia somera de lo acontecido en todo el país, se haría necesaria una información que tal vez no exista si no ha sido recogida por orden expresa. En este solo sector, siguiendo sólo informaciones de oídas, hubo más de medio centenar de muertos, principalmente en las operaciones de limpieza, donde es inevitable que caigan inocentes si hay francotiradores entre ellos.

Los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, constituidos ahora en Gobierno, pusieron en vigencia por medio de bandos la legislación de tiempo de guerra, ignorada del público, muy severa, pero, naturalmente, razonable. El objetivo era, por supuesto, impedir la organización o reorganización revolucionaria, que ha conseguido plenamente. Quedó suspendido el tránsito durante ciertas horas de la noche, substituida la jurisdicción penal ordinaria por la justicia militar para gran número de actos, establecida la censura, suprimida la prensa marxista y detenidos además los dirigentes marxistas de alto y mediano nivel, reales o presuntos, estos últimos tal vez los más, puesto que la mayoría fueron luego liberados, así como otros no fueron habidos.

Pero las cosas no pararon ahí. A la batalla siguió la guerrilla en la forma de ataques sorpresivos a las patrullas militares, de día y sobre todo de noche, intentos de sabotaje, tiros en la sombra para desorientar, transporte de armas y otras formas de hostilidad. Además, había muchas armas ocultas, con el resultado de continuos descubrimientos, que hasta hoy se suponen muy parciales, de depósitos de distinta entidad en los sitios más imprevistos.

La tarea de las Fuerzas Armadas fue y ha sido muy pesada. Hubo que resguardar del sabotaje todos los servicios públicos, vigilar el cumplimiento del toque de queda, impedir los transportes de armas, controlando el tránsito en varias formas. Si a esto se agrega el peligro continuo de asaltos en las noches, además de los atentados mismos y del recrudecimiento de la delincuencia que trae toda perturbación grave del orden social, se tiene la causa general de otro buen número de víctimas, muchas de ellas inocentes, y atribuibles a las reacciones diversas de gente uniformada que efectúa labores extraordinarias de policía que no le son propias.

Pero tampoco las cosas pararon aquí. Se pudo comprobar que la rápida declinación de la guerra de resistencia a un nivel muy limitado no se debía solamente a la imposibilidad material de enfrentar la represión, sino también al propósito de no dar blanco para poder conservar las armas ocultas todavía en importantes cantidades y reorganizar los cuadros, en vista de la propaganda clandestina, con fines ulteriores pertinentes de acción revolucionaria. Esta secuela o segunda etapa de la resistencia movió a los organismos de seguridad de las Fuerzas Armadas a promover la pacificación por medio de una acción policial enérgica, destinada a detectar las armas e impedir por varios medios la reorganización de los cuadros revolucionarios. A esta acción se ha debido el mayor número de detenidos, todos los que siguieron a los cabecillas capturados durante los primeros días, así como la activación de la tarea de los tribunales militares en su

afán de sancionar los delitos envueltos en las actividades revolucionarias dentro de la legislación de tiempo de guerra.

2. *Problemas seudopolíticos de la resistencia.*

La visión simple que existe en el extranjero acerca de la situación chilena es que impera aquí un régimen militar que, por ser anticomunista, quiere erradicar el marxismo persiguiendo y matando a los marxistas. Tal idea es una anfibología y hasta una calumnia en su deformación de la verdad. Dentro de esta línea se practican además la exageración y la mentira interesada y organizada, de que se hacen eco, cosa insólita, muchos chilenos en el extranjero.

El error de esta versión consiste en que el tono violento de la situación que siguió al pronunciamiento militar lo dio la resistencia armada de los marxistas, no espontánea, que habría sido insensato y sin efecto, sino abundante y preferentemente preparada espiritual y materialmente, aunque por completo defraudada por los hechos. Fue esta revolución frustrada, pero tenazmente acariciada antes y después de la intervención militar, lo que trajo la resistencia armada en sus distintas etapas y la represión de ella en sus dos formas ya mencionadas, militar y policial.

No es menos cierto que esta actitud de marginación de la comunidad nacional de parte de un número importante de compatriotas, implícita en su propósito de convertirse en casta instrumental de una tiranía perpetua, crea problemas seudopolíticos difíciles y delicados de tratar.

Están primero los detenidos. Estos han sido muchos, bastante arriba de diez mil, probablemente, de los cuales la mayor parte han sido liberados después, de modo que los presos, sea con o sin cargos procesales, son una fracción de los detenidos, siendo a su vez una fracción de aquéllos los condenados por los tribunales militares. El

número exacto no es conocido oficialmente del público, y esta reserva, en esta materia como en todas las demás, tiene sin duda sus motivos y ventajas, puesto que de otro modo no habría sido implantada, pero tiene la desventaja de que dificulta notablemente la lucha contra la mentira.

A propósito de los presos, hay dos categorías: los dirigentes tomados en los primeros días y los demás, correspondientes a la represión policial de las actividades revolucionarias; los primeros son bien tratados, especialmente los que tienen categoría. De los otros se ha dicho que en muchos casos han sido objeto de los mismos maltratos que practicaba la UP a pretexto de suspicacias que nunca se confirmaron. Es claro que el mejor fundamento hace menos arbitrario el procedimiento, pero nadie dirá que lo sanea. Aquí el objetivo de estos apremios es elemental, no arbitrario. Pero estas prácticas, comunes en casi todas partes en circunstancias extraordinarias —por ejemplo, tenazmente ejecutadas por Francia, durante la guerra argelina— debemos suprimirlas en Chile.

Los muertos es otro capítulo, bastante trágico y hasta cierto punto sorprendente, porque las causales son complejas dentro del marco sencillo de la resistencia y su represión. Todo el mundo que se interesa tiene diversos datos parciales. Se sabe de un solo dato oficial de una cierta fecha ya olvidada y que no contenía ningún detalle de formas o fuentes. Se sabe de los muertos que han pasado por las morgues de las ciudades que tienen estos establecimientos. Pero no están compilados, públicamente, para el país, ni comprenden más que una parte, tal vez importante, de ellos. Todas las víctimas tienen su origen en la resistencia armada, pero las víctimas directas de ella son quizás menos numerosas que las indirectas.

Víctimas directas llamamos aquellas que cayeron por el fuego de francotiradores, actuando en grupo, en los primeros días, o individualmente o en guerrillas rurales después. La represión de ellos fue desde luego mucho más sangrienta que la acción, puesto que actuaron confundidos entre otra gente y debían ser puestos fuera de acción

por necesidad. Estos, y los ejecutados por condena de los tribunales militares, que son una pequeña fracción del total, constituyen el resultado directo en muertos de la resistencia.

Pero hay otro indirecto, sin duda más alto, en víctimas. Está formado por los que cayeron y aún caen por la desacostumbrada reglamentación que consigna y las amplias facultades que concede a la fuerza pública la legislación de tiempo de guerra, y que producen en el público y en la tropa efectos psicológicos muy singulares con relación a lo normal.

Muy distinto es el caso de los tribunales militares. Al parecer, fue algo expeditivo durante los primeros días en que los delitos aparecían como causales directas de vidas perdidas y el tiempo apremiaba. Pero al disminuir la tensión volvió la serenidad. En general, los tribunales han procedido con un criterio legal muy serio. Muchos acusados han sido absueltos. Los condenados han sido todos activistas sorprendidos en diversos delitos, no habiendo entre ellos personas políticamente conocidas nacionalmente. Es el acto, no la filiación, lo que se pena, por supuesto.

En suma, la implantación del estado de guerra más allá del estado de guerra efectivo, que no es lo mismo que el sabotaje y la guerrilla, tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Las ventajas se presumen fácilmente y sería gratuito discutirlas no estando en conocimiento directo de los hechos. El inconveniente está en la falta de información que impide la solidaridad basada en el conocimiento de causa, que es muy superior a la que se funda en la simple fe o confianza. La solidez de la convicción es muy importante para el ciudadano, para el Gobierno y para el país. Así, por ejemplo, se da el curioso caso de que los chilenos no podemos contribuir útilmente a informar al extranjero a través de nuestra propia prensa, ni tampoco a los conciudadanos impresionados por algún dato que han oído o les toca de cerca. Dejamos constancia de nuestra opinión, en la certidumbre de que la autoridad piensa otro tanto, pero con mucho mayores elementos de juicio.

De las mentiras difundidas sistemáticamente en el exterior sería tan largo como superfluo ocuparse, puesto que consisten en su diferencia con la verdad y recaen sobre sus autores.

3. *La elusión democrática del antimarxismo.*

Cuando las Fuerzas Armadas llegaron al Gobierno, los civiles, ignorantes del pensamiento de ellas en materias políticas, vieron en el acto que eran antimarxistas, puesto que derribaban el régimen marxista imperante. Como sobrevino la resistencia marxista armada, aquella idea inicial quedó en una especie de suspenso, recubierta por las exigencias de otra índole de la guerra interna. La enorme superchería de la propaganda externa, que atribuía la represión de la resistencia armada a un propósito anticomunista, no estaba hecha para aclarar las ideas. Sin embargo, el punto del anticomunismo —que ya veremos que es más propio llamar antimarxismo— no es tan complicado y escurridizo como parece. Pero, para mostrarlo, es preciso tomarlo con algún método.

Hemos dicho en escritos anteriores que el antimarxismo es connatural a la democracia por la sencilla razón de que tiende a destruirla en sus elementos esenciales. Esta afirmación da lugar a problemas teóricos y prácticos más bien complejos. Pero no es plantear ni resolver estos problemas negarlos redondamente y admitir que la democracia es simplemente el gobierno de la mayoría de acuerdo a su deseo, conveniencia o voluntad. Esta es la formulación de la demagogia, no de la democracia. Y aunque esta formulación es universal en estos años —porque las consignas mundiales cambian de rumbo de un lado para otro a impulso de los acontecimientos—, no es verdadera.

Al eludir de esta manera el problema, la democracia legitima la demagogia y, junto con legitimarla insensiblemente la adopta para disputar la mayoría de la opinión

en buenas condiciones. Hay aquí una falla doctrinal del pensamiento político, porque el bien de los más, propio de la demagogia, no conduce al bien común, fin de la democracia. Para poder servir el bien común, la democracia debe perseguirlo directamente, y ésta es su diferencia con la demagogia y a la vez con el comunismo marxista. Para simplificar su tarea, la democracia adopta la doctrina demagógica, legitima el marxismo y lo admite en pie de igualdad, convencida de que esta táctica asegura una paz social y política perpetua, una especie de panacea.

Las naciones de mayor cultura social son hoy día aquellas que resisten mejor esta decadencia doctrinal del pensamiento político. Pero nada es eterno. No sabemos cuánto tiempo más resistirán la lógica de su doctrina demagógica y a qué tipo de evolución puede conducirlas el abandono del bien común como norma. En las naciones latinas esta evolución se traduce en la difusión del comunismo marxista. Actualmente una nueva etapa se esboza: los partidos socialistas se acercan al comunismo que antes repudiaban y se alejan de los partidos democráticos no socialistas.

Y esto sucede no solamente en Italia y Francia, también en Alemania Federal. La crisis de la democracia desborda el mundo latino. También en Inglaterra y Norteamérica la libertad sin objeto doctrinal ya no se satisface con la prosperidad y no halla qué poner en su lugar o qué cosa adicionarle, si no es la igualdad en todo. Y puesto que esta igualdad es utópica, se empieza a aceptar por muchos el marxismo como la única forma de lograrla. La defensa rabiosa de la libertad democrática se convierte al mismo tiempo en el ariete de la lucha igualitaria, a la vez formalmente liberticida. De manera que, a la inversa, la lucha por la democracia es la lucha por el bien común como contenido y fin de la libertad sociopolítica, a la vez que por la igualdad en su acepción natural y no utópica.

4. *Definición del antimarxismo.*

¿Cómo podemos entonces definir el anticomunismo democrático? Llamamos comunismo habitualmente no a la idea comunista, antigua como el mundo, y que es, por así decirlo, el aspecto material de la igualdad humana. Lo peculiar del comunismo de todos los tiempos es que considera este aspecto material como condicionante de la igualdad entre los hombres, la cual carece de existencia mientras no se realicen aquellas condiciones de igualdad material. No hay para qué referirse a las múltiples versiones de tal idea a lo largo de muchos siglos. Pero lo que llamamos comunismo hoy día es la doctrina elaborada en el siglo pasado por Marx, Engels y Lenin y que este último hizo triunfar en Rusia, país inmenso y poderoso, en 1917, y que a raíz de la Segunda Guerra Mundial se convirtió en una especie de imperio ideológico de la mayor importancia mundial.

Este compromiso político consta de dos elementos: la idea comunista propiamente dicha, hasta con anarquismo final y abolición del Estado; y las estructuras y métodos, más leninistas que marxistas, para implantar aquella idea, preservarla y perfeccionarla. Esta división es un poco fluida porque Marx concibió un comunismo impregnado de las influencias más extremas del pensamiento moderno, tales como ateísmo, panteísmo humanístico, idealismo, materialismo, a la vez que estuvo muy lejos de descuidar la teoría de la praxis o aplicación de la idea. Pero Lenin es el verdadero padre del comunismo actual, no por su originalidad doctrinal, en que no agregó una coma al pensamiento de Marx, sino por su genio de la acción, que infundió a su propio movimiento una coherencia y disciplina únicas entre los varios e importantes movimientos rebeldes contemporáneos, hasta llevarlo a la conquista de Rusia y, a través de ella, de medio mundo. Marx fue el ángel Gabriel de este Mahoma.

De todos modos, en esta construcción se puede distinguir todo lo que es ideología de lo que es praxis. Lla-

mamos aquí ideología a la expresión directa del pensamiento en toda su amplitud, sea humanístico o político. Y llamamos praxis a la organización requerida para cambiar las instituciones en cualquier sentido acorde a aquel pensamiento, ya que se trata de un pensamiento fundamentalmente político. Sucede que en nuestra tradición tanto el pensamiento como la asociación son libres. Propiamente son considerados como derechos naturales y humanos. Como derechos son limitados por el derecho ajeno y son por lo mismo responsables.

Sin embargo, es mucho más sencillo reglamentar la libertad de asociación que la libertad de pensamiento. Pues toda asociación se califica por sus fines explícitos y verdaderos, y es lícita si éstos lo son, ilícita en caso contrario. En el marxismo-leninismo se pueden señalar varios fines que son ilícitos, tanto con relación a la norma constitucional como al mismo tiempo al derecho natural. Cualquier aspiración que ataque ambas normas —para evitarse toda estrechez de criterio— constituye objeto ilícito del derecho de asociación y debe ser prohibida. Pero esos objetos, en tanto atacan el estatuto de la persona y la libertad, igualdad y dignidad del ciudadano y fundan el totalitarismo, deben ser definidos con precisión para que cualquiera pueda distinguir con claridad e inequívocamente lo lícito de lo ilícito.

Definidos bien concretamente los fines ilícitos en las organizaciones marxistas, la regulación del pensamiento en las mismas materias se reduce a establecer la ilicitud de las acciones tendientes a concitarles voluntades a esos fines ilícitos a través de todos los medios de expresión y difusión del pensamiento. El principio es que el conocimiento de ellos es lícito, pero su propaganda, ilícita. Nadie pensará que es sencillo separar una cosa de otra al margen de la buena fe. Lo interesante es no suprimir ninguno de ambos términos a pretexto de simplificación y adecuar la reglamentación y la sanción a un criterio que preserve claramente la distinción entre conocimiento y

propaganda de fines ilícitos y la haga prevalecer dentro de la honradez.

Así, podrá haber partidos o movimientos comunistas o socialistas, pero no podrán incluir en sus programas los fines declarados ilícitos ni hacerles propaganda en ninguna forma, ni en su prensa, literatura u otro medio público de expresión, sin caer en sanción inspirada en la prudencia.

IV. EL BIEN COMUN Y SU ACTUAL PROBLEMATICA

1. *El bien común material.*

Decíamos más atrás que el actual Gobierno se caracteriza por dos rasgos muy interesantes: su antimarxismo y su concepto directo del bien común. Del antimarxismo real del Gobierno no sabemos mucho, puesto que la resistencia armada no le ha dado ocasión propicia para manifestarlo como criterio de Gobierno en tiempos normales. Es por eso que explicamos como lo concebimos nosotros. En cambio, de su concepto directo del bien común sí que ha dado abundantes muestras. Se nos permitirá que no definamos lo que entendemos por bien común, no porque la idea esté tan difundida como el término, ya que éste es usado con frecuencia fuera de su genuino sentido, sino porque este último queda suficientemente explicitado al presentar el concepto directo de él.

Recordaremos que el bien común no es motivación exclusiva del Gobierno. Nuestros actos individuales o colectivos tienen las más de las veces objetivos sociales frecuentemente preferentes, cual sucede en cualquier tipo de trabajo. Tales actos están también condicionados por el bien común al cual contribuyen y del cual no pueden prescindir. Pero hay muchas materias en que la acción

del Gobierno es privativa y excluyente, y como éstas miran muchas veces directamente a la colectividad toda, se admite con razón que el Gobierno es el agente principal y decisivo del bien común. De ahí la importancia del criterio que reina sobre él en el Gobierno.

El bien común puede considerarse en dos aspectos que podemos llamar con alguna aproximación materiales y morales. En ambos aspectos el bien común es el fin del Gobierno. Es una idea gratuita la de establecer una relación cuantitativa entre la magnitud de las atribuciones del Estado y la importancia de su contribución al bien común nacional. No es preciso entrar en el debate de saber cuáles son las atribuciones privativas del Estado y cuáles no, o sea, hasta donde debe llegar el intervencionismo, acción y providencia del Estado para que la nación pueda lograr sus fines culturales en la mejor forma. Este es un debate muy amplio y tanto menos interesante cuanto se le toma en forma más general. Pues la manera de fijar esas atribuciones es la observación crítica y experiencia libre de prejuicios.

Tal libertad de juicio no puede posiblemente lograrse de un día para otro en todos los planos a la vez en cuanto es una novedad. Lo substancial aquí son las dos condiciones que brillan a todas luces en los miembros de la Junta de Gobierno, a la vez Comandantes en Jefe de los cuatro cuerpos armados chilenos. Esas dos condiciones son un deseo bien centrado y vivaz de progreso o mejoramiento nacional y un criterio que llamaremos empírico o pragmático, pero en ningún caso doctrinario, en la conducción de los asuntos nacionales o solución de los problemas.

Estas dos condiciones están presentes en todas las manifestaciones de palabra y de obra de los miembros de la Junta, de su Presidente y de la Junta como un todo. A esta vivencia del bien común se debió la clausura del Congreso, donde los intereses creados ideológicos, particularmente en el sector marxista, eran demasiado poderosos y exaltados para permitir una cooperación útil de

ese cuerpo político. También la Junta hizo bien en anular los registros electorales viciados de manera casi imposible de detectar, no obstante cuya circunstancia ciertos sectores democráticos se manifestaron dispuestos a arriesgarse a nuevas elecciones y plebiscitos a falta de otros recursos.

Con todo, la manifestación más clara de este concepto vivo y correcto del bien común está en la orientación de todas las actividades del país hacia su restauración y perfeccionamiento rápido, así como también en la riqueza de ideas, conocimientos e iniciativas que el Gobierno acopia al hacerse asesorar por expertos competentes, particularmente en materias tan complejas como las económicas. En ninguna rigen sin discusión consignas simples, como era lo habitual en Gobiernos anteriores, sin hablar del régimen marxista. Ahora hay solamente fines y medios adecuados para lograr esos fines.

Se trata, por ejemplo, del buen trabajo agrícola. Hay que ir removiendo uno a uno los obstáculos que lo impiden y promoviendo uno a uno los elementos o factores que lo facilitan. Pero no hay dogmas, no hay tabúes. Hay solamente una situación de hecho y de derecho que se trata de mejorar, de modificar en el sentido observable y luego también comprobable de un mejoramiento. Si lo que sugiere la observación lo desmiente la experiencia —que es posible—, el progreso existe de todas maneras, porque el error comprobado exige nuevas observaciones y experiencias. Así, la política económica, que ya está dando resultados, promete mucho mayores esperanzas.

De toda suerte, lo interesante en esta promoción conveniente y acertada del bien común es que supera la nefasta desviación demagógica, según la cual el bien común es el bien de los más. Tal orientación es funesta, porque la promoción del solo bien de los más no conduce al bien común, que es orgánico, y al contrario desvía de él y perjudica a los más. En cambio, el bien común, perseguido directamente, da un resultado eficaz y efectivo y favorece a los más, no subsidiariamente, sino primordialmente. Basta un ejemplo. Los obreros norteamericanos tienen

prácticamente todos muy buenos automóviles y los obreros rusos no tienen ninguno. El motivo es muy simple. En Norteamérica, por encima de la simplificación demagógica de la doctrina política, que todavía no guía la conducta, se aplica el bien común directo. En Rusia, en cambio, el bien de los más.

2. *El bien común ético.*

Hay que decir, por otra parte, que el bien común está muy lejos de ser una motivación solamente material. Lo es en primer lugar moral, como si en lo temporal rigiera inalterable la palabra de Cristo: "Buscad el Reino de Dios y su justicia y el resto se os dará por añadidura". Y, en efecto, la esencia del bien común es la justicia legal y social. Y en esto todo el mundo está de acuerdo. Pero en cambio la doctrina razonable está muy olvidada y es frecuente comprobar un concepto simplificado y erróneo de la justicia, que la equipara a la igualdad. Es cierto que la igualdad es la forma de la justicia. Pero también es cierto que las situaciones que sirven de objeto a la justicia legal y social son concretas y son complejas, y por estas razones exigen varios criterios de igualdad más o menos incongruentes entre ellos y no uno solo, en cuyo caso estaría establecida de una vez por todas desde tiempos remotos. Es esta complejidad la que olvidan los propagandistas ajenos a responsabilidad. Simplifican arbitrariamente los planteos y por paradoja complican las cosas en vez de facilitarlas. Pero otra cosa sucede con quienes tienen responsabilidades resolutivas. Ellos están forzados a ver las cosas como son para poder resolver, si son honestos, y entonces sólo el espíritu de justicia les sirve de inspiración, ninguna doctrina. La honestidad para ver y el espíritu de justicia para resolver en cada problema concreto, ésa es la justicia legal y social en el Gobierno. En este aspecto, la formación militar es una excelente escuela, de que da buena muestra la Junta de Gobierno.

Aparte este aspecto general de la justicia, cuyo desarrollo sería interminable, querríamos insistir sobre otro aspecto, muy olvidado, pero importante cuanto sencillo, de este mismo tema. Toda civilización es moral o eticista. Ambas expresiones significan lo mismo, pero muchos llaman ética a la moral social, a la cual deseamos referirnos ahora.

Por sabido se calla que las relaciones sociales deben ser conformes a la moral o ética. Con relación a cierto tipo de actos inmorales, en toda sociedad rige la moral del gendarme, la ley penal. Pero la ley penal misma no puede distanciarse mucho de las costumbres, porque entonces se hace difícilmente aplicable, sólo ejemplarizadora y en consecuencia disonante con la igualdad en la justicia, inexistente para el que sabe burlarla. Son las costumbres las que deben infiltrarse de ética.

El crisol de esta tarea es, evidentemente, la escuela. Pero también influyen mucho —sin hablar del hogar— la calle, los medios de información, el espectáculo, el ejemplo de la gente constituida en autoridad. Esta ética que debe transmitirse continuamente a una sociedad es sólo racional, no es elevada, no es sublime, es sencilla, es de muy moderado nivel, pero es básica y debe ser apoyada con firmeza inalterable para que surta efecto.

Ejemplo: el respeto de la verdad, la proscripción y desprecio de la mentira. Este solo mandamiento es profundamente civilizador y libertario o liberador, como se quiera. Y así hay muchos otros de distinta entidad: limpieza, responsabilidad, decencia, disciplina, etc. No es ésta la moral. Es una cierta moral básica que condiciona el estado civilizado, la civilización.

Es curioso: el imperio de esta ética básica y modesta, pero efectiva y universal, trae consigo el agrado de la vida social en general. Quien haya viajado lo sabe perfectamente. *A contrario sensu,* no hay mayor agrado que viajar por un país civilizado. Y decíamos que había una curiosidad en esto, porque si se quiere convertir a Chile —tan admirablemente dotado por la naturaleza— en país de turismo, lo más efectivo es hacerlo agradable, o

sea, civilizado. Y esto no es asunto de riqueza, sino de una moralidad mínima firmemente amparada, que lo haría por demás atrayente.

Pero, claro, ésta es sólo una pequeña digresión sobre el tema, porque lo interesante es el bien común en materia ética. Con respecto a él diremos que este aspecto del bien común, de carácter racional y sin otro objetivo que el estado civilizado, es cosa que no debe despreciarse en nombre de concepciones más altas, profundas y trascendentes de la moral. Una cosa no se opone a la otra. Aquélla no reemplaza a ésta. Pero no es menos cierto que todo lo que es accesible a todos es de pequeño nivel, en tanto que aquello que, por su calidad, es accesible a pocos no puede ser exigido a todos en cuerpo. Por eso, aquella moral pequeña y racional que funda la civilización compete al gobierno del Estado y no a ésta, que tiene otros atributos.

En suma, consideramos que tanto en el aspecto material como ético, el concepto del bien común que anima al movimiento militar trae novedades de vital importancia para el futuro del país y constituye una versión del más auténtico nacionalismo.

3. *Problemas de régimen.*

Conviene recordar que el régimen de Allende era una tiranía demagógica —que ignoraba el bien común—, totalitaria —ignoraba a la persona— y perpetua —los gobernantes formaban una casta y actuaban como tales—. Hasta que fue derribado, el régimen marxista no se había arrancado aún la máscara democrática que a nadie engañaba. Pero ese momento había llegado. Estaba acordado para el 17 de septiembre el golpe de fuerza definitivo, con su correspondiente baño de sangre y sin resistencia posible, de no venir de los militares, que el Gobierno estimaba que le eran en conjunto favorables. Tal era el "Plan Z". En cambio, el actual régimen es restaurador de

cuanto estaba siendo y habría sido destruido, y además es provisorio.

Este último rasgo plantea el primer problema de régimen. Muchos se preguntan cuánto va a durar, cuándo será restaurada la democracia, si es provisorio. He aquí una duda no muy difícil de satisfacer, porque conocemos un pronunciamiento explícito del Presidente de la Junta, general Pinochet. La vuelta a la democracia no será inmediata. Y es natural, no sólo porque han sido anulados los registros electorales viciados irreparablemente, sino porque además una vuelta precipitada a la democracia haría estéril la propia restauración democrática. Pues no se trata aquí de reparar un accidente, sino de rectificar un proceso al cual ese accidente se debió.

También declaró el general Pinochet que los militares no se instalarían en el Gobierno a perpetuidad, porque tal era su compromiso interno. Agregó, lo que es obvio, que era imposible predecir el tiempo necesario a una restauración adecuada ni por tanto fijarle un plazo al régimen militar. Este primer problema está planteado en términos bien simples.

La Junta ha designado una comisión para que estudie una reforma constitucional. A primera vista esta preocupación aparece contradictoria con el carácter provisorio del régimen. Pero debe considerarse que la actual Constitución está suspendida parcialmente en su funcionamiento regular, con la agravante de que ha sido enmendada y parchada de tal manera, que cierto incidente demostró que ni siquiera los propios constituyentes de las últimas reformas estaban de acuerdo sobre el alcance de tan manoseado texto.

Hay novedades y viejas aspiraciones incumplidas que buscan su expresión constitucional en el nuevo régimen. Tales son el antimarxismo que la Junta profesa y al cual nos referimos más atrás; la actuación de los gremios en la vida del Estado a raíz de la preponderante actuación de ellos en la etapa civil de la liberación; la descentralización administrativa, vieja aspiración incumplida a pesar

de su capital importancia; la supresión de los privilegios que se habían atribuido los partidos, etc. Aunque ignoramos el curso de este trabajo, pensamos que su tarea es elaborar un reglamento que consigne la estructura provisional del Estado en relación a las nuevas circunstancias, más que una Constitución propiamente dicha.

En Chile hay muchísimos problemas, muchos más de los que debiera haber si nuestro régimen no los hubiera creado a montones inútilmente. Pero entre todos ellos, los de régimen son los más importantes. Y entre los problemas de régimen hay uno que los domina a todos: es el espíritu predominante en el régimen. Es un poco bizantino discutir acerca de si existe o no una crisis de nuestro régimen. En verdad, no es propiamente una crisis lo que sufre nuestro régimen, sino una cierta evolución que ha cambiado gradualmente su carácter, llevándolo irregularmente hacia nuevos rumbos que no tienen por sí mismos salida favorable.

Si se observa lo sucedido en Chile desde hace unos cincuenta años, se ve que a lo largo de este período la democracia cambió completamente de espíritu. Antes de iniciarse aquel período nuestra democracia lo era más de forma que de fondo. Nuestros gobernantes formaban una especie de casta en general muy honorable, ejemplar y bien inspirada, pero que había perdido la noción del gobierno del Estado en que todos tomaban parte e impedían toda continuidad, eficacia y perspectiva.

A partir del año 20, aquella democracia experimentó una evolución que se manifestó por un lado en el cambio del sistema de gobierno, que la Constitución de 1925 transformó en una especie de monarquía electiva semejante a la de los decenios, excepto en el espíritu. Esto último no es ninguna crítica, sino otra faceta de nuestra evolución. El espíritu democrático que hemos definido más atrás por el sentido del bien común giró lenta e irregularmente, pero también categóricamente hacia la concepción demagógica del bien de los más como fin del Gobierno. Entonces los Presidentes gobernaron con diferentes criterios según su extracción política y personalidad, pero dentro de una impotencia cada vez mayor debida a la presión e inextricable legislación demagógica. Al mismo tiempo, el formalismo democrático daba pasos de gigante hasta convertir al país en una especie de campeón mundial de la perfección formal democrática.

Las tres o cuatro últimas elecciones presidenciales dejaron al desnudo la crisis, mejor dicho, la falencia del régimen. Se elegía una especie de monarca entre facciones enemigas, tres o cuatro. Lo que separaba a esas facciones unas de otras era, en el fondo, algo ajeno a las respectivas doctrinas, pero determinante en la actuación pública. La derecha arrastraba consigo el criterio tradicional democrático del bien común. Pero éste nunca entró en su doctrina, de manera que tampoco podía promoverlo con iniciativa y originalidad. Y la izquierda se volcó por sectores al concepto demagógico que la separaba de la derecha, pero también entre sí, por las distintas versiones de la tendencia general. El avance del criterio demagógico dificultaba el gobierno cada vez más y la ruleta electoral exponía al país cada seis años a caer en rojo, que fue lo sucedido en 1970.

No pensemos que esta evolución es muy peculiar a Chile. Es el caso de todo el mundo latino, encabezado por Francia e Italia. Es una evolución peligrosa para la civilización. La historia antigua demuestra que la demagogia es un mal progresivo que no tiene curación, excepto por un cambio radical que lleve al Gobierno otra mentalidad que la resultante de los deseos populares. Fue lo que sucedió en Roma después de Accio, cuando Augusto se convirtió, de cónsul, en emperador, a través de una serie rápida de ficciones legales. Ni las proscripciones de Sila ni el asesinato de César habían servido de nada. Sólo el cambio de sistema pudo prolongar por cinco siglos la vida del organismo político romano. En Atenas no hubo tal cambio de régimen, y éste, que se había transformado en demagogia desde la muerte de Pericles, se fue degradando paulatinamente durante cerca de tres siglos, lle-

gando a destruir por completo la civilización misma hasta la conquista romana. Todavía la democracia es nueva en el mundo actual; pero cabe poca duda de que seguirá la misma evolución negativa de la Antigüedad, puesto que el concepto demagógico del bien de los más gana terreno en todas partes.

Es por eso que nosotros creemos que la ocasión es única para Chile de salvarse al menos por mucho tiempo para el futuro. Si el país vuelve sin más a la ritualidad democrática, el actual espíritu de recuperación durará muy poco y volveremos a la división facciosa y al predominio demagógico. La prueba más evidente de que así sería está en que las propias víctimas de ese espíritu no tienen conciencia del mal que padecen.

No queremos aparecer propiciando reformas concretas. Decimos solamente que ellas existen, que están dentro de la línea evolutiva de los últimos cincuenta años y que pueden remozar por largos años la democracia chilena si evitan la degeneración demagógica, manteniendo en la cabeza del Estado el espíritu del bien común genuino que hoy anima a las Fuerzas Armadas.

4. *Idea del nacionalismo.*

El régimen militar se ha declarado nacionalista en más de una ocasión. Esta expresión no se toma siempre en el mismo sentido. Hay versiones menguadas, particularistas y exageradas de ella. Y toda esta especie de epopeya de liberación que hemos descrito más atrás nos sirve de excelente base para destacar aproximadamente su genuino alcance.

Toda colectividad humana tiene conciencia de su unidad y de su singularidad. Lo que vale en la tribu, y es su principal atributo, vale también para toda sociedad nacional. Con respecto a la nación, todos tenemos en primer lugar una relación de dependencia. Es una dependencia parecida a la filiación. También, a la inversa, la patria, en la acepción más remota del término, es la tierra

consagrada por las cenizas de los padres, de los antepasados, de los muertos que tuvieron entre ellos el parentesco de una misma relación con respecto a una misma nación.

Esta sénsación de pertenencia y filiación se traduce en el amor a la Patria, o patriotismo, sentimiento natural y estimulante. Natural, porque su objeto es necesario, no es de elección. La patria no se elige, se hereda, en el sentido de que se nace en ella. Y este sentimiento sale de la naturaleza, al igual que el amor a los propios padres. Pero ademas el patriotismo es estimulante, porque no va solamente a lo propio que hay en la patria, sino también a lo que hay en ella en común con los demás compatriotas. El buen ciudadano se expresa espontáneamente sirviendo a los demás, como el buen profesional. Y el valor de sus servicios es la consideración ajena.

Sin embargo, los otros a quienes todos de alguna manera servimos no se limitan al prójimo, a aquellos con quienes estamos en relación directa de servicio. También lo son todos aquellos que forman la misma nación, por numerosos que sean y desconocidos para nosotros. Pues todos ellos tienen en común con nosotros no sólo la filiación o pertenencia a una misma comunidad, sino la ciudadanía, es decir, la posesión de los mismos derechos y deberes políticos. Los compatriotas formamos una misma comunidad política que los antiguos llamaban ciudad. Para todos nosotros, las perspectivas y obligaciones del ciudadano tienen un horizonte, el de la nación; un límite, que son las fronteras del territorio. Al interior de ellas, todos somos miembros de una misma ciudad, somos conciudadanos. Y esta relación es importante, porque cada uno de nosotros no está sólo al servicio de los clientes de su trabajo, sino también y al mismo tiempo de la nación, sea como simple ciudadano, miembro de una organización política, funcionario o gobernante. La nacionalidad es el límite de la ciudadanía, de esa condición propia del hombre que consiste en elaborar su propio destino personal sirviendo al prójimo, y social, a través de esa organización que llamamos Estado. Pero conste que el Estado al

cual nos referimos es el Estado-sociedad o colectividad organizada, no el Estado-poder o Gobierno.

Tal es la estructura de la nacionalidad. Comprende la pertenencia a la patria y la ciudadanía. ¿Y qué es el nacionalismo? Es la conciencia de la nacionalidad, o mejor dicho, la presencia de la nacionalidad en el alma. Es, en otras palabras, el doble sentimiento, vivo y activo, de filiación respecto de la Patria y de la Ciudad o Estado. Así como la Patria suscita el sentimiento propio de la filiación, así la Ciudad, Estado o Nación solicita el sentimiento de la responsabilidad y cautela del bien común. La fusión racional de estos dos sentimientos, igualmente naturales y estimulantes, es el nacionalismo. El nacionalismo es, pues, natural y estimulante, no es menguado, exagerado ni particularista porque pierde su fecundidad en la medida en que se desvía a esos extremos.

Menguado es el patriotismo que subordina el bien común nacional a ciertas doctrinas o ideologías. Este criterio menguado no cabe en una sola frase. Porque hay doctrinas inherentes al bien nacional, por ejemplo, el derecho de la nación a ser libre, es decir, a constituirse en Estado y ser reconocida como tal, si no lo está. También es legítimo y conveniente que los ciudadanos reivindiquen los derechos naturales básicos, si les son arrebatados. Fue lo que vimos a lo largo de toda la lucha con la UP. ¿Puede decirse que transportistas, mineros y otros gremios se alzaban contra el bien común nacional cuando luchaban por su natural derecho? De ninguna manera, porque los bienes que reivindicaban eran inherentes al bien común nacional, en tanto que los perjuicios que irrogaban eran evitables por la autoridad con sólo hacer justicia y eran meramente materiales e inmediatos. Pero, en cambio, cuando la UP destruía el país material y espiritualmente, o sea, el bien común nacional en toda su amplitud, con objeto de implantar por la fuerza su particular doctrina social, atentatoria en varios puntos capitales contra el derecho natural y los derechos ciudadanos, entonces sí que manifestaba un concepto menguado del nacionalismo

genuino, porque supeditaba el bien común nacional al triunfo de su interesado fanatismo doctrinario. Es el caso de todas las naciones comunistas. Como botón de muestra, Rusia fue privada de su nombre histórico por los bolcheviques y bautizada con una especie de consigna sectaria. En cuanto a los satélites, han sacrificado todos su nacionalidad independiente a la dependencia comunista. A esto llamamos un nacionalismo menguado, aunque vaya aparejado a un insaciable apetito de poder y a un fanático incremento de la fuerza militar.

Particularista es el nacionalismo cuando desarrolla cualquier objetivo donde la nación encuentra una ventaja a costa de la justicia. Tampoco aquí es posible definir tajantemente la justicia en cada caso, porque la práctica ancestral de la violencia entre naciones ha confundido las cartas en muchos casos, hasta reducir la justicia al statu quo, que puede distar mucho de la justicia. Además, hay varias otras circunstancias que miden la justicia y reducen a un papel secundario los aspectos territoriales. Pero, dentro de la relatividad de las diversas circunstancias, es manifiesto que el propósito claro de retirar ventajas nacionales del uso de la fuerza considerada superior constituye una versión particularista del nacionalismo que, a despecho del propósito de enaltecerlo, lo degrada. No hay para qué citar innumerables casos de este nacionalismo mal entendido.

También hay un nacionalismo meramente exagerado que le da a la nación, a la patria, o más bien, al patriotismo y nacionalismo, dentro de los valores humanos, un rango supremo que va más allá de lo prudente. El nacionalismo es un gran valor. Aunque los valores no son precisamente mensurables entre ellos, los hay sin duda de mayor o menor categoría. Pero otra cosa es que la nación o el nacionalismo sean considerados valores supremos. La noción de culto de la patria en nuestro sentir es excesiva, porque tiene el efecto de subordinar al nacionalismo los demás valores. Es aquí donde han surgido muchas exageraciones, incluso aberraciones, en diversos

casos históricos, y la mejor manera de que no vuelvan a producirse es destacar la nota que a nuestro juicio caracteriza el nacionalismo genuino.

Creemos que esta nota es el humanismo. Entendemos por esto que la mejor concepción del patriotismo o nacionalismo es aquella que ve en la patria el ambiente donde somos responsables de la promoción de los valores humanos, así como también de los valores materiales y espirituales, si no de la Humanidad en general, que es demasiado vasta actualmente en nuestro caso, al menos de aquellos sectores de la Humanidad con los cuales nos es dado entablar relaciones. Servir en la mejor forma en cualquier tarea es crear valores para la nación. Esto es lo primero. Pero también estamos llamados, a través de las virtualidades nacionales, a servir al resto de los hombres dentro de la reciprocidad inherente a todo intercambio. Materialmente, las virtualidades de nuestra nación son originales y difieren de todas las otras, y por eso estamos en condiciones de ofrecer productos valiosos al resto del mundo. También nuestro país tiene vocación por la cultura. Esta es una base poco común para convertirnos en elementos activos del progreso humano. El nacionalismo bien entendido, sin menguas, exageraciones ni particularismos, es el motor que nos abre un destino en el mundo y para el mundo.

Alberto Arce Eberhard

ARTE Y NACIONALIDAD

ALBERTO ARCE EBERHARD.

Abogado, profesor de la Universidad Católica de Valparaíso, cuyo Instituto de Arte integra. Desarrolla laborales culturales en la Vicerrectoría de Comunicaciones del plantel porteño.

En más de alguna oportunidad hemos oído hablar o leído en alguna parte del arte francés, del arte alemán, del arte italiano, en fin, del arte adscrito a una nación. Este tipo de arte suele llamarse arte nacional, lo cual se nos aparece de primer momento como un concepto un tanto contradictorio. Efectivamente, sabemos que el arte posee calidad de tal cuando adquiere una validez universal, es decir, *erga omnes*, luego, restringirlo a un grupo de hombres le restaría este valor extensivo. Parece entonces que hablar de arte y nación es como plantearle al arte, con la palabra nación, una situación de desmedro y limitativa. Pero esta situación de desmedro y limitante sólo se produce según la relación que se establezca entre ambos conceptos.

La relación conceptual entre ambos términos puede ser de dos tipos: una primera relación de consciente finalidad, en la cual el arte sirve a la nación para que ésta logre su propio conocimiento e identificación como tal, y otra segunda relación, de tipo inconsciente y libre que hace emanar del contenido artístico valores que pueden reafirmar, reencontrar o fundar la nacionalidad.

Entre estos dos tipos de relaciones podemos observar diferencias de profunda trascendencia, ya que en el primer caso hay una actitud premeditada (un compromiso) de servir a la nación, y en el segundo caso, hay un

actuar inconsciente y libre que puede servir a la nacionalidad en la medida en que la nación, o sus conductores, deseen buscar en su contenido aquellos valores existentes o meros anhelos subyacentes, pero que por no ser evidentes sólo adquieren cuerpo cuando el arte los desvela.

Llegados a este punto y para tratar estas relaciones, es necesario hacer algunas precisiones de lenguaje. Para quien escribe esta nota es necesario distinguir entre nacionalidad y nación. La nacionalidad aparece como un conjunto de valores activos y en permanente movimiento y desarrollo que emanan de lo que es la nación. La nacionalidad, en la medida en que se enriquece y desarrolla, fortalece los elementos que configuran a la nación haciéndola cada vez más sólida. La nacionalidad individualiza al miembro de la nación, lo hace pertenecer a dicha nación y no a otra y le imprime tal sello, incluso en sus cromosomas, que su descendencia, lo desee o no, la llevará en su sangre. La nación, en cambio, está formada por elementos permanentes que acogen, dan suelo y originan la nacionalidad, y ésta, a su vez, actúa por sobre la nación, señalándole la historia y su vida en los tiempos para su actuar futuro.

Ahora bien, ¿cómo actúa el arte en este contexto? Es lícito, por ejemplo, hablar de arte italiano, pues este pueblo, como ningún otro, ha tenido un amor por el espacio y como ningún otro ha sabido aprovecharlo, al igual que los alemanes originan y desarrollan, para bien o para mal, el expresionismo. En estos casos el arte se identifica, casi sin querer, con algunas características de un grupo de hombres en un lugar determinado y porque los evidencia un anhelo cotidiano es que lo acogen, porque sólo se hace propio lo que se ama y sólo se ama cuando se reconoce lo propio en lo externo.

Esta aproximación no violenta en absoluto las propias leyes libertarias del arte y aun la acción del artista puede ir más allá. La acción del artista puede apuntar directamente, con su obra, al enriquecimiento de los va-

lores de la nacionalidad. En América hay orientaciones para constituir un arte que de suyo contenga las características emanadas de los valores e idiosincrasias auténticamente americanas. Esta situación es naturalmente artística y se mantendrá así en la medida en que se maneje honestamente y sin claudicaciones. Comenzará la falacia a partir del momento en que pretenda inventar características, por muy originales que sean y presentarlas o imponerlas como si ya fueran americanas o correspondientes a una nación, según el caso. Comenzará la mentira cuando el artista quiera, apartándose de los fines de su quehacer, crear arte para una nación con fines políticos o prestando su obra para fines que escapan a las leyes de las artes. De este último modo aparece el arte con un objetivo y contenido no artístico y se plantea su quehacer con un plan preconcebido totalmente ajeno a su propia esencia. El resultado de esta posición es que llega un momento en que al verdadero artista este quehacer no le satisface, por cuanto carece de la libertad espiritual necesaria, y donde no hay libertad espiritual no hay creación. Cuando se plantean estos tipos de objetivos, orientaciones forzadas para las artes, como no se cumple con los propios requerimientos, es que comienzan la crisis y la rebelión. No hay que olvidar que el arte es el último reducto de la libertad y la tumba de las tiranías, si no que lo digan Solyenitsin y tantos intelectuales y artistas rusos obligados a abandonar su país.

Lo político, lo religioso y cualquier otra disciplina no artística comparece en el arte, pero en cuanto el arte sin propósito les da lugar y las devela. El quehacer artístico y la obra pueden hacer comparecer cualquier hecho o valor, pero sin actitud previamente concebida, o si proponiéndose develar algo, junto a ese algo aparecen por añadidura otras verdades, tal vez mucho más importantes y relevantes que lo que se ha pretendido. Cuántas veces hemos dicho una frase o una palabra al pasar y sin intención y ésta ha salvado o hundido a otra persona. Es justamente en ese momento en que la obra puede

servir para que un tercero, a partir de la aparición de lo oculto logre utilizarlo para su propio camino, y este camino, que puede ser totalmente ajeno a lo artístico, se apoya a partir de ese instante en un suelo que pasa a constituir basamento. He allí la gran generosidad de entrega de la obra de arte. Es por ello que se hace necesario custodiar la libertad del quehacer artístico.

Este es el contenido poético del arte. Cuando éste carece de dicho contenido se reduce a una simple forma del material o al simple sonido de la palabra. De nada valdrán los esfuerzos de los hombres por tratar de establecer su propia realidad si en lugar de ir por los senderos de los planteamientos puramente conceptuales no se detienen, tan sólo un instante, en la búsqueda de sus esencias en las formas poéticas que lo rodean. Y al decir poético lo digo en su verdadero sentido, no sólo en el de la poesía de la palabra, la forma o el color, sino también descubriendo la poesía en un gesto o en un modo de existir.

El marxismo ha fracasado y fracasará siempre, por considerar al arte y la poesía no como la actividad que lo debe libremente guiar, sino que ha pretendido instrumentalizarlo y sólo ve en él lo que desea ver.

Cuando el arte en América busca su propia forma, busca la esencia de lo americano. Cuando dicha esencia sea develada, podrá recién entonces el político, el estadista, proponer su forma de organización social que yace dormida en la conciencia de un pueblo y que anhela su realización.

Es por ello que el principal obstáculo que ha encontrado el comunismo internacional es la nacionalidad, es decir, enfrentarse con pueblos que realmente posean cabal conciencia de su individualidad y de sus valores como nación. Aquella nación que posea una real conciencia de tal, jamás será aherrojada por el comunismo internacional, voluntaria y libremente. Y el primer camino para que una nación adquiera conciencia de sí y reafirme sus valores y carencias, es a través de sus artes. Y ello porque los productos del quehacer del hombre entrañan siem-

pre el grito de la libertad y el arbitrio. El historiador buscará las tradiciones olvidadas, las artes revelarán caminos y valores que reafirmarán la libertad.

Por ello los artistas auténticos no se ponen al servicio de un régimen o de una revolución. En su obra aparecerá libremente lo que tenga que aparecer, valores americanos, patrios, religiosos y muchos otros, por cuanto el artista es indisciplinado en su obra, no en el quehacer, que es donde la disciplina debe lograr el máximo de rigor y la libertad creadora se ve severamente constreñida por las propias leyes que lo encaminan a la consecución del resultado.

De lo dicho se hace evidente nuestra gran verdad. Lo que el arte aporta a la nacionalidad no es problema del arte, pero sí que lo es para los conductores de la nación. Para éstos es una obligación penetrar en el contenido de las artes, yendo por las formas a sus esencias, en cuanto éstas enriquezcan la nacionalidad. Y su deber va más allá si se desea asumirlo en plenitud, pues entonces se deben apoyar en esta abertura de libertad, generosa e inocente, que se les ofrece como guía poética del actuar.

Ante esta generosa entrega, es posible creer que el afán extrae de ella prontamente la palabra que se busca y se pretenda orientar la acción del poder a una planificación bienintencionada del fomento de las artes. He aquí un nuevo peligro. (Los caminos de las artes están llenos de peligros.) Efectivamente, si se establece una política de desarrollo cultural y artístico, ello debe hacerse con el cuidado necesario para no ahogar la libertad que es propia a toda manifestación artística. Pero es de este quehacer artístico libre de donde deben surgir, espontáneamente, los valores de identificación nacional.

Una política de desarrollo cultural implica una planificación, y una planificación significa objetivos claros y definidos, a los cuales deben orientarse los recursos y elementos con que se cuenta. Pero una planificación significa también excluir todas aquellas acciones que escapan al programa trazado y, por lo tanto, es necesario actuar con

la suficiente flexibilidad y cautela para no afectar a la libertad creativa.

El artista americano se enfrenta a su quehacer creativo, por no tener una tradición ancestral, profesional y cultural, con una mayor libertad que el europeo, y es justamente esa libertad la que es necesario atesorar y vigilar profundamente. En la medida que se resguarda la libertad creativa, el marxismo es derrotado. Sólo el arte puede permitir la identificación y encuentro de un pueblo consigo mismo, y ello porque señala un camino de libertades que impiden la alienación del hombre. Siempre ha sido el arte quien en vanguardia denuncia, propone, realiza y dignifica una nación. Es por ello que el arte en América, y en Chile hoy día, juega un papel trascendental e histórico, no porque proponga recuperar valores cristianos occidentales, sino porque señala y origina una cultura cristiano-americana; que la palabra poética del arte sea recogida con visión histórica por quien corresponda.

Sergio Onofre Jarpa

NACIONALISMO Y POLITICA EXTERNA

SERGIO ONOFRE JARPA.

Fue fundador del Movimiento Acción Nacional en 1963 y en 1966 del Partido Nacional, que presidió desde 1968. Elegido en 1973 Senador por Santiago, integró la Comisión de Relaciones Exteriores. Autor del libro *Creo en Chile* (1973), y colaborador de *Presencia de Portales,* publicado en 1974 por la Editora Nacional Gabriela Mistral.

Entre los síntomas más indicativos del debilitamiento de la nacionalidad chilena, hay que señalar la carencia de una política externa definida y sostenida para alcanzar objetivos concretos.

Cuando los Estados son dirigidos por personajes mediocres o por gobiernos débiles, al servicio de grupos o de facciones partidistas, no es raro que su imagen externa se desdibuje, pierdan presencia e influencia, y su ámbito de acción sea invadido por otros intereses.

De la inoperancia de Chile en el plano internacional no culpemos sólo al gobierno marxista. Es una falsa y peligrosa interpretación de la experiencia chilena sostener que antes del advenimiento del régimen marxista nuestro país progresaba y se desarrollaba normalmente. El gobierno marxista no es el origen sino la consecuencia, la última etapa, de un prolongado período de decadencia.

El marxismo alcanzó el poder cuando ya el organismo nacional estaba corroído por dolencias crónicas, entre las que cabe destacar la pérdida del sentido de nacionalidad y la influencia preponderante de ideologías o tendencias políticas foráneas, que trajeron como consecuencia el desarraigo espiritual de los chilenos, el olvido de nuestra propia historia y el desconocimiento del medio geográfico.

Restablecida la nacionalidad en su esencia y renovadas sus instituciones, una de las tareas fundamentales será la formulación de una política externa dinámica y realista, que señale objetivos y movilice al país en su realización. La política externa constituirá así un vínculo de unidad y un factor de estímulo para el pueblo chileno, especialmente para la juventud.

VISION DE O'HIGGINS Y PORTALES

Es frecuente que se describa a Chile como "un país largo y angosto que se extiende entre la cordillera y el mar". Este es un típico concepto terrestre, limitado, minorista y falso de nuestra posición geográfica y de nuestras posibilidades de desarrollo. Y no es raro que de aquí se derive una conciencia de mediocridad.

Ciertamente no era el propósito de crear una nación débil, dependiente y mendicante lo que movió a los organizadores de la República.

Hay una carta de don Bernardo O'Higgins dirigida al jefe de la escuadra inglesa en el Pacífico, capitán Coghlan, que nos da la medida de su pensamiento. Dice así, al referirse a la posición geográfica de Chile: "Chile Viejo y Nuevo se extiende en el Pacífico desde la bahía de Mejillones hasta las Nuevas Shetland del Sur. Y en el Atlántico, desde la península de San José hasta las Nuevas Shetland del Sur, lo que hace 65 grados geográficos con una superabundancia de excelentes puertos en ambos océanos y todos ellos salubres en todas las estaciones".

"Una simple mirada al mapa de Sudamérica basta para probar que Chile, tal como queda descrito, posee las llaves de esta vasta porción del Atlántico del Sur en que prevalecen los vientos del oeste, esto es desde el paralelo 30 hasta el Polo, y también posee las llaves de todo el gran Pacífico, igual en tamaño a un tercio del globo."

"Chile, según los descubrimientos recientes del Capitán King, resulta ser desde el grado 42 al Cabo de Hornos un inmenso archipiélago que por sí solo posee costas más extensas que todos los Estados Unidos, y costas más favorables para hacer buenos marinos. Ninguna parte de ellas se hiela, aun cuando el clima es suficientemente duro y el océano suficientemente tempestuoso para formar marinos endurecidos, audaces y diestros. En verdad, los chilotes no son inferiores a este respecto a ninguna otra raza del mundo."

"Esta región contiene los tres magníficos puertos de Concepción, Valdivia y San Carlos de Chiloé, puertos que pueden ser convertidos en arsenales navales no igualados en el mundo."

"Los arsenales navales de los Estados Unidos están expuestos a súbitos ataques desde Halifax y las Bermudas; mientras que los tres puertos chilenos ya mencionados no pueden ser molestados por ninguna fuerza extranjera que no haya tenido que doblar o el Cabo de Hornos o el Cabo de Buena Esperanza. Las desventajas con que tendría que luchar una escuadra enemiga después de tan largo y fatigoso viaje quedarían demostradas claramente por la experiencia de los holandeses, los ingleses y los españoles durante los últimos 270 años."

"En las playas de la bahía de Concepción, junto al puerto de Talcahuano, se alzará una nueva ciudad y allí se construirán amplios almacenes agregados a los que ya existen en Talcahuano, y en ellos se depositarán, sin cargo alguno, las manufacturas del Reino Unido para ser distribuidas en los barcos de Chile a lo largo de toda la costa del grande océano." Enumera, enseguida, los principales productos de los países del Pacífico que proporcionarían el flete de retorno hacia Europa.

Más adelante señala: "Establecido un puerto libre en Talcahuano con grandes almacenes y dividido el comercio de acarreo entre los buques británicos y chilenos

de acuerdo con el plan arriba indicado, los fletes y derechos se reducirían de tal manera que toda la costa del Pacífico estaría provista de manufacturas británicas a través del puerto libre de Independencia (nombre del nuevo puerto vecino a Talcahuano)".

"El marino chileno, tomadas unas cosas con otras, es tal vez el mejor del mundo cuando sirve bajo las órdenes de oficiales valerosos y competentes, porque es sufrido, sobrio, valeroso y notablemente subordinado. En el apresamiento de la fragata española *Esmeralda*, una de las empresas más atrevidas que se haya llevado jamás a cabo en parte alguna del mundo, Lord Cochrane y el Capitán Guise solamente emplearon marineros chilenos; los marineros británicos y norteamericanos que pertenecían a la escuadra chilena rehusaron servir en esa ocasión. Este hecho habla más que muchos volúmenes."

"De los hechos expuestos se puede razonablemente deducir que Chile posee todos los elementos, excepto la escasa población, y todas las ventajas locales para formar una potencia marítima de primera clase, y en mucho mayor grado que los Estados Unidos."

O'Higgins, educado en Inglaterra, y Portales, que había trabajado en el comercio exterior, tenían perfectamente claro el destino marítimo de Chile; por eso el interés de ambos en promoverlo. Tanto don Bernardo O'Higgins al crear la primera escuadra, como la política realista y audaz de Portales para lograr la supremacía de Chile en el Pacífico sur, son dos actitudes que corresponden a un mismo propósito, a una misma interpretación de la realidad geográfica.

En las instrucciones de Portales a Blanco Encalada, cuando éste acompañó a don Mariano Egaña, le dice: "Las fuerzas navales deben operar antes que las militares, dando golpes decisivos. Debemos dominar para siempre en el Pacífico; ésta debe ser su máxima ahora, y ojalá fuera la de Chile para siempre".

LA PERDIDA DEL HINTERLAND

Al suscribirse, por iniciativa de don Antonio Varas, el Tratado de Límites, Amistad y Comercio con la República Argentina en 1856, se estableció que los límites entre ambas naciones serían los mismos de 1810. Es decir, se reconoció la soberanía de Chile sobre los territorios situados al oriente de los Andes entre la cordillera y el océano Atlántico, desde el río Diamante al extremo sur, según la última carta geográfica que delimitó la división territorial de las colonias de España, dibujada por el geógrafo del rey, don Juan de la Cruz Cano y Olmedilla.

El posterior abandono y la renuncia de Chile a la Patagonia oriental es un capítulo inexplicable de nuestra historia. Sólo puede comprenderse atribuyéndolo a la ignorancia de la geografía y a la influencia intelectual de Darwin, quien después de su viaje en la fragata *Beagle* describió la Patagonia como un desierto inhóspito donde la vida humana jamás podría desarrollarse. Las teorías de Darwin estaban de moda, y nadie que posara de intelectual quería contradecirlo para no ser motejado de reaccionario.

El bando americanista, embriagado de un fraternalismo delirante que nadie compartía en el continente, y que ya nos había embarcado en la absurda guerra con España en 1865, movió también todos sus hilos para que el Congreso aprobara el Tratado de 1881 y la Patagonia fuera entregada definitivamente, a pesar de la oposición de don Antonio Varas, don Vicente Pérez Rosales y don Adolfo Ibáñez.

Sea por una o por otra causa, Chile renunció al litoral atlántico y a un territorio de un millón de kilómetros cuadrados. Tanto cuesta el abandono del realismo para ser substituido por la influencia de los teóricos e ideólogos en la conducción de la política externa.

UNA NUEVA ACTITUD

Pero no se trata ahora de lamentarnos por los errores cometidos, sino de sacar algunas consecuencias útiles para el futuro.

La pérdida de nuestro extenso hinterland patagónico, que nos habría permitido un cómodo crecimiento en base a la ganadería, nos obliga a asumir una actitud activa orientada en dos direcciones:

1) Defender, conservar y aprovechar con eficiencia nuestros dominios territoriales, y
2) Retomar el camino del mar que señalaron los forjadores de la nacionalidad.

Y aquí está el nudo del problema. Hay que desterrar la imagen del país pequeño o angosto. Hay que superar el complejo de dependencia. Es necesario crear una nueva conciencia geográfica. Enseñar a los chilenos que nuestro país tiene posibilidades inmensas, y que su ámbito geográfico se extiende desde Arica al Polo Sur y desde los Andes hasta la Polinesia. Enseñarlos a conocer y a valorizar los vastos recursos de la tierra y del mar, que con imaginación y empuje deben hacer posible una nueva etapa de creación y expansión de la nacionalidad, en la que todos los chilenos participen.

FALLAS DE NUESTRA POLITICA EXTERNA

Durante el período de decadencia que hemos vivido, nuestra política externa, carente de orientación, estilo y posición propia, se ha caracterizado por su inoperancia, superficialidad y verbalismo.

Esta falta de consistencia ha tratado de ser encubierta con pretendidos liderazgos políticos continentales

que nadie nos ha encomendado, o con jactanciosas disertaciones ante las Naciones Unidas recomendando recetas para solucionar los problemas mundiales.

Paralelamente a estas actitudes falsas y arribistas, Chile ha descuidado o abandonado la defensa de sus intereses y posibilidades reales.

Manejado el servicio exterior con mentalidad burocrática y llenados casi siempre sus cargos por empeños políticos o familiares, no es raro que evidencie una notable incapacidad para desempeñar sus funciones y una marcada ignorancia de los factores geopolíticos.

La geopolítica es la ciencia que estudia la influencia de la geografía en la Historia y el destino de los pueblos. En los países mejor gobernados, quienes dirigen las relaciones internacionales tienen hoy una eficiente formación o asesoría geopolítica.

Al respecto, el eminente geógrafo H. W. Weigert ha señalado: "La concepción de la geografía en su relación profunda con el destino del hombre sigue siendo superficial. Ha sido enseñada demasiado tiempo por quienes no logran comprender que la política es destino, y la política ha estado dirigida también durante demasiado tiempo por quienes no logran comprender que los espacios terrestres y marítimos son, igualmente, destino".

UNA CONDUCTA ESCAPISTA

Otra de las fallas de nuestra política externa ha sido su tendencia al "escapismo". De todos nuestros problemas, y de nuestro retraso en el desarrollo económico y social, se culpa a otros países. Generalmente a los que han logrado con su esfuerzo y capacidad de trabajo alcanzar un mayor progreso. Esta técnica escapista se traduce en largas y plañideras lamentaciones en cada reunión internacional, y en la aprobación de acuerdos median-

te los cuales los Estados prósperos deberían estar obligados a remediar nuestra pobreza. Tales actitudes no sólo se sitúan fuera de la realidad, sino que originan, puertas adentro, la peor desorientación. Según estas teorías, nuestro desarrollo dependería sólo de la ayuda de otras naciones, y nada podríamos hacer por impulsar nosotros mismos el progreso y la prosperidad de nuestro pueblo.

La verdad es bien distinta. Cada Estado se efuerza por defender sus propios intereses en el concierto mundial; de aquí la importancia de la política externa. En el caso nuestro, no podemos buscar culpables fuera de las fronteras. Tenemos los medios para llegar a ser una gran nación, como lo probamos en el pasado, y no busquemos responsables de nuestra decadencia más que entre nosotros mismos.

INICIATIVAS VALIOSAS

Dentro de la actitud generalizada de indolencia y de abandono, hay que destacar algunas iniciativas que constituyen valiosas excepciones.

Tal es el caso de la declaración sobre soberanía de Chile en la Antártida, formulada por don Pedro Aguirre Cerda; el impulso al desarrollo regional en Arica y Punta Arenas, a iniciativa del Presidente Ibáñez, y los acuerdos sobre explotación y conservación de las riquezas marítimas en el Pacífico sur, suscritos en 1952 con Ecuador y Perú.

En el orden intelectual, debemos señalar los trabajos sobre geopolítica y soberanía de Chile en la zona austral, del general Ramón Cañas Montalva y del militar y político don Manuel Hormazábal; los estudios sobre comunicaciones marítimas, delimitación de océanos y geopolítica del Pacífico, de los almirantes Rafael Santibáñez y Arturo Troncoso; los trabajos sobre comunicaciones aéreas en

el Pacífico Sur, del comandante de Aviación don Roberto Araos; los estudios del geógrafo Pablo Ihl y del profesor de Derecho Internacional Francisco Orrego Vicuña; los libros y campañas publicitarias de los escritores Salvador Reyes y Enrique Bunster y del historiador Oscar Espinosa Moraga.

En este orden de iniciativas habría que destacar, también, los vuelos del coronel Parragué hacia la Polinesia, y de Línea Aérea Nacional sobre la Antártida y, últimamente, entre Sydney y Punta Arenas en ruta directa sobre el círculo polar.

Pero, a pesar del valor de estas iniciativas y trabajos de anticipación, es indudable que Chile no ha logrado establecer todavía una doctrina que oriente permanentemente su política externa, como ha sido tradicional en Brasil y Argentina. Una mirada al mapa de Sudamérica nos hará ver la diferencia.

PERSPECTIVAS DE LA POLITICA MUNDIAL

En el plano mundial parece necesario actuar con sobriedad y realismo para no ser utilizados en el juego de la guerra fría o de la política de bloques.

Mucho se ha hablado de la incorporación de Chile al grupo denominado "Tercer Mundo", que en la práctica se ha movido según las consignas o intereses de la política soviética. Chile necesita incorporar capitales y tecnología para acelerar su desarrollo, lo que no va a encontrar sumándose a naciones que adolecen de las mismas deficiencias. No se trata, tampoco, de implorar la caridad internacional, sino de ofrecer buenas perspectivas de mutuos beneficios.

Además, no se ve la conveniencia de participar en el peligroso juego de crear dificultades a Estados Unidos en cada oportunidad. Hay que tener presente que si no

fuera por la presencia y la capacidad económica y militar de ese país, no habría freno para las ambiciones imperialistas de los soviéticos. No propiciamos, naturalmente, el apoyo incondicional a un gobierno que también actúa según sus propios intereses y que no está exento de cometer errores o equivocaciones. Propiciamos una actitud independiente, práctica y realista para servir los objetivos de Chile.

La paz y el progreso, la independencia y la libertad de todas las naciones deben ser propósitos fundamentales en nuestra acción externa. Para este efecto debemos sostener siempre la vigencia de las normas del derecho internacional, el respeto a los tratados, el derecho a la autodeterminación de los pueblos y la no intervención en los asuntos internos de otros Estados.

En el enfrentamiento por el predominio mundial que se ha venido produciendo desde la última guerra, la Unión Soviética aparece como el poder dominante en la zona del mundo que el geógrafo inglés Sir Halford Mackinder denominaba "Tierra Central", es decir Eurasia. Según ese autor, quien domine la Tierra Central, con sus inmensos recursos, dominará el mundo.

Por su parte, Estados Unidos orientó su política hacia la mantención de un poder naval que le permitiera la supremacía marítima. En esta estrategia norteamericana es fácil reconocer la influencia de las doctrinas del almirante Alfred Thayer Mahan.

Naturalmente, éstas no son políticas excluyentes. Tanto soviéticos como norteamericanos han tratado de controlar todas las zonas estratégicas de interés, incluyendo las fuentes de materias primas, y han desarrollado paralelamente el poder militar, naval y aéreo, y los proyectiles dirigidos de largo alcance.

En la contienda por conquistar enclaves estratégicos y contrarrestar el poder naval de Estados Unidos y otras naciones de Occidente, los soviéticos han orientado su acción hacia la obtención de bases que les permitan controlar importantes rutas y accesos marítimos. Primero pusie-

ron sus ojos en Grecia; luego en Indonesia; enseguida en Egipto, Sudán y Somalia, y más tarde en Chile.

Cuba es una posición de escaso valor estratégico; pero Chile, además de sus materias primas, representa una posición dominante en el Pacífico sur y posee el único sistema de comunicaciones entre los dos océanos no susceptible de ser obstruido en caso de guerra.

El enfrentamiento de las grandes potencias se hace evidente no sólo en el plano militar y estratégico, sino en todos los ámbitos, originando una situación de riesgo e inestabilidad mundial que a todas las naciones interesa superar. La solución más conveniente no es, naturalmente, un acuerdo para dividir el mundo en zonas de influencia. Semejante acuerdo pondría en peligro la libertad y la soberanía de las demás naciones. Tal vez la solución habría que buscarla en el fortalecimiento de otras naciones, o de grupos de naciones, que pudieran llegar a tener también una influencia decisiva.

Fundamental ha sido, indudablemente, el resurgimiento de Europa después de la guerra y el fortalecimiento de China. Sin estos contrapesos, los soviéticos dominarían ya desde el mar del Norte hasta el mar Amarillo.

Esperamos en el futuro próximo ver surgir otros poderes estabilizadores mediante la integración regional, que no es obstáculo sino un valioso apoyo para una política mundial que tienda a preservar la paz, la independencia y la soberanía de todas las naciones.

Enfrentada la Unión Soviética al poder disuasivo de Occidente y gastada o desprestigiada la estrategia guerrillera, el comunismo internacional recurre nuevamente, como en la década del 30, a las alianzas con los partidos burgueses y a la infiltración en las universidades, organismos estudiantiles y gremiales. El socavamiento económico, mediante el estímulo a los conflictos laborales en los países de Occidente, parece ser también una de sus tácticas en boga.

Las condiciones de miseria o de conflicto que prevalecen en algunas regiones son, indudablemente, campo fértil para los planes soviéticos.

En todo el mundo, sin embargo, es posible observar el fortalecimiento del espíritu nacionalista. Cada pueblo anhela vivir en independencia y libertad, guardando fidelidad a sus propias formas culturales y adoptando soluciones propias para enfrentar sus problemas.

INTEGRACION LATINOAMERICANA

La integración de las naciones latinoamericanas se fundamenta hoy sobre bases mucho más sólidas que el romántico americanismo que tantas quimeras sembró en el pasado.

Ahora se reconoce la necesidad de que cada nación mantenga y fortalezca su propia identidad y soberanía, y se incorpore a la alianza por convenir a sus intereses y no por motivos sentimentales. Es indudable que la comunidad de origen y de cultura, la vecindad geográfica, la necesidad de crear mayores posibilidades de mercado y la defensa de comunes intereses, son factores que justifican e imponen una conducta unitaria.

Existen, sin embargo, otros aspectos que perjudican la integración.

En los publicitados discursos pronunciados con motivo de la firma del Tratado de ALALC, se hicieron reiteradas referencias al éxito del Mercado Común Europeo. Un somero análisis de la realidad pone en evidencia las diferencias entre uno y otro caso. En Europa, la integración económica se facilitó por la red interior de comunicaciones, la estabilidad política y monetaria, la avanzada industrialización, la densidad demográfica y el alto nivel de vida de la población.

Estas condiciones no se dan en América Latina. Dificultan, además, el proceso factores como el endeuda-

miento exterior excesivo y la falta de recursos financieros; la producción no diversificada, constituida fundamentalmente por materias primas que deben venderse en mercados externos.

A pesar de estos inconvenientes, es necesario avanzar en busca de una coordinación política y económica que posibilite un frente común en el plano internacional.

Después de su derrota en Chile, el comunismo internacional tratará, seguramente, de establecer otra base de operaciones en esta zona, lo que se traduciría en una interminable serie de conflictos que podrían llevar al fracaso todos los propósitos integracionistas.

EL PACIFICO, NUEVO CENTRO DE ATRACCION MUNDIAL

En el vasto espacio Indo-Pacífico irrumpen hoy al primer plano de la política mundial los más grandes conglomerados humanos, que al elevar su nivel cultural y económico darán origen al mayor intercambio que jamás haya existido. En el ámbito del Pacífico ha de realizarse el enlace entre el Asia milenaria y las jóvenes naciones de América, formadas en las tradiciones culturales de Occidente.

El amanecer de la Era del Pacífico, sucesora de la antigua Era del Mediterráneo y de la ya realizada Era del Atlántico, significa para Chile cambiar su situación de país marginal, alejado de las grandes rutas de la cultura y del comercio, por una posición geográfica preeminente, atendiendo a su ubicación, a la extensión y conformación de su litoral y a la importancia de las rutas de acceso al Pacífico que controla.

El destino coloca así a nuestra patria ante una alternativa que no puede eludir. O asume el papel protagónico que su historia, sus tradiciones y su geografía le señalan

y aprovecha la oportunidad que se le brinda, o renuncia al desafío y cede sus vastas posibilidades a naciones más emprendedoras o mejor gobernadas.

La ubicación de Chile en el cuadrante sur-este del Pacífico representa una ventaja siempre que se maneje con inteligencia y decisión. De lo contrario se transformará en fuente de dificultades y amenazas para su soberanía e integridad territorial.

Para las demás naciones de América austral, situadas en el centro y en el este del continente, Chile aparece hoy como un país de tránsito obligado para alcanzar los mercados que surgen en el océano Pacífico.

Indudablemente, Chile no va a erigirse en un dique de contención para impedir este intercambio. Por el contrario, debe facilitar el comercio de tránsito a través de su territorio, mediante tratados bilaterales de mutua conveniencia.

Por otra parte, es necesario tener presente que la posición geográfica de Chile hace necesaria la mantención de medios adecuados para defender sus fronteras y mantener abiertas sus líneas de comunicaciones.

RELACIONES CULTURALES

Las relaciones culturales, que forman sólidos y estables vínculos de amistad y solidaridad entre los pueblos, deben recobrar su importancia en nuestra política exterior.

Chile fue en el pasado un centro de irradiación cultural en América. Los gobernantes chilenos se preocuparon de hacer venir a destacados profesores e intelectuales de América y Europa. A la Universidad de Chile concurrían estudiantes de todo el continente, que tuvieron después actuación destacada en sus respectivos países.

Pero durante un largo período, cuando sobrevino la

decadencia, los sucesivos gobiernos no dieron importancia ni respaldo a estas tareas, y dejaron ancho campo de acción a los grupos marxistas que fácilmente reclutaron a los nuevos valores para sus propios fines, mediante el apoyo, el halago o el compromiso.

Ahora ha llegado el tiempo de retomar el camino original e impulsar nuevamente un desarrollo cultural propio, mostrando a las demás naciones lo que pueden hacer los chilenos en el ámbito artístico o intelectual.

Hemos señalado la necesidad de realizar un gran esfuerzo en nuestro desarrollo tecnológico. La diferencia en la utilización de nuevos procedimientos y equipos científicos y tecnológicos es la gran brecha que existe hoy entre las naciones.

Pero, paralelamente, se hace necesario estimular la actividad cultural, que incluye las relaciones del hombre con la naturaleza. Hoy es frecuente medir el progreso de los pueblos sólo por los índices de producción o de consumo. Tal criterio evidencia el rechazo o el olvido de los valores culturales y de las instancias espirituales que mueven a los hombres.

No basta sólo con producir y consumir. Esto es típico de la llamada "sociedad de consumo", y de una concepción materialista y grosera de la vida humana.

Al impulsar nuevamente nuestra propia creación cultural para hacer posible el intercambio de ideas, experiencias y valores, no debemos olvidar algunos conceptos fundamentales.

La nación chilena forma parte de la civilización occidental cristiana, y se inspira, por tanto, en los valores culturales de Occidente. Reconoce la primacía de las instancias espirituales del hombre; la libertad y los derechos esenciales de los pueblos y de las personas.

Chile es, sin embargo, una nación con características propias y diferenciadas, originadas en su ubicación y conformación geográficas, y en una ejemplar tradición histórica que da contenido a su existencia y le señala el camino de su futuro.

Se ha sostenido con frecuencia que un gobierno fuerte y nacionalista dificulta o perjudica las buenas relaciones internacionales.

Nada más falso.

Son precisamente los gobiernos débiles, incapaces de defender la soberanía, de cumplir y hacer cumplir los tratados, títeres de intereses foráneos, los que originan los mayores problemas y provocan inestabilidad y vacíos de poder.

Son estos gobiernos los que se prestan para arrendar la bandera o permitir la utilización de su territorio para montar conspiraciones contra otras naciones.

En cambio, un gobierno serio, responsable y eficiente, respetuoso de sus compromisos, que interpreta y alienta la voluntad de superación y progreso de su pueblo, movilizando sus propias reservas espirituales y territoriales, no sólo es una garantía para sus vecinos, sino que es, además, un socio confiable para cualquier empresa común.

El reino de Chile fue una de las más pobres colonias de España; pero gracias al esfuerzo creador y a la capacidad de trabajo de su pueblo; a la estabilidad interna; a la acertada conducción de sus gobernantes, y al heroísmo de sus soldados y marinos, llegó en el pasado a ser la nación más influyente y progresista en esta zona del mundo.

Si nuestros antepasados fueron capaces de realizar aquella histórica tarea, los chilenos de hoy debemos demostrar también nuestra entereza para enfrentar el desafío y nuestra voluntad de superar la decadencia y asumir las tareas que nos corresponden en el ámbito interno y externo.

INDICE

ENRIQUE CAMPOS MENENDEZ
Las perspectivas del nacionalismo 7

OSVALDO LIRA SS. CC.
Nación y nacionalismo 19

SERGIO MIRANDA CARRINGTON
Raíces ideológicas del nacionalismo europeo 67

HERNAN GODOY URZUA
El pensamiento nacionalista en Chile a comienzos del siglo XX 143

NICOLAS PALACIOS
Decadencia del espíritu de nacionalidad 163

FRANCISCO A. ENCINA
Causas de la decadencia del sentimiento de nacionalidad 183

JORGE PART E.
Pensamiento nacionalista 199

ARTURO FONTAINE A.
Ideas nacionalistas chilenas 233

MIGUEL SERRANO
Nacionalismo telúrico 249

RICARDO COX
Marxismo, nacionalismo y régimen militar 265

ALBERTO ARCE EBERHARD
Arte y nacionalidad 307

SERGIO ONOFRE JARPA
Nacionalismo y política externa 315

Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la
Editora Nacional Gabriela Mistral Ltda.,
Bellavista 0153, Santiago, en el mes de agosto de 1974.
Hecho en Chile — Printed in Chile.

COLECCION
PENSAMIENTO
CONTEMPORANEO

Compilada por Enrique Campos Menéndez, esta obra estudia desde distintos ángulos la historia, el contenido y las perspectivas del nacionalismo, que exalta la Declaración de Principios de la Junta de Gobierno.

Se trata de un libro revelador, destinado a ser de consulta indispensable por quienes cifran en el nacionalismo esperanzas de recuperación para nuestro país.

EDITORA
NACIONAL
GABRIELA MISTRAL

Suya... Nuestra... de Chile.